

Anabel Samani

# LA CAJA VACÍA



# **LA CAJA VACÍA**

*Anabel Samani*

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La caja vacía*

© *Anabel Samani*

Visita mi web [www.anabelsamani.com](http://www.anabelsamani.com)

Edición publicada en noviembre de 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Anabel Samani

LA CAJA  
VACÍA

*Para mi marido, por proteger mi luz en las  
noches de tormenta.*

# — Índice —

*1. La caja cerrada*

*2. La casa*

*3. El desván*

*4. El hospital*

*5. La tienda*

*6. El museo*

*7. El coche*

*8. La sala del artista*

*9. El cementerio*

*10. La caja repleta*

*11. La tumba*

*Epílogo*

*Agradecimientos*

*Nota de la autora*

# 1. La caja cerrada

*(2007, Octubre)*

## 1

George subió al desván. Odiaba subir al desván. Esa escalera, ruidosa y endeble, alteraba sus nervios convirtiendo en un suplicio subir, y después bajar, sus ocho escalones. Pero los disfraces estaban allí, alguien tenía que subir a buscarlos y no iba a ser Gina, el trabajo sucio siempre le tocaba a él.

Trepó por la vieja escalera de madera mientras cada paso era seguido de un chirriante e intranquilizador crujido. Había que cambiar los escalones antes de que hubiera un accidente. Lo arreglaría en primavera. Y Gina le ayudaría. De esa no se iba a librar.

Cuando por fin puso los pies sobre el suelo del desván suspiró aliviado. Fase 1, Ascenso, superada. Fase 2, Descenso, aplazada unos diez minutos.

Alumbró la oscuridad con la pequeña linterna de su llavero, enfocando el techo hasta que vislumbró el interruptor de cadena, ya algo oxidada, de la única luz del trastero. Tiró dos veces de la cuerda (a veces se atascaba, otra cosa que había que arreglar) hasta que se encendió la bombilla y pudo apagar su diminuta linterna.

Percibió un olor polvoriento y pesado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había ventilado la estancia? Seguro que demasiado. Abrió la pequeña ventana redonda, un ojo de buey por donde apenas se filtraba la luz de las farolas de la calle, para dejar entrar aire fresco. Respiró profundamente mientras miraba el cielo, oscuro y sin estrellas. Si no hubiera farolas podría verlas. No era ningún aficionado a la astronomía, pero cuando por las noches, sentado en el porche con una cerveza en la mano, miraba al cielo y no veía más que dos o tres puntos luminosos, las echaba de menos. Los brillantes cielos nocturnos era lo que más añoraba de su pueblo en

Kansas.

No eran las estrellas lo que le había traído al desván, sino encontrar unos viejos disfraces de piratas para la fiesta de Halloween porque a su mujer le había dado un ataque de conciencia medioambiental. Últimamente las palabras reutilizar y reciclar se habían convertido para ella en dos nuevos mantras.

Miró a su alrededor y vio más cajas de las que recordaba. Se podrían decir muchas cosas de Gina, tal vez no todas buenas, pero una de sus virtudes era el orden. Guardaba todo en cajas, archivadores y carpetas en cuyo exterior pegaba metódicamente un papel detallando su contenido. Esa manía de su mujer le ahorraría tiempo y trabajo. Una vez que hubiera hallado las cajas.

Él subía los trastos al desván y no era, aunque en esos momentos le habría gustado, tan ordenado como su mujer. ¿Habría puesto todas las cajas de disfraces juntas? La respuesta era no. Eso es lo que hubiera hecho Gina. Él las había ido dispersando por todos los rincones según las había ido subiendo, ocupando cualquier hueco vacío y disponible. Lo que tenía claro es que estaban allí... en algún lugar.

El desván era grande y tenía muchos rincones donde densas telarañas dejaban ver la falta de limpieza. Había montones de cajas, muebles viejos, baúles y cacharros inútiles que se amontaban en ese lugar sin motivo aparente. Aún quedaba espacio en la habitación, pero había muchas cosas, demasiadas, y no solo de ellos, sino también del anterior propietario. Al mudarse habían encontrado la casa llena de trastos. El dueño anterior, un ermitaño inglés con fama de huraño, había muerto unos años antes y alguno de sus parientes había puesto la casa en venta sin ni siquiera pasarse a recoger las fotos. Gina y él se habían deshecho de ciertas cosas sin valor, pero por un sentimiento que se podía definir como de respeto, se habían quedado con aquello que les parecía muy personal. La segunda noche que habían pasado en la casa Gina le había pedido que marcara las cajas con las pertenencias del inglés y las subiera al desván. Al recordarlo se dio cuenta de que esa segunda noche había aceptado, sin saberlo, un trabajo de por vida.

George miraba abrumado a su alrededor. Entre tantos cachivaches, ¿dónde habría colocado los disfraces de piratas? Intentó recordar dónde había dejado la última caja, sin embargo, por más que se esforzó su memoria no le dio ninguna respuesta. Había sido el año anterior. De eso estaba seguro. La caja contenía los disfraces de las dos últimas fiestas de Halloween, unos de zombies, y los otros de médico y enfermera. Doctor y enfermera le había



sonado muy sensual cuando Gina se lo había propuesto, en cambio, habían resultado ser unos disfraces bastante insulsos con batas largas hasta las rodillas, mascarillas blancas y pantalones verdes sin forma manchados de sangre falsa. Hasta el momento en que habían llegado a casa. Entonces Gina se había quitado la poco erótica bata dejando al descubierto su muy erótica ropa interior: un conjunto azul profundo de encaje francés. Eso lo recordaba perfectamente, igual que su sonrisa invitándolo a ponerle una inyección. Fue un buen Halloween, él recibió sus caramelos, y fueron muy dulces.

Localizó un par de cajas de plástico transparente con ruedas, iguales a las que usaba Gina para guardar los disfraces, con un poco de suerte habría acabado la misión con éxito y rapidez. Se decepcionó al leer las etiquetas de las tapas: Trastos de cocina.

—Pues a seguir buscando —se dijo a sí mismo en voz alta.

En la esquina izquierda era donde más cajas había apiladas, unas encima de otras sosteniéndose en equilibrio precario. Y como la Ley de Murphy diría que si buscas algo estará donde te lleve más trabajo encontrarlo, decidió que allí era donde debía buscar.

Movió a un lado unas cajas de cartón con grandes letras en rotulador rojo: «Antiguo propietario». Detrás encontró un par de baúles que contenían ropa vieja y una caja con los disfraces de esqueletos. Se habían vestido de piratas al año siguiente, así que tal vez la que buscaba estuviera cerca.

Siguió apartando trastos y encontró los disfraces de Cleopatra y Marco Antonio. Su tiempo en el trastero había terminado. Este año volverían a vestirse de los antiguos amantes. Si había que repetir indumentaria en beneficio del planeta, prefería ver a Gina convertida en Cleopatra: ese disfraz sí que era erótico.

Sacó el traje de Marco Antonio y lo sostuvo delante de él. A pesar de haber cogido algún kilo podría enfundarse en la coraza del general romano. Cogió también el de su mujer y dio su tarea por concluida.

Resignado ante la perspectiva de volver a oír rechinar la escalera bajo su peso, se puso en pie para dar comienzo a la fase 2 de la incursión: Descenso. Al levantarse, sus pies se enredaron con la larga tela del vestido egipcio, trastabilló y cayó de bruces golpeándose la rodilla con la esquina de un recio baúl. Un dolor punzante le atravesó la articulación y soltó un pequeño grito agudo, como el de un pollo tímido que llama a sus padres pidiendo comida.

Entonces la vio. Había estado en su ático desde que se habían mudado años atrás, pero ni él ni su mujer habían reparado en ella. Era una caja

cuadrada, no muy grande, del tamaño de una jaula para hámster, construida con toscos tablonces de madera de embalar. Debía de haber pertenecido al antiguo propietario, la gruesa capa de polvo que se había depositado sobre ella indicaba que llevaba mucho tiempo allí.

Pasó la mano por encima de la tapa retirando la cobertura de suciedad y telarañas rotas, abandonadas por sus creadoras años atrás, dejando al descubierto un papel escrito a mano protegido por un pequeño plástico. Su palma había quedado completamente gris. Sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de papel para limpiar su mano y la etiqueta.

La letra era bonita, redonda y suave. George, que como profesor de secundaria había visto cientos de letras, apostaba a que lo había escrito una mujer. La tinta se había desgastado, al igual que el papel, amarillento y arrugado por el paso del tiempo.

*“Expedición 03-10-1968.  
Origen: Luxor. Egipto.  
Destino: Museo de Historia Antigua. Londres.  
NO ABRIR”*

Las palabras Museo de Historia Antigua y Egipto llamaron su atención. Ayudándose del pañuelo limpió un poco la caja por los laterales, donde aparecieron unos trazos rojizos que sin duda eran letras. Se concentró en frotar esa zona hasta que en el lateral izquierdo pudo leer FRÁGIL y en el derecho URGENTE.

¿Habría visto Gina alguna vez esa caja? Lo dudaba. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había subido al desván. ¿Y él? Para ser sincero consigo mismo nunca había prestado demasiada atención a lo que quedaba relegado en el cuarto de los trastos inútiles.

Observó la caja preguntándose si contendría algo valioso o solo el recuerdo de alguna excursión. La curiosidad empezó a andar por su nuca como si fuera una fila de hormigas. La tapa estaba clavada con gruesos clavos. Para abrirla iba a necesitar un martillo.

—¿George? ¿Qué haces? ¿Encuentras los disfraces o no?

Era Gina llamándole desde las escaleras. Debía de llevar en el ático más tiempo del que creía.

—No. Sí. Ehhh... —Tras un titubeo creyó que la respuesta correcta era negativa—. No.

—¿Sí o no?

—Es que he encontrado una caja.

—Genial. Espero que hayas encontrado más de una.

George ignoró el tono sarcástico de su mujer.

—¿Me puedes traer un martillo?

—¿Qué? ¿Para qué?

—Para abrir una caja.

—¿Una caja?

Amaba a Gina, lo juraba sobre la Biblia, pero a veces era desesperante. ¿Por qué nunca podía hacer lo que le pedía sin tener que preguntar, y preguntar, y preguntar? Se acercó a la trampa del desván con los disfraces en la mano y sacando la cabeza por el hueco, con mucha paciencia, le dijo:

—Acabo de ver una caja que no es nuestra. Se la debió de dejar el hombre que vivió aquí antes, ya sabes, el inglés. Pero está cerrada con clavos. Quiero abrirla. Por favor, ¿me traes el martillo?

—Pero ¿has encontrado los disfraces o no?

Gina, como siempre, seguía el hilo de su propia conversación. George le tendió las ropas a través de la trampa.

—Nos vamos a disfrazar de Marco y Cleo. —Gina arrugó la nariz—. Me gustan más que los de piratas aunque no den miedo —añadió ante el gesto reacio de su mujer.

Con un suspiro, Gina aceptó la propuesta de su marido y cogió las prendas. Tenía prisa por bajar a la cocina.

—Vale, George. Pero baja ya. Está la cena.

—Iba a abrir esa caja... —George no pudo acabar la frase. Gina lo interrumpió.

—Es que ya está la cena. ¿No la puedes abrir otro día? Son espaguetis, sabes que odio la pasta fría.

George lo sabía muy bien. La pasta y cualquier cosa que no hirviera. Desde abajo, Gina le miraba con sus ojos negros azabache mientras ponía unos morritos que pocas veces no conseguían convencerle de cualquier cosa.

—Está bien.

Gina notó la decepción en la voz de su marido.

—Si esa caja ha estado ahí varios años, podrá esperar un poco más, ¿no? George no le contestó, solo la siguió hasta la cocina.

Cuando se sentaron a cenar la comida estaba templada. Gina soltó un gruñido desaprobador. Masticaba y tragaba tan rápido como su mandíbula le

permitía intentando evitar que la temperatura siguiera descendiendo. Su marido, en cambio, revolvía el plato silencioso y conducía el tenedor descuidadamente hacia su boca de rato en rato, al tiempo que miraba de reojo hacia el techo.

—¿Qué has encontrado allí arriba? ¿Una caja con la tapa clavada? —preguntó Gina intentando mostrar interés por el hallazgo de su marido.

—Ajá.

—Es muy raro eso de que esté clavada. ¿No?

—No. Eso no es raro, es una de esas cajas de embalaje de madera barata que se usan en los transportes. Lo raro es que tiene una etiqueta que pone Egipto y Museo de Londres de Historia Antigua y...

Gina soltó una risita incrédula. Ahora lo entendía.

—¿Crees que tenemos una caja del Museo de Historia Antigua de Londres! —Gina negó con la cabeza—. Lo más probable es que sea una caja reutilizada para guardar trastos. Uno no tiene en su desván cosas de los museos de Londres. Apuesto a que solo habrá horribles vajillas o figuritas de escayola —concluyó Gina.

George se metió los últimos espaguetis en la boca y los tragó de mala gana. Eso era lo más probable. No había ningún misterio. Posiblemente.

—Pero ¿por qué guardar una vajilla en una caja que hay que cerrar con clavos en vez de en una de cartón?

Gina no se molestó en contestar. La caja que su marido había encontrado no le despertaba el más mínimo interés.

—Lo que me pregunto es cómo no la has visto antes —dijo señalándole con el dedo índice.

—¿Yo?

—Yo casi nunca subo al desván.

Gran verdad. George se limitó a encogerse de hombros. Gina comenzó a recoger los platos y meterlos en la pila.

—Friego yo. Sube a abrir esa caja y ya me dirás las valiosas piezas arqueológicas que encuentras.

Su mujer había conseguido matar el interés del asunto.

—No. Friego yo. Tú acuéstate.

Gina no se hizo de rogar. Las últimas semanas ella y todos sus compañeros, incluyendo a su jefe, habían trabajado veinticinco horas al día para sacar adelante un proyecto publicitario que les daría un beneficio de más de doscientos mil dólares. El esfuerzo había dado frutos, esa mañana les

habían contratado la campaña, pero los ojos se le cerraban y tenía ganas de echarse a dormir y no despertarse hasta que fuera mediodía.

—No sabes cuánto te quiero —dijo dándole a George un beso que logró que cierta parte de su anatomía cambiara de posición.

Su marido, en respuesta, la cogió por las caderas y la atrajo hacia sí.

—Eso espero. Y que Cleopatra me lo agradezca con más de estos. —Sus lenguas jugaron unos segundos—. Si quieres dormir esta noche —dijo George separándose de ella—, será mejor que subas ahora mismo a la cama o no te prometo portarme bien.

Gina se dio la vuelta con una sonrisa pícaro en los ojos mientras desaparecía por la puerta de la cocina.

George inspiró y expiró varias veces y, más calmado, empezó a fregar los platos. Mientras enjabonaba los cacharros, se imaginó a su mujer vestida de Cleopatra desnudándose lentamente junto a un baño de espuma. Una fantasía demasiado provocativa para una noche de abstinencia autoimpuesta. La imagen de la famosa reina de Egipto funcionó como un resorte que envió a su pensamiento de vuelta al desván. Luxor se coló por su mente. La ciudad egipcia del Valle de los Reyes. Sugerente y excitante.

Colocó el último vaso en el escurridor y con la cabeza puesta en pirámides y faraones, se sentó en el salón frente a su portátil y tecleó en Google «Luxor Wikipedia». La enciclopedia colectiva no era el recurso más fiable, por más que sus alumnos se empeñaran en copiar textualmente su contenido en cada trabajo que les mandaba, pero para hacerse una idea rápida podría valer.

Encendió un cigarrillo y aspiró su aroma degustándolo con la misma satisfacción que sentiría un sumiller ante uno de esos vinos franceses de nombres empolvados. Gina llevaba años atosigándole para que dejara ese «vicio asqueroso», y aunque siempre le prometía que más adelante lo haría, era consciente de que mentía. Adoraba el sabor de la nicotina. Era un adicto, lo sabía y no le importaba, demasiado. A veces pensaba en sus pulmones. Entonces sí le importaba, un poco.

La Wikipedia le informó de que la ciudad de Luxor tenía una población de casi medio millón de personas. Era, junto con Karnak, conocida como «la ciudad de los grandes templos». En sus cercanías se encontraban el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas. Se edificó sobre las ruinas de la antigua ciudad de Tebas, a las orillas del Nilo. Vivía básicamente del turismo. Nada que no supiera.

Volvió a Google y eligiendo Maps decidió darse un paseo por la ciudad de Luxor. Una galería fotográfica le dejó boquiabierto. Las imágenes se movían y cambiaban de luz en unos instantes, al anochecer el templo de la ciudad se volvía aún más hermoso y enigmático. Deseó estar allí en esos momentos. ¿Por qué no habían ido nunca él y Gina? Acababa de elegir el próximo destino de vacaciones. Un crucero por el Nilo visitando Luxor, Karnak, las pirámides y los museos.

Navegando un poco más por la red descubrió que en el Valle de los Reyes se encontraba la tumba de Tutankamón. No sabía mucho de Egipto, pero sí conocía a Tutankamón. Él y Cleopatra debían de ser los únicos soberanos del Imperio egipcio que todo el mundo había oído nombrar. Tan famoso como el romance entre Marco Antonio y la seductora reina, era el hallazgo de la tumba del faraón repleta de tesoros incalculables. Arropado por el humo de su cigarrillo, dejó volar su imaginación y se convirtió en un aventurero en el desierto, excavando tumbas, luchando contra la arena y el sol abrasador, encontrando ruinas perdidas y valiosas reliquias.

Y en su desván se encontraba una caja que quizá hubiera estado en Egipto, viajado hasta Londres y continuado su periplo hasta terminar en Maine, Estados Unidos de América. ¿Y si el antiguo propietario sí hubiera sido un aventurero en el desierto? Era posible, en realidad no sabía nada de él, salvo que era inglés. O tal vez había participado en una expedición arqueológica. En cualquiera de los casos, lo envidió por ello.

Intentando mostrarse racional, concluyó que probablemente dentro solo hallaría cosas sin valor olvidadas tras una mudanza, tal y como opinaba su mujer. Vajillas o figuritas de escayola horribles. Tal vez libros viejos. Solo eso. Aun así quería verlos. Una caja sellada con clavos que podía proceder de Egipto ofrecía un misterio suficientemente incitante.

Apagó la pequeña colilla en que se había convertido su cigarrillo. Subiría a abrir esa caja.

Ahora.

Para desclavar la tapa necesitaría el martillo de carpintero, que estaba en algún lugar de la casa. Empezó su búsqueda debajo del fregadero de la cocina. No había nada parecido a una herramienta en esos armarios. Durante un tiempo habían estado guardadas allí. Dudó unos segundos hasta que recordó que el mes anterior las había trasladado al garaje.

Salió a la calle y abrió la puerta de la cochera con cuidado. Solo se podía abrir desde fuera, no tenía acceso interior, y la puerta rechinaba al subir,

tendría que engrasarla. Los arreglos se le empezaban a acumular. Gina se habría quedado dormida nada más posar la cabeza sobre la almohada, por lo que para no despertarla abrió la ruidosa puerta solo hasta la altura de la cadera. No le costó mucho doblarse y pasar a través de la apertura. Su incipiente barriga aún no le impedía calificarse como «en buena forma».

Había una caja de herramientas en una estantería, pero dentro no estaba el martillo orejero. Tras rebuscar por todos los rincones lo encontró tirado en el suelo. Algún día tendría que empezar a ser más ordenado. En él, el tópico de hombre que iba dejando las cosas olvidadas despreocupadamente, se hacía carne. Excepto en lo que respectaba a sus calcetines y calzoncillos, que siempre metía en el cesto de la ropa sucia, a esos extremos de desidia no había llegado.

Con la herramienta en la mano volvió al desván y bajó la escalera plegable. Procuró no hacer ruido, aunque sin éxito, cada vez que colocaba un pie en algún escalón este crujía como si quisiera delatarlo. Se paró unos momentos en el cuarto peldaño intentando captar alguna señal de que Gina se hubiera despertado. Silencio. Todo parecía en orden. Rápidamente subió los escalones que faltaban ignorando sus agudas quejas. A tientas, sin la ayuda de su pequeña linterna, buscó la cadena del interruptor. La encontró en el tercer manoteo perdido al aire.

Los pelos de sus brazos se pusieron de punta. La estancia estaba helada. Se había dejado la ventana abierta. Antes de cerrarla, sacó la cabeza y aspiró una bocanada del aire húmedo de la noche. Notó cómo bajaba por su tráquea y sus pulmones, tan refrescante como la limonada que preparaba su madre en verano. Le encantaba esa sensación. Después, impaciente, se dirigió a la caja de embalaje con el ansia cosquilleándole en el vientre.

La rodeó con cuidado, examinándola con atención, estudiando cada lado varias veces y pasando la mano por encima para comprobar que no hubiera más inscripciones. Se rio un poco de sí mismo. Cualquiera pensaría que estaba estudiando cómo abrir la caja fuerte del tren del dinero.

—¡A por ella! —se animó.

Tal vez dentro no hubiera nada espectacular, pero esa caja había realizado un largo trayecto desde 1968, y la posibilidad, por pequeña que fuese, de saber un poco más de su contenido, le aceleraba el corazón.

*Por favor, una figurita egipcia.*

Cogió el martillo con decisión y aplicó las orejas a los clavos. Había ocho, dos en cada esquina. El primero saltó en cuanto aplicó algo de fuerza.

Su compañero opuso una férrea resistencia. Los cuatro siguientes salieron con facilidad, le bastó con tirar ligeramente de ellos para que se soltaran de la madera sin problema. Solo tenía que retirar los dos últimos y por fin podría ver qué contenía. El martillo tiraba del clavo, y él tiraba del martillo, pero el clavo seguía incrustado sin ceder. Apoyó la pierna en la caja y tensó los músculos.

—¡Sal, maldito!

El clavo, obedeciendo su orden, salió de golpe junto con la tapa y su compañero provocando que George diera con el culo en el suelo.

—¡Joder! —gritó cuando notó un ligero dolor en la rabadilla.

La caja estaba abierta.

Acariciándose las doloridas nalgas y con más curiosidad de la que hubiera creído posible, miró dentro.

Protegida con papel de embalar había una caja negra del tamaño de un joyero. La sacó sujetándola frente a sus ojos. Era negra, rectangular y de madera. El barniz se había levantado en varios lugares y alguna esquina estaba astillada. Sin embargo, mantenía un suave brillo y sus adornos de oro labrado relucían incluso bajo la tibia luz de la bombilla. Se cerraba con un delgado pasador de plata que tenía un símbolo en forma de uve invertida. Atravesaba dos arandelas plateadas, parecidas a pequeñas hembrillas, una situada en el frontal y otra en la tapa, que quedaban alineadas al cerrarse la caja. La mezcla de plata y oro resultaba curiosa y atrayente. La sopesó en sus manos y la agitó suavemente a la altura de su oreja derecha. Era liviana y no sonó nada en el interior. Expectante y nervioso quitó el delicado pasador.

Nada.

Abrió la tapa y no halló nada dentro. No había figuritas, ni egipcias ni de ningún tipo. Solo una caja vacía. Bonita aunque vieja. Una decepción.

Se fijó en los adornos dorados que ribeteaban los extremos de la caja. Distinguió un escarabajo y las típicas figuras egipcias de hombres en posturas imposibles, además de otros símbolos que no reconoció. Seguramente la caja misma era egipcia. Hubiera preferido una estatuilla con forma de chacal a una caja bonita pero desportillada. Y no debía olvidar que tal vez no fuera más que una caja que se vendía por miles a los turistas, una bagatela.

—¿George?

La voz de Gina llamándole desde abajo lo asustó, sus manos se abrieron un instante y la fina aguja de plata que mantenía la tapa cerrada, se escurrió entre sus dedos. Con la misma facilidad con la que resbala una canica por una



lámina recién pulida, rodó por el suelo hasta perderse de vista debajo de unas cajas.

—¡Por Dios, Gina, qué susto! —gritó.

—Me despertaron unos ruidos. ¿Estás abriendo la caja? ¿Hay algo interesante?

—Una especie de joyero.

—¿Es bonito?

George torció el labio.

—Sí. Aunque acabas de hacer que pierda el pasador con el que se cierra. Si se ha metido entre las rendijas del suelo no lo volveremos a ver.

—¿Tiene algo dentro ese joyero? —George notó la excitación en la voz de Gina.

—No.

—¡Oh! Pues entonces me vuelvo a la cama. No tardes. Y no olvides cerrar la ventana, siento correr el aire hasta aquí abajo y hace mucho frío.

—En cuanto encuentre el pasador, bajo.

Gina no le contestó. George aguzó el oído y oyó cerrarse la puerta del dormitorio.

Un escalofrío, furtivo como un ladrón, recorrió su cuerpo. Su mujer tenía razón, hacía mucho frío. ¿No había cerrado la ventana? Luego lo comprobaría, ahora tenía que encontrar el pasador. Si la caja tenía algún valor no quería perder una pieza la misma noche en que la había encontrado. Movi6 las cajas cercanas a un lado y a otro pero la aguja de plata no apareció. Estaba seguro de que se había colado entre las juntas de las maderas del suelo. Encendió su pequeña linterna-llavero y dirigió el haz de luz entre ellas sin resultado. Decidió posponer la búsqueda hasta el día siguiente. A la luz del día y con una linterna más potente, incluso con la ayuda de Gina, sería más fácil de encontrar. Mientras, investigaría en internet. Tal vez encontrara algo interesante sobre esa caja. Con cuidado la metió dentro de su embalaje de toscos maderos y colocó la tapa desclavada encima.

Volvió a sentir el frío revoloteando a su alrededor.

—La ventana —se dijo.

Pero cuando se acercó hasta ella comprobó que estaba perfectamente cerrada. Debía de subir corriente de la trampilla. Bajó la escalinata sin prestar mucha atención a las sonoras protestas de los escalones y la subió de un golpe con prisa por llegar al salón.

De nuevo frente a su portátil, movió el ratón sobre la alfombrilla con la

imagen de las caras sonrientes de él y su mujer (el regalo de Gina de su último aniversario, las indirectas que le había soltado mencionando unas entradas para el baloncesto no habían servido para nada) y desapareció el salvapantallas en negro del ordenador. Sopesó qué palabras poner en Google. ¿De qué datos disponía? Pensó un instante y escribió: «museo historia antigua Londres Egipto».

Lo tecléo y Google le respondió con cerca de 84.000 resultados. El primero, la propia página del Museo de Historia Antigua de Londres, era prometedor y pinchó sobre él. Entonces una pregunta le aguijoneó. Si la caja pudiera ser valiosa, ¿tendría que comunicar su descubrimiento? Apartando la pregunta de su cabeza, abrió en otras pestañas los siguientes tres resultados que había arrojado el buscador de internet. Primero buscaría información y decidiría después qué hacer, si resultaba que había algo que decidir.

Tras echar un vistazo ligero, cerró la primera página. En la segunda, dedicada por completo a la colección egipcia del museo, tampoco encontró nada relevante.

Se disponía a clicar con su dedo índice en el ratón para dirigirse a la siguiente ventana, cuando una sedosa y oscura brisa, como la que levanta el ala de un murciélago, barrió sus brazos. El vello se le erizó.

Un sonido suave y sibilante, que recordaba a una serpiente enroscándose sobre sí misma, le acechó por la espalda. Se giró con brusquedad y con el corazón acelerado. No había nada.

La brisa lo recorrió otra vez, más fría, más energética. El sonido volvió a él. Más fuerte, más rápido, más profundo, más cercano. Se giró hacia el otro lado.

Nada.

Intentó controlar el escalofrío que empezaba a nacer al final de su espalda. Una pequeña gota de sudor resbaló por su frente dejando pequeñas moléculas de sal por sus poros. Estaba asustado. Se sentía estúpido por ello. Pero ¿acaso ese viento no tenía algo especial? Algo no aleatorio, firme, con voluntad.

Un murmullo frente a él. Se giró. Nada.

Sonó a su derecha, a su izquierda, a su derecha otra vez. Él se volvió buscando su origen con desesperación.

Nada.

A sus pies la temperatura descendió rápidamente, como si hubieran abierto la puerta de un congelador en el suelo. Miró hacia abajo. Nada. Algo

le susurró a su oído izquierdo. Se quedó paralizado. No distinguía los sonidos, solo rumores indescifrables. Notó cómo su oreja se quedaba fría y húmeda, igual que ocurría al acercarse a un lago helado en invierno. Un aleteo le removi6 el cabello.

Apretó los puños hasta notar las uñas clavadas en sus palmas, aferrándose a ese dolor para no moverse, para no mirar. Algo dentro de él le decía que no debía hacerlo. Pero tenía que mirar. Tenía que ver. Giró con cautela las pupilas a su izquierda.

Nada.

Su corazón no paraba de latir con fuerza. El sudor salpicaba su frente y sus manos a pesar del frío en la habitación. No había nada y, sin embargo, había algo. Desconocía cómo se sentiría la presencia de un fantasma pero esto se parecía mucho a la idea que tenía de ello. ¿Por qué demonios pensaba en fantasmas? Halloween, debía de ser por eso.

—Los fantasmas no existen —afirmó con vehemencia agarrándose a los reposabrazos de su silla.

Un pequeño grito, afilado, siniestro, sonó sobre su cabeza y la temperatura bajó hasta el punto de que pudo ver salir su aliento en forma de humo blanco. Con la desesperación de los peces fuera del agua, empezó a boquear el frío aire.

Saltó de la silla sin apartar la mirada del techo, donde no había nada. Rebuscó con la mirada por toda la habitación. Estaba vacía. Solo estaba él. Nada más. La sala estaba...

...vacía.

## 2

—¿Has oído eso? —le preguntó soñolienta al vacío costado de su cama.

Extendió el brazo buscando a George. Entreabrió los ojos, el reloj electrónico de números rojos marcaba las 23:38. Seguramente seguía entusiasmado con su nuevo hallazgo. Volvió a cerrar los ojos. Aún tenía que dormir muchas horas para recuperarse. Una buena noche de sueño y un desayuno en la cama le valdrían tanto como un fin de semana en un *spa*. Las tortitas de George eran las mejores, capaces de resucitar a un muerto.

Su pensamiento se empezaba a nublar entre zumos de naranja, nata y café caliente recién hecho, cuando oyó otro ruido. Un golpe. Esta vez estaba segura.

—¿George, eres tú?

Nadie contestó. Se incorporó en la cama con una creciente incertidumbre.

—¿George?

Silencio.

Los ojos se negaban a abrirse anestesiados por el sueño interrumpido. Volvió a llamar en la oscuridad, gritando el nombre con fuerza para asegurarse de que la oyera aunque estuviera en el desván.

—¿George?

No hubo respuesta. La imagen de George caído al pie de escalera, inconsciente, tomó forma en su mente y la somnolencia se esfumó.

—¿George?

Apresurada, vistiendo solo un fino sujetador y unas pequeñas braguitas que dejaban escapar el calor de su cuerpo, corrió hacia la puerta y puso la mano en el picaporte. La madera vibró empujada con fuerza desde el exterior. Gina se estremeció y retiró la mano.

Una corriente de aire frío se deslizó por la rendija inferior y se arremolinó en sus tobillos desnudos. Su corazón latió desbocado ante una amenaza que no pudo concretar. Volvió hasta la mesilla de noche, cogió el revólver de George, un Colt de calibre 38, y fue a abrir la puerta. Lo hizo lentamente, reticente, esperando a cada momento una nueva vibración que no se produjo.

Encendió la luz del pasillo. La trampilla del desván estaba cerrada. Descendió las escaleras llamando a su marido cada dos pasos y apuntando con el arma a la altura del pecho. Si George aparecía comiendo un helado se iba llevar un susto de muerte y después se reiría a carcajadas. Pero George no contestaba.

*Se habrá quedado dormido en el sofá. Le voy a despertar...*

Cuando llegó al salón Gina pulsó el interruptor de la luz principal, una araña de cristal que no se encendió. Ninguna de sus ocho bombillas se encendió.

Se le encogió el estómago y los músculos de su frente empezaron a contraerse.

—¿George? —Su voz se había vuelto aguda e imprecisa—. Si me estás

gastando una broma, no me hace ninguna gracia.

No era ninguna broma. Su marido no contestaba y un presentimiento le decía que no se estaba burlando de ella.

Al darse la vuelta para ir a buscar a George en la cocina...

*...leche caída, George tirado en el suelo sufriendo un infarto. George en manos de unos ladrones, atado a una silla...*

...por el rabillo del ojo vio una sombra en una de las paredes del salón, una gran mancha oscura. ¿Marrón, negra? La luz del pasillo no dejaba más que intuirlo. Entró y encendió el pie de luz que había en la esquina junto a la cadena de música.

Rojo oscuro, brillante y húmedo. Ese era el color que manchaba la pared. Y la pared contigua. Y el techo. Y el ordenador. Y el suelo. Y las mesitas.

Quiso gritar, pero no pudo. Pasaron muchos minutos antes de que pudiera expulsar el grito que se había quedado atascado en su garganta como un hueso de melocotón.

## 2. La casa

(2017, Junio)

### 1

A partir de ahora serían los Montoya. Julia lo sabía. Allí (qué solitaria sonaba esa palabra) era la costumbre. Al menos, pensó, en inglés no había ninguna rima fácil del tipo «Montoya, tócame la...». Podrían elegir referirse a ellos por su propio apellido, Cueto, pero eso jamás sucedería. Era una tradición machista y anticuada. No se había percatado de todo lo que implicaría el traslado hasta la mañana en que había conocido a la mujer de la inmobiliaria.

—¿Señores Montoya? —había preguntado la agente al recibirles en el porche de la primera casa que visitaron.

Nada más escucharlo, Julia había contestado con un reflejo casi involuntario.

—No. Él es el señor Montoya. Yo soy su mujer, Julia Cueto.

—¡Oh! ¿En España no es costumbre?—la mujer de mediana edad, rubia y con traje de chaqueta de un blanco impoluto, había adornado con un fuerte acento de Nueva Inglaterra cada sílaba, por lo que Julia, a pesar de dominar el inglés americano, había tenido que concentrarse en cada palabra de la vendedora para no perderse en la conversación. Los acentos iban a ser otra novedad a la que tendría que acostumbrarse—. Aquí lo normal es que el apellido del marido sea el de la familia. Ahora hay nuevas modas de mujeres que se niegan a cambiar su apellido de solteras cuando se casan, pero...—Y había puesto los ojos en blanco sin acabar de aclarar el «pero».

Daniel había mirado a Julia de reojo, divertido, y ella había optado por no discutir con la vendedora. Toda aquella mañana, pocos meses atrás, la habían pasado visitando casas. Ninguna les había convencido, principalmente

por el precio. Por la tarde, por el contrario, habían tenido suerte y se decidieron por la primera que les había enseñado la agente vestida de blanco radiante. Les costaba creer lo rápido que habían encontrado su nuevo hogar. No era perfecta, la vendedora había mencionado un par de inconvenientes que ellos, sin embargo, no consideraron importantes.

Se trataba de una casa cuidada, de color azul celeste, en un buen pueblo y de precio asequible, hacia la cual se estaban dirigiendo en su recién comprado Cherokee de segunda mano. Julia había querido un Corolla, como el coche que habían vendido en España, pero Daniel había insistido en que ese 4x4 era un vehículo mucho más apropiado para las condiciones climatológicas de Maine, donde las intensas nevadas dificultaban la circulación en invierno y parte de la primavera. Julia había protestado en un primer momento, segura de que no era más que un capricho de su marido, aunque tras dar un par de vueltas su opinión se había vuelto mucho más favorable e incluso se había enamorado del cambio automático.

En esos momentos, Julia contemplaba boquiabierta el paisaje por la ventanilla del Cherokee. Bosques enormes de mil tonalidades de verdes, intensos y brillantes, se mecían con la brisa. En otoño sería una explosión de rojos, y los árboles esmeralda se transformarían descubriendo montes de rubíes. Con remordimiento, imaginaba cómo plasmarlos en un lienzo en blanco. ¿Cuánto días habían pasado sin coger un color entre sus dedos?

Un hermoso ciervo de gran cornamenta cruzó veloz la carretera. Apenas dos zancadas por el asfalto, y volvió a internarse en el bosque. Era el tercero que veían en el trayecto. Sara, en el asiento trasero, excitada ante la visión del animal, compartió la noticia con su hermana, que sonrió dulcemente. Julia sintió un pinchazo en el corazón: tres ciervos en una sola mañana y Andrea no había visto ninguno.

Medio oculto entre la espesura de unos matorrales, un viejo cartel de madera carcomido por el tiempo, anunciaba un desvío a la derecha: Castle Rock, 30 millas.

—Eso serán unos 40 kilómetros —rumió.

Otra cosa más a la que tendría que acostumbrarse. El sistema de medida anglosajón. ¿Por qué demonios no usaban el sistema métrico internacional? Se consoló pensando que, al menos, no conducían por la derecha. Eso habría sido demasiado.

—¿Qué dices? —le preguntó Daniel.

—Nada. Acabo de ver un letrero que ponía que quedaban 30 millas para

Castle Rock. Eso serán unos 40 kilómetros, ¿no?

—Más o menos. —Daniel hizo un cálculo rápido—. Más bien unos 50. —Se quedó incómodo, murmurando entre dientes—. Oye, ¿no te suena? ¿Castle Rock?

Julia negó con la cabeza. Daniel le dio un par de vueltas más y dejó marchar el pensamiento concentrándose en otras cuestiones como, por ejemplo, qué maletas empezar a desempaquetar primero.

Él llevaba allí alrededor de una semana. Durante un par de días había estado acompañado de su mujer, limpiando y preparando la casa. Luego, Julia había regresado a León para buscar a sus hijas mientras él se quedaba solo, aburrido y sin mucho que hacer. Sin embargo, había tenido que ser hoy cuando les trajeran los muebles para las habitaciones. Le había explicado al dueño de la tienda que era el peor momento porque ese día tenía que ir a buscar a su familia al aeropuerto, pero el hombre, un obeso de más de sesenta años, le había dicho en un falso tono cordial que si no les venía bien el viernes tendrían que esperar dos o tres semanas más ya que no eran sus únicos clientes. No era un gordito amable.

Sus hijas habían facturado dos maletas grandes cada una, y su mujer, tres. Ropa, joyas, peluches... prefería no pensar en todo lo que tendrían que colocar en las habitaciones, al fin y al cabo, la mayoría no le pertenecía. Lo único imprescindible eran sus libros y llegarían en unos días junto con los caballetes de Julia y algunas cosas más de sus hijas. Lola y Antonio, los amigos que habían cuidado de Sara y Andrea mientras él y Julia arreglaban la casa de Maine, se las enviarían por Fedex. Eran unos buenos amigos, los iba a echar de menos.

Mientras su marido pensaba en las maletas que deshacer, Julia tocaba la cancioncilla *¡Oh! Susana* en el piano invisible de su rodilla, recordándose todo lo que tendrían que hacer en los próximos días. Había sido una niña, una adolescente, y una mujer, muy nerviosa. Extremadamente nerviosa. Ante la más mínima presión su mente se quedaba en blanco. A los quince años descubrió que, aparte de pintar, lo único que la ayudaba a centrarse era tocar las notas de las sonatas de piano que había aprendido con su padre cuando era niña. Un alfiler de añoranza se le clavó en el corazón al recordar el piano que habían tenido que vender, el viejo Steinway de su padre. Le había rogado a su hermana que se lo quedara, por papá, pero Alicia se había negado en redondo argumentando que no tenía sitio. Era mentira, por supuesto, la única razón era que nunca había sido capaz de tocar más de cuatro notas seguidas y odiaba la



complicidad que habían compartido ella y su padre, unidos por la música. Alicia odiaba el piano casi tanto como la odiaba a ella. Cuando le habían dicho que se marchaban de España incluso había visto un rayo de alegría atravesar su rostro. Y a pesar de todo, la quería. Su marido y sus hijas la aborrecían, lo sabía, pero ella la perdonaba porque era consciente de que Alicia no había sido la preferida de ninguno de sus padres. Alicia tenía derecho a odiarla un poco. Además, era su única familia viva, tanto de sangre como política. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico ocho años atrás, y a los de Daniel se los había llevado el cáncer, con solo un año de diferencia, cuando estudiaba en la universidad. Había sido muy duro para él, que no tenía hermanos y ni siquiera había conocido a sus abuelos.

A las doce en punto del mediodía aparcaron en frente de su nueva casa.

—Te dije que llegaríamos a la hora prevista —se ufanó Daniel.

—¡Vaya! ¡Qué chula!

Julia se alegró del comentario de Sara. Estaba en una fase complicada: un día amanecía dulce como el azúcar y al siguiente era la reencarnación de Adolf Hitler. Si tenía que ser sincera, no era difícil que la casa les gustara a sus hijas, que siempre habían vivido en un piso en la ciudad. Una casa bonita en un pueblo pequeño, que prácticamente hubiera podido ser un barrio residencial de Bangor si hubiera estado un poco más cerca de la ciudad, era casi un sueño para ellas.

—¿Sí? ¿Cómo es?

Fue Andrea quien preguntó con naturalidad y curiosidad. Ella era el auténtico motivo de que su marido hubiera aceptado el traslado a la sucursal de Estados Unidos de la empresa de marketing en la que trabajaba. No se lo habían confesado a sus hijas, aunque Julia intuía que lo sabían.

—Tiene tres plantas... —empezó a explicar Sara.

—Dos plantas y un desván —corrigió Julia.

—... me la imaginaba más grande, por las fotos. Pero es bonita.

—Yo no vi las fotos así que no me decepciona. —Andrea dio un codazo a su hermana—. Dime algo más, Sara.

No. Andrea no había visto las fotos. Julia suspiró mientras miraba orgullosa cómo Sara explicaba a su hermana la situación de las ventanas, el color algo sucio del porche, el césped verde... Andrea era la única persona que siempre estaba a salvo de los intermitentes vendavales airados de la adolescente de diecisiete años, y a muchos ratos insufrible, que era Sara. El modo en que cuidaba a su hermana la disculpaba de un mal carácter que se

iría puliendo con el tiempo, o eso era lo que aseguraban los, al menos, doscientos libros de psicología adolescente que había leído Julia.

La explicación de Sara fue interrumpida por su padre.

—Todos abajo. —Daniel miró el reloj y empezó a impacientarse—. Vamos a empezar a movernos o no acabaremos nunca. Sara, ayuda a tu hermana.

Un comentario tan obvio no se libró del habitual gesto furibundo de Sara (ojos empuñados hasta no ser más que rendijas, labios apretados hasta perder el color sonrosado) que Daniel ignoró. No había tiempo para tonterías, el día iba a ser muy ajetreado. Si se daban prisa quizá podrían descargar sus maletas antes de que apareciera el camión con los muebles. El dueño de la tienda había prometido aparcar el camión en frente de su casa a las doce y media en punto, y había jurado que jamás se retrasaban.

Daniel y Julia habían comprado los muebles que necesitaban con prisas —como habían hecho todo desde que Daniel había aceptado el trabajo— en los pocos días que habían estado juntos adecentando la vivienda. Camas, colchones, somieres, armarios, alfombras y un par de mesas. Solo habían puesto especial atención en la habitación de Andrea intentando que acabara siendo lo más similar posible a la que dejaba en España. Lámparas, electrodomésticos y un televisor de 42 pulgadas estaban incluidos por cortesía de Susan, la agente inmobiliaria que sabía cómo mantener durante una larga jornada laboral un traje blanco sin una sola mancha. Solo quedarían dos habitaciones totalmente desnudas, ambas a los pies de la escalera que conducía al piso de arriba, que serían los despachos de trabajo. Julia pensaba amueblarlas con calma.

Andrea abrió la puerta del coche.

—Espera, no bajas —le ordenó su madre.

Andrea se mordió la lengua para no replicar. Tenía dieciséis años y llevaba casi cuatro conviviendo con su oscuridad particular. Poner los pies en el suelo no era un reto para ella. Su hermana era la única que no la trataba como si fuera una niña pequeña.

—Creo que puedo poner los pies en el suelo yo solita —farfulló.

Daniel fue hasta la cancela de entrada, deslizándose con la agilidad felina que Julia le envidiaba, antes de que ninguna de sus mujeres hubiera bajado del coche. La abrió con la llave dorada que les había dado una orgullosa Susan el día que firmaron el contrato de compra.

—Bienvenidas a los Estados Unidos de América, señoras —anunció

adoptando las maneras rimbombantes de un maestro de ceremonias circense a la vez que ejecutaba una teatral reverencia.

Andrea desplegó su bastón y esperó a sentir las manos de Sara sobre ella.

—Papá ha abierto una puerta, ¿no? —Julia y Daniel intercambiaron una mirada. Les seguía sorprendiendo todo en lo que era capaz de fijarse Andrea en unos momentos.

—Sí, una verja de entrada a la casa —contestó Sara.

—Llévame hasta ella —pidió.

Con cuidado, Sara guió a su hermana hacia la cancela. Daniel cogió dos maletas y le tendió una a su mujer.

—Muy bien chicas, vosotras a vuestro ritmo y sin prisas. Mamá y yo vamos a ir descargando el maletero.

Andrea oyó alejarse a sus padres. Sus pasos producían pequeños chasquidos, así que pisaban sobre piedras o adoquines. Un camino.

—¿Cómo es esto, Sara? Dame más detalles.

Sara buscó las palabras en su interior. Las descripciones se habían convertido en una parte importante de su vida, en un lazo con su hermana. Intentaba ser los ojos de Andrea. Al principio se limitaba a fijarse en los colores, el tamaño, la forma, era incapaz de entender el mundo más allá del color y las dimensiones. Hasta que un día Andrea le pidió que le describiera la guitarra que estaba sopesando pedir por su cumpleaños. No se le ocurrió nada más que decirle que era blanca y eléctrica. Entonces empezó a leer novelas con avidez (y no solo los libros sobre fenómenos paranormales que ella y su padre devoraban) para entender cómo se podía plasmar con palabras la fuerza de un paisaje. Poco a poco fue mejorando, tal vez no mucho, pero ahora se fijaba en detalles que antes hubiera pasado por alto.

—La calle es ancha. Hay dos carriles dibujados en la carretera, parece recién asfaltada. A ambos lados hay aceras de color rosado, también parecen nuevas. Casi se podría pensar que han renovado la calle para nosotras. — Andrea le pidió que continuase. Sara giró la cabeza a un lado y a otro—. Hay casas a ambos lados, una detrás de otra, todas muy parecidas. Menos la nuestra todas son blancas, y algo más grandes, con un tejado inclinado y bonitos jardines, con tres pisos...

—... dos pisos y un desván —dijo Andrea imitando a su madre.

—Sí, claro, perdón, dos pisos y desván. —Sara se giró hacia a Andrea—. Y no hay nadie en la calle. ¿No será un pueblo fantasma?

—Ya te gustaría.

Sara levantó la cabeza hacia el cielo.

—No hay nubes. —Sin saber por qué añadió—: Y el cielo sigue siendo azul.

Andrea imaginó el cielo despejado de León. Habían recorrido tantos kilómetros y, sin embargo, el cielo que había sobre ellas seguía siendo el mismo. Eso la hizo sentirse pequeña y vulnerable. Intentado sacudirse esa sensación, tocó la verja. Estaba fría y suave. Olía el metal, hierro viejo, amargo. La cerró y la abrió un par de veces. Oyó a sus padres acercarse de nuevo a por el resto del equipaje.

—Sara, llévame a... —vaciló—... a casa.

Sara apreció en la voz de su hermana su misma resignación. Titubeante, la condujo por el camino de pequeños adoquines de piedra amarilla que iba desde la cancela hasta la vivienda atravesando el jardín. Había varios rosales y algún manzano, el césped estaba verde y cuidado. La inmobiliaria se había ocupado de mantenerlo en un estado aceptable para evitar la apariencia de casa abandonada. Sara permanecía atenta a cómo Andrea contaba los pasos (quince medía el camino de piedra), a cómo se paraba cuando la avisaba de que había tres escalones antes de la puerta de casa, y a cómo movía con habilidad su bastón a un lado y a otro.

Después de los escalones (un, dos, tres), Andrea contó los pasos hasta la puerta de entrada (uno, dos).

—El recibidor —le dijo Sara—. No es muy grande. El salón está a la derecha y a la izquierda veo la cocina. En frente está la escalera que lleva al piso de arriba. Y a cada lado de la escalera veo una puerta abierta. Deben de ser los dos despachos porque están vacíos.

—Acércame al salón.

Contando pasos continuaron, acompañadas de los números y del bastón blanco, hasta el salón. A sus espaldas sus padres volvieron a entrar con más equipaje y lo subieron hasta el primer piso.

—Descríbemelo. ¿Hay sofás?

—Dos. Marrones. Nuevos. Una mesita pequeña entre ellos, y varias estanterías por las paredes.

Andrea sonrió. Marrón. Todavía tenía claros los colores. Muchos compañeros de terapia le habían asegurado que siempre los recordaría, pero otros le habían dicho que con el tiempo los olvidaría. Esa posibilidad la asustaba. La ceguera total era una situación que había aceptado y con la que

convivía desde que más de tres años atrás, casi cuatro, le habían comunicado la noticia. Pero vivir sin un recuerdo del color, eso no lo soportaría. Y contra eso sí podía oponer resistencia. Lo hacía todos los días, cada vez que oía nombrar un color se concentraba en él y lo intentaba fijar en su memoria clavando retazos de tela imaginarios en su mente.

—Acércame a uno para sentarme y luego ve a ayudar a papá y mamá.

Sara la condujo y se sentó a su lado.

—Creo que prefiero quedarme contigo y seguir guiándote en un tour particular. Paso de desempaquetar nada, al menos durante un rato.

—Si vas con ellos puede que acaben antes de que lleguen los de los muebles. Luego seguimos nuestra excursión.

Sara no quería dejar sola a su hermana en un sitio que no conocía, podía caerse, tropezar.

—Paso. Me quedo sentada aquí.

—Vamos...

Sara la miró y sacudió la cabeza. Siempre la convencía. No era por complacerla a causa de su ceguera, no solía concederle ningún privilegio. Antes del accidente ya lo conseguía. Era su voz. Un timbre suplicante y firme a la vez.

—Vale, flautista de Hamelin.

Andrea oyó a su hermana alejarse y preguntar qué podía coger. En ese momento un motor de camión paró frente a la casa.

—Pues no les va a dar tiempo a terminar.

Sus padres saludaron a dos hombres de voz grave y les dijeron que lo primero que había que montar eran las camas.

Un pequeño escalofrío sacudió sus hombros. El día era caluroso pero la casa albergaba el frío propio de las viviendas vacías durante años. Un molesto airecillo recorrió sus pies desnudos, solo cubiertos por las tres finas tiras de unas sandalias, y se arremolinó en su muñeca lamiéndole la piel. Su cuerpo se estremeció y echó en falta una chaqueta, pero tendría que pedírsela a alguien. Esperaría. La chaqueta no le hacía tanta falta. Lo que corría prisa era abrir las ventanas. Un olor a viejo y poco agradable vagaba por el ambiente. Tras el artificial aroma de los ambientadores de limón percibía, como intentado esconderse detrás de él, un ligero hedor.

Sara cargaba con su maleta para subirla a su habitación (segundo cuarto a la izquierda de las escaleras) y se paró en el recibidor a descansar el peso. Andrea se frotaba los brazos. Entonces ella también lo sintió. El frío. Hasta

ese momento no lo había notado, pero al ver a su hermana fue plenamente consciente de él. Tendrían que abrir las ventanas para dejar entrar el sol. Fue hasta el salón y se quitó la chaqueta.

—Toma, Adri, mi cazadora. Dentro hace más frío del que parece.

Andrea se abrigó con la cazadora que Sara había puesto en sus manos y escuchó cómo se movía a la izquierda.

—Abriremos las ventanas, hace falta que entre el calor exterior.

—Y que se vaya el olor —aseguró Andrea arrugando la nariz y componiendo una expresión molesta.

—Sí. Se han pasado con el ambientador. No entiendo cómo papá no ha ventilado mejor la casa. He visto dos ambientadores eléctricos puestos, luego los desenchufo.

—El limón, no. Lo otro. ¿No lo hueles?

Sara olisqueó el aire.

—No. ¿Qué tengo que oler?

—Como a húmedo. No, no es humedad, es como... —dudó en busca de un adjetivo más preciso—... rancio. —Tampoco esa era la palabra exacta.

Sara arrugó la nariz y aspiró profundamente. No captó ningún aroma que no fuera un olor artificial a limón.

—No. No huelo nada más.

Dos hombres gordos con mono azul, como una caricatura del gremio de los transportistas, entraron cargando con un somier. Detrás iban sus padres cargando con el otro.

—Vuelvo enseguida, Adri. Esto se está empezando a mover.

Andrea se quedó sola en el salón escuchando el pequeño alboroto que se formaba con los muebles. Alargó el brazo derecho hasta dar con la mesita que había entre los sofás. La recorrió con sus ágiles dedos, cuyo tacto se había afinado desde que había tenido que aprender a usarlos como sustitución de sus ojos. Era de madera y tenía un rayón no muy profundo en una de las patas. Sentía deseos de levantarse y explorar por sí misma el resto de la estancia. Su madre había comentado alguna vez lo cansado que sería adoptar las costumbres de una cultura diferente, pero ella además tendría que aprender nuevamente la ubicación de los muebles, de las calles, de *todo*. Quería empezar ya.

La mezcla de olor a ranciedad y cítrico artificial la empezaba a incomodar tanto como la espesa mezcla que se formaba cuando sus padres se arreglaban para salir de noche: el Chanel de su madre con el aftershave

Brummel de su padre. Además, a pesar de tener la cazadora puesta seguía sintiendo un frío incómodo, como si este fuera capaz de penetrar la prenda y la buscara activamente.

Con cuidado se levantó del sofá y desplegó el bastón en un movimiento limpio y cortante. Nunca había pensado que ese simple aparato pudiera dar tanta información, pero gracias a él conocía la distancia a la que estaban los objetos y su material, y la protegía de golpes y tropiezos. Desde el primer momento llamarlo bastón, por mucho que tuviera un apellido tan flamante como Hoover, le pareció vulgar y poco descriptivo. Ella prefería báculo, sonaba mucho más señorial y cercano a su verdadera importancia. Lo movió con lentitud a su alrededor en una cuidada técnica de muñeca que había tardado muchos meses en depurar. Algunos invidentes podían prescindir del bastón en ocasiones, como los afectados por ceguera nocturna, no era su caso. Una cosa que le habían explicado era que la ceguera total no era muy común. Casi todas las personas con pérdida visual conservaban algún resto de visión. Ella formaba parte del pequeño porcentaje de invidentes totales.

Un paso, dos pasos, siempre detrás del bastón. Clonc. Había chocado con algo. Recorrió la superficie con su báculo. La pared. Movié las manos hacia delante y tocó un cristal. Le resultaba inconfundible. Había sido el primer material que había aprendido a distinguir con el tacto. Cuando sus ojos funcionaban no se paraba a pensar cómo se percibía el vidrio, ni la madera, ni el plástico o el mármol, ni en cómo se diferenciaban unos de otros. Ahora era algo mecánico.

Buscó las manillas en las hojas. Recorrió la superficie pacientemente, pero no las halló. Sus dedos *vieron* un listón de metal, aluminio quizás, en medio de la ventana separándola en dos mitades horizontales. Palpó toda la superficie del cristal y del metal, estaba segura de que era una ventana pero no tenía ningún recuerdo de una de ese estilo.

Se quedó quieta. La observaban. Sentía el peso de una mirada que espiaba a sus espaldas. Alguien había posado sobre ella unos ojos que, a diferencia de los suyos, veían.

—¿Quién es?

Nadie le contestó.

—¿Quién es? —repitió.

Oyó unos pasos acercarse.

—¿Qué haces?

Andrea notó un cierto alivio cuando oyó por fin la voz de su padre.

—Intentaba abrir una ventana —tartamudeó—. Porque esto es una ventana, ¿verdad?

A Daniel le dolió oír la pregunta. Se maldijo a sí mismo una vez más. Había perdido la cuenta de cuantas maldiciones había pronunciado al recordar el momento en que dejó a Sara y a Andrea salir sin casco. Tomó las manos de su hija.

—Es una ventana de guillotina. Aquí —alargó el adverbio hasta dotarlo de un volumen amargo— son comunes. En vez de abrirse hacia dentro, la hoja inferior se abre hacia arriba. —Puso sus palmas sobre el dorso de las manos de Andrea introduciendo sus dedos en dos pequeños mecanismos laterales, los apretaron a la vez y empujaron hacia arriba elevando la hoja inferior. Los soltaron y la hoja se quedó fija. Después los apretaron otra vez y bajaron la hoja. Volvieron a apretarlos y la subieron al máximo.

Un destello de memoria relumbró en la mente de Andrea. Recordó series y películas americanas vistas años atrás y cómo los adolescentes se escapaban de sus habitaciones.

—Ya sé cómo son. No me daba cuenta.

—Creo que todas las de la casa son de este tipo. Tal vez no sean muy seguras. Mamá y yo habíamos hablado de cambiarlas.

Su padre no lo había dicho, pero Andrea lo oyó. *No son seguras para ti.* Le exasperaba saber que llevaba mucho mejor su ceguera que ellos. Su hermana era la única que no la trataba como si tuviera que vivir entre algodones, y la amaba por eso.

Sacó las manos al exterior a través del hueco abierto. Flotaba una leve brisa, cálida y fresca a la vez, igual a las brisas de la primavera tardía en las montañas.

—No están mal. Por mí podéis dejarlas. No seré la única persona ciega de Maine con estas ventanas en su casa.

Su padre dejó de respirar un par de segundos.

—No es por ti —dijo atragantándose con las palabras.

—Papá, en serio, ni se te ocurra engañar a mamá, mientes de pena.

—No miento, no es por ti... —Andrea compuso un gesto de fastidio—  
... no solo por ti. A tu madre no le gustan.

Andrea no le contestó. Daniel no sabía qué decir.

—Ya veremos qué hacemos con ellas. He de subir, cariño. Te acompaño al sofá.

—No, voy a quedarme aquí un poco.



—Claro. —Daniel la besó en la frente y se alejó escaleras arriba.

Andrea escuchó los pasos de su padre disminuir al alejarse y acabar por confundirse entre los martillazos y voces de los transportistas. A pesar de los demás ruidos aún podía distinguirlos débilmente, tenues ecos ahogándose en el aire, al igual que aún olía un lejano aroma incalificable.

## 2

A las nueve de la noche estaban exhaustos. Apenas habían parado unos minutos para comer los bocadillos de atún que habían comprado en una gasolinera cercana al desvío a Castle Rock, pero a cambio habían terminado con la mudanza. Estaban hambrientos y cansados. Para cenar pidieron un par de pizzas a un restaurante que les recomendó uno de los transportistas. El sabor casero les sorprendió. Todos estuvieron de acuerdo en que eran las mejores que habían probado en su vida.

—Y yo llevo muchos años alimentándome de pizzas —aseguró Daniel.

—No creo. Yo he comido más que tú. Cuando eras joven, allá por la Edad Media, lo de las pizzas no se llevaba —se mofó Sara.

Daniel compuso voz de ofendido.

—¿Cómo que la Edad Media?

—Sí, Sara —continuó su hermana—, ¿Edad Media? Querrás decir en la Prehistoria.

—¿Se puede saber qué os he hecho yo? Simplemente estoy aquí, disfrutando de mi trozo de pizza con anchoas y...

—Esa es otra. —Esta vez fue Julia quien se unió a la broma—. Tener que pedir una pizza con anchoas solo por ti. No sé cómo te gustan.

—Pues para no gustaros a ninguna solo quedan dos trozos y yo no me la he comido entera.

—Es para que no te sientas mal, papá. Por tu mal gusto. Nos das pena.

—Así que pena, ¡eh! Pues ¡hala! Lo que queda, pa' mí. — Daniel cogió uno de los triángulos enrollándolo y se lo metió en la boca—. Y ahffoffa voy a seguiff coffmiffendo. —Trozos de migas, anchoas y aceitunas se escaparon de sus labios.

—¡Para! —suplicó Sara entre risas.

—¿Qué? —preguntó Andrea.

—¿Pofff qué, noff te gusffta?—y Daniel abrió su boca llena de pizza a medio triturar.

—¡Oh! ¡Pero qué asco! Qué suerte para ti no ver esto, Andrea —le contestó Sara.

Julia se removió inquieta ante el comentario ácido de Sara, no se acostumbraba a las bromas que intercambiaban sus hijas, pero se unió a los demás en las risas que resonaron en el número 212 de la calle Sun River de Lonely Hill. Las primeras que se oían en la casa, vacía durante muchos años.

### 3

Julia esperó a que su hija se metiera en la cama. Odiaba estar allí mirando cómo buscaba cada esquina con tiento.

No era justo.

Tras meses de interminables horas de lágrimas, había logrado aceptar la situación de Andrea, pero a veces el resquemor volvía como una nevada en mayo, sin avisar. Su hija era feliz. Se desenvolvía bien y, a pesar de lo esperable, no había sufrido depresión ni estrés tras el accidente. Era una chica fuerte. Increíblemente fuerte. Como su hermana. Ella y Daniel habían hecho algo muy bueno con ellas.

Pero no era justo.

—Ya te puedes ir —le dijo Andrea cuando estuvo arropada en la cama, no sin cierto hastío en la voz que dejaba claro lo poco que le gustaba la situación.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—No.

—Vale. Entonces me voy. Si necesitas cualquier cosa...

—Sííí, mamá... —la atajó Andrea.

Julia asintió. Intentaba tratar con naturalidad la situación, igual que Sara, aunque era difícil. A veces era demasiado difícil. A veces la injusticia escocía demasiado.

—Está bien. Buenas noches. Ha sido un día agotador. Probablemente no dormiremos nada.

La voz de Sara sonó estridente en la habitación de al lado.

—¡Mamá! ¿Y mis sábanas de *Sobrenatural*?

—Parece que Sara tiene una emergencia —rio Andrea—. Cierra del todo la puerta.

Julia lo sabía, la puerta tenía que estar abierta o cerrada, nunca a medias, y menos hasta que Andrea estuviera totalmente familiarizada con la casa. La hoja rechinó sobre sus goznes y ambas se encogieron ante el sonido.

—Mañana la engrasaré —prometió su madre.

Andrea oyó el pequeño clic que hizo el interruptor de la luz cuando su madre lo apagó. Ella no percibió diferencia alguna. Una vez, Miguel, un chico veinteañero que iba con ella a las clases de Braille, le había dicho que era afortunada por no ver nada. Miguel padecía lupus, una enfermedad autoinmune que le había provocado neuritis óptica. Había sufrido un ataque repentino de pérdida de visión y ahora no le quedaba más que un resquicio. Le había asegurado que la semioscuridad era una mentirosa, engañaba con la misma fuerza que la imaginación, confundiendo las formas, las dimensiones y las distancias. Era como cuando de pequeño, le había explicado, veía las sombras de los peluches reflejadas en la pared y los convertía en monstruos hasta que al encender la luz comprobaba que no eran más que sus inofensivos juguetes, solo que ya no podía encender ninguna luz. Andrea lo había escuchado en silencio sin atreverse a contradecirle: si le hubiesen preguntado a ella antes de perder la visión, hubiera preferido conservar aunque solo fuera un mísero porcentaje, algo que la alejara de su perpetua oscuridad sin color.

Eso era su oscuridad. Una nada absoluta, sin sombras, sin luces, sin ningún color. Sara le había leído un artículo en el que un periodista llamado Damon Rose, también ciego total, decía que percibía atisbos de colores brillantes, cambiantes y bastante molestos, y formas geométricas que le mareaban. Sin embargo, a ella no le sucedía eso. Su oscuridad era una monótona eternidad.

Una brisa fría le acarició la mejilla y revolvió su colcha. Su madre debía de haber olvidado cerrar la ventana.

—¡Mamá! —llamó.

La oyó hablar con su hermana en la habitación de al lado. No distinguió las palabras, aunque creyó captar «basta» y «tonterías». Después, unos pasos se dirigieron hasta su habitación. La brisa sopló más enérgica sobre su cara y el olor a viejo que llevaba percibiendo a rachas durante todo el día, reapareció. Esta vez más fuerte y picante, pero aún así perdido entre los

demás gases del aire.

La puerta volvió a rechinar cuando su madre la abrió.

—Dime.

—Creo que me has dejado la ventana abierta.

La ventana estaba cerrada. Julia se acercó y lo comprobó apoyándose con fuerza sobre una de las hojas. Odiaba esas ventanas de guillotina. Se las imaginaba cayendo bruscamente mientras había alguien asomado y cercenándole la cabeza. Buscaría un presupuesto para cambiarlas en cuanto las cosas estuvieran tranquilas y encauzadas.

—Cerrada —sentenció.

—Y el olor, ¿lo notas ahora?

—¿El de los ambientadores? Sí, un poco. Los encontramos puestos y dejamos un par, no nos dimos cuenta de que fueran tan fuertes.

—No me refiero al limón sino al otro, el de cerrado, el de polvo, es como húmedo. —Otra vez esa palabra errónea que se le colaba en la mente—. No, no es húmedo, es como... queso rancio.

Julia movió la cabeza en varias direcciones y aspiró el aire. Andrea lo había comentado durante la cena, pero nadie había percibido más que el olor de los ambientadores que habían tirado a la basura.

—No. No huelo a cerrado.

—¿Seguro que no notas nada?

Otra aspiración.

—Seguro.

—Pues serán cosas mías. —Terminó dándose por vencida y aceptando que si nadie más lo percibía sería problema de su nariz.

Sara volvió a protestar a gritos desde la habitación de al lado.

—¡Mamá, las hemos olvidado!

—¡Qué tortura! —exclamó Julia exasperada—. Buenas noches, Andrea. Voy a ver si resuelvo el terrible suceso de las sábanas desaparecidas.

—Si no las hemos traído, Sara es capaz de morir de un infarto. Está enamoradita de Jensen Ackles.

Su madre le gritó a Sara que no gritara y se marchó a la habitación de al lado dando un pequeño portazo. Andrea oyó cajones abrirse y cerrarse. Tras un par de minutos, Julia se rindió y aceptó que quizá se habían quedado en su casa. Su antigua casa. En España. Sara bufó, protestó y exigió, casi gritando, un juego nuevo inmediatamente. Esas sábanas de su serie favorita eran de las pocas cosas que se había negado a dejar en León, junto con sus consolas

(aunque había aclarado que estaba dispuesta a hacer un sacrificio si eran reemplazadas por sus versiones actuales sin demasiada tardanza) y algún recuerdo imposible de abandonar, como el gastado y roto Triki. Andrea no oyó la respuesta de su madre. Sintió sus pasos alejarse en dirección a la habitación del final del pasillo y cerrar la puerta con brusquedad.

Tomó aire profundamente. El olor había desaparecido. Al contrario de lo que había pronosticado su madre se durmió enseguida y no volvió a sentir ninguna brisa recorrer su habitación, ni su cama, ni su colcha, ni su cuerpo.

## 4

La nevera, un frigorífico combi de color metal a juego con el resto de los electrodomésticos, no albergaba más que leche, tomate triturado y un par de bandejas de bacon. En los armarios de la cocina había café, patatas y macarrones.

—¿De qué te has estado alimentando estos días? Hay que comprar de todo —se quejó Julia mientras cerraba la nevera de golpe—. Ni siquiera hay galletas.

—Sabes que odio cocinar. ¿Tienes una lista de lo que hay que comprar?

Julia se rio con el sonido tintineante que aún encandilaba a su marido veinte años después del día de su matrimonio.

—Sí. La llevó aquí —apuntó a su cabeza—, y dice: Comprar de todo.

Daniel la cogió por la cintura.

—Vuelve a hacerlo.

—¿El qué? —los ojos de Julia se iluminaron traviesos.

—Reírte.

Julia lo hizo, sinceramente, sin forzarlo. Daniel la subió sobre la encimera con la facilidad de un bailarín profesional y buscó sus muslos.

—¡Espera! Las niñas. —Julia se hizo la escandalizada y paró sus manos revoltosas.

—Son las siete y cuarto. Puedes apostar a que no se levantaran ni aunque haya un terremoto.

Daniel besó a Julia en la barbilla mientras ella desabrochaba su cinturón.

## 5

Dejaron dormir a sus hijas hasta las nueve menos diez, después las despertaron y salieron para desayunar en alguna cafetería.

Una hora más tarde, con el sol calentando el veraniego día de su nuevo pueblo, se sentaron en uno de los sofás de piel, de color rojo apagado, en la cafetería Rosie's. Una mujer de mediana edad vestida con un uniforme de rayón rosa les sirvió café negro y les tomó nota. Cuando habían entrado la gente les había mirado curiosa saltando de un miembro a otro. Primero se habían fijado en Daniel, que destacaba con su metro ochenta y cinco. Después habían examinado a Andrea más tiempo del que permitía la buena educación, y, tras percatarse de su actitud descarada, habían pasado a inspeccionar ligeramente al resto de los acompañantes.

Julia probó el café. Negro y aguado. Estuvo a punto de escupirlo, aunque consiguió tragarlo sin que se escapara de sus labios una sola gota.

—¡Qué mal sabe esto!

Miró a su alrededor. La gente hablaba y bebía sin ningún gesto extraño en la cara. Cogían las tazas, sorbían el líquido y seguían la conversación de forma natural sin reparar en el horrible sabor de lo que Julia acababa de catalogar en el apartado de brebajes.

—Ya os advertí que el café americano es especial. Cuando estudié aquí el máster de diseño casi me volví británico de tanto té que bebí. De todas formas —dijo buscando una confirmación de Julia—, no puede ser peor que aquel que tomamos en el hotel el mes pasado. —Julia sopesó la respuesta mientras contemplaba la taza. Ante la indecisión de su mujer, Daniel probó el café.

Su cara habló por él. Sara puso la mano de su hermana en la taza de café.

—En esta vas tú primero.

—Vale, allá voy —se atrevió Andrea riendo.

Daniel pensó que era la misma atractiva risa de su madre. Andrea era muy guapa, más que su hermana y, sin duda, lo sería más que su madre. De piel muy blanca y con un pelo largo, liso y oscuro muy diferente del castaño pajizo de Sara y de Julia. Ese color de pelo lo había heredado de él, los labios gruesos y rojos, eran de su madre. Los ojos de un azul intenso, del mismo color que el del cielo, también eran de su madre. Pero la mirada, incapaz de

detenerse en algún rostro, no era tan magnética como habría sido si pudiera ver. Se maldijo una vez más por aquella tarde en que había visto salir a sus hijas sin casco. Se maldijo una vez más por no haber cumplido con su deber de padre y haberlas obligado a ponérselo. Las maldiciones no se acababan. Mil veces le había repetido Julia que no era culpa suya, mil veces se lo había repetido a sí mismo. Mil veces más se lo repetiría y siempre seguiría sin creérselo.

Andrea tragó la bebida.

—Solo voy a decir una cosa: esto no es café.

Sara observó su taza como si se tratara de una bomba peligrosa. Levantó las cejas, sorbió armándose de valor y puso el gesto más asqueado que le permitió su expresión facial.

—No, no es café. Posiblemente ni siquiera sea una bebida permitida por sanidad.

Las tres mujeres rieron, risa burbujeante como una copa de champán recién descorchada. Daniel suspiró. Le esperaban unos años muy duros preocupado por roturas de corazón y chicos de manos largas.

—Chicas, esta será una de las cosas a las que vamos a tener que acostumbrarnos —les aseguró Daniel—. Y no seáis tan exageradas, no creo que a la gente le guste que insultemos su café.

—¿Dices que nos acostumbremos a beber matarratas? Ni lo sueñes. Si todos son así no pienso tomarme uno fuera de casa en la vida —prometió Sara.

La camarera regresó con cuatro platos llenos de tortitas, acompañadas de pequeñas montañas de nata y ríos de chocolate. Estaban deliciosas y compensaban sobradamente el café. La nata recién montada, esponjosa y apetecible, apenas sobrevivió un par de minutos en los platos.

Sara dejó el tenedor y se concentró en las conversaciones a su alrededor. Un revoltijo de mil palabras distintas sonaban en sus oídos como ruido blanco. Al igual que su hermana, hablaba inglés con la soltura que les había dado estudiar en un colegio bilingüe desde preescolar. Entre todo el batiburrillo una frase del niño rubio de la mesa contigua destacó sobre las demás captando su atención: «...el colegio empieza en agosto». Cuando su padre se lo había dicho poco antes del viaje, Sara había tenido que morderse la lengua para no ponerse a chillar. Las clases comenzaban la última semana de agosto. Cada vez que lo recordaba odiaba ese traslado.

Las semanas que precedieron a la mudanza había estado irritable y mal

educada. No podía evitar enfadarse y mostrar su rabia por abandonar España. No tenía muchos amigos, nunca había sido muy sociable, y su introversión se había agudizado desde que Andrea había perdido la vista. Entonces su hermana se había convertido casi en su única amiga. Tener que conocer compañeros con los que ni siquiera compartía la costumbre de las horas de la comida, la enfurecía. Había sido consciente de estar de mal humor continuamente, único medio que encontró para expresar su frustración, llorar era de niñas pequeñas. Y ella ya no era una niña. Sin embargo, para el asombro de sus padres, en ningún momento se había opuesto al cambio de residencia. Sabía, aunque ellos nunca lo habían dicho, que el principal motivo de que su padre hubiera aceptado el traslado no era el aumento de sueldo, sino que en Maine había un hospital puntero en el estudio de los problemas de visión. Jamás dejaría de hacer algo que pudiera ayudar a Andrea, implicara lo que implicara. Cuando veía a sus compañeros de clase con estúpidas preocupaciones de zapatillas de marca y botellones se daba cuenta de lo poco en común que tenía con ellos. Tal vez tener una hermana invidente implicaba *ver* las cosas con una perspectiva más clara. Intentaría mantener el contacto con sus pocas amigas pero sabía que acabarían distanciándose.

Miró su café con resignación. Se encogió de hombros y dio un sorbo.

—¡Puaj! Creía que lo peor de mudarnos sería empezar las clases en agosto, pero este café está a punto de tomar la primera posición.

—Confirmando tu opinión —dijo Julia.

—Si metes un trocito de tortita justo después, no está tan mal —aconsejó Daniel divertido.

Un hombre fuerte enfundado en unos vaqueros desgastados, con alzacuellos y una raída gorra de beisbol, entró saludando a todos con la mano. Posó la vista en cada hombre, mujer y niño con la rapidez de un maestro de escuela pasando lista en medio de una excursión campestre. Enseguida divisó a la nueva familia sentada en la mesa cerca de la entrada. Se quitó la gorra y se acercó con una amplia sonrisa en el rostro.

—Buenos días. Permítanme que me presente. Soy el párroco de la congregación evangélica de Lonely Hill. Supongo que ustedes serán nuestros nuevos vecinos, los que han comprado la casa de Sun River. ¿Me equivoco? —preguntó con una sonrisa.

—No se equivoca, padre. Somos nosotros. —Daniel alargó la mano y se la tendió al sacerdote—. Mi nombre es Daniel. Esta es mi esposa Julia, y mis hijas Sara y Andrea.



—Bien. Bien. Pero no me llame padre. Mejor Nathan, o reverendo —se presentó el hombre estrechando las manos de la familia. Cuando se la ofreció a Andrea, no obtuvo respuesta. Julia le sacó de la duda.

—Andrea es invidente, padre,... Nathan —rectificó.

El párroco presionó levemente el hombro de Andrea.

—Encantado, Andrea.

La chica posó su mano sobre la del hombre, tenía una piel tan áspera y seca como su voz. Intuyó que era mayor, de unos sesenta años y un fumador empedernido. No olía a tabaco, así que quizá lo había dejado. Pronunciaba mal las erres, pero a ella le parecía que todos los angloparlantes las pronunciaban mal, como niños pequeños con rotacismo.

—Igualmente —le contestó.

—Bien. Lamento informarles de que en el pueblo no hay iglesia católica. En realidad estoy dando por supuesto que son católicos, tal vez me equivoque.

—Más bien no somos nada. No vamos a la iglesia —contestó Julia.

El hombre movió la cabeza de lado a lado.

—Un país muy poco practicante España. Son españoles ¿verdad? —Julia arrugó el entrecejo sorprendida. Nathan sonrió—. Como pueden ver, las noticias vuelan. Y si además se refieren a la casa más famosa de los alrededores... ya se imaginarán. Bien, no les molesto más. Solo quería presentarme. Si necesitan cualquier cosa, estoy a su disposición. Y si quieren pasarse cualquier domingo por nuestra iglesia, serán bien recibidos.

Sin más palabras el reverendo les dejó y caminó directo con un dedo acusador hacia un par de hombres:

—Bien. Hace demasiado que no os pasáis por la iglesia vosotros dos, ¿no os parece?

Sara no perdió la oportunidad. Sus padres les habían dicho que la casa había salido barata porque se había cometido un crimen en ella y nadie quería comprarla, pero no les habían dado más explicaciones, y para su vergüenza, ella, la ufóloga amateur y seguidora de Iker Jiménez, la devoradora de series criminales, no había insistido. Esos días había estado demasiado enfadada, o agobiada, o cansada, como para someter a sus padres a un tercer grado, y el *pequeño* detalle se había borrado de su memoria. Hasta que el reverendo se lo había recordado.

—Contadnos algo más sobre el asesinato —exigió Sara—. El que ocurrió en la casa.

—Sí. Por lo visto aquí aún es un tema *cool* —Andrea remarcó la palabra inglesa con ironía y se unió al interrogatorio.

El cambio en la conversación cogió desprevenidos a Daniel y a Julia.

—Pero si ya os hemos contado todo.

—Seguro que no —dijo Andrea.

—Venga mamá, va a ser nuestra casa y somos macabras adolescentes.

—Sara se frotó las manos—. Queremos detalles.

Julia miró a su marido que se encogió de hombros. Lo más probable era que algún compañero de clase les contara todo el primer día. El asesinato había estado en primera plana de todos los informativos del estado varias semanas.

—La verdad es que no sabemos mucho más de lo que os hemos contado. Que la casa estaba tirada de precio porque se había cometido un asesinato en ella. Una mujer había matado a su marido. Solo que...

—Me asombra que la mujer de la agencia os lo haya contado — interrumpió Andrea.

—Creo que la ley les obliga a informar a los compradores. Y... —Julia intentó coger de nuevo el hilo de su explicación—, lo que nos dijo fue que una noche se oyeron disparos en la casa. Cuando acudió la policía el marido estaba descuartizado...

Esta vez fue Sara quien, con ojos ávidos, cortó a Julia.

—¡Una historia de terror para desayunar, no! Guárdatela para esta noche, en casa, con unas velas.

Julia hizo un mohín y continuó para decepción de su hija mayor.

—Como iba diciendo —recalcó esas palabras a modo de advertencia—, cuando llegó la policía el marido estaba descuartizado en el salón.

—¿Descuartizado? —preguntó Andrea—. ¿Y los disparos?

—Parece que el crimen nunca llegó a resolverse del todo —continuó Julia—. La pistola fue disparada por la mujer, no por el marido, era ella quien tenía restos de pólvora en las manos. Nadie sabe qué sucedió, ni siquiera el móvil quedó claro durante el juicio. La mujer no tenía heridas defensivas, ni el marido, no parecía haber mediado pelea alguna. Ninguno estaba drogado. El marido murió por las heridas producidas por algún tipo de arma blanca que nunca se encontró. La mujer perdió la cabeza y no dijo nada en ningún momento. Un tribunal la declaró culpable de homicidio pero la condenó a un psiquiátrico. Según la mujer que nos vendió la casa, no parece que vaya a salir de allí nunca. Dicen que está en estado catatónico o algo así.

—¡Vaya! Somos dueñas de un crimen sin resolver. A lo mejor un día encontramos una pista y nos hacemos famosas. —Sara codeó a Andrea que también estaba excitada ante la historia.

—No cuentes con ello. La policía registró la casa mil veces, o eso nos aseguró la mujer de la agencia. Una vez que se cerró el caso, un familiar del hombre asesinado puso la casa en venta. Limpiaron, pintaron y tiraron muebles, pero por aquí la gente no quiere casas donde hayan ocurrido crímenes violentos. Son muy supersticiosos.

—Y no sabemos nada más —terminó Daniel—. Tampoco creo que haya mucho más que saber. Una mujer se volvió loca y mató a su marido, el resumen que os habíamos dado era suficiente. Si hemos acabado de desayunar, vamos a comprar porque en casa no hay ni una triste galleta que llevarse a la boca.

—¿Por culpa de quién? —le preguntó Julia burlona.

## 6

Veinte minutos después de las once los Montoya pararon el Cherokee delante de su nueva casa. Julia y Daniel sacaban bolsas de papel del maletero cuando una voz les llamó a sus espaldas. Una mujer y un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, junto a un chico y una chica de aproximadamente la misma edad que sus hijas, se acercaban a ellos. La mujer sostenía una bandeja en la mano. El hombre, que le sacaba una cabeza a Daniel, era tan alto que podría haber jugado de pívot pero conseguía con su postura encorvada, sus ojos caídos y su amplia sonrisa, parecer inofensivo.

Se presentó como Harry Cooper, su vecino de enfrente. El acento era fuerte y arrastraba las eses al hablar más de lo corriente en esa zona del país. Su esposa, Maggie, era bajita y algo entrada en carnes, viendo a los dos juntos era imposible no tener la impresión de estar ante el «punto» y la «i». Sus hijos, delgados y altos como el padre, resultaron ser unos mellizos de la edad de Sara que se llamaban Paul y Samantha. Venían acompañados de un salvaje cocker, llamado Halo, que no paraba de intentar soltarse de la correa que sujetaba la chica. Apenas hablaron cinco minutos en los que la señora Cooper se disculpó por no haber acudido antes a presentarse, pero estaban

esperando a que estuviera la familia al completo, y se ofrecieron a ayudarles en cualquier cosa que necesitaran.

Durante esos minutos de charla intrascendente, Harry y sus hijos trataron de no mirar a Andrea, a diferencia de Maggie, que fue incapaz de retirar la vista de su bastón.

## 7

Los Cooper volvieron a su casa en cuanto se presentaron a los Montoya. Maggie se dirigió a la ventana central del salón y retiró mínimamente la cortina de encaje, confeccionada por ella misma, para fisgar cómo sus vecinos sacaban las bolsas de la compra.

—Pobre chica. Es ciega —afirmó.

—Sí, mamá. La gente no lleva esos bastones si no los necesita —contestó Sam con un deje molesto.

Halo se subió al sofá y empezó a restregarse contra los mullidos cojines. Sam lo bajó tirándole del collar antes de que su madre lo viera. Entrar en la casa era un privilegio, subirse al sofá una prohibición tajante.

Maggie continuó observando a sus nuevos vecinos. Los padres habían dado ya dos viajes y aún seguían sacando bolsas. Las chicas, sin embargo, caminaban lentamente hacia la casa.

—Pobre. Con lo mona que es. Si fuera normal, la perseguirían todos los chicos.

—Es normal, mamá —el tono de su hijo fue severo.

Maggie se avergonzó de su comentario.

—Sí, claro. No quería decir eso. Y no seáis tan quisquillosos. Lo digo sin maldad y lo sabéis.

Sam se dio la vuelta y salió del salón, poniendo los ojos en blanco, acompañada de su hermano y Halo.

Harry entró con un vaso de limonada casera en cada mano. La limonada de su mujer era la mejor que había probado en toda su vida.

—Toma. —Señaló con la cabeza hacia la calle—. Parecen buena gente.

—Sí, no entiendo cómo no les habrá importado meterse a vivir en una casa así.

—Según me han dicho, la casa les ha salido por la mitad de lo que vale. Ese es un buen motivo.

Maggie se sentó en su lugar preferido, el sofá gris. Le recordaba a su matrimonio, un poco viejo y gastado, pero duradero y firme. Se arrellanó justo en el medio y dio un buen trago a su bebida. Estaba ácida y refrescante. Posó con cuidado el vaso sobre la mesita de metacrilato del salón. La casa azul de sus vecinos era una buena casa, estaba en buen estado y, aunque no era la más grande de la calle, no era pequeña. La mitad de su valor podría ser considerado una ganga, si no fuera porque...

—... es la casa de un crimen —terminó en voz alta.

Harry soltó una carcajada sincera.

—No entiendo cómo eso te parece tan importante.

—Pues lo es. Seguro que en ese sitio no hay buenas vibraciones.

Harry rio sonoramente, como un trombón expulsando el aire a trompicones.

—Los miles de dólares que se habrán ahorrado compensan eso, y más.

—Yo no la querría ni aunque me la regalaran.

—Maggie, es una suerte que nadie te la haya ofrecido porque yo sí la querría.

## 8

Sara soltó una bolsa sobre la encimera con fuerza, provocando que los tarros de cristal chocaran entre sí.

—Cuidado —le advirtió su madre.

—Vaya vecina. —Sara bajó la voz para que su hermana no la oyera—. No le quitó ojo a Andrea.

Aunque Julia se había dado cuenta no quería juzgar a la ligera. No en esos momentos. Tener unos vecinos, unos amigos, que les ayudaran en este drástico cambio de sus vidas era importante. No conocían a nadie en el pueblo, ni en el estado, ni siquiera en el continente. Estaban a un océano de distancia (literalmente) de todas las personas con las que habían compartido su vida hasta ese momento. Su marido ni siquiera conocía a sus compañeros de trabajo. Ella, por su parte, tendría que empezar de cero. Tal vez no fuera

una artista reconocida pero en León tenía una lista creciente de clientes, incluso había llegado a hacer alguna exposición, humilde, en la que había vendido varias de sus obras. Y sus hijas debían hacer nuevos amigos. Era importante tener gente cercana que les apoyara, porque lo necesitarían.

—Guarda todo lo congelado o se va a perder.

Sara iba a continuar quejándose pero oyó el toc-toc del bastón de Andrea acercándose.

—Qué agradables son nuestros vecinos, ¿no? Nos han traído comida. Vamos a probar el famoso pastel de carne americano.

El timbre interrumpió la afilada respuesta que nacía en la lengua de Sara.

—Abro yo.

Renegando por lo bajo fue hasta la puerta. Al otro lado de la mirilla había dos mujeres portando una bandeja.

—¿Quién es? —preguntó.

—Vivimos al final de la calle —respondieron al unísono las dos mujeres que a través de la mirilla presentaban una nariz larguirucha de pájaro.

Daniel llegó en ese momento y pidió a Sara que volviera a la cocina para ayudar a su madre. Tras componer una sonrisa en el rostro, abrió la puerta. Estuvo retenido más de diez minutos por las mujeres, que le recordaron a tucanes con sus largas narices y sus vestidos coloridos. Eran dos hermanas de más de setenta años que compartían casa al final de la calle. Jessica y Hanna Goodrich, se presentaron. Según le informaron, las dos se habían quedado viudas. El mismo año. ¿Qué podían hacer mejor que irse a vivir juntas y darse compañía? De eso habían pasado ya casi siete años. Deseaban darles la bienvenida y que probaran su famosa tarta de cerezas, la mejor de todo el estado.

No fueron las últimas visitantes en pasar a saludarlos. Eran la nueva atracción de feria del lugar, y parecía como si los Cooper hubieran dado el pistoletazo de salida para las presentaciones. Algunos trajeron comida y otros no. Algunos les sometieron a un interrogatorio y otros no. Pero todos, antes de marcharse, les preguntaron si no les importaba nada haber comprado esa casa.

Después de conocer a varios vecinos más, los Cooper no parecieron tan entrometidos como al principio.

### 3. El desván

#### 1

Al día siguiente, un domingo soleado y caluroso, Sara subió al desván una sola caja. Habían dejado muchas cosas de sus vidas en León. Recuerdos, juguetes... y las plantas que se había quedado la tía Alicia. No había aceptado el piano a pesar de pertenecer a su propio padre. Su tía era una mala bruja. Un bicho que disfrutaba con las desgracias ajenas. Cuando miraba a Andrea un brillo de satisfacción animaba su cara. Sara estaba segura de que su padre también lo notaba, pero su madre parecía no darse cuenta de la maldad de su hermana. Su tía ni siquiera quiso estar pendiente de enviarles sus pertenencias al otro continente. «Lo siento, estoy muy ocupada», les había dicho. Mala, bruja. Afortunadamente los libros, las pinturas de su madre y algunas cosas más las enviarían unos amigos de sus padres. Estaba deseando tener sus libros con ella. Solo había metido en la maleta unos pocos y echaba de menos su biblioteca.

Aunque muchas cosas más habían sido abandonadas para siempre. Cuadros, árbol de navidad y otros mil recuerdos rebosantes de pasado. El nuevo propietario de la casa se los había quedado y no sabían qué haría con ellos. Probablemente tirarlos a la basura, no vería en ellos más que trastos inútiles.

Igual que se desharía de las bicis, que desde el día en que Andrea se había caído permanecían llenándose de polvo en un rincón del trastero. A menudo había deseado subirse a una bicicleta, volver a pedalear y viajar sin rumbo durante un par de horas para llegar reventada, meterse bajo la ducha y dejar el agua resbalar por su piel sudorosa. Era solo una idealización del recuerdo y cada vez que había acabado tocando el metal, el encanto, la atracción de la ilusión, se había desvanecido.

La última vez había sido el cuatro de noviembre de 2013. A ella y a su hermana les encantaba montar en bici desde pequeñas, pedaleaban kilómetros acompañadas de su padre. Su madre prefería quedarse en casa con sus

cuadros y su piano, era una artista de los pies a la cabeza, pero ni ella ni Andrea sentían el menor interés por la música (su breve enamoramiento de la guitarra eléctrica apenas duró un par de meses) ni por la pintura. Después de ese noviembre ninguno de los tres había vuelto a subirse a una bicicleta.

Recordaba a Andrea aquel otoño gimoteando y pidiendo una bicicleta nueva, quejándose de haber heredado la de su hermana mayor. Sara creía que sus padres habían pensando regalarle una nueva por Navidad porque lo había oído mientras les espiaba una noche que hablaban sobre los regalos de Reyes. Pero ese momento no llegó nunca. Un día habían salido a dar una vuelta por el parque que había cerca de su casa. No se habían alejado más de un kilómetro, no iban rápido, Andrea no había derrapado y no había tomado ninguna curva, simplemente se cayó y su cabeza chocó contra un bordillo. Desde ese día no hubo más luz para ella. Según los médicos, el golpe había provocado una inflamación que afectó a los nervios oculares. Era un caso complejo porque el nervio tenía una deformidad de nacimiento. Les habían explicado que lo más probable era que un día muy cercano Andrea hubiera perdido la visión, el accidente únicamente había acelerado el proceso. Habían insistido mucho en ese punto, a su padre se lo habían repetido mil veces hasta que había empezado a creérselo, gracias sobre todo al psicólogo (¿cómo se llamaba? ¿Carlos?). Eso era lo único bueno que había logrado el psicólogo, aunque ella creía que su padre todavía se culpaba en silencio.

Desde el cuatro de noviembre de 2013 no había vuelto a ir en bici, no por miedo, sino por Andrea. Sería como agitar en las narices de un preso la llave de su celda.

Sara, olvidándose de las bicicletas, tiró de la argolla que colgaba del techo de su nuevo hogar. La escalera plegable descendió rechinando. Le hizo gracia la forma en que la escalera se desplegó ante sí como una alfombra ante una reina, no así el chirrido y el aspecto un tanto avejentado de la madera. Comenzó a subir vacilante y, bajo su peso, el tercer escalón cedió. Perdió el equilibrio y su frente golpeó contra uno de los peldaños. La caja se tambaleó entre sus manos pero consiguió retenerla contra su pecho y evitar que el contenido se desperdigara por el suelo. Lo único frágil que contenía era un pequeño belén de cerámica que nunca montaban en Navidad, pero del que su madre se negaba a desprenderse porque le recordaba a su infancia.

Notó un dolor en la frente allí donde se había golpeado y se pasó la mano por ella. Soltó unos cuantos tacos malsonantes. Tal vez le saliera un chichón. El travesaño se había quedado partido en dos colgando de los



largueros. Lo miró con rencor, como si la vieja madera se hubiera roto adrede.

—Papá, vas a tener que hacer de carpintero.

Con cuidado, tanteando cada peldaño antes de descargar su peso sobre él, continuó subiendo. Crujían y chillaban bajo sus pies, pero ninguno parecía tan endeble como el que se había roto.

Al llegar arriba dejó la caja en el suelo del ático. Con los brazos en jarras contempló el cuarto, envuelto en una suave luz mortecina entre la que bailaban las partículas de polvo que acaba de levantar con su entrada. Una bombilla desnuda, con una cadena de bolitas oxidadas, colgaba cerca de la trampilla. Tiró de la cadena pero no se encendió. Tiró dos, tres veces, y a la cuarta, cuando empezaba a sospechar que estaba fundida, la bombilla se iluminó. Tenía una gruesa capa de suciedad y apenas alumbraba. Con la manga de su sudadera la limpió un poco consiguiendo que la iluminación fuera menos tenue. Necesitaban una bombilla de más potencia ahí arriba.

Echó un vistazo a su alrededor. El desván le transmitió abandono y persistencia. Estaba lleno de fino polvo y de telarañas tejidas con esmero, pero también de numerosas pertenencias que hablaban de la vida de otras personas. Ser consciente de esa perspectiva la inquietó y la excitó por igual.

Curiosa como un gato, quiso abrir todas las cajas. ¿Qué habría en ellas? ¿Álbumes de fotos? ¿Recuerdos de boda? ¿Estaría allí la vida del hombre asesinado? Sus manos y sus ojos no sabían en dónde posarse ni por dónde empezar a investigar. Notó una incómoda sensación de intranquilidad, algo pesado en su estómago, como una piedra de río que tiraba de ella hacia abajo para que volviera con su hermana y sus padres, pero la curiosidad fue más fuerte y esforzándose por ignorar sus tripas empezó a caminar por el ático de su nueva casa.

Miró la caja que estaba más cerca de ella. Tenía una etiqueta pegada. Leyó en voz alta: «Disfraces de piratas-Disfraces de asesinos de cine». Su contenido se adivinaba revuelto y a su lado un baúl estaba abierto. Una caja de cartón mostraba una huella dactilar negra bien marcada y con una fina capa de polvo gris cubriéndola. La examinó y llegó a la conclusión de que la policía había investigado el desván. Parecía ser el único lugar de la casa donde quedaba alguna pista de lo que había ocurrido allí.

Siguió recorriéndolo con la mirada. Había cajas de cartón, de plástico, baúles, muebles, arcones. Una caja de toscos tablones de madera con letras en rojo apenas llamó su atención. La ventana con forma de ojo de buey tenía

tanto polvo como la bombilla. Se acercó para limpiarla con la manga. Su sudadera quedó negra tras retirar parte de la suciedad del cristal. Su madre iba a matarla.

Una voz se coló por la trampilla.

—Pero... ¿qué diablos?

Era su padre. Debía de haber visto el escalón. Fue corriendo a la trampilla.

—¿Sara? ¿Estás ahí?

—Sí. —Sacó la cabeza por el hueco—. He subido una caja al desván.

—¿Y esto? —le preguntó su padre señalándole el travesaño roto.

—Puse un pie encima y se partió.

Su padre se agachó y examinó el peldaño. Probó los demás haciendo fuerza con sus manos. Chillaban con un dolor ahogado.

—Tendremos que cambiar la escalera.

Sara levantó las cejas.

—¿Tú sabes hacer eso?

Daniel lo pensó un momento. ¿Sabía? No. Pero con ayuda de internet no lo descartaba.

—Ya veremos. De momento no quiero que subáis al desván si no es imprescindible. Baja.

—Dentro de un poco, quiero cotillear por aquí. Esto está lleno de cosas.

—Sí, lo sé. Supongo que tendremos que deshacernos de ellas...

—¡Oh! ¡Espera! Primero quiero verlas todas. Seguro que hay algo interesante. Y he encontrado huellas dactilares con carboncillo sobre algunas cajas. Creo que la policía anduvo por aquí.

Daniel arrugó el ceño. ¿Huellas dactilares? Luego echaría un vistazo, aunque apostaba a que no sería más que una mancha de grasa. Le repitió a Sara que bajara pero su hija se negó. Entre gruñidos que no le condujeron a nada, Daniel se alejó. Volviéndose una vez más a la trampilla, gritó:

—Ten mucho cuidado al bajar. —No hubo respuesta—. ¿Has oído?

Sara resopló cansada con fuerza suficiente para que su padre escuchara el aire salir por su boca.

—Sí. Como mucho tardo quince minutos.

Daniel bufó y optó por no proseguir con una discusión que no le conduciría a ningún sitio. Había oído un leve chillido en la habitación de Andrea y quiso cerciorarse de que su hija estaba bien. La encontró de pie, tocando, *palpando*, su armario. Esa era la única tarea en la que su hija pedía

ayuda. La elección de ropa. El armario era grande, muy parecido al que tenían en León, con muchos estantes para que pudiera ordenar cómodamente su ropa por material y colores, aunque muchas veces oía cómo pedía consejo a su hermana. El peor momento era cuando iban a comprar ropa. Andrea lo odiaba. Y él creía entenderla. Tener que confiar en la opinión de los demás para saber cómo te queda una prenda, no saber si uno estaría de acuerdo con la elección... Maldijo el día cuatro de noviembre. Cerró los ojos y se repitió la mentira de que todo habría ocurrido igualmente. Quizá si la repetía todos los días se la acabaría creyendo.

Su hija giró la cabeza hacia la puerta, donde él se había quedado.

—¿Papá?

Daniel se sorprendió. Por un momento creyó que su hija le había oído gritar por dentro.

—¿Cómo sabes que estoy aquí? ¿Mi aftershave?

—Es demasiado fuerte, ya te lo he dicho. No sé cómo a mamá no le molesta.

—A mamá le gusta, créeme. —Se acercó a ella y le cogió la mano—. ¿Estás bien?

Andrea se mordió el labio. No le importaba que la ayudaran, que la condujeran, o incluso, hasta cierto punto, que estuvieran pendientes de ella, pero sí que le preguntaran si se encontraba bien en cualquier momento, como si por tener problemas de visión toda su salud fuera de papel.

—Sí —contestó cortante.

—Tu hermana ha subido al desván y mientras estaba allí hablando con ella, te oí... —decirlo era difícil. ¿Y si estaba equivocado?—. Oí como si tropezaras con algo.

—Sí, me golpeé con la cama. No pasa nada. Solo llevamos un par de días aquí. Pero ya casi me sé la casa de memoria. Treinta y dos pasos desde la cancela hasta el primer sofá del salón. Tres pasos entre mi habitación y la de Sara, ocho para la vuestra. Tres pasos entre la cama y el armario. Seis entre la puerta y la cabecera...

—Te acostumbrarás.

Andrea ladeó la cabeza cansada. A veces su padre no se enteraba de nada. Ya estaba acostumbrada. Ellos también tropezaban, pero eso no lo *veían*. No veían muchas cosas aunque tuvieran vista.

Un aire frío acarició su nuca y el aroma indescriptible la envolvió.

—Papá, ¿seguro que no notas un olor en la casa? Uno suave, como a

humedad, o a viejo. No sé definirlo bien.

Daniel aspiró aire con profundidad. No olía nada. Volvió a aspirar con fuerza pero lo único que viajó por su nariz fue el olor alcohólico de su colonia, aunque si su hija percibía algo era posible que estuviera en lo cierto. Había dicho humedad.

—Espera un momento.

Sus veloces piernas le llevaron trotando hasta la escalinata del desván y se arrodilló junto al peldaño roto. Quizá la madera estuviera podrida. Quizá la casa estuviera afectada por la humedad. Después de tanto tiempo deshabitada no sería extraño. Deberían haber contratado a algún arquitecto para revisar el estado de la casa. Habían comprado demasiado rápido. Se habían mudado demasiado rápido. Todo había sido demasiado rápido.

Acercó su nariz al peldaño y aspiró concentrándose con los ojos cerrados. No captaba otra cosa que olor a madera vieja. Observó con cuidado la estructura. Se veía añeja. La pintura blanca estaba descascarillada y los escalones tenían grietas. El que se había roto colgaba de los largueros. Lo rozó con sus manos. No había humedad ni la madera se deshacía a su tacto. Eso era bueno, ¿no? Tal vez deberían pedir una revisión completa de la casa; tarde, pero mejor tarde que muy tarde.

Acarició la madera y se clavó una astilla en un dedo. La retiró con cuidado de su piel. Había que quitar ese peldaño.

—Sara ¿sigues ahí? —preguntó al hueco en el techo.

—Sí.

—Voy a por un martillo y una palanca para retirar el escalón roto, ¿vale?

—Claro.

—¿Has encontrado muchos tesoros? —preguntó con la vana esperanza de obtener algo más que un monosílabo.

—Unos cuántos. Hay un montón de disfraces. Y libros. Y lámparas... De todo. Dile a mamá que suba. Lo va a flipar.

A Daniel le hizo gracia la expresión de su hija. A *flipar*. Eso ya lo decía él de joven. Bajó a por el martillo y la palanca. Se alegró de haber sido previsor y haber comprado algunas herramientas en el supermercado el día anterior. ¿Dónde habían colocado las herramientas? ¿Las habían colocado ya en algún lugar? No lo recordaba. Le preguntaría a Julia.

Sara oyó a su padre alejarse y se volvió a concentrar en abrir, vaciar, esparcir, manosear y descolocar. Aunque el polvo que levantaba le picaba en la nariz y en la garganta, no quería dejar de rebuscar en ese desván, lo

segundo mejor que tenía la casa a la que se habían trasladado sin que ni ella ni su hermana hubieran podido opinar. El asesinato era lo mejor.

Hasta el momento había encontrado una lámpara con una figurita de escayola que representaba a una dama del siglo XVIII junto a un perro sentado bajo un kiosco. La bombilla estaba en el techo del kiosco y además del interruptor, a los pies del perrito (un King Charles con una expresión muy conseguida) había un pequeño botón. Apostaba a que era una lámpara de música. Su pediatra tenía una lámpara muy parecida y la melodía que sonaba era *Para Elisa* de Beethoven. Quizá pasara a formar parte de su habitación. En otra caja encontró un servicio completo de platos de porcelana con unos dibujos de flores de colores otoñales. A su madre le gustarían. Cogió uno de los platos y lo puso al lado de la lámpara.

En un arcón de madera, bajo el polvo gris y harinoso, apreció otra débil huella negra y, a su lado, varias cajas estaban desordenadas. La casa estaba resultando mortalmente interesante, tal vez encontrara alguna pista que a la policía se le hubiera pasado por alto y resolviera el crimen, sería como una especie de miss Marple joven. Pero de momento no había encontrado álbumes ni nada personal, solo ropa, algún libro viejo, cacharros. Nada de cartas de amantes o amenazas escritas con recortes de periódicos. Algo tan obvio lo habrían requisado los agentes. Suspiró decepcionada.

—Sara —su padre volvió a hablarle desde el piso de abajo—, voy a retirar el peldaño roto. Cuando termine quiero que bajes. ¿Entendido?

—Sí, papá. No me lo repitas más —refunfuñó.

Había tantos baúles que no sabía por dónde continuar. Oyó a su padre dar un grito y soltar un taco. No era muy hábil con el martillo.

Al dar un paso hacia atrás tropezó con la caja de madera vulgar y de letras rojas que había pasado desapercibida a sus ojos. La tapa se cayó al suelo. Dentro, sobre un poco de papel de embalar, había un joyero de madera barnizada. Lo sacó y lo examinó a la luz del sol que se colaba por el sucio ojo de buey apagadamente, como si hiciera mucho tiempo que la estrella no se limpiara las legañas.

La madera era bonita aunque estaba algo astillada, unos adornos dorados en la tapa, con forma de jeroglíficos, relucían incluso bajo la escasa luz de la estancia. La abrió expectante, pero no contenía nada. Era solo una caja simple, sin ningún compartimento. Era muy suave y tenía un bonito cierre plateado que debía de sujetarse con una especie de pasador. Sara sacó el papel de embalar y rebuscó en la caja donde estaba el joyero (porque ya había

decidido que era un joyero, ¿qué otra cosa podía ser?) sin éxito. Una pena. Se fijó entonces en la inscripción de la caja de embalaje.

*“Expedición 03-10-1968.  
Origen: Luxor. Egipto.  
Destino: Museo de Historia Antigua. Londres.  
NO ABRIR”*

—¿Vienes de Egipto? —No era una pregunta, ni una afirmación. En ese momento no fueron más que unas palabras arrojadas al aire espeso del desván.

Un frío aleteo la sobresaltó provocando que los pelos de la nuca se le erizaran. Una voz susurró a su oído. Buscó a su alrededor con el corazón palpitando frenéticamente. No había nadie.

—¿Papá?

—¿Sí?

Su padre le contestó desde el piso de abajo. Escuchó atenta sin captar más sonido que su respiración y los golpetazos sordos del metal contra la madera producidos por el martillo. Dio un zapatazo en el suelo. Se estaba comportando como una tonta. Demasiado tiempo sola y rodeada de cosas viejas. Era hora de bajar. Se disponía a dejar el joyero donde lo había encontrado cuando una nada fría y mortal rozó su brazo arañando su piel con uñas afiladas. Sara gritó y la oscuridad la tragó.

Cuando recuperó la conciencia estaba en brazos de alguien que la sacudía con violentos movimientos. Agitó los brazos intentando zafarse de quien la aprisionaba con el recuerdo de un peligro todavía atenazando su cuerpo.

—¡Sara! ¿Estás bien? —le preguntó su padre agitándola por los hombros.

Sara sentía el cuerpo y la cabeza tomados por un millón de pequeños insectos que le impedían ver y pensar con claridad.

—¡Sara!

—Sí, sí. Para, papá, me estás mareando —consiguió decir esforzándose por abrir una brecha a través de ese hormiguero—. Agua.

Su madre la cogió de la muñeca asustándola. *Fría*. Su mano estaba fría. Significaba algo, pero el recuerdo se escapaba a cada momento.

—¿Estás bien? —su voz sonaba más preocupada que la de su padre—.

¿Qué ha pasado, por qué has gritado?

No recordaba haber gritado. No recordaba haberse caído al suelo. Solo un dolor en el brazo. Se lo tocó y notó un resquemor. Unos pequeños rasguños rojizos empezaban a inflamarse. Sus padres siguieron su vista y le examinaron los arañazos.

—Hay que desinfectarlos —aseguró Daniel.

En ese momento Sara se despejó y lo único que quiso fue llegar al botiquín rápidamente o su padre se empeñaría en curarla él mismo y la embadurnaría en Betadine. Su padre siempre quería tomar el mando ante cualquier pequeña herida que se producía en la familia. Sara no tenía la menor duda de que era un enfermero frustrado que por algún extraño motivo había acabado de informático.

Bajó las escaleras dando trompicones y, al intentar poner el pie en un escalón inexistente, resbaló hasta el suelo. Andrea la esperaba al pie de la escalera y pudo apoyarse en ella.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Andrea asustada mientras la ayudaba a recuperar el equilibrio.

—No lo sé. —Sara notó su propia voz pastosa, pesada—. Creo que me desmayé.

—¿Por qué has gritado?

Otra vez esa pregunta a la que no sabía qué responder.

—Ni siquiera recuerdo haberlo hecho. Quiero beber. Y coger el Betadine antes que papá.

Su hermana la cogió del brazo y notó los arañazos.

—¿Qué tienes aquí?

Cinco arañazos que, aunque no habían penetrado en la piel, le escocían como si estuvieran bañados en sal. Cinco arañazos que tendían a aproximarse según se acercaban a su muñeca. Una imagen se filtró entre los recuerdos de Sara, imprecisa como la carretera en una noche de tormenta, y después se perdió para siempre.

## 2

Andrea colocó su ropa meticulosamente en la percha y la colgó en el

quinto lugar del armario. Cuando acabó, habló en voz alta dirigiéndose a la puerta de su dormitorio. Había oído un sonido de pies acercándose a su habitación que se habían detenido allí, aunque no estaba segura de quién la observaba en silencio desde la puerta.

—¿Estáis contentos? Tenéis una hija que sabe colgar su ropa —reprochó al espía.

—Soy Sara. Ya sé que puedes doblar tu propia ropa. Además, no soy tu criada. No pensaba ayudarte.

Sara cerró la puerta tras de sí acompañada de un grimoso chirrido de los goznes, aún sin engrasar.

—Tengo que contarte algo. Pero antes de decírtelo quiero que sepas que te juro que es verdad. Y quiero que tú me jures que me creerás —le dijo mientras cogía a Andrea de la mano y la sentaba en la cama a su lado.

Andrea agachó la cabeza hacia Sara prestando la máxima atención.

—¿Qué pasa?

Sara se mordió el labio. Dudó un instante antes de seguir adelante, pero tenía que contárselo a alguien y la única persona que la creería sería su hermana, sus padres no le prestarían la más mínima atención, ni siquiera su padre, por muchos libros de ovnis que leyera.

—Cuando estuve en el desván, cuando grité, vi algo.

—¿El qué? —la apremió su hermana.

—No lo sé.

Andrea arrugó la frente.

—Creo que no te entiendo.

—Es difícil de explicar. No me acuerdo muy bien. Creo que algo apareció de la nada y me arañó. Creo que era horrible.

La última palabra flotó en el aire como una sombría pompa de jabón que acabó por estallar a través de la voz de Andrea.

—Horrible.

—En realidad, no logro recordar lo que vi. Pero creo... creo... que era un fantasma.

Andrea soltó una falsa carcajada.

—No me gustan estas bromas, ya lo sabes. —Intentó levantarse de la cama pero Sara la retuvo.

—Te juro que te estoy diciendo la verdad, no me estoy quedando contigo. ¡Te lo juro!

Andrea notó cierta desesperación en su hermana. Esas pequeñas



inflexiones, esas modulaciones de la voz, no se podían fingir, lo estaba aprendiendo desde hacía años. No le estaba gastando una broma. Recordó el grito de su hermana.

—Pero, si no sabes lo que viste, ¿por qué me estás diciendo que era un fantasma?

—No lo sé. No estoy segura. Por eso, mañana, cuando mamá y papá se vayan a la reunión de trabajo, subiré otra vez.

Andrea ahogó un grito de enfado.

—¿Estás de broma? Papá ha dicho que la escalera extensible está mal. ¿Y si te partes la crisma subiendo?

—No soy una cría. No me voy a partir ninguna parte de mi cuerpo. Además, he visto la escalera, no está tan mal.

—Pero acabas de decir que eso que viste te atacó y quieres subir... ¿a qué?

—A comprobar si hay algo. Horrible o no. Quiero saber si me lo estoy imaginando.

Sara dio la conversación por terminada. Se levantó de la cama y abrió la puerta. Antes de salir y cerrar con un nuevo chirrido tras de sí, dijo unas palabras que inquietaron a Andrea por su firmeza.

—Aunque estoy segura de que no me lo estoy imaginando.

Esa noche Andrea no durmió más de dos horas seguidas. Se había acostado pasadas las once, una hora que por lo visto para los americanos era bastante tardía, pero ellos todavía mantenían su insólito horario español, al menos hasta que su padre empezara a trabajar, entonces comenzarían a comer a la hora del picoteo y a cenar a la hora de la merienda. En su mesita de noche había un reloj despertador con voz que la informaba de la hora al tocar un gran botón redondo. Aunque sabía que los minutos caminaban hacia el amanecer, no pulsó el botón ni una sola vez. Le daba igual la hora que fuera.

Daba vueltas en la cama reflexionando sobre lo que Sara le había dicho. A ratos le parecía una tontería, a ratos una broma, a ratos una locura. Y siempre, una verdad imposible de esquivar.

Recordaba el grito de su hermana, el golpe sordo que oyó desplomarse sobre su cabeza. Pensaba en el motivo por el cual creía a Sara, un motivo que no le había confesado.

Al oírla gritar había corrido sin concentrarse en contar los pasos, moviendo frenéticamente su báculo en ángulos poco disciplinados hasta chocar con las escaleras del desván. Entre las llamadas de su padre y la

carrera apresurada de su madre apartándola a un lado había sentido que *algo* se paraba frente a ella. La impresión había resultado tan real que había extendido la mano para saber quién, o qué, había allí, pero no había más que vacío. La sensación había llegado acompañada de un rebrote de ese olor que solo ella percibía. Entonces lo había apreciado con intensidad: era seco y arenoso. Junto con él, una ráfaga helada trepó por sus pies hasta su muñeca. Un frío corpóreo, denso, inquieto. Sí. Había *algo*.

Sara durmió mejor que su hermana esa noche aunque la mitad la pasó en vela. No había mentido, no sabía exactamente lo qué había visto en el desván, pero entre la niebla de sus recuerdos se filtraba una cualidad: una sombra sin cuerpo.

Daba vueltas enredándose entre las sábanas pensando en qué podía ser aquello que había visto allí arriba, que la había arañado, y concluía que solo podía ser un fantasma. Tal vez el fantasma del hombre asesinado.

Encendió la luz y se puso a hojear los pocos libros que se había traído con ella, libros de fenómenos paranormales, solo unos pocos, los indispensables, los demás llegarían mañana junto con su colección de Agatha Christie. No se había perdido un solo programa ni de *Cuarto Milenio*, ni de *Milenio Tres*, además había visto en VHS (gracias a que su padre también era un poco friki) todos los programas de *En los límites de la realidad*, de Andrés Aberasturi.

Nada de vampiros y hombres lobo, por supuesto. Eso no eran más que leyendas que habían creado los pueblos incultos siglos atrás al intentar explicar enfermedades como la porfiria y la hipertricosis, amasándolas con grandes dosis de superchería. En cuanto a los extraterrestres, estaba segura de que la Tierra no era el único lugar habitado del universo, eso se lo dejaba para los que se pensaban especiales a los ojos de un dios que, lo tenía claro, no existía. Pero el fenómeno *E. T.* lo descartó enseguida. ¿Qué iba a hacer un extraterrestre en su casa? Debía de ser, entonces, un fantasma.

La mayoría de los estudiosos afirmaban que los fantasmas, los espíritus atormentados que se quedaban atrapados entre dos realidades después de una muerte traumática, no eran malvados. A pesar de la creencia popular no pretendían causar daño, solo estaban frustrados por no encontrar la salida y por eso a veces eran problemáticos, simplemente había que ayudarles a cruzar. Como en la película *Poltergeist*.

Siguió hojear los libros y se paró en el título de un capítulo: Demonios y espíritus malignos. Eso también estaba descartado. Los

demonios no eran más que una invención de la Iglesia para asustar a pusilánimes.

Su despertador marcaba las dos y media. Algo más tranquila, se acostó y durmió hasta que unas horas después entró su madre levantándola sin miramientos.

### 3

Sus padres se marcharon más temprano de lo que Sara esperaba. Las despertaron a las siete de la mañana acusándolas de dormilonas.

—Que vosotros tengáis que madrugar no implica que tengáis que despertarnos a nosotras. —Sara metió la cabeza debajo de la almohada sin parar de protestar—. Estamos en vacaciones.

—Deja de rezongar y sal de la cama —fue la respuesta de su madre.

Julia preparó un desayuno rápido para todos. Comieron en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos: el desván, un frío denso, una presentación en el trabajo, un cambio de país. Tras terminar, Julia y Daniel se subieron al coche dejando a sus hijas bostezando en el porche.

—Espabilad. Y recordad que vendrán a instalar el teléfono fijo, internet y la televisión por cable. Además traerán el resto de nuestras cosas por Fedex. Así que no salgáis.

Sara vio una oportunidad que llevaba planeando una semana.

—Papá, aquí no se puede ir sin coche a ningún sitio.

—Estad atentas —cortó su padre que intuía a dónde se dirigía su hija.

—En América a mi edad ya puedo conducir.

Daniel subió la ventanilla y se despidió con la mano, oyendo cómo su hija seguía insistiendo.

—No hay que pagar autoescuela, y no quiero depender de ti para que me lleves a todos lados...

Pero Daniel ya no la escuchaba. Dio marcha atrás y salió del garaje.

### 4

Continuó por la calle sin pasar de treinta por hora. Mujeres y hombres de todas las edades practicaban *running*, dos perros se cruzaron delante del coche provocando que tuviera que dar un frenazo mientras sus dueños le pedían perdón con un gesto de la mano y una sonrisa.

—Esto parece una carrera de obstáculos.

En la carretera, Julia formuló una pregunta que la atosigaba desde que habían firmado el contrato de compra de la casa de Sun River.

—Hemos hecho bien en venir, ¿verdad?

Daniel levantó las cejas.

—Creía que estábamos de acuerdo en esto. No sabía que seguías planteándotelo.

—Estamos de acuerdo. Solo quería asegurarme de haber tomado la decisión adecuada.

Él también se había hecho esa pregunta en varias ocasiones.

—Creo que todo esto es muy diferente, más de lo que esperábamos. Y todo ha sido muy rápido. Por eso estamos tan nerviosos. También las niñas. Pero creo que ha sido lo mejor. —Hizo un gesto tajante con la mano cortando el aire y marcando la rotundidad de su pensamiento—. Cobraré un veinte por ciento más y Andrea estará con los mejores especialistas. Tú tendrás que empezar de cero —apretó con dulzura la mano izquierda de su mujer—, pero yo te ayudaré. No lo harás sola. Además, eres una gran artista, en cuanto conozcan tu talento no pararán de hablar de ti, ya lo verás. —Devolvió la mano al volante con pereza, apartar su piel de la de Julia siempre le resultaba difícil—. Y no todo es malo. Solo el café. Los coches son automáticos, no te pelearás más con el cambio de marcha. —Su broma consiguió hacer sonreír a Julia levemente—. ¿Estás preocupada por la caída de Sara en el desván?

—No lo sé, puede que sí.

—Sería solo un bajón de tensión. —dijo Daniel restándole importancia. Calló unos instantes, y después añadió—: Tiene que comer más.

Las palabras de Daniel actuaron como un calmante sobre Julia que no pudo evitar una risita contagiosa que compartió con su marido. Daniel era como una de las madres de antes, como las de ellos mismos, todo lo arreglaba comiendo. Más calmada, cambió de tema.

—Me preguntaba cuánto iba a tardar Sara en presentar la moción del carné de conducir.

—No ha sido mucho, menos de setenta y dos horas después de aterrizar

en América. —Daniel dejó caer la cabeza en el asiento. Un pequeño problema que podía ser fuente de discordia—. ¿Qué le vamos a decir?

—Tomaré un café en el pueblo y pensaré en ello. Después me daré una vuelta por las tiendas. ¿Cuánto crees que tardarás?

—Ni idea, dudo que más de hora y media. ¿Seguro que no quieres acompañarme a la ciudad?

—Seguro. Prefiero quedarme conociendo esto.

Julia entró en la cafetería Rosie's cuando el reloj todavía no marcaba las ocho y media. Había varias personas, aunque solo reconoció a una. La mano se levantó del fondo del establecimiento y se agitó de un lado a otro como si sacudiera una bandera invisible. Maggie la saludaba y la invitaba a acercarse a su mesa. Julia se alegró de no tener que esperar sola todo el tiempo que Daniel estuviera en el trabajo. La rechoncha mujer estaba con la única compañía de un café y un bollo.

—Siéntate, por favor. No sabes cuánto me alegro de verte —le aseguró dándole unas palmadas amistosas en el brazo.

Julia, un poco azorada por la efusividad de su vecina, se limitó a sonreír, no se le ocurría nada que transmitiera tanta alegría. La misma mujer rubia de edad madura que la había atendido dos días atrás se acercó con una taza. Tras preguntarle si quería café se lo sirvió sin esperar respuesta y le tomó nota: dos tostadas con mantequilla. Ver el negro café le recordó que sería mejor pasarlo con algo de alimento.

—Tienes que probar los huevos revueltos del Rosie's —le dijo Maggie cuando la camarera se marchó—. Nadie los hace como Chuck. Nadie, ni siquiera yo. Le he preguntado mil veces cuál es el secreto, pero se niega a revelarlo. —Entrecerró los ojos y miró hacia la cocina del bar—. Sé que es alguna especia, aunque no consigo identificarla. Si la descubres no te olvides de decírmelo.

—Descuida. —Julia miró a la camarera que pasaba la comanda a la cocina—. ¿Esa es Rosie? ¿Es la dueña?

—¡Oh! No. Esa no es Rosie —Maggie negó rotunda con la cabeza, escandalizada solo con pensar en tal posibilidad—. Rosie murió hace casi diez años, de un infarto. Esa es Megan. No le llega a Rosie a la suela del zapato. Es la amante de Chuck, que era el marido de Rosie. Nadie sabe por qué no se casan. Es un misterio tan grande como el de sus huevos revueltos.

Julia no tuvo que esperar mucho a que Megan trajera sus tostadas y se las dejara con una sonrisa y un *Bon appetit*.

—¿*Bon appetit* es español? Creía que era francés.

—Es francés. En España decimos: Que proveche. —Maggie movió la cabeza dejando ver su desaprobación al erróneo comentario de la camarera.

Julia tomó una de sus tostadas. Tenían una pinta deliciosa. El color era un perfecto dorado, ni quemadas por el centro ni blancas por las esquinas, y la mantequilla se derretía sobre ellas de forma apetitosa. La mordió ansiosa y su estómago se revolvió de gusto. Solo había desayunado café con un puñado de cereales y no se había dado cuenta del hambre que tenía. Maggie le concedió unos segundos para saborear la tostada y después continuó con la conversación.

—¿Qué haces tan temprano por aquí?

Julia masticó el bocado más de lo que el crujiente pan necesitaba mientras pensaba en cómo responder a la pregunta de Maggie. Le daba la clara impresión de ser una persona que gozaba del conocimiento de las vidas ajenas, pero la aguda y un tanto irritante voz de Maggie era conciliadora y de matices cariñosos. Parecía una buena persona, aunque cotilla. Concedió que podía ser un defecto tolerable. Además, ¿quién no era un poco cotilla?

—Mi marido tiene una reunión en el trabajo con su jefe. Es una especie de presentación antes de que empiece el próximo lunes, para ponerle al día, ya sabes. Yo quería aprovechar y conocer un poco más Lonely Hill. Prácticamente lo único que sé que existe es el centro comercial.

—Lonely Hill es pequeño, lo conocerás en seguida. ¿Y en qué trabaja tu marido?

Julia dio un nuevo bocado a la tostada y sorbió un poco de café. No estaba tan malo como recordaba.

—En diseño web y mantenimiento de sistemas informáticos en una empresa de marketing.

Maggie formó una «o» muy pequeña con la boca que dejaba claro que no lo consideraba un tema muy interesante.

—Y tú, ¿trabajas?

—Sí. Soy artista.

Maggie movió la nariz como un conejo olisqueando una zanahoria. Julia siempre se divertía con las reacciones que despertaba en la gente cuando se definía como artista. Una punzada de remordimiento la aguijoneó al saborear la palabra que acababa de pronunciar. Desde que habían llegado a Estados Unidos no había cogido un lápiz. ¿Seguía siendo una artista?

Maggie continuaba moviendo su diminuta nariz. Julia se imaginaba la

cantidad de posibilidades que pasarían en ese momento por la cabeza de su vecina. Veía cómo la mujer se debatía entre seguir preguntando o dar la respuesta por válida. Maggie no era de las que sabían contenerse, así que siguió con su explicación sin hacerla sufrir más.

—Soy dibujante. Independiente. En España me encargaba de pequeños trabajos de ilustración para alguna revista, pero sobre todo realizo retratos particulares.

—¡Oh! —Esta vez la boca de Maggie se abrió gratamente sorprendida—  
¿Y pintas al óleo?

Esa era la pregunta que siempre llegaba. Odiaba el óleo.

—No, no suelo usar óleo. Prefiero los lápices, los pasteles y el carboncillo. Los resultados son mucho más... reales.

Maggie movió la cabeza como si entendiera, pero Julia dudó que fuera así.

—Si conoces a alguien que quiera un retrato, no te olvides de hablarle de mí. —Se mordió el labio ante una nueva punzada de su conciencia. En el jardín trasero de su casa había un cerezo que aún conservaba, luchando contra el calor, algunas cerezas brillantes como pequeñas piedras preciosas prendidas en las hojas. En cualquier otro momento, tras deshacer las maletas, habría ido corriendo a pintar ese árbol al atardecer, cuando tomaba un falso tono naranja que lo bañaba de vida. Siguió con la conversación mecánicamente, mientras su pensamiento viajaba hasta los lápices que la esperaban, todos, en casa—. Mandaré mi currículum a varias revistas, espero que alguna necesite ilustradores.

—Seguro que encontrarás algo enseguida.

Julia le devolvió la sonrisa.

—Lo que más me gusta, en realidad, es el retrato y los paisajes.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso creo que sí puedo echarte una mano con eso. Conozco a varias personas que siempre están hablando de lo hermoso que sería tener un retrato y no una simple foto. Las hermanas Goodrich sin ir más lejos. Aunque desconozco tus honorarios...

—Mis vecinos siempre tendrán un descuento, Maggie —y le guiñó un ojo.

—Entonces seguro que les encantará la idea.

—Primero tengo que amueblar un poco mi despacho y también el de mi marido. Suele traer trabajo a casa porque prefiere acabarlo con nosotras armando barullo antes que en su tranquila oficina, o eso dice él. ¿Conoces

alguna tienda de muebles que no sea cara pero que tenga cosas bonitas? No como los grandes almacenes, que sea más personal.

—No digas más. No-Things. Decora el despacho de tu marido en esa tienda. Le encantará, y no es muy cara y... —Maggie desvió la mirada hacia la entrada de la cafetería y se levantó. Harry entraba por la puerta blanco como la cera—. Por fin ha llegado. Le estaba esperando. Viene del dentista. Verás, se pone tan nervioso que William le da una hora especial antes de abrir la consulta. —Julia dedujo que William sería el dentista—. A mí no me deja acompañarlo, dice que le pongo más nervioso ¿Te lo puedes creer? La de tonterías que dice este hombre.

Harry llegó a su mesa con un color malsano, entre gris y amarillo.

—Bueos díassss. —Su mandíbula inferior apenas se movía, y un pequeño hilillo de saliva le caía de la comisura.

—Mira con quién me he encontrado, Harry. Julia me acaba de decir que es pintora, hace retratos y paisajes. Creo que a las hermanas Goodrich les gustará la idea de un retrato y también al señor Freeman. ¿Qué te parece? —Harry asintió con la cabeza y después tomó a su mujer del brazo. Maggie le dio un pequeño beso con ternura, para lo cual tuvo que ponerse de puntillas—. Perdónanos Julia, pero creo que nos marcharemos a casa.

Julia se levantó y estrechó la mano de Harry. Antes de salir por la puerta Maggie tuvo tiempo de volverse una vez más y gritarle.

—No dejes de visitar No-Things, en la Quinta Avenida, tienen cosas preciosas y no es muy cara.

Julia se quedó sola en la mesa. Estiró la duración de su café, algo frío, y sus tostadas todo lo que pudo, pero finalmente lo dio por agotado. Sacó su teléfono móvil y buscó la dirección en Google Maps. ¿Quinta Avenida? ¿Había dicho Quinta Avenida? Sí, ahí estaba, una calle perpendicular que cortaba la principal. Quizá en América el nombre de las calles con números no era algo anormal. Tenía que preguntar a Daniel. Pagó la cuenta y dejó la obligada propina. Otra costumbre que tenía que aprender, o acabaría teniendo fama de ser la señora Scrooge del lugar.



Cuando sus padres se marcharon, las dos hermanas se quedaron un rato en la puerta sin decirse nada. Andrea no quería que su hermana subiera al desván y Sara se preguntaba qué estaría pensando Andrea con esa arruga marcada en la frente.

Sara guió a su hermana hasta la cocina. Fregó los platos del desayuno y después hizo su cama acompañada por el mutismo de Andrea. Cuando terminó se sentaron sobre la colcha recién estirada que enseguida se arrugó.

Andrea se tumbó boca arriba sobre la cama dejando caer su largo pelo oscuro sobre la blanca colcha. Esperó intranquila, como un zorro acorralado en una cacería, a que su hermana hablara del desván, deseando que hubiera cambiado de idea. Pero el silencio, que pesaba más que las palabras, dejaba claro que no era así.

—Voy a subir al desván —sentenció finalmente Sara.

El corazón ya agitado de Andrea, se aceleró golpeándole el pecho.

—No quiero que subas.

Sara se tumbó junto a su hermana sobre la cama y jugueteó con sus dedos entre su cabello. Siempre le había gustado el pelo de Andrea. Era suave, oscuro y sin esos pequeños rizos que a ella se le formaban cuando había humedad.

—¿Crees en fantasmas? —le preguntó enredando el mechón de su hermana en su dedo anular.

Andrea nunca había sentido interés por esos temas. Ni creía ni dejaba de creer, simplemente no se lo planteaba. Sin embargo, desde que había puesto un pie en la casa estaba inquieta, se sentía observada por ojos invisibles y algo parecía seguirla a donde quiera que fuera, algo frío. Había estado la mitad de la noche en vela pensando en ello.

—Sí. Y no. —No sonaba como una respuesta, aunque lo fuera—. Quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir. Antes yo creía que creía, pero no era cierto, solo quería hacerlo. Ya sabes, como diría el agente Fox Mulder, «I want to believe». Pero aquí hay algo... —Hubo unos minutos de silencio, aunque no incómodo, sino de entendimiento—. No he pegado ojo pensando en lo que vi allí arriba. Solo puedo hablarlo contigo. Si se lo digo a mamá insistirá para que vuelva al psicólogo como cuando te caíste de la bici.

Andrea suspiró. Sara siempre se refería a aquel día como «cuando te caíste de la bici», sus padres en cambio preferían «el día del accidente». Para Andrea simplemente era el día en que perdió la vista. El recuerdo de su

hermana protestando y encerrándose en su cuarto para no acudir a la cita con el psicólogo, la hizo reír a carcajadas de un modo inexplicable que acabó contagiando a Sara.

—Al final dejaste de ir. Eres una cabezota.

—Y los demás me seguisteis, tú la primera.

Cuando sus risas se agotaron, Andrea seguía inquieta. Sara intentó convencerla con el único motivo válido que había.

—Escucha, si hay algo aquí tenemos que saberlo.

—¿Y si es peligroso?

Sara buscó los arañazos en su brazo. Habían desaparecido casi por completo y ya eran un mal recuerdo.

—Más razón para saberlo.

Andrea no contestó. Nada de lo que dijera cambiaría la resolución de su hermana.

—Entonces yo subiré también.

—No, tú no. —Sara abrió los ojos como platos.

—¿Por qué no? ¿Por si te estorbo? Como soy ciega, soy una inútil...

—No digas eso, no me gusta que hables así.

Andrea lo sabía, si había alguien que no la trataba como a una inútil era su hermana, pero también sabía que iba a subir con ella. Con melaza en la voz añadió:

—Entonces, por favor...

Andrea se quedó callada con cara desconsolada. Pasó medio minuto y Sara se dejó convencer.

—Está bien, Hamelín.

—¿Por qué me llamas siempre Hamelín?

—Porque siempre te sales con la tuya.

Fueron hasta la trampilla del desván y Sara bajó las escaleras plegables que ahora tenían un peldaño menos. Miró el reloj. Las nueve en punto. Echó cuentas y supuso que sus padres no volverían hasta las once como muy pronto. Tenían tiempo. Si las pillaban arriba les iba a caer una bronca, sobre todo a ella. Calculó a ojo, que por subir con su hermana por unas escaleras medio rotas después de haberles dicho explícitamente que ni se les ocurriera, el castigo equivaldría a más o menos medio año sin salir de casa. Aunque como tampoco tenía amigos con los que salir, quizá no fuera tanto problema.

—Pisa con cuidado por si se rompiera otro escalón. Aquí está el peldaño que falta. Es el tercero. —Cogió la mano de Andrea y la pasó por el hueco

que había. Luego la guió entre escalón y escalón. Andrea puso toda su atención en la distancia que había entre los peldaños—. Ve tú primero, con cuidado. Son ocho escalones, ahora siete.

Andrea midió de nuevo con sus manos el espacio entre los peldaños, plegó el bastón y lo colgó por la correa de su muñeca. Se agarró a los largueros con fuerza, puso el pie derecho sobre el primer peldaño y después, tanteando con la punta, alzó el izquierdo hasta el segundo. La escalera chirrió.

—Vale. Ahora tienes que subir bastante el pie.

Con un poco de impulso, subió el pie derecho hasta el cuarto peldaño dejándolo caer con fuerza y provocando un grave quejido de la escalera. Se quedaron paradas un momento, expectantes, pero Andrea continuó subiendo antes de que su hermana le pidiera que bajara. El quinto escalón, el sexto, el séptimo.

—Ahora estás en el agujero, a tu alrededor está el suelo del desván, a la altura de tu cadera más o menos. Tócalo. Si pones las manos en el suelo solo tienes que subir los pies.

Andrea soltó las manos de los largueros de las escaleras y las condujo hacia delante un poco más arriba de donde estaba el suelo.

—Un poco más hacia delante. Ahora, bájalas —la guió Sara.

Después de tanto tiempo, Andrea seguía asombrándose de lo malas que eran las indicaciones de su familia a pesar de su empeño. Aunque habían mejorado. Al principio solo eran del tipo un paso, uno más, a la derecha, a la izquierda, es como redondo, o, el mejor de todos, más para allá.

Tocó el suelo del desván. Notó las partículas de polvo pegarse a las yemas de sus dedos y un repunte del olor que solo ella parecía percibir. Terminó de ascender y gateó para alejarse de la trampilla.

Sara suspiró aliviada cuando la vio arriba y subió tras ella. Andrea estaba quieta, arrodillada al lado de la trampilla.

—¿Estás bien?

—Claro. Pan comido —dijo levantándole el pulgar—. ¿Puedo ponerme en pie?

—Sí, el techo es alto, menos en el final de la parte derecha.

Sara tiró de la cadenita oxidada de la bombilla tres veces antes de que se encendiera. Chasqueó la lengua de disgusto por no haberse acordado de coger la linterna. Las sombras se adueñaban de los rincones en pleno día abrigando posibilidades desconcertantes en su interior.

Andrea captó la luz con el oído aunque no con la vista. Desplegó su báculo.

—¿Y ahora qué?

—No sé... ¿Esperar?

Andrea empezó a caminar con ayuda de su bastón que golpeaba en las cajas sin cesar.

—Esto está lleno de trastos, ¿no?

—Sí. Encontré algunas cosas interesantes. No sé dónde las dejé. —Sara buscó a su alrededor y vio la lámpara de música y el plato que había apartado—. Ahí están. —Faltaba algo más, una caja que tenía en la mano cuando se cayó—. Dame la mano, Andrea.

Andrea la siguió y contó los pasos desde la trampilla. Seis recto, luego a la izquierda, dos hacia atrás, y dos recto. Sara se paró. Andrea había notado como el olor, *su* olor, se intensificaba a cada paso. Pensó en sí misma como en un sabueso que seguía un rastro y que en el lugar donde se habían detenido había llegado al final de la pista. Allí el olor era más fuerte que en cualquier otro lugar de la casa. Aun así, seguía siendo un olor de fondo, alejado de la realidad, que solo se captaba en el regusto de la expiración.

—Hay algo extraño.

Lo dijo con una seguridad que sorprendió a Sara.

—¿Por qué lo dices?

—Ese olor, el que ninguno más captáis, aquí es muy fuerte.

Los pelos de los brazos de Sara se erizaron. Sería demasiada casualidad si eso no significaba nada.

—Aquí estaba cuando me desmayé. Hay una caja de madera cutre, con una nota que pone: «Expedición 03-10-1968. Origen, Luxor. Egipto. Destino, Museo de Historia Antigua. Londres. No abrir». Dentro hay otra caja.

—¿Una caja dentro de una caja? —Parecía un enigma.

—Es como una caja de embalaje. La caja de dentro parece una especie de joyero sin nada en su interior, está vacía. Y ha perdido el cierre. —Sara se agachó a recogerla. Se hallaba caída y abierta en el interior de la caja de transporte donde terminó cuando había perdido el conocimiento. Había una amenaza latente en ella, como si fuera un cocodrilo esperando a su víctima incauta. Tragó saliva, la cerró y la cogió. Un viento cortante, como si contuviera esquirlas, parecía salir de aquella madera sedosa y reluciente. Con desconfianza, se la acercó a su hermana para que la viera con sus manos.

Andrea la palpó y supo que era vieja, suave y preciosa. Y el origen del

extraño aroma. También sintió el aire frío que salía a través de la caja, aunque para ella fue casi una caricia. Estudió cuidadosamente la caja con sus yemas.

—Está un poco estropeada. Sobre todo por las esquinas.

—Sí —le confirmó Sara—. Es negra y parece antigua, pero es bastante bonita. Tiene unos adornos dorados. Parecen jeroglíficos. No sé si tendrán algún significado. Y el cierre es con pasador. —Cogió con firmeza los dedos de su hermana y se los pasó por las dos arandelas que lo formaban—. Aunque no encuentro el palito.

—¿Qué es esto? —Las afinadas yemas de Andrea habían descubierto unas finas pero profundas incisiones en cada una de las arandelas plateadas por donde debía de entrar el pasador perdido.

—Parecen unos símbolos grabados. Son como una «V» invertida pero muy abierta.

Un airecillo frío agitó la ropa de ambas chicas, primero con suavidad, luego con energía. El extraño perfume se intensificó alrededor de Andrea. Un rumor empezó a nacer.

—Creo que será mejor que bajemos —pidió Andrea.

—Espera, hemos venido aquí a averiguar...

Andrea la cortó.

—Vámonos. Ya.

Un siseo se arrastró por el oído de Sara. Ante ese sonido, su curiosidad y su valor se disolvieron como un trocito de hielo bajo el sol del desierto. Cogió la caja bajo el brazo y a su hermana de la mano. El bastón de Andrea chocaba con los trastos del ático devolviendo sonidos opacos uno tras otro. Cloc. Clac. Clanc-clanc-clanc. Tenían prisa y estaban nerviosas, pero retenían el paso para evitar tropezar.

—Aquí está la trampilla. Siéntate en el suelo. —Bajar siempre era más difícil que subir, Sara se empezó a preocupar por su hermana. Tendría que ir con cuidado y guiarla bien—. Si mueves los pies un poco más hacia delante encontrarás el agujero de entrada. —Andrea se arrastró un poco y movió las piernas hasta que tropezó con uno de los largueros de la escalera. Se cogió a él con una mano y plegó su bastón enganchándolo nuevamente a su muñeca.

—Vale, ya estoy. Ya puedo bajar sin problemas.

—¿Seguro? —Sara lo preguntó intranquila. Andrea le había confesado que odiaba que le preguntaran eso, como si fuera tonta, igual que odiaba que le preguntaran cómo estaba—. Si te caes papá y mamá me matan y te quedarás sin hermana —añadió sarcástica intentando atenuar su molesta

pregunta.

—No te preocupes.

Andrea fue bajando con lentitud, posando los dos pies en cada peldaño y provocando quejidos en la escalera tras cada movimiento. Cuando el segundo pie se posaba en el escalón el crujido de la escalera se volvía más agudo.

Sara alternaba su atención entre su hermana y su alrededor. El frío la rodeaba envolviéndola en un abrazo polar. Tuvo que contenerse para no lanzarse escaleras abajo junto con su hermana. Si no salía pronto de ese desván no sabía si conseguiría contener un grito. Andrea había llegado al cuarto escalón.

—El siguiente escalón es el que falta —le gritó—. Ten cuidado.

Andrea tuvo que dejarse caer un poco para llegar al siguiente peldaño. Resbaló unos milímetros antes de encontrarlo.

—¡Cuidado! —le chilló su hermana. Andrea la tranquilizó sacudiendo la mano por encima de su cabeza—. Vale, uno más y ya estás en el suelo.

Cuando soltó la escalera, Sara la siguió con dificultad. Sujetaba la caja de mala manera entre su costado y un brazo, mientras que con la mano contraria lo hacía a la escalera. Cuando llegó al cuarto escalón saltó hasta el suelo. Andrea oyó el golpe de los pies de Sara.

—¿Te has caído?

—No.

—Cierra —fue más una orden que una petición.

Sara ya estaba intentándolo antes de que su hermana se lo dijera, pero la escalera no se plegaba. Puso la caja en el suelo para hacer fuerza con las dos manos, pero el acceso al desván, cabezota, se resistía a volver a su escondite.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te quejas? ¿No la has cerrado?

—No puedo, creo que se ha atascado.

—¡Cierra!

Sara intentaba con todas sus fuerzas doblar la escalera, la empujaba hacia arriba y la golpeaba sin lograr que se doblara. Andrea daba saltitos nerviosa. El olor, el frío que había jugado con la tela de su vestido arriba en el desván, los susurros que descendían por la escalera, no eran amenazantes, para ella no. Pero sentía el peligro oculto, como el filo de una daga enfundada.

Sara se peleaba con la escalinata mientras temblaba como una montaña de gelatina en un tren. Desesperada, se tomó unos momentos para examinarla con detenimiento buscando una razón para que no volviera a su posición

inicial. Entonces se dio cuenta de que no había entendido el mecanismo. Con suavidad tiró de ella hacía sí misma a la vez que la levantaba del suelo, y por fin, como si los raíles fueran de seda, la escalera se encogió sobre sí misma al tiempo que ascendía hasta el techo escondiéndose tras la portilla de madera.

—Ya está —anunció agitada.

Arrastró de la mano a Andrea hasta su habitación donde se dejó caer sobre la cama, que a pesar de estar recién hecha presentaba un aspecto zafio, como si solo hubieran extendido las sábanas por encima después de una noche revuelta.

—Creí que no iba a poder subir esa maldita escalera.

Andrea rozó el colchón con la mano y también se tumbó.

—¿Viste algo arriba esta vez? —Su voz temblaba tanto como su cuerpo.

—¡No! Me habrías oído gritar, te lo aseguro. —Sara se revolvió inquieta y se puso a caminar por la habitación.

Andrea cambió su pregunta.

—¿Notaste algo ahí arriba?

Sara no supo qué contestar. Desasosiego. Frío. Un sonido. ¿Una presencia?

—¿Y tú?

Andrea estrujó la tela de su vestido, blanco con flores rojas que Sara le había asegurado que le quedaba perfecto. Se esforzó por dar forma con palabras a esa sensación.

—No sé lo que fue. Pero sí. Era seco, cortante —estuvo a punto de añadir algo más, pero no estaba segura de lo que iba a decir. También le pareció ¿seguro?—. ¿Y tú?

—Al principio no, pero antes de salir sentí frío y fue como... Sonará estúpido, pero fue como si la muerte me persiguiera. Entonces quise bajar. Cada pie que posabas en los escalones era una eternidad.

Andrea recordó la brisa densa que no se separaba de ella.

—Creo que arriba no es el único sitio donde está lo que sea que produce el frío.

Volvieron a callar y el silencio afirmó la idea. Sara fue la primera en hablar.

—Hay... un fantasma en casa. —Su comentario rebotó en la habitación como un eco peligroso que pudiera desencadenar una avalancha. Andrea no contestó—. Adri, ¿crees que tal vez nos estemos sugestionando con todo esto de la mudanza? —preguntó intentando aparentar escepticismo.

Andrea puso los ojos en blanco.

—¿En serio? Pareces mamá. ¡Peor! ¡Pareces Alicia!

Sara cogió la almohada en un movimiento casi tan ágil como el que habría hecho su padre y la golpeó en las caderas.

—¡Retira eso!

—Te estás aprovechando de una inválida. ¡Para!

—¡No! ¡Esta vez no te libras!

En una de las acometidas de su hermana Andrea consiguió robar la almohada de las manos de Sara de un tirón. Su ventaja en la batalla fue interrumpida por el timbre.

—¿Más pasteles de carne? —Sara estaba bastante cansada de esa especialidad culinaria que tres vecinas distintas les habían traído dos días atrás.

—¿Internet? ¿Las cajas?

—¡Ojalá! Estoy a punto de quedarme bizca navegando en el móvil.

Sara y Andrea bajaron hasta el primer piso tardando más de lo que el visitante parecía considerar adecuado, porque antes de que abrieran llamó otras tres veces. Eran dos técnicos de la compañía telefónica. Mientras trabajaban en el salón y su hermana descansaba sentada en uno de los sofás, Sara subió hasta el piso de arriba para guardar en su habitación la caja vacía que se había quedado en el suelo del pasillo.

## 6

Julia salió del Rosie's y se encaminó hacia la Quinta Avenida que estaba según Google Maps, el oráculo que todo lo sabe, a unos ocho minutos andando. Miró los escaparates que se encontró sin apenas fijarse en ellos. Su mente daba vueltas a la conversación que había mantenido con Maggie. Llevaba tres días en Maine y no había cogido un lápiz. Las cosas habían ido demasiado deprisa. Se paró delante de una tienda de ropa juvenil y tamborileó con sus dedos una sonata de Chopin sobre el cristal del escaparate. Sus dedos, siempre con vida propia, le decían lo que ya sabía. Tenía miedo, por muy estúpido que pudiera parecer, de que su talento, su arte, su pasión, se hubiera quedado en su hogar, su verdadero hogar. Tenía



miedo de coger un carboncillo y ser incapaz de calcarlo en el papel.

Dejó a medias la sonata que ejecutaba y continuó su camino, aunque no llegó a la tienda que Maggie le había recomendado. El coche de Daniel giraba en ese momento delante de ella. Le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Ya has terminado?

—Sí. Sube. Te invito a un café en el Rosie's.

—Acabo de salir de allí, pero vale, aunque pediré té esta vez.

Megan no pareció sorprenderse cuando la vio entrar de nuevo. Se les acercó, les tomó nota y se fue a atender al resto de los clientes que empezaban a atestar el bar, debía de acercarse la hora punta. Al principio la gente los miraba, pero tras un par de ojeadas descuidadas volvían a sus propios asuntos. Tal vez estaban dejando de ser la curiosidad del lugar.

Después de tomar un par de sorbos de un té mucho más delicioso que el café, Julia abrió la boca y un torrente imparable de palabras salió de ella confesándole a Daniel unos sentimientos que no podía seguir ignorando.

Cuando al fin calló, Daniel, con un gesto elegante, acarició el cabello de su mujer. Los ojos de Julia titilaban como estrellas en una noche clara. Entendía por qué Julia se había negado a ver la cruz de la mudanza hasta ese momento, el motivo de aparcar todo eso a un lado. Lo había hecho porque era una buena persona, una buena amiga, una buena esposa, y ante todo, una buena madre.

—Creo que no había sido consciente de estar asustada hasta que hoy he hablado con Maggie. —Julia bajó la mirada hacia su infusión y los párpados ocultaron durante unos instantes el titileo de sus iris. Cuando volvió a subir la vista un pequeño charco se había formado en sus ojos, otorgándoles el brillo de los zafiros.

Daniel pensó que su mujer estaba preciosa cuando lloraba, tal vez fuera un pensamiento odioso, pero era verdad. Sus ojos se convertían en hipnóticas piedras preciosas, en lagos repletos de destellos que lo embargaban.

—Tengo miedo de haberme quedado en blanco para siempre. Como esa enfermedad de los escritores. El miedo a la página en blanco. Pues yo tengo «miedo al lienzo en blanco». Sabes que no he pasado un solo día sin tener un lápiz en mi bolso. Y mira ahora. —Cogió su bolso y lo volcó. De él salió maquillaje, una cartera, una barra de labios—. No he metido ni siquiera un simple lápiz, nada, ninguno.

—No digas eso. No vuelvas a decir eso. —Daniel tomó las manos de Julia y las encerró entre las suyas apretándolas con firmeza—. Eres una gran

artista. Eres la única persona que conozco que es capaz de crear un dibujo que parece que va a cobrar vida en cualquier momento. Eso no depende del lugar en el que vivas. Has tenido dos hijas, una de ellas ha pasado un calvario, y nosotros con ella, eso fue mucho más duro que esta mudanza. Si aquello no acabó con tu talento, esto tampoco.

Julia sintió el calor de su marido en sus manos y las lágrimas que se habían formado desaparecieron entre los pliegues de sus ojos. El año siguiente a que Andrea perdiera la visión, cuando Daniel se culpaba de lo sucedido, cuando tenían que enfrentarse a un dolor que les partía el alma, Julia había realizado sus mejores trabajos, aquellos por los que había conseguido la pequeña exposición. A veces las situaciones más terribles empujan hacia un abismo que no siempre alberga oscuridad en su fondo. Julia apretó los ojos y sacudió firmemente la cabeza.

Orgulloso, Daniel la miró con profundidad, como si la viera por primera vez. No la dejaría sola en eso, se lo debía. Si había conseguido superar, o aceptar su terrible error con Andrea, había sido gracias al amor de Julia, a su total perdón, jamás le había reprochado nada. Era hermosa, por fuera y por dentro. En ese instante se enamoró un poco más de ella. ¿Después de casi veinte años de matrimonio eso era normal? No lo creía, tenían suerte, en el fondo, después de todo, tenían suerte. No debía olvidarse de eso. Nunca.

Daniel vio por primera vez el pequeño bollo que había pedido con el café y en dos bocados se lo acabó. Pagaron su pequeña consumición, dejando la adecuada propina, y caminaron hasta su coche con laxitud, como si pudieran controlar el tiempo y los segundos no pasaran.

—¿Qué tal en la oficina? —le preguntó Julia agarrada a su cintura.

—Bien. —Daniel la tenía envuelta en su largo brazo—. Parecen majos, incluso Hank, el jefe. Me habló de los proyectos actuales y me presentó al resto de compañeros. Después me envió a los brazos de mi mujercita, para que los aprovechara unos días más.

—¿Eso te dijo? —Julia le pasó los brazos por el cuello.

—Ajá.

—Pues ven a los brazos de tu mujercita. —Se besaron con descaro en la calle hasta que se cansaron.

Daniel sacó las llaves del coche y apretó el botón de apertura que fue acompañado de un parpadeo de las luces. Julia le robó el llavero con una sonrisa.

—Conduzco yo. —Daniel se encogió de hombros. No tenía problemas

en ocupar el lugar del copiloto las veces que su mujer quisiera.

Julia ajustó el asiento, el espejo, dio marcha atrás y cogió la carretera principal rumbo a su casa nueva, que, pensó, cada día era un poco menos nueva. Miró el reloj del salpicadero.

—Vamos a llegar pronto.

—Podía haber tardado incluso menos pero Hank estuvo un rato hablándome de una coincidencia increíble.

Julia no contestó, a Daniel le encantaba crear expectación y que le suplicaran para continuar sus historias, y a ella, de vez en cuando, le gustaba no ponérselo fácil.

—Sobre nuestra casa... —continuó Daniel para azuzar a su mujer, que con una intriga creciente no quiso resistirse más al juego de su marido.

—¿Sobre nuestra casa?

—Adivina quién trabajó en mi misma oficina hace años.

—¿Quién?

—La mujer que vivió allí y mató a su marido.

Julia desvió los ojos hacia su marido boquiabierta. El coche se acercó peligrosamente a la cuneta.

—¡Mira a la carretera! —gritó Daniel enderezándole el volante.

Incrédula, Julia volvió a mirar al frente.

—¿Es una broma?

—Te juro que no. Se llamaban Gina y John, o George, no me acuerdo. Al principio creí que me estaba gastando una broma, pero no, es cierto. Bueno, las coincidencias existen.

Un escalofrío recorrió la espalda de Julia. Apretó el acelerador. De pronto tenía mucha prisa por llegar a casa.

—Una coincidencia muy macabra.

## 7

Andrea y Sara se sorprendieron de lo pronto que regresaron sus padres y dieron gracias de no haber tardado más tiempo en el desván.

Solo unos minutos después de que Julia aparcara en el garaje, un camión de Fedex les dejó varias cajas repletas de libros, álbumes de fotos, un

caballete, estuches de pinturas y las últimas cosas que les unían con el pasado de su país natal.

Al llegar la noche Sara se sentó frente a su portátil con la recién estrenada línea de internet para buscar información sobre los símbolos grabados en la caja, pero ni siquiera encendió el ordenador. Un dolor de cabeza, casi una jaqueca, la obligó a apagar la luz y a meterse en la cama.

Esa noche los cuatro habitantes del 212 de Sun River durmieron profundamente tras unos días agotadores.

Nadie oyó a Sara toser.

## 8

Al día siguiente, Andrea y Sara no encontraron un momento de soledad para hablar con tranquilidad de sus inquietudes, sus padres siempre parecían tener algo que hacer cerca de ellas.

Al final de la tarde Andrea salió al jardín trasero mientras su hermana ayudaba a su padre a preparar la cena. Notó el calor del sol, aún picante, regar sus brazos desnudos. Le habían dicho que en medio del terreno había un cerezo. Desplegó su báculo y lo buscó. Sobre la hierba, la puntera de plástico sonaba amortiguada y se hundía en la tierra. Su padre acababa de regar el jardín y el olor vivificante de la hierba húmeda perduraba en el aire.

Clanc. Diez pasos en línea recta desde la salida de la cocina y allí estaba el cerezo. Sara le había dicho que aún tenía frutos, lo cual debía de ser raro incluso para esas latitudes. Tocó el tronco. Notó su áspera madera y su aroma verde y seco. No recordaba haber visto nunca un cerezo y su oportunidad había pasado. Ya no tendría nunca la imagen para recordarla. Un pequeño escozor, igual al que su madre sentía a veces en su corazón, la invadió. Cuando podía ver casi no se había fijado en los árboles. De ninguna manera podría haber imaginado que el tiempo de prestar atención a todo aquello estaba agotándose.

Unos píos inquietos sonaron por encima de ella y se alejaron protestando. Otro pájaro distinto, con un canto más musical, trinoó más lejos, cerca de la valla. Quizá no pudiera ver los árboles pero nada le impedía oír a las aves. Moviendo su báculo delante de ella con delicadeza, casi como si lo

acunara, caminó hasta la cerca (de madera, blanca pero algo sucia, le habían descrito) que cerraba el jardín. Había unos rosales junto a la valla con abundantes y rollizas flores. Tanteó buscando los capullos y se pinchó la yema de su dedo medio. Se lo llevó a la boca, no sabía a sangre. Acercó la cabeza y aspiró el aroma. Durante un momento la fragancia le resultó apabullante y estuvo a punto de retirarse, sin embargo resultó un agradable contraste con el olor picante y seco que percibía en el interior de la casa y se quedó inclinada absorbiendo el perfume de las flores. Amarillas y rojas según su padre. Sara decía que no había amarillas, que eran naranjas. ¿De qué color habría ella decidido que eran? Nunca lo sabría.

Sus padres estaban seguros de que en algún momento los médicos descubrirían algún método para devolverle la visión, últimamente hablaban de chips y cosas por el estilo, pero ella prefería pensar que ese momento nunca llegaría. Cuando los médicos, en compañía de sus padres, le habían comunicado que no podría volver a ver, había decidido dos cosas. La primera, que no se lamentaría nunca de ello, no se convertiría en una vieja amargada y solitaria que solo sabía quejarse de lo horrible que era el mundo, no quería parecerse a su tía. La segunda, que jamás tendría falsas esperanzas, y como no podía saber cuáles eran falsas y cuáles no, no tendría ninguna. A partir de ese momento había madurado muy deprisa, todo el mundo que la conocía se lo decía. Y su hermana también lo había hecho.

Al poco de haber perdido la visión, había escuchado una conversación en la que su madre hablaba con su padre acerca del raro comportamiento de Sara. El psicólogo les había advertido que Sara probablemente mostraría un comportamiento errático hacia Andrea, que a veces se enfadaría con ella e incluso podría ponerse violenta, era un comportamiento normal en los hermanos de chicos con necesidades especiales, se enfadaban con sus hermanos por ser el centro de atención. Sara no había pasado por esa fase y sus padres no lo habían entendido, igual que nunca habían sido capaces de entender cómo Andrea se había recuperado tan rápido del shock. Sus padres habían cambiado de país por ella, lo sabía aunque nunca lo hubieran dicho, se lo agradecía, pero si le hubieran consultado hubiera preferido quedarse en España, aunque por supuesto, ellos no lo habrían entendido. Había muchas cosas que sus padres no entendían. Tampoco entenderían nada de lo que había sucedido en el desván.

Aspiró el aroma de las rosas paladeando las partículas. Andrea nunca se había lamentado de su suerte y así podía apreciar todo lo que la rodeaba.

Cientos de olores, tactos y sonidos que le habían pasado desapercibidos hasta ese momento. Así es como ella *veía* la situación. Sin embargo, de vez en cuando, se tropezaba con un cerezo o unas rosas de color indescifrable y algo escocía un segundo en su corazón.

A lo lejos oyó unas voces. Una de ellas era la de Samantha. Tenía la voz aflautada y dulce, y percibía el mismo timbre en la de su hermano a pesar del firme tono barítono. Oyó unos pasos que se acercaban e intuyó que sería la joven vecina.

Samantha se fue acercando hasta Andrea con una perplejidad que aumentaba a cada paso. La muchacha ciega estaba erguida y dirigía la atención hacia ella como si pudiera verla. Parecía un perrito de las praderas oteando el horizonte. Siguió caminado hasta que llegó a su altura y permaneció callada evaluando la situación.

—¿Estás ahí? —preguntó Andrea.

Samantha se fijó en la pregunta. No dijo «¿Hay alguien ahí?» Preguntó específicamente «¿Estás?»». Pasó una mano frente a sus ojos, no la siguieron, continuaron mirando a un lugar lejano, en el infinito.

—¿Puedes verme... o algo?

—Creo que si pudiera me declararían un milagro médico... o algo.

Sam se avergonzó al notar la burla de su vecina.

—¿Entonces cómo sabías que estaba aquí?

—Solo me lo imaginaba, no estaba segura. Te oí hablar con alguien, tu padre quizás. Podía equivocarme.

—Pues has acertado.

—Soy muy buena en este juego —empezando a reír, Andrea añadió—: Nunca juegues conmigo al escondite.

Sam apreció la broma y la acompañó con su propia risa, que en comparación con el sonido cristalino de la de Andrea, le recordó a la de una hiena afónica.

—Hablas inglés perfectamente.

—Fuimos a un colegio bilingüe. Mis padres se empeñaron. Aunque yo hace tiempo que... —Andrea se calló y cambió los ojos de dirección—. Creo que se acercan tus padres.

Sam siguió su mirada y vio a su familia acercarse.

—¿Los has oído?

—Ya te he dicho que soy buena en este juego.

Julia salía de casa con un bloc de dibujo bajo el brazo y una caja de

lápices decidida a plasmar el cerezo en el papel, cuando los señores Cooper saludaban a Andrea. Maggie la llamó con su voz estridente y Julia, con cierto fastidio, soltó la caja de pinturas y el bloc a los pies del cerezo y se acercó hasta ellos. Maggie los invitó a pasar el día siguiente en el centro comercial cercano. Julia miró al cerezo de hojas verdes. Casi no quedaban cerezas en sus ramas y la mayoría de ellas se estaban convirtiendo en virutas marrones y arrugadas. La vida era un momento efímero y si no estabas allí para disfrutarlo, no volvería. En dos días ese árbol ya no sería el mismo, el año próximo no sería el mismo. Habría más ramas, fruta más temprana, o cerezas más pequeñas, quizá el árbol estuviera muerto. Quizá no vería nunca más un cerezo con frutas en verano. Intentó rechazar la oferta de Maggie pero era difícil escaparse de la perseverancia de su vecina y terminó aceptando. La señora Cooper, satisfecha, se alejó acompañada de Sam y Harry.

Andrea entró en casa con paso seguro ayudándose de su bastón sin tropezar ni una vez y Julia se quedó en el jardín, sola junto al frutal. Aún tenía algunas cerezas rechonchas que refulgían entre las hojas como granates perdidos. Abrió la caja de lápices y pasó la mano por encima decidiendo cuáles le ayudarían a captar la belleza del atardecer anaranjado. Su mundo estaba lleno de colores y formas, el de Andrea, en cambio, no era más que un monotema discordante con la vida.

## 4. El hospital

### 1

Andrea oía voces, chillidos, gritos irritantes de niños pequeños, palabras habladas en inglés americano. Nunca le habían gustado los centros comerciales y, desde que había perdido la vista, le resultaban más insoportables. La amalgama de sonidos le impedía centrarse en uno concreto, le dificultaba incluso centrarse en ella misma. Sara, que no paraba de toser, no soltaba su mano y sabía por su rigidez que tampoco estaba cómoda.

Sam y Paul eran muy amables, al igual que su padre. La madre, en cambio, era un poco inaguantable. En dos horas había sometido a un interrogatorio a toda la familia, aunque de forma tan natural que no había motivo para no contestar a sus preguntas. Paul le había dicho disimuladamente que a lo mejor no debería preguntar tanto. Maggie había debido de pensar que su hijo tenía razón y que estaba abusando de la buena educación de sus vecinos, porque había cesado en sus indagaciones. Sara había oído el comentario disimulado de Paul y había empezado a fijarse en ese larguirucho de profundos ojos verdes, algo caídos, que le daban la expresión tristonera, pero adorable, de perro basset abandonado.

Tras terminarse unas Coca-Colas, Sara propuso ir a la tienda de videojuegos. Los cuatro jóvenes, entre los que estaba desapareciendo el hielo de la desconfianza, dejaron a sus padres intercambiando anécdotas de sus respectivos países en la cafetería, para revolver, ávidos, entre los juegos de la tienda. Los mellizos Cooper se definieron a sí mismos como unos cracks de cualquier juego de cualquier consola. Ahorraban hasta el último centavo de su paga para comprarse la última novedad, y entre los dos tenían todas las consolas que existían (todas las que merecían la pena, había apostillado Paul). Andrea, que les escuchaba pavonearse, les dijo que Sara era la mejor jugadora del *Street Fighter* que conocía, nadie era capaz de tumbarla. Los Cooper, picados, la retaron a que lo demostrara esa misma tarde.

—Creo que en dos partidas te habremos dado una verdadera paliza. Eso



es en España que sois unos blandengues —se burló Sam.

Andrea no se amedrentó.

—Sara sí que os va a dar una paliza —dijo esperando una confirmación que no llegó por parte de su hermana.

Sus vecinos se rieron y se alejaron a probar la PlayStation de muestra que había en la tienda. La mano de Andrea, apoyada en el brazo desnudo de Sara, percibió un calor inusual.

—¿Te encuentras bien? Has estado tosiendo la mitad del tiempo.

—Estoy un poco mareada. Y me pica la nariz. Creo que estoy cogiendo la gripe.

—¿En verano?

Sara no quiso seguir hablando de su malestar, así que cambió a un tema.

—¿Qué te parecen nuestros vecinos?

Andrea supo al instante lo que de verdad le estaba preguntando su hermana.

—Es guapo, ¿verdad?

—¿Quién? —Sara intentó sonar inocente.

—No te hagas la tonta. ¿Quién va a ser? Paul. Tiene que ser guapo, no has sido borde ni una sola vez, y te quiero mucho, pero no eres la persona más amable del planeta.

Sara ladeó la cabeza y miró de refilón a Paul.

—Sí. Un poco. Pero también es muy agradable, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí. ¿Cómo es? ¿Cómo son, él y su hermana? Físicamente.

—Los dos son bastante altos y delgados, han salido a su padre. Me sacan una cabeza por lo menos. Paul es moreno pero Sam tiene el pelo rubio, muy rubio. Y los dos tienen unos ojos verdes muy brillantes. Me recuerdan a los de un gato cazando. Y una expresión un poco triste que les da un aire maduro bastante atractivo.

Para Andrea un felino tristón en operación de alimentación no era una imagen sugerente.

—¿En serio has dicho «como un gato cazando»? Qué cursi.

Sara quiso continuar la pulla pero una tos ronca salió de su garganta sin dejarle tomar aire. Le dolía la cabeza tanto que empezó a pensar que alguien le había introducido en el cráneo un enjambre de avispones japoneses. Cogió la mano de Andrea y volvió a la cafetería donde esperaban sus padres.

—Creo que quiero irme a casa. No me siento bien.

Julia se preocupó al ver las mejillas escarlatas de su hija. Le puso la mano en la frente. Estaba caliente y sudada a pesar del frío aire condicionado del edificio. Disculpándose se marcharon y quedaron en reunirse otro día.

—Despedidnos de Sam y Paul —dijo Sara antes de marcharse.

Durante el trayecto, Sara se había quedado dormida en el asiento trasero del todoterreno. Andrea, a su lado, cogía su mano, que ardía como si estuviera envuelta en brasas.

Despertaron a Sara con delicadeza para entrar en casa. Tras cerrar la puerta de entrada, Julia fue corriendo al pequeño botiquín que habían instalado en el aseo. Lo revolvió entero buscando el termómetro. Cuando lo encontró se le resbaló de las manos y, rodando por el suelo, se coló por debajo del mueble del lavabo. Soltó una maldición y estiró su mano intentando alcanzarlo.

—Vamos, ven aquí. —Un poco más, solo tenía que estirarse un poco más.

Lo rozó con la punta de sus dedos moviéndolo un milímetro, lo justo para poder darle un impulso hacia fuera y agarrarlo. Bajó corriendo al salón pero el termómetro ya no hacía falta. Daniel sostenía a Sara inconsciente en sus brazos mientras le tocaba la frente.

—Nos vamos al hospital.

Julia, muda, tomó a Andrea de la mano y la ayudó a sentarse en el asiento trasero que aún guardaba su calor. Daniel, al otro lado, sujetó con rapidez el cinturón de seguridad a Sara y se subió al coche mientras Julia aún seguía intentando encajar los broches del cinturón de Andrea, los nervios habían tomado el control de sus manos.

—¡Vamos! —la apuró Daniel.

Ese pequeño grito, entre exasperado y apremiante, solo consiguió alterarla más.

*Céntrate y vete paso a paso. Es como una sonata. Primero una nota, después la otra. Primero sujeta la hebilla del cinturón, luego coge la otra parte. Ahora acercarlas despacio.*

Pero no pudo continuar. Andrea le quitó de las manos las correas y las enganchó sola. A Julia se le encogió el estómago: era una inútil. Su hija de dieciséis años, ciega, había sido más rápida, calmada y eficaz. Durante todo el trayecto no consiguió decir nada, su voz parecía haberse escapado por alguna abertura que ella desconocía. Andrea le preguntaba continuamente cómo estaba su hermana, y Daniel cuál era el camino correcto hacia el

hospital, pero fue incapaz de contestarles. No sabía nada y no tenía voz para expresar lo preocupada que estaba. La soledad que la invadía.

En el hospital tuvieron que rellenar varios impresos, algo de lo que se tuvo que encargar Daniel. Pasaron varias horas antes de que algún médico considerara que tenía un momento para acercarse hasta ellos y comunicarles el estado de su hija. Sara estaba en una especie de UCI, en una habitación que dejaba ver el interior por grandes cristales, tenía varios aparatos conectados. Un enfermero les había dicho que no podían entrar hasta que se lo permitiera un médico. Fue una mujer afroamericana, de ojos rasgados y con una carpeta abierta en la mano, quien les habló.

—Soy la doctora Evans —se presentó—. Su hija ha de permanecer ingresada. Le estamos haciendo una serie de pruebas. Tiene una fiebre muy alta y una infección en los pulmones, pero todavía no sabemos cuál es el origen de dicha infección. —Su discurso era firme pero sereno—. Hemos hecho cultivos de esputo, orina y sangre para identificarlo. Mientras obtenemos los resultados la estamos tratando con antibióticos de amplio espectro. Seguramente en unas horas le habrá bajado la fiebre.

—¿Podemos entrar a verla? —las primeras palabras que salieron de la boca de Julia desde que había vuelto del baño agitando un termómetro digital en la mano, no fueron una pregunta, sino un ruego.

—Les aconsejaría que no, por el bien de su hija. —La actitud de la doctora se había vuelto inquieta—. Y por el suyo. Desconocemos el origen de la infección y por lo tanto cuál puede ser el riesgo de contagio. Además, ahora su hija necesita descanso y está dormida profundamente. Esperen unas horas, vayan a casa y descansen un poco. Hasta dentro de 24 horas al menos, no sabremos nada. —Cerró la carpeta con un golpe seco—. No puedo decirles más hasta que tenga los resultados de las pruebas. Si me disculpan, he de atender a otros pacientes. —Se dio la vuelta y se marchó sin esperar respuesta.

Daniel y Julia se miraban en silencio manteniendo una conversación de la que solo ellos escuchaban las palabras. Los ojos implorantes de Julia pedían ver a su hija. Los ojos de Daniel le decían que no, que debían esperar como les había advertido la doctora. La mirada de Julia se volvía más suplicante, y la de Daniel más firme, la de Julia respondía con cabezonería y rabia, retando a que la frenara si podía, y la de Daniel le contestaba que lo haría. Tras unos segundos, los ojos de Daniel cayeron y fueron los que suplicaron, porque él también quería entrar, le suplicaron que no insistiera

porque no tendría fuerzas para evitarlo. Julia cedió.

—Yo me quedo, Dani. Vete a casa con Andrea.

Daniel miró el reloj. Las seis y diez de la mañana.

—Está bien. Iremos a intentar descansar un poco y en unas horas volveremos.

—Yo me quedo. —afirmó Andrea con rabia. ¿Por qué estaban decidiendo por ella? Igual que cuando habían decidido mudarse y comprar una casa sin consultarle.

Julia le cogió las manos.

—Andrea, vete a casa con tu padre y descansa. Cuando vengáis, si todo sigue igual, iré yo.

—No. —Andrea estaba decidida a no abandonar a Sara en ese sitio que olía a desinfectante, medicinas y enfermedad—. No me voy a mover de aquí.

Daniel miró a sus dos mujeres, cabezotas y agotadoras. Sara también lo era.

—Esperaremos todos juntos, aquí, hasta que nos vuelvan a decir algo. Pero vayamos a la cafetería a comer algo.

Ninguno tenía hambre ni ganas de meterse nada en la boca, pero los tres bajaron a la cafetería y bebieron tres tazas de un café que, hasta el momento, era el mejor que habían probado. Subieron con la esperanza de que hubiera habido alguna novedad pero todo seguía igual.

Julia se sentó en una de las sillas de plástico barato que había junto a la puerta de las habitaciones. Tamborileó con los dedos la *Gran Polonesa Brillante* de Chopin. Aunque tocaba el piano desde niña, nunca había conseguido tocar decentemente a Chopin. Su padre, sin embargo, era un virtuoso y las notas, hostiles para ella, parecían brotar y deslizarse de sus dedos. Cuando no podía más, concentrarse en el compositor polaco era su bálsamo de tranquilidad. Entonces nada fallaba, nunca se equivocaba de tecla ni de compás, en esos momentos todo salía bien, solo tenía que concentrarse, que mantener la calma.

A las diez entró una enfermera en la habitación acristalada, miró los goteros y tomó la temperatura a Sara, pero evitó cualquier contacto visual con ellos. Esa operación se repitió dos veces más a lo largo del día. Julia recibió una llamada en el móvil. Era Maggie para preguntar cómo se encontraba Sara. Julia no tuvo fuerzas para contestar y le pasó el móvil a su marido que informó a los Cooper del estado de su hija.

—No, no. No hace falta que vengáis. De momento ni siquiera podemos

entrar a verla. Cuando sepamos algo, os lo diremos.

Tras colgar, Julia pensó en su hermana, en llamarla, pero la expresión «separadas por un océano de distancia» era real entre ellas desde mucho tiempo antes de su traslado. Buscó en la agenda del móvil y marcó, colgó y volvió a marcar indecisa. La tercera vez que marcó no fue lo suficientemente rápida como para colgar antes de que diera la llamada. Tal vez eso era lo mejor, una llamada perdida, la patata caliente estaba en manos de Alicia.

Y de nuevo se sintió muy sola. Amigos, amigas, clientes, todos estaban en España. Las únicas personas que conocían aquí eran los vecinos, con quienes no les unía ninguna amistad ni confianza. Por primera vez en su vida sabía lo que era el desarraigo. Por enésima vez se preguntó si habían hecho bien en viajar a los Estados Unidos de América.

De soslayo miró a Andrea. Estaba sentada con la cabeza baja y apenas había hablado. Su hija tenía cita con uno de los mejores oftalmólogos a nivel mundial dentro de un par de meses. En silencio pidió a Dios que este viaje ayudara a su hija a recuperar la visión y que, por favor, Sara se recuperara de lo que fuera que la había llevado ese lugar. La última vez que había hablado con Dios había sido cuando tenía quince años, cuando se había roto una pierna, tras comprobar que no mitigaba su dolor, había cortado toda comunicación con él. Ni siquiera había rezado cuando Andrea había perdido la vista. Ahora, sin más abrigo que el desamparo que emanaba de las frías paredes y rodeada de una profunda soledad, rezó por sus hijas con un fervor que nunca antes había sentido, rogándole a Dios que cuidara de ambas.

Nadie se acercó a darles alguna noticia hasta las seis de la tarde. La doctora afroamericana de quien ninguno recordaba el nombre, con una expresión poco alentadora en el rostro, entró en la habitación de su hija, escribió en la carpeta de metal que había en los pies de la cama de Sara varias anotaciones y volvió a salir.

—¿Qué pasa? —Daniel la interrogó en cuanto puso un pie fuera de la habitación.

La doctora Evans miró al hombre de voz temblorosa que tenía delante. Era alto y estaba nervioso, igual que su mujer, su hija invidente se mantenía atenta aunque apartada. Los tres estaban ojerosos y olían a sudor agrio, el olor de la ansiedad. Escogió las palabras con cuidado, estaban cerca de su límite, años de experiencia a sus espaldas se lo decían.

—Su hija tiene una neumonía. El problema es que la fiebre no baja, lo que nos dice que los antibióticos de amplio espectro no son efectivos.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Daniel intentando aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

—Que estamos ante un microorganismo difícil de tratar. Necesitamos saber qué es exactamente para poder luchar contra él.

—¿Y cuándo lo sabrán?

—Los resultados todavía tardarán un día.

—¿Un día? —Julia se exasperó—. ¿Podemos al menos pasar a verla?

—Mejor no. Desconocemos cuál es el origen de la infección pero sí sabemos que es difícil de tratar. He dado órdenes de que todo el personal que entre en la habitación de su hija lo haga con mascarillas y guantes.

Andrea se adelantó hacia el lugar desde donde sus padres hablaban con la doctora.

—¿Está diciendo que está en cuarentena?

—No, no exactamente. Lo más probable es que se trate de algún microbio oportunista, pero vamos a tomar precauciones. Les voy a hacer alguna pregunta sobre Sara y necesito que sean sinceros.

Julia fue consciente de cómo la doctora había utilizado el nombre propio de su hija, no la había llamado simplemente paciente. Tal vez solo pretendía crear un ambiente más relajado y de mayor confianza, un ambiente personal. En cualquier caso se lo agradeció.

—No son americanos, ¿verdad?

—Españoles —contestó Daniel.

—¿Sevilla o Barcelona?

La doctora se esforzó por componer una expresión jovial. Era una buena persona, sabía tratar a los pacientes y a los familiares. La mayoría de los médicos eran bastantes ineptos para eso. Julia había conocido a demasiados médicos en los últimos años y lo había comprobado.

La doctora Evans les preguntó acerca de viajes a países extranjeros, vacunas, enfermedades recientes o no, un millón de detalles a los que Daniel contestó sin perder de vista la mirada derrumbada de su mujer. Evans tuvo que repetir alguna pregunta dos veces, pues la concentración de Daniel empezaba a fallar, se sentía como un corredor ocasional que se empeña en terminar una maratón: exhausto. Julia se perdía en la conversación, no por el idioma, sino porque el miedo la atenazaba. La idea de que algo pudiera sucederle a su otra hija la aterraba. Y entonces supo que Sara, Daniel y la misma Andrea, habían superado lo ocurrido el cuatro de noviembre de 2013, pero ella no.

Tras responder a las preguntas, Daniel se sentó cansando en las sillas de plástico gastado del hospital. Sin pronunciar palabra, se hundió en un letargo algodonoso. Allí acomodado, sintió el tiempo. Era una expresión extraña, pero no se le ocurrió otra mejor. Lo sintió volar a su alrededor a una velocidad tan lenta que creyó ser capaz de ir a España y volver entre los segundos que separaban cada batir de alas del reloj. El tiempo se había convertido en algo tan físico que casi esperaba verlo materializarse delante de él en cualquier momento.

Andrea estaba sentada a su derecha, erguida y callada. Julia, cabizbaja, había dejado de tamborilear con los dedos. Esa manía solía desquiciarle, ahora le inquietaba que no se produjese.

A las doce y diez no pudo aguantar ni un minuto más el aleteo del tiempo. Se iba a volver loco enjaulado en ese espacio.

—Vámonos, tenemos que dormir algo.

Julia negó con la cabeza.

—No puedo dejarla sola.

—Tenemos que dormir. —Acercó la nariz a su sobaco—. Y ducharnos.

—¿Y si se despierta? Id vosotros, luego iré yo.

Daniel conocía a su mujer. Sabía lo que pretendía. Estaba mintiendo, no tenía intención de ir a casa. Era capaz de quedarse ahí sentada durante una semana sin moverse más que para ir al baño y a la cafetería a pedir la comida que fuera más rápida de masticar y deglutir, para volver corriendo a la habitación de su hija a la cual no le permitían pasar.

—No, Julia, vamos a ir los tres. Estaremos en casa antes de la una. Dormiremos hasta las nueve y volveremos tras ducharnos y desayunar — Julia comenzó a protestar pero él la ignoró—. Ya has oído a la doctora, no se va a despertar. Y nosotros tenemos que recuperar fuerzas para estar con ella. Cansados no la ayudamos en nada.

Antes de que Julia pudiera rebatirle, Andrea habló.

—Papá tiene razón. Vamos. Volveremos enseguida. Yo tampoco quiero dejarla pero es mejor ir ahora que duerme.

A Julia le sorprendió tanto que Andrea quisiera separarse de su hermana que se dejó conducir sin oponer más resistencia. ¿Su hija adolescente veía la situación con más claridad y calma que ella? ¿Era posible?

El trayecto fue en silencio, y se metieron en la cama en el mismo silencio. Ninguno durmió profundamente. A las siete y media estaban todos en pie.

Tras ducharse, Andrea se sentó en su cama esperando que alguno de sus padres la llamara para desayunar. No tenía apetito. Sentía el estómago del tamaño de un guisante. Sus padres se habían pasado hablando la mitad de la noche, y aunque no había distinguido ni una sola palabra, sabía que había sido sobre su hermana. También ella habría querido hablar con alguien pero todos sus amigos estaban muy lejos, a más de 5200 kilómetros de distancia. La cifra la había buscado Sara en internet. Cuando se la había dicho Andrea había captado su pesadumbre tras una de sus clásicas bromas ácidas. Sara no había protestado ni una sola vez por haberse mudado, y sabía que el motivo de aceptar el repentino viaje era ella.

Recordó cómo Sara se había enfadado, un par de noches atrás (era increíble que no hubiera pasado ni una semana), al descubrir que se habían olvidado una de las pocas cosas que se había negado a abandonar: las sábanas de su serie de televisión favorita. Únicamente no había querido desprenderse de las sábanas, sus pendientes, su consola y... Triki. Tenía ese muñeco desde que había nacido, o eso decía su madre, y probablemente era cierto porque ella no recordaba la habitación de su hermana sin él.

Extendió su báculo y caminó rápidamente hasta la habitación de su hermana. Clonc, clonc, un ruido monótono cada vez que chocaba contra los zócalos de la casa. Tres pasos hasta la puerta de la habitación. Uno, clonc, clonc, dos, clonc, tres, clonc, clonc.

Cogería al Monstruo de las Galletas para alegrar la habitación con olor a desinfectante industrial donde estaba Sara. Sería la típica cursilada que la haría llorar de risa en cuanto se despertara.

Entró en el cuarto de Sara, con cuidado y mirando con el bastón, tocó la cama. Palpó con cuidado por toda ella esperando encontrar el peluche azul, gastado y viejo, sobre la almohada, pero allí no estaba. Había una cómoda a la derecha de la cama, dos pasos más allá. Uno, dos. Tocó por encima con todo el cuidado que le fue posible. Encontró un tarro de perfume con el inconfundible tacto del cristal, a su lado un reloj con la correa de cuero desgastada, a su lado...

—¿Qué haces?

La voz de su madre la sorprendió, no la había oído acercarse, y retiró sus manos con un brusco movimiento tirando un objeto al suelo.

—Lo siento. ¿Se ha roto algo? —preguntó preocupada.

Julia se agachó y recogió el objeto.

—No, tranquila. La caja está bien. No tenía nada dentro.



La *¿caja?*

—¿Cómo es esa caja, mamá?

—Negra y dorada. No la había visto antes. Es muy bonita. —¿Cuántas cosas había de sus hijas que desconocía? Se acercó la caja al corazón y después la posó en la cómoda con ternura.

El desván, la brisa, el fantasma, habían parecido tan lejanos para Andrea hasta ese instante... Tan lejanos. Y sin embargo...

—¿Le habéis hablado a los médicos de los arañazos que se hizo Sara hace un par de días?

—¿Qué arañazos?

—Cuando se cayó en el desván.

Julia se quedó sin respiración. No se habían acordado de esas heridas.

—No —un susurro, solo un susurro salió de sus labios—. Tengo que decírselo a tu padre, tenemos que marcharnos y contárselo a la doctora.

Su madre se marchó dejando a Andrea sola en la oscuridad de sus incertidumbres.

¿Fantasma? Pensando en ello parecía muy estúpido. Su hermana estaba en el hospital por una infección y a ella se le venía a la cabeza un espíritu inexistente, porque los fantasmas no existen. Y, sin embargo... Esa locución adversativa se colaba en su vocabulario una y otra vez, abriéndose paso entre todas las demás, negándose a ser dada de lado.

Porque sin embargo... había *algo*. Lo sabía por el olor, por la sensación de no estar nunca sola, por el frío, por los arañazos en la piel de Sara. Lo sabía porque Sara también lo sabía.

Sus padres se apresuraban en la habitación cercana moviéndose de un lado a otro. Oía sus rápidas pisadas y el modo descuidado en que abrían y cerraban los cajones.

Andrea estiró la mano, con el mismo cuidado con el que alguien se acercaría a las llamas del infierno, hacia la cómoda de su hermana, hacia la caja. Su madre entró y la agarró de la mano.

—Vámonos, Andrea.

Andrea recordó a Triki, quiso pedir que cogieran el muñeco azul pero una decidida presencia oprimió su aliento. Tenía la mirada clavada en la caja, y la caja en ella. No se veían con los ojos, sino con el alma, mientras se hablaban en silencio.

## 2

Cuando encontraron a la doctora Evans y le contaron que Sara se había desmayado en el desván y se había arañado uno de los brazos, la mujer tomó nota pero a pesar de lo que temían no les insinuó nada acerca de su olvido. Después, el día en el hospital se convirtió en una sucesión de vuelos lánguidos del segundero hasta que a las siete en punto de la tarde la doctora se les acercó con una resolutiva expresión en el rostro.

—Ya sabemos qué le sucede a su hija. Acaban de pasarme los resultados de las pruebas. Es un hongo.

—¿Un hongo? —Andrea no pudo ocultar su estupor. La pregunta la realizó en español de forma automática, pero su madre continuó en inglés.

—¿Qué clase de hongo es? ¿Es grave?

—Es un hongo muy común. *Aspergillus fumigatus*. Está en el ambiente de forma natural. Lo respiramos continuamente, solo afecta a personas inmunodeprimidas. —La doctora Evans relajó la expresión—. Su hija se va a recuperar. Ahora mismo le estamos suministrando un tratamiento específico y no hay razón para pensar que no será eficaz. En estos momentos es poco más que una alergia muy fuerte con un principio de neumonía.

—Perdone, doctora —Daniel estaba perplejo—, ¿quiere esto decir que Sara está inmunodeprimida?

—Tiene el conjunto de glóbulos blancos algo bajo, tanto linfocitos como leucocitos —Julia y Daniel se miraron asustados—, aunque nada alarmante. Le estamos haciendo pruebas en busca de enfermedades que puedan haber favorecido la invasión del hongo, pero hasta el momento no parece existir ninguna. El estrés ha podido tener algo que ver. Me han dicho que acaban de mudarse. —Circunspecta, aunque amable, la doctora Evans formó una leve sonrisa en sus labios—. Debe de ser muy estresante cambiar de país. Me comentaron que Sara había estado en el desván de su casa, esos lugares están llenos de ácaros, polvo y hongos, tal vez al respirar las esporas haya ocurrido la infección. Seguimos esperando algunos resultados pero estoy convencida de que darán negativo. Su hija se pondrá bien. Vamos a ver cómo reacciona al tratamiento. Mañana probablemente la fiebre habrá bajado y al día siguiente querrá marcharse con ustedes. Ahora si me perdonan... —Agachó la cabeza y se marchó.

La voz de la doctora había sido firme y sincera, les había dejado convencidos y aliviados. Antes de desaparecer por uno de los desangelados pasillos del hospital, Julia la llamó.

—Espere, doctora. ¿Entonces podemos entrar en su habitación? ¿Podemos verla?

—Sí. No hay problema —dijo sin llegar a volverse del todo.

Julia, Daniel y Andrea entraron en la habitación de Sara y estrecharon su mano caliente, sudorosa y febril.

Tal y como había pronosticado la doctora, en menos de veinticuatro horas la fiebre de Sara bajó hasta situarse en niveles de décimas. Cuando despertó sus padres y su hermana estaban a los pies de la cama.

Abrir los ojos le requirió el mismo esfuerzo que intentar salir de unas absorbentes arenas movedizas. Sentía la cabeza como si estuviera rebosando de agujas y le costaba respirar como si tuviera cemento endurecido en los pulmones.

—Me duele la cabeza.

Su madre y su hermana rieron.

—¿De qué os reís? —preguntó molesta.

Esta vez su padre también se unió a las risas. Sara no era una buena enferma.

—¿Por qué os reís? —insistió gruñona.

Su madre la cogió de la mano.

—Estás en el hospital.

Sara se pasó la lengua por los labios. Tenía la boca más seca que la piel de un lagarto en el desierto. Miró a su alrededor con los ojos semicerrados. Un gotero con un líquido transparente pendía a su derecha de un colgador.

—¿En el hospital?

—Te desmayaste en casa y te trajimos al hospital. ¿Te acuerdas?

Sara se concentró. Se acordaba del centro comercial, de Sam y Paul, al final no se encontraba muy bien... Dejó de concentrarse. Alguien seguía llenándole la cabeza de agujas y los pulmones de cemento. Dolía.

—Sí. Creo que sí.

—Tuviste mucha fiebre, cariño. Tienes una reacción a las esporas de un hongo llamado *Aspergillus*.

Se esforzó para abrir totalmente los ojos.

—¿Qué?

—Tranquila. Ya casi estás bien. Es un hongo oportunista. Está en el

ambiente pero no nos afecta a no ser que tengamos las defensas bajas.

Andrea, que estaba a los pies de la cama, le pellizcó con suavidad el pulgar por encima de la delgada sábana color blanco hospitalario.

—En resumidas cuentas: eres una debilucha.

Sara entornó los ojos y respiró hondo para poder contestar a su hermana.

—Eres muy graciosa, ¿eh? Aprovechándote de una enferma.

La doctora Evans entró por la puerta.

—Vaya, hablas por fin. ¿Qué tal estás?

Sara no se esperaba oír ninguna pregunta en inglés y su cerebro, aún medio dormido, lo tradujo a trompicones, como un coche que intenta arrancar con el carburador atascado. Encontró las palabras justo antes de que su madre respondiera por ella.

—Me duele todo. La cabeza me va a estallar. Y me cuesta respirar.

La doctora le abrió un poco el camisón y la auscultó. Uno de sus marcados rizos negros cayó sobre su frente.

—Respira profundo.

Unas pequeñas astillas pincharon los pulmones de Sara.

—¿Te duele?

—Un poco.

—Es normal. De momento parece que respondes al tratamiento. —Le cerró el camisón—. Si todo sigue así, en una semana o dos podrás irte a casa.

—¿Una semana?

—Cómo mínimo. Tienes algo de neumonía y hemos de asegurarnos de no dejar rastro del hongo en tu organismo, deberás tener paciencia. ¿No te gusta esta habitación? Es la más chic del hospital. —La broma de la doctora les hizo reír a todos menos a Sara—. Pero mañana te bajaremos a planta, así que disfrútala.

Alguien picó al cristal de la puerta de la habitación. Julia reconoció al reverendo que les había saludado en la cafetería el primer día de su vida en Lonely Hill.

—¿Quién es ese?—preguntó Sara en su idioma natal.

—El sacerdote que conocimos en la cafetería —por respeto a la doctora, Julia respondió en inglés—. No recuerdo cómo se llama.

—Nathan —informó la doctora—. Yo he de irme. De todas formas, Sara necesita descanso, no le hagan hablar demasiado ni hacer esfuerzos. —Abrió la puerta—. Hola, ¿puedo ayudarle en algo, reverendo?

—Venía a visitar a la enferma. No sé si debería... —dijo el hombre

mientras pedía permiso para entrar en la habitación con la mirada.

—Mientras no le haga hacer ningún esfuerzo, no hay problema. Si me disculpan... —Con delicadeza cerró la puerta tras ella y el hombre se quedó esperando una invitación más evidente por parte de la familia.

—Padre, pase —le pidió Julia con un gesto de la mano.

Nathan oyó el apelativo católico pero lo dejó correr. No era momento para ponerse quisquilloso, y él no era un hombre quisquilloso. Daniel se levantó de la silla y le cedió el asiento, pero el reverendo lo rechazó con educación.

—No se moleste. Solo venía a ver cómo estaba Sara.

Daniel se asombró de que recordara el nombre de su hija. El párroco jugueteaba con la misma gorra vieja que le habían visto en la cafetería a pesar de que el día había amanecido con una fina lluvia que se había convertido en un fuerte aguacero. El sol les había concedido una tregua aunque la temperatura no había descendido. El calor y la humedad se habían fusionado en un pegajoso bochorno.

—Parece que tiene las defensas bajas y ha tenido una reacción a un hongo que también le ha provocado algo de neumonía. Ahora está mejor.

—Bien. —Nathan la miró. Cinco años atrás una neumonía había estado a punto de mandarle con el Señor más pronto de lo que él tenía previsto. La joven estaba pálida y ojerosa. Con intención de animarla un poco le preguntó —. ¿Sabes ya cuándo podrás irte de este hotel de cinco estrellas?

—La sentencia es de una semana, por lo menos —respondió Sara.

—Así tendrás tiempo de probar la exquisita comida del hotel.

Sara arrugó los labios. Nathan sonrió ante el gesto de asco de la muchacha y se dirigió a Daniel.

—¿Necesitan algo?

—No. Es muy amable por preguntar.

—Como les dije en Rosie's, si necesitan cualquier cosa, por favor díganmela. Intentaré ayudarles en todo lo que pueda. Recurran a mí en cuanto lo precisen.

La gorra giraba velozmente entre sus dedos y Julia no pudo evitar fijarse en el gesto. Lápices rojos, negros y azules darían vida en el papel a la peonza de tela. Por un momento, volvió a sentir la necesidad apremiante de coger un lápiz, pero ese momento se esfumó cuando su hija se puso a toser y una arruga de preocupación de tonos grises se dibujó en su propio rostro.

—¿Cómo se ha enterado de que Sara estaba en el hospital? —preguntó

Daniel.

—Esto no es muy grande. Tal vez ustedes no conozcan a nadie y no sepan nada de nadie, pero..., en fin, eso ya irá cambiando con el tiempo. Me voy. No quiero importunar más.

Se giró con intención de despedirse y asegurarles que rezaría pidiendo que su hija se recuperara cuanto antes, pero se limitó a sacudir la mano. Le habían dicho que no eran religiosos y tal vez ese comentario les importunara. Rezaría igualmente por Sara sin que ellos lo supieran.

Un par de días después, los Cooper se acercaron a visitar a Sara. Maggie le tendió un bonito ramo de flores.

—Lo eligió Paul —dijo Sam.

Sara se percató de que el chico enrojecía como un tomate al tiempo que el calor crecía en sus propias mejillas.

—Es muy bonito. Gracias —susurró.

Julia cogió el ramo y lo puso en un pequeño jarrón tras retirar unos claveles que había comprado el día anterior.

—Muchas gracias. No teníais que haberos molestado.

—No es molestia. Deberíamos haber venido antes pero vinieron a vernos unos parientes de Canadá, sin previo aviso, y ya sabes cómo son estas cosas. —Maggie posó su bolso sobre la silla libre—. ¿Así que tenías las defensas bajas?

—Sí. —Julia no preguntó cómo lo sabía. La respuesta empezaba a ser obvia: «El lugar no es muy grande, el cotilleo es el deporte nacional, vosotros sois nuevos... en fin, ya sabes cómo son estas cosas».

—Pero ahora estás bien, ¿verdad? No tienes mal aspecto.

Sara sabía que eso no era cierto, se había mirado en el espejo del baño, sus ojeras eran tan moradas como una berenjena. Dirigió los ojos hacia Paul, que la miraba de soslayo.

—¿Os apetece tomar un café? —les invitó Julia.

—No, gracias —contestó Harry—. Tenemos que irnos.

—Tenemos pendiente una partida —le recordó Sam a Sara antes de irse—. En cuanto salgas del hospital te esperamos.

—Yo creo que te entró miedo... —Paul intentó que pareciera un comentario casual, pero su voz, tartamuda, delató un vivo interés.

—Estaré lista en cuanto pueda y... —buscó la expresión en su inglés pero no la encontró — y...

Andrea, leyó el pensamiento de Sara y contestó por ella.

—Os dará una paliza. No hay nadie mejor que ella con el *Street Fighter*. Ya os lo advierto.

Sam observó a Andrea detenidamente. Sara captó esa mirada, temió que sintieran lástima de ella.

—Podemos probar también un juego de Andrea —les dijo—. Es muy bueno, os lo aseguro.

Paul y Sam se quedaron perplejos. ¿Había videojuegos para personas invidentes? Estuvieron tentados de preguntar a qué se refería, pero no se atrevieron y se limitaron a asentir.

Harry cogió a su mujer de la mano y miró el reloj.

—Tenemos que irnos.

Los Cooper se despidieron y se dirigieron a su casa.

—Pobre chica —comentó Maggie en el trayecto—. No poder ni siquiera jugar con su hermana, o ayudarla a ir al baño del hospital...

—Mamá. Ya vale. —Los comentarios de su madre incomodaban con frecuencia a Sam. Su madre era una buena persona, pero incapaz de entender la vida de un modo que no fuera el suyo—. Hablas de ella como si estuviera moribunda.

—Es que pienso que alguno de vosotros pudiera quedarse ciego y no lo resisto.

—Pues no sería el fin del mundo. Andrea parece muy feliz y capaz. Más que muchos, ¿no te parece?

### 3

Un viernes de mediados de julio, Daniel se escapó del trabajo para ir a buscar a Sara al hospital. Hank no le había puesto impedimentos a su pequeña fuga, ese día su hija recibía el alta.

Sara esperaba en una silla de ruedas al lado de Andrea. Su mujer miraba, acongojada, a la doctora Evans revisar la información recopilada en la fría carpeta que había estado siempre colgada a los pies de la cama de su hija. Daniel hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. Se encontraba agotado, su cuerpo se había rendido y el cansancio acumulado tiraba de él hacia abajo como una bola de acero enganchada en sus pies. Tendría que

conducir Julia. Había empezado a trabajar al día siguiente de que Sara bajara a planta y desde entonces había estado en su despacho hasta las cinco de la tarde sin poder concentrarse, deseando estar con su familia.

Después de varios intentos, Daniel había conseguido hablar con Alicia, que no había devuelto la llamada perdida de Julia, y ante la noticia se había ofrecido a coger el primer vuelo, pero él había dejado claro que no la necesitaban, solo la informaban. Ni él ni sus hijas apreciaban a Alicia, y de haber aceptado su oferta apostaba su brazo izquierdo a que le hubiera surgido un (falso) imprevisto.

La doctora Evans colocó de nuevo la carpeta en el pie de la cama y se dirigió a Sara.

—Te has recuperado muy bien y muy pronto. —Puso una mano en el hombro de Sara y lo apretó con firmeza— Ya sabes que te doy el alta solo si prometes guardar reposo una semana más.

—Sí, sí. Lo prometo.

—Guardará reposo. No se preocupe. Ya nos encargamos nosotros. —Daniel cogió la silla de ruedas donde estaba su hija y empezó a empujarla hacia la salida.

—Y no quiero volver a verte por aquí. Una chica de diecisiete años no debería visitarnos. —La acusó con un dedo recto frente a ella.

—Me tomaré un zumo de naranja todos los días y tres kiwis si hace falta. No me va a volver a ver el pelo en una temporada muy grande. Hasta que tenga hijos, por lo menos. Si los tengo.

—Gracias por todo, doctora Evans. —Julia le tendió una mano que la mujer apretó con una firmeza endeble. Julia siempre se había imaginado que Evans tendría una mano más fuerte. Notó que la mujer tenía los ojos enrojecidos y aunque una pequeña sonrisa marcaba la comisura de sus labios, era una curva triste.

Se despidieron y la doctora Mary Evans observó a la familia Montoya abandonar el hospital con Daniel conduciendo la silla de ruedas mientras su hija hablaba sin parar. Se quedó mirando la cama como si se tratara de un pequeño enigma imposible de descifrar.

Cogió el ascensor y subió a la azotea deseando sentir un viento frío y fuerte que le azotara la piel. El aire no se había puesto de su parte, era cálido y suave. El sol brillaba en una burla descarada de su ánimo.

La pequeña Montoya se había restablecido sin contratiempos. Una joven sana que había enfermado a causa de un microorganismo, en teoría poco



patógeno, era un pequeño misterio que de vez en cuando sucedía: estrés, mala alimentación, cansancio... Circunstancias negativas que cuando concurrían todas a la vez podían debilitar el sistema inmune del cuerpo dejándolo expuesto a cualquier microorganismo oportunista. Pero se trataba de una chica fuerte y con un poco de ayuda extra estaba lista para el nuevo combate diario.

Sin embargo el señor Sawyer no era joven ni fuerte. Su infección pulmonar se agravaba cada día. Esa misma mañana había estado a un paso de la muerte. Le habían aplicado el desfibrilador y, aunque habían conseguido reanimarle, no se engañaba. Que el anciano, el paciente más agradable que había tenido en años, dejara su hospital con rumbo al más allá, era cuestión de horas. Odiaba perder un paciente, todos los médicos lo odiaban. Ni los más indolentes lo soportaban por mucho que se empeñaran en aparentar lo contrario. Era la parte negativa de la profesión.

Buscó en el bolsillo vacío de su bata blanca un paquete de Winston. Había dejado de fumar hacía dos años pero el hábito todavía era fuerte.

—Mataría por un cigarrillo. —Soltó una amarga carcajada ante la ironía de que una especialista en neumología dijera eso.

La puerta de la azotea se abrió. Dolores, una enfermera puertorriqueña, entró negando con la cabeza y el moño canoso revuelto. Le quedaban tres años para jubilarse. En momentos como ese deseaba estar a punto de retirarse ella también.

—¿Ha muerto?

—Ha entrado en parada. No hemos podido hacer nada.

Miraron sin ver la calle que rodeaba el hospital. Coches aparcados, gente que entraba y salía. Mary derramó dos o tres lágrimas silenciosas. Luego cogió a su amiga de la mano y se dispuso a seguir con su trabajo hasta acabar su jornada, a las diez de la noche.

Cuando llegó la hora del cambio de turno estaba deseando irse a casa con Kiki, pero antes quería despedirse del señor Sawyer.

La vida era muy injusta. Nadie sabía eso mejor que un médico. El señor Sawyer era un anciano simpático que siempre tenía palabras amables para todos los de su alrededor, que no se quejaba nunca de ninguna prueba que le practicasen por más dolorosa que fuera. Siempre le traía una piruleta desde la segunda vez que le había atendido cinco años atrás. Su lema era que a nadie le amargaba un dulce. Por el contrario, justo encima de la habitación del señor Sawyer, el director de la escuela pública de Lonely Hill, James Cullen,

un hombre despreciable con ínfulas de tirano, estaba superando su cáncer de pulmón con la misma facilidad con la que se cura un catarro. Mala hierba nunca muere.

A la puerta del depósito estaba el forense poniéndose la chaqueta. Su turno también había acabado, por hoy. Ni la muerte ni la enfermedad se conceden un respiro. Son unos jinetes que se toman muy en serio su trabajo.

—Hola, Tom —lo saludó sin ánimo.

—Hola, Mary. Vienes a ver al señor Sawyer, ¿verdad? —Mary afirmó con la cabeza—. Tengo que marcharme. Así tendrás intimidad. Apaga la luz al salir. El señor Sawyer está al final de la sala.

—Gracias, Tom.

Tom se marchó y ella abrió la puerta batiente de la morgue, una sala fría, la más fría del hospital. Sus hombros desnudos echaron en falta una chaqueta.

Había cuatro cadáveres reposando sobre camillas de metal tapados por unas cortas sábanas verdes que dejaban al descubierto sus pies desnudos. En el dedo pulgar del pie de cada uno de ellos colgaba una etiqueta con sus nombres.

Al fondo estaba el señor Sawyer. Con cuidado retiró la sábana de su cabeza. La muerte siempre la sobrecogía. El anciano estaba blanco, tieso y había perdido algo más que la vida, una esencia. Esa era la impresión de Mary cada vez que miraba un cadáver.

La mano del anciano, la que siempre le tendía las piruletas, asomaba por debajo de la sábana. La cogió y la encerró con ternura entre las suyas. Estaba rígida y fría. Una sensación a la que nunca se acostumbraría. La mayoría de sus pacientes tenían manos febriles, calientes. Eso indicaba lucha, combate. Vida. El frío resultaba, por el contrario, devastador.

—Espero que esté bien allí dondequiera que se encuentre ahora, señor Sawyer. ¿Sabe? Desde que le conocí, fue mi paciente favorito. No se lo diga a nadie.

Como únicamente la rodeaban cadáveres permitió, sin pudor, que brotaran las lágrimas acompañadas de gritos y sollozos hasta sentirse aliviada. Después se secó los ojos con el dorso de la mano y se sorbió los mocos.

—Adiós.

Solo una palabra, era suficiente. Se había despedido. Ya se podía marchar.

Un ruido seco e inesperado le hizo dar un brinco. La sábana del cuerpo

de la camilla situada junto a la puerta se había caído al suelo descubriendo a una mujer joven, de no más de veinte años. Un frío polar se desplegó por la sala convirtiendo su piel en escarcha. Mary miró desconcertada a su alrededor. Un repentino golpe metálico, como si dos espadas entrecucharan, le aceleró el pulso. Inspiró despacio tratando de mantener la calma y cerró los ojos unos segundos. El sonido metálico volvió a inundar la sala retumbando entre las paredes en un eco siniestro. Con la mano en el corazón y un temor creciente, Mary abrió los ojos. Las puertas de acero de dos nichos frigoríficos se habían abierto.

Una sombra voló hacia ella. La vio por el rabillo del ojo. Traía el frío consigo. Un espejo a su derecha reflejaba todo el interior de la habitación. Si giraba la cabeza un poco, solo un par de grados, podría ver. Pero no quería ver. El frío pronunciaba palabras, sonidos tan débiles que se preguntó si estaba oyendo algo realmente. Tampoco quería oír.

De la punta de su nariz colgaba una gota de agüilla. Se la limpió con el brazo. Tenía los pelos de punta. Una leve oscuridad se movió por el espejo. Dejó de resistirse a sus instintos y salió corriendo de la morgue sin ver nada más que la puerta batiente. La visión en túnel provocada por el miedo la convertía en un caballo con anteojeras, y eso era bueno. No quería ver, no quería saber. Si no lo veía no existía, si no sabía tal vez no se convirtiera en real.

Corrió por el pasillo hasta el ascensor. Pulsó el botón una y otra vez. Los segundos pasaban y el ascensor no se abría. En voz alta repetía una y otra vez, como si fuera un mantra:

—Venga, venga, venga.

La puerta batiente se abrió detrás de ella con fuerza, golpeando contra la pared. La piel de gallina de Mary reaccionó despertando un escalofrío que la impulsó a ponerse en marcha con celeridad. Corrió hacia las escaleras y las subió de dos en dos tan deprisa como le permitían sus cortas piernas. Aunque el depósito de cadáveres estaba en el sótano uno del hospital, le pareció que tardaba una eternidad en alcanzar la planta baja. Al abrir la puerta de las escaleras iba tan cegada que tropezó con un joven enfermero llamado Jim.

—¿Estás bien? —le preguntó Jim sujetándola por la cintura y evitando que cayera de bruces. Mary no le contestó. Ni siquiera le oyó. Sus sentidos habían dejado de funcionar para todo aquello que no clasificaran como *PELIGRO*.

Mary se zafó de las manos de Jim y siguió corriendo por el pasillo del

hospital hasta la entrada. Un par de compañeros más la saludaron sin recibir respuesta. Llegará tarde a una cita, aventuró alguien. Querrá irse a casa para olvidarse de Sawyer, comentó otro alguien. Nadie se imaginó el motivo por el cual Mary corría con la mirada perdida, sin ver nada más que las salidas, sin oír más que ruidos opacos y sin sentir más que frío en la cálida noche veraniega de Lonely Hill.

Frente a su coche buscó las llaves en su bolso. Un millón de fruslerías le impedían dar con el único objeto que ansiaba: un llavero con el logotipo de BMW. Vació el bolso en el suelo desparramando el contenido. El aparcamiento estaba oscuro y la farola más cercana apenas derramaba luz anaranjada sobre su coche. Cogió su móvil y encendió la linterna para iluminar el suelo. Revolvió con la mano entre barras de labios, un pequeño perfumero, dos paquetes de pañuelos de papel, una polvera con maquillaje, la cartera.

—¡Cómo puedo tener tanta basura! —gritó temblando de miedo.

Las llaves del coche, ¿dónde estaban las llaves del coche? Encontró las llaves de casa y las guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Venga, venga, venga—volvió a su mantra con terquedad.

Oyó un roce detrás de ella. Volvió la cabeza. No había nadie. Ni nada. Maldiciéndose por haber mirado se concentró en encontrar las llaves del coche. Sus ojos negros y un poco achinados, que llamaban la atención de numerosos hombres y mujeres, vieron las llaves semiocultas debajo de una pashmina. Metió la cartera en el bolso junto al teléfono móvil, abandonando el resto, y apretó el botón de la llave del BMW que se abrió con un agudo pitido y una llamativa señal de los faros.

Introdujo la llave en el contacto y se preparó para salir del aparcamiento. Miró por el espejo retrovisor temiendo encontrar, como en cualquier película de terror, la sombra en el asiento trasero. Pero el espejo retrovisor no reflejó nada más que su rostro asustado. Tras dejar atrás el hospital condujo a una velocidad excesiva y practicó varios adelantamientos peligrosos. Un par de conductores le pitaron y el copiloto de un llamativo deportivo naranja le levantó el dedo medio. Quince minutos después entraba por el portal de su apartamento. Nunca había realizado el trayecto del trabajo a casa en tan poco tiempo.

Vivía en una séptima planta. Temía subir el solitario pasillo de las escaleras hasta su piso pero no estaba dispuesta a esperar el ascensor un solo momento, no querría repetir la escena de la morgue, su corazón no lo

soportaría. La puerta del ascensor se abrió dejando salir a una pareja de ancianos que no conocía. Mary, acelerada, se metió dentro incluso antes de que la pareja acabara de salir, y apretó el botón que tenía pintado un 7. Mientras subía, buscó las llaves del piso que había guardado en el bolsillo de su pantalón. Se le resbalaron, sus manos temblaban sin control. Las recogió del suelo en el mismo momento en que el ascensor abría las puertas en su planta y la luz del pasillo se encendía automáticamente. Con un cosquilleo recorriendo su nuca caminó hasta su puerta e intentó encajar la llave en la cerradura sin conseguirlo.

—Venga, venga, venga —repitió maquinal.

Su mantra funcionó y la llave penetró en la cerradura permitiéndole entrar en la certidumbre de su hogar. Cerró la puerta tras de sí con dos vueltas y puso la cadena. Encendió todas las luces de casa. Kiki, su canario de plumaje silvestre, protestó ante tanta luz emitiendo unos graznidos estridentes. La jaula no estaba tapada con la gruesa sábana que Mary usaba cada noche para cubrirla.

Con todas las luces encendidas y en lo que parecía ser un lugar seguro, Mary se dejó caer sobre el sofá empezando a ser consciente de las protestas de Kiki. Cerró los ojos durante un par de minutos. Al abrirlos una desazón se apoderó de ella nuevamente, pero allí no había nadie más que su canario. Ya no había frío. Ahora tenía calor y todos los poros de su cuerpo sudaban. Kiki no cesaba de expresar su inconformidad con la luminosidad antinatural y Mary lo tapó con la sábana. Él recompensó su gesto callándose en cuanto la tela descansó sobre su jaula.

Mary miró sus manos temblorosas. Su corazón latía rápidamente, sus sentidos estaban agudizados. Todavía continuaban los efectos de la adrenalina. Se daría una ducha para relajarse un poco.

Bajo el chorro de agua caliente, con una nube de vapor envolviéndola, los recuerdos de todo lo que había sucedido en el depósito del hospital acudieron a su mente. Ya no parecían peligrosos, sino incómodos. Recordaba la sábana caer al suelo y cómo se habían abierto las neveras de la morgue. Usando la lógica con calma concluyó que no estarían bien cerradas y por eso se abrieron. Una corriente de aire habría tirado la sábana de la joven que estaba junto a la entrada. La misma corriente de aire frío que había sentido en el depósito. La misma que había abierto las puertas batientes mientras esperaba el ascensor. Ahora se sentía bastante estúpida por haberse dejado llevar por un pánico injustificado como una colegiala. ¿Qué creía que iba a

haber allí? ¿Los espíritus de los muertos del hospital? Además, su comportamiento histérico había provocado que se marchara sin apagar las luces como Tom le había pedido. Algunos compañeros la habían visto salir a la carrera (no estaba segura, pero creía incluso haber chocado con alguien), ¿qué les diría?

Redundando de forma masoquista en la vergüenza que iba a pasar al día siguiente en el hospital, se tomó un calmante y se metió en la cama esperando que el sueño fuera un alivio. Se disculparía con Tom, eso era lo primero que tenía que hacer. Se fue dejando caer en la oscuridad del sueño, repitiéndose lo tonta que había sido. Pero, aunque nunca había sido capaz de dormir si no era totalmente a oscuras, esa noche no se atrevió a apagar las luces. Ni tampoco las siguientes, a pesar de repetirse lo tonta que era por comportarse de esa manera.

## 4

Nathan se quitó la vieja gorra de beisbol. El pasillo del hospital se encontraba en una soledad aséptica. Se dirigió al mostrador de información donde dijo su nombre a la enfermera de recepción, Rita, y el de la paciente que iba a visitar.

Rita era una chica joven y simpática pero, y que Dios le perdonara la observación, más fea que un bulldog. Los ojos, de una redondez extrema y un insulso color marrón, se ocultaban tras unas gafas de concha con cristales del mismo grosor que el culo de la Budweiser que de vez en cuando, muy de vez en cuando, le gustaba tomarse tras escribir un buen sermón. No entendía cómo con semejante graduación no usaba lentillas. Su nariz, aguileña y corva, acentuaba sus labios finos y sus pómulos regordetes. El cabello de un color pelirrojo desvaído tampoco le favorecía. Sin embargo, su voz cantarina dejaba traslucir su personalidad amable, tal vez lo más importante en la vida, y desde luego lo más importante en ese hospital, junto con la bendita virtud de la paciencia.

Ese día no trabajaba ninguna de las enfermeras habituales de recepción, Saray o Beka. Ellas no le habrían preguntado a quién venía a ver. Se hubieran limitado a saludarlo con un escueto «Reverendo» mientras continuaban con

sus labores en el ordenador. Rita, por el contrario, se empeñó en acompañarlo hasta la quinta planta conversando con él de forma muy educada e interesándose por los servicios de su iglesia. Nathan agradeció que la obligada conversación del ascensor no hubiera girado en torno al maravilloso tiempo atmosférico que estaba viviendo Maine en los últimos meses.

Al llegar a la planta 5, Rita no bajó del ascensor.

—Jen está en el mostrador, reverendo.

—La conozco.

—Entonces le dejo, tengo que volver abajo —dijo despidiéndose con el mismo deje cantarín que parecía dar cierta candidez a la fría luz blanca.

Nathan salió del ascensor y miró desaprobadoramente el fluorescente del techo. Tenía la hipótesis de que la iluminación de los hospitales influía en los pacientes, y creía que si se cambiara por una luz más cálida y confortable, se necesitaría la mitad de la medicación con la que los atiboraban. Aunque ningún médico iba a escuchar a un sacerdote entrado en años que no debía ocuparse más que de los asuntos del alma.

Se paró en el mostrador, una réplica exacta de su hermano gemelo de la planta baja. Un montón de plástico de un nauseabundo y neutral color gris.

—Hola, Jen. ¿Qué tal está Gina hoy? —Jen era su enfermera preferida de todo el hospital, al menos hasta hoy. Si sus impresiones eran ciertas, quizá Rita le arrebatara el puesto, aunque en el corto viaje en ascensor Rita había tenido tiempo de informarle que trabajaba en la planta 3 y que solo estaba en la recepción principal cubriendo las bajas de Saray y Beka, por lo que posiblemente no la vería a menudo.

Jen sonrió.

—Como siempre, reverendo.

—¿Puedo pasar entonces?

Jen le acercó el registro de visitas y un bolígrafo.

—Por supuesto.

Nathan firmó con un garabato que no era igual dos veces seguidas y fue hasta la sala común donde la mujer estaba sentada en una silla de ruedas de cara a la ventana. El sol de verano atravesaba el cristal iluminando su rostro y dotándolo de una falsa candidez.

—Hola, Gina. —Nathan le acarició el cabello, blanco y cortado a lo garçon, un saludo que se repetía una vez al mes.

Gina curvó los labios en una mueca de reconocimiento. En el último año Gina había hecho grandes progresos. Había abandonado su catatonia y había

empezado a decir palabras y mostrar emociones. Esporádicamente. Los médicos le habían asegurado que tenían esperanzas, aunque Nathan no tenía claro en qué sentido iban encaminadas esas esperanzas: si en el de que Gina se recuperara totalmente y pudiera volver a llevar una vida normal, o en el de que fuera una enferma mental autosuficiente que acabara sus días mirando a través de los cristales de un manicomio (hospital psiquiátrico, se reprendió).

Nathan se sentó en la incómoda silla de cinco dólares que había frente a la mujer. Miró a su alrededor mientras giraba en sus manos sin cesar la vieja gorra de beisbol con el escudo de los Boston Red Sox casi borrado.

El resto de los pacientes de la sala común de la planta quinta, donde estaban internos los enfermos de larga duración no peligrosos, no les prestaban demasiada atención. Algunos estaban en compañía de sus familiares, otros estaban en compañía de otros pacientes, otros solo estaban. La misma asepsia bañaba la sala con mesas y sillas limpias, sencillas y baratas. Todo era blanco, las paredes, los muebles, las batas, la luz. No transmitía ningún sentimiento, ninguna emoción, ningún calor. Fría estancia y fría luz.

La madre de Dominic le saludó con la mano. Le repasó con la mirada y negó con la cabeza. Linette era una buena mujer, pero chapada a la antigua: opinaba que un sacerdote debía vestir siempre con alzacuellos y de una manera más tradicional. Igual que opinaba que las armas eran un derecho y que los demócratas eran un peligro para la economía. Sin embargo, Linette era de las pocas personas que visitaba a su hijo al menos dos veces a la semana. La experiencia de Nathan había sido amarga al comprobar que recibían más visitas los presos condenados por asesinato que los enfermos mentales.

Una enfermera, hoy estaba Sally, vigilaba la sala y atendía a los pacientes cuando lo necesitaban. De vez en cuando había algún grito, alguna discusión, pero en general era un sitio tranquilo sin muchos incidentes, al contrario de lo que podría suponerse (él mismo lo suponía antes de ser un asiduo visitante). En contadas ocasiones las discusiones derivaban hacia situaciones críticas, en esos momentos llamaban a Charlie, un enfermero de 100 kilos de puro músculo que, cuidadoso como una niña curando a un pajarillo herido, se encargaba del paciente problemático. Desde que visitaba a Gina solo había visto intervenir a Charlie en tres ocasiones.

Gina se giró y siguió mirando al otro lado del cristal, sin prestarle más atención que al resto de sus compañeros. Las montañas se veían a lo lejos y



en sus cimas crecían nubes aborregadas que advertían a los confiados senderistas que dieran por terminada su excursión o se exponían a volver empapados. En voz baja Nathan recitó el refrán: cielo aborregado, suelo mojado. Aunque en Cavell, el pueblo cercano a Lonely Hill donde se encontraba el sanatorio mental, el cielo aparecía totalmente despejado y el rocío, que aún mojaba la hierba del jardín del hospital, provocaba pequeños destellos bajo los rayos del sol.

El reverendo dejó de girar su gorra, la colgó de su rodilla y empezó a contarle a Gina pequeños acontecimientos del pueblo, tal y como hacía cada mes. Estaba preparado para que no existiera conversación. Siempre era un monólogo de alrededor de una hora que últimamente, si había suerte, generaba algún gesto, una pequeña mueca, raramente una palabra solitaria.

Le habló de la Fiesta de la Fresa. Los gemelos Anson se habían caído en una de las barricas de fresas y no habían podido salir por sí mismos. Nadie sabía qué pillería habían estado preparando esos dos trastos, nunca se estaban quietos. Habían salido completamente rojos y todo el mundo se había reído. Seguro que bajo la espesa mermelada de fresa que les había cubierto todo el cuerpo habían estado colorados como un tomate o, en este caso, como una fresa. Nathan se rio con ganas al recordarlo. Le habló de la rifa que estaban preparando con el objetivo de ayudar a los albergues del condado. Gina no daba muestras de entender, y ni tan siquiera atender, a lo que Nathan le decía. Tras sopesarlo un par de minutos en silencio también le contó que su prima Melany se había prometido y que él tendría el honor de officiar su enlace dentro de ocho meses con un chico llamado Ted. Melany nunca iba a visitar a su prima Gina. Nadie, hasta donde él sabía, excepto los propios padres de la mujer y él mismo, iban a visitarla.

Cuando acabó el parte de novedades se limitó a quedarse en silencio sirviéndole de compañía durante unos quince minutos más, mientras pensaba en la rifa. Se le había ocurrido una idea para incentivar la participación de los vecinos de Lonely Hill. Un grito agudo e histérico cortó el hilo de sus pensamientos. Era Dominic. Su madre se levantó y le dijo adiós a su hijo en tono cortante aunque tembloroso. Dominic a veces no se tomaba bien las despedidas. Nathan cogió su gorra y empezó a girarla otra vez entre sus manos, nervioso. La última vez que Charlie había tenido que intervenir había sido por Dominic, al despedirse de su hermano. Linette inclinó la cabeza hacia él a modo de despedida y dejó a su hijo de casi cuarenta años gimoteando quedamente en la sala. Sally cogió una caja de puzle y la puso

sobre la mesa en que estaba apoyado el hombre.

—¿Qué te parece si seguimos con nuestro puzle? —Dominic dejó de gemir y abrió la caja del juguete.

Todo andaba bien, como casi siempre, en el Hospital San Bernardo para Enfermedades Mentales de Cavell.

—Bien, Gina. He de irme —dijo besándola en la frente antes de marcharse.

—Felicítela —le contestó Gina cuando se daba la vuelta.

Las palabras de Gina le sorprendieron. Al principio no entendió qué era lo que la mujer quería decir. Tras un par de segundos, cuando se recuperó de la sorpresa, supo que se refería a su prima.

—Lo haré. —La mujer seguía mirando a través del cristal el jardín que circundaba el hospital, como si nunca hubiera pronunciado esas palabras. Pero lo había hecho y él lo había oído. Se sentía muy orgulloso de ella.

Nathan se despidió otra vez y se marchó contento. Al principio de sus visitas algunos de sus feligreses le habían preguntado por qué iba a visitar a Gina después de que hubiera cometido un crimen tan horrible. Él les contestaba que el primer deber de todo buen cristiano era cuidar de su prójimo y perdonar. Por los resultados que podía comprobar por sí mismo, su congregación no había aprendido esa lección. Tendría que dar más sermones sobre ese tema.

Además, conocía a Gina desde niña y en el fondo de su corazón no creía que hubiera sido capaz de matar a su marido, era una pareja que se amaba. La noche del 27 de octubre del 2007 había ocurrido algo que había vuelto demente a una mujer feliz y sana. Por un momento se acordó de su viejo amigo inglés. Un pensamiento perdido en un mar revuelto.

—¿Alguna novedad, reverendo? —le preguntó Jen al salir.

—Me ha contestado. Le he contado que su prima se casa y me ha pedido que la felicite.

—Eso está muy bien. —Jen tomó nota.

Mientras bajaba en el ascensor pensó en si trasladar las palabras de Gina a su prima. Melany no las apreciaría, incluso era posible que aborreciera oír nombrar a quien era, a los ojos de muchos de sus parientes, una doble mancha en el árbol genealógico: loca y asesina. No, decidió que no le diría nada. Igual que había decidido no contarle a Gina que una nueva familia ocupaba su antigua casa. Quizá le entristeciera saber que había perdido el lugar donde había compartido una vida feliz, con el hombre al que había

amado, hasta que un día todo se había truncado.

Las puertas del ascensor se abrieron y Nathan se alegró de comprobar que todavía tenía media mañana por delante.

—Hasta la próxima, reverendo —Rita se despidió de él agitando una mano con su vocecilla aguda y optimista.

# 5. La tienda

## 1

Sara acurrucó su cuerpo bajo unas sábanas que no apestaban a desinfectante y, por primera vez desde que dejara León, consideró esa casa como suya. Había aprendido lo que significaba la palabra hogar. Un lugar donde levantarse al baño sin zapatillas y asaltar la cocina a cualquier hora del día o de la noche. Un lugar donde no hubiera ojos desconfiados observándote y donde la comida no se redujera a pollo soso y guisantes cocidos. El color azul desvaído de la fachada, la cerca de entrada, el jardín con sus rosales, todo eso era su hogar. Incluso el desván era su hogar.

Inspiró profundamente en la oscuridad de su habitación. La pesadez había desaparecido de sus pulmones y, con ella, el dolor. Se estiró disfrutando de la libertad de movimientos en su cama, enorme si la comparaba con la raquílica cama del hospital, y cerró los ojos, cansada. Volvió a tomar aire con fuerza y durante un momento, casi un mero instante, percibió un sonido sibilante sisear a su oído. Intentó mantenerse alerta, pero poco a poco se fue abriendo paso hacia un sueño tranquilo. Quizá si hubiera conseguido mantenerse despierta hubiera oído aletear unas alas membranosas por su habitación, o visto reptar una sombra sobre su colcha.

Esa misma noche Andrea, con demasiado calor para dormir, abrió la ventana y sacó la cabeza, la refrescante fragancia nocturna le sentó bien. Abetos, hayas, hierba. Silencio. En su casa de León, un piso en la ciudad, nunca había escuchado un silencio como ese. Siempre había motores perdidos o voces humanas rompiéndolo en mil sonidos distintos. Lo disfrutó con los ojos cerrados, saboreando la quietud, hasta que un beso helado se posó en sus labios. Andrea se acarició la boca y sus dedos se enredaron en un aire corpóreo intangible. Podía creer que solo era el aire nocturno, una corriente, una imaginación. Podía creer en cualquiera de esas cosas que no eran ciertas.

Cerró la ventana y se metió en su cama meditando el motivo por el cual

no se había asustado de un beso tan frío que podría haber sido el de la Muerte.

## 2

Julia se levantó muy temprano a la mañana siguiente, el sol apenas lograba enseñar algunos rayos rosados. Se deslizó por la cama tan delicadamente como fue capaz. Daniel dormía dando pequeños ronquidos. Un mechón caía sobre sus ojos y estuvo tentada de besarle la frente, pero se contuvo para no despertarlo. Salió del dormitorio y caminó con el sigilo de un ninja hasta la cocina. Su intención era preparar un desayuno especial para Sara, para que se atiborrara y recuperara cuanto antes los kilos que había perdido. Tortilla española, tostadas, tomate triturado y sus dulces preferidos, pestiños.

Sacó los ingredientes y las ollas que necesitaba. Lo colocó todo en la isla de la cocina poniendo el máximo cuidado en cada movimiento, intentado hacer el mínimo ruido posible. Esperaba terminar antes de que sus hijas se levantaran. Mezcló los ingredientes para los pestiños y dejó la masa reposar mientras batía los huevos, pelaba patatas y trituraba tomates. El tiempo pasaba deprisa. Cuando miró el reloj del microondas eran las 8.40 a. m. y le quedaba mucho por preparar.

Sacó la masa del bol plateado para extenderla con el rodillo. Una sombra oscura como una capa traslúcida se reflejó en el pulido recipiente. Con un pequeño grito Julia soltó el bol que cayó resonando metálicamente. Miró a su alrededor buscando la sombra. Percibió que la luz y el calor habían menguado, como si el alba se hubiera quedado atrapada en una mazmorra. Confusa, se apoyó en la meseta de granito. Apretó los ojos. Cuando los volvió a abrir, la luz de la mañana volvía a ser la misma y el calor había regresado.

—¿Julia?

Su marido asomaba por la puerta de la cocina con legañas en los ojos.

—Perdona, ¿te he despertado? —Daniel miraba el bol en el suelo. Julia se agachó a recogerlo. El sigilo del ninja se había esfumado, volvía a ser ella misma—. Anda, lávate la cara y ayúdame, tengo una sorpresa para vosotros.

—Si te ayudo no será una sorpresa, ¿no crees?

Julia entornó los ojos y se puso a estirar la masa de los pestiños para después cortarla en perfectos rectángulos. Daniel no tuvo otra opción que obedecer a Julia.

Cuando Sara bajó a desayunar su familia estaba sentada alrededor de la isla de granito de la cocina. Se alegró mucho al ver a su padre remover un chocolate con ojos soñolientos. Por las mañanas no había podido visitarla a causa del trabajo, y ella lo había echado de menos. Le plantó un beso en la mejilla. Daniel la miró complacido.

—Estaba empezando a creer que eras demasiado mayor para esto.

Sara contempló el festín. Cogió un trozo de pan con tomate y le dio un ávido mordisco.

—¡Qué rico! Tengo que ponerme enferma más a menudo.

—Después de desayunar tienes que volver a la cama. —Su madre le pasó la mano por el cabello y la besó en la frente—. La doctora dijo que todavía necesitas reposo.

—No pienso quedarme en la cama ni un solo día más. Si no empiezo a moverme me saldrán llagas en las piernas.

—No exageres.

Pero cuando acabaron de desayunar Sara notó un pinchazo en el pecho y decidió que, después de todo, un día más en la cama no le sentaría mal.

Poco después, Andrea entró en la habitación de su hermana sin llamar. Abrió la puerta y se sentó a los pies de su cama. Llevaba el bastón plegado colgado de la mano derecha. Para Sara era un misterio la capacidad de su hermana de moverse por el espacio con la delicadeza de una pantera. Era algo que había heredado de su padre. En dos semanas Andrea se había memorizado la casa, paso por paso. A veces Sara se imaginaba a sí misma en el lugar de Andrea, alguna vez incluso se había vendado los ojos. El resultado había sido un rinoceronte intentando atravesar paredes y tropezando con cada mueble. Si ella se hubiera caído de la bicicleta aquel día, si ella fuera la hermana invidente, ¿cómo sería su vida? ¿Cómo sería la de Andrea? ¿Se lo preguntaría su hermana tan a menudo como ella?

Andrea pasó la mano por la cama y le apretó un pie.

—¿Qué tal esta mañana, Sara?

Sara notó una intención escondida en la voz de su hermana.

—Bien.

Andrea calló. Sus ojos muertos no la buscaban, estaban fijos enfocando,

sin posibilidad de hacerlo, la cómoda. Tras un par de minutos donde lo único que lograba traspasar el silencio era la respiración de las dos, Sara le preguntó:

—Andrea, ¿pasa algo?

—Tienes esa caja en tu habitación ¿verdad? —Su voz era dura y desalentada.

—¿Qué caja?

Con un suspiro que trasladó al aire toda su impaciencia, Andrea se giró hacia ella.

—La caja del desván.

—Sí.

—¿Por qué?

Andrea apretó la mandíbula y sus dedos contra su pantalón arrugando la fina tela veraniega.

—¿Por qué? —repitió.

—¿Por qué no?

—No me hables así, con ese retintín. —Andrea, enfadada, se levantó y recordó la sensación que tuvo en el desván—. Creo, que hay algo, algo....

—...siniestro.

Sí, siniestro, pero había algo más. Un beso frío en la noche.

—Creo que debo tenerla yo, Sara.

Sara se levantó de la cama, su camisón largo resbaló sobre sus piernas.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es más seguro así, no sé explicarlo. —Andrea sacudió la cabeza—. Y quiero saber por qué no me dijiste que tenías esa caja en la habitación.

—Bajé la caja del desván porque quería indagar más sobre ella en internet. Quería ver si encontraba algo de los símbolos que tiene en la tapa. —Sara desvió la mirada, desconfiada, hacia la cómoda donde estaba el pequeño objeto de madera, como si temiera que las oyera—. Al principio creía que era un fantasma, pero tras consultar algunos libros... —Andrea soltó una carcajada—. Sí, lo sé, pero tengo una enciclopedia de fenómenos extraños muy completita y hay cosas que no encajan —dijo señalando los libros a los que se refería. Tras darse cuenta de que su hermana no podía ver el dedo apuntando a la estantería, con cierta vergüenza de sí misma, lo bajó. Recordó el día que estuvo con su hermana en el desván. El peligro oculto que la rondaba. El frío—. Creo que es posible que sea un objeto maldito. Hay que

saber qué hay aquí.

Andrea estuvo a punto de acusar a su hermana de estúpida. ¿Creía que la caja estaba maldita y se la quedaba en su habitación? Aunque debía admitir que aquello que hubiera en esa caja estaba por todas partes, en el salón, en las habitaciones, en la cocina, en la noche.

—¿Crees que fue una casualidad que te pusieras enferma después de que encontraras la caja en el desván?

—No. Creo que no.

—Lo mismo pienso yo. —Andrea meditó las posibilidades que había mencionado su hermana—. Espero que sea un fantasma. En *Sobrenatural* los hermanos Winchester nos han enseñado qué hacer en ese caso y es bastante fácil.

Sara rio con la misma risa contagiosa de su madre y abrazó a su hermana.

—Tendríamos que quemar los huesos del muerto, y no me apetece nada profanar una tumba. Además no creo que ninguna seamos muy hábiles con la pala, sobre todo tú. —Sara pellizcó el brazo de Andrea, que no se quejó, y después la besó en la mejilla.

—Tal vez nos ayudaría papá —aventuró Andrea.

—Bromeas, ¿verdad? —Sara bufó con fuerza, revolviéndose incómoda por la habitación—. Le gustan estos temas como curiosidad, pero si le fuéramos con el cuento ya sabes lo que diría.

Andrea no podía negar que eso era exactamente lo que opinaba. Se levantó, caminó hasta la esquina contraria y se dejó caer contra la pared. Sus ojos, normalmente inquietos, se posaron directamente sobre la caja, negra y avejentada, penetrándola más allá de la materia con una profundidad que asustó a Sara. Parecía que la veía. Era más que eso. Parecía que se veían mutuamente.

—Andrea, ¿sabes algo que no me hayas contado?

Andrea apretó la tela de su pantalón con las manos. Sentía oscuridad a su alrededor, peligro, y al mismo tiempo seguridad. Frío y calor.

—No, claro que no. —Por primera vez en su vida, Andrea mintió abiertamente a su hermana.

Sara se fijó en el gesto nervioso de Andrea, pero no dijo nada. Fue hasta su armario y sacó una falda plisada y una camiseta de tirantes.

—Voy a vestirme, ya me no me duele el pecho.

Mientras su hermana se cambiaba de ropa, una brisa juguetona subió por



los pies de Andrea y se arremolinó en su muñeca derecha, alrededor de la cuerda de su bastón de Hoover. Trepó hasta su nuca y sonidos suaves, armoniosos e infinitos, viajaron hasta ella desde una distancia inconmensurable. Andrea escuchó atenta.

—Adri, ¿estás bien?

—¿Has oído algo?

—No. ¿Qué has oído?

—No estoy segura. Cámbiate. Tengo hambre.

Andrea supo que le habían hablado a ella.

### 3

El martes su madre anunció que acababa de sacar de la sartén los últimos pestiños en una larga temporada. Los privilegios de estar enferma se agotaban y Sara se preparó para saborearlos con intensidad. Andrea tanteó uno y mordió, voraz, la sabrosa merienda.

El timbre sonó y Daniel se levantó a abrir. Los hijos de los vecinos, Sam y Paul, estaban en la puerta con unos videojuegos en la mano.

—Buenas tardes, señor Montoya. —Daniel pensó, no por primera vez, que el apellido sonaba muy raro con la pronunciación americana—. ¿Están Sara y Andrea?

—Estamos merendando, pasad. Así probaréis una especialidad española: los pestiños.

—¿Pes...? —Paul dejó la palabra inacabada.

—Pestiños—repitió Daniel— Pes-ti-ños.

—Petinos —Sam lo dijo de seguido casi correctamente.

—Muy bien, Sam. Siempre supe que las chicas son más listas que los chicos.

Mientras iban a la cocina, Sam repetía la palabra una y otra vez delante de la cara de su hermano, regodeándose.

—Tenemos visita.

Julia acercó un par de taburetes a la isla y les invitó a sentarse. Sara saludó a sus amigos con la mano. Paul le sonrió y ella se puso un poco colorada, lo suficiente para que su padre lo notara y empezara a percibir las

mariposas estomacales de su hija. Por los colores que se formaron también en las mejillas de Paul, no era la única que tenía insectos voladores en su aparato digestivo. A la mente de Daniel volvieron los peligrosos chicos de manos demasiado largas, aunque Paul le caía bien y le daba buena espina. De momento.

—Coged un pestiño, probadlo —invitó Daniel.

Los mellizos aceptaron aquella especie de dulce dorado y tras echarle una ojeada desconfiada lo devoraron en dos bocados.

—Está muy bueno, señora Montoya.

Julia escuchó con disgusto el apelativo, pero lo dejó pasar, no quería resultar grosera. Tendría que acostumbrarse.

—Gracias.

Andrea tanteó la bandeja con las yemas en busca de su siguiente víctima bañada en miel. Sam observó sus movimientos, gráciles y seguros. La chica se desenvolvía con una facilidad asombrosa. No conocía a nadie invidente, aparte de a Andrea, y la confianza que transmitía en sus movimientos le producía curiosidad y fascinación. Retiró la mirada con disimulo, intentando no parecer tan descarada como su madre, y tomó otro *pestino*. Si toda la comida española sabía tan rica como ese dulce empezaba a entender por qué tenía tanta fama. Aunque no estaba segura de que tuvieran un plato que pudiera superar al roast beef.

Sam y Paul tomaron todos los dulces que su educación les permitió. Cuando todos terminaron de merendar fueron hasta el salón y enchufaron la Nintendo. Julia y Daniel se despidieron de ellos para salir a comprar.

Desde el salón pudieron oír un chirrido, la puerta del garaje abriéndose y después cerrándose. Sara se preguntó si habría algo en la casa que no produjera grima al moverse. Cogió el cartucho del *Street Figther* y lo introdujo en la Wii.

Andrea se sentó en el sofá con su bastón blanco, con su báculo, plegado, descansando sobre sus rodillas. Una vez, tras haber estado acompañando a Sara y a su padre mientras jugaban una partida tras otra en la consola, Sara le había preguntado si no estaba aburrida, temía que hubiera sentido envidia, rencor, o incomodidad. Andrea le explicó que le gustaba oír cómo se picaban entre ellos cuando perdían. Poco después, le compraron un videojuego desarrollado para invidentes. Era bastante bueno y desde entonces Sara, sus padres y ella, eran capaces de jugar interminables partidas.

Cuando cargaron en la pantalla el *Street Figther* las imágenes eran

inmensas en la televisión de 42 pulgadas. En opinión de Sara, había sido un gran regalo por parte de la vendedora.

Sam se sentó junto a Andrea mirando entre quejidos cómo Sara dejaba un par de veces fuera de combate a su hermano. Realmente el videojuego de lucha no se le daba nada mal a su vecina.

Andrea percibió el aroma a menta y manzana del cabello de Sam y el hundimiento de los muelles del sofá bajo su peso.

—¿A qué hora tenéis que ir, Sam?

—A las ocho tenemos que ir a cenar sin falta porque va a venir una prima de nuestra madre. Un rollo familiar.

Paul gritó y Sam giró la cabeza para ver a su hermano recibir un nuevo golpe mortal.

—¡Paul! —exclamó Sam tan ofendida como si hubiese sido ella quien hubiera recibido el golpe de manos de Sara. Aunque ya se imaginaba ese resultado: Paul había escogido jugar con Honda, en su opinión uno de los personajes más simples.

Los dos chicos comenzaron un nuevo combate y a los diez segundos Paul volvió a gritar. Sara se burló de él.

—Y no estoy en plena forma. Creo que eres todo un fanfarrón.

Sam se levantó del sofá y le quitó el mando a su hermano.

—Vamos a ver si lo repites. ¿Vas a volver a escoger a Blanka? Porque pienso machacarte con Ryu.

Sara carcajeó burlona.

—Vamos a ver si puedes luchar contra mi electricidad y mis *rolls*.

—¿Por qué no juegas con Vega?

—A Vega le pueden dar ... —Sara cambió la expresión antes de terminarla—. Odio a los toreros.

Sara ganó el siguiente combate con dificultad. Luego las victorias se fueron turnando mientras Andrea coreaba a su hermana desde el sofá sin apenas moverse. Un golpe fatal de Blanka y Sam perdió la partida. Paul se levantó y esta vez eligió luchar con Vega, lo que le valió una malévolas sonrisa de Sara que se relamió ante la victoria segura: sabía cómo vencer a Vega. Paul empezó bien el combate pero después volvió a encajar golpe tras golpe. Sara no dejaba de reírse y radiar el combate para su hermana.

Sam se fijó en Andrea y recordó lo que había mencionado Sara unos días atrás.

—¿No había un videojuego, Andy, al que nos dijisteis que podías jugar?

Sam optó por usar un diminutivo para referirse a su amiga, le constaba pronunciar la «r» intercalada.

—Sí, pero todavía no está montado.

—¿Cómo que no está montado? —preguntó Paul. Había mordido el polvo en el tatami del *Street Figther* sin haber logrado golpear ni una sola vez.

—En realidad se llaman audiojuegos. No hay pantalla. Puede participar cualquier persona aunque con los ojos vendados —explicó Andrea—. Los sonidos te van guiando, los ataques surgen de la nada y lo único que puedes hacer es estar atento a tus oídos. —Se puso en pie e imitó la posición de extrema atención en que se situaba cuando jugaba, con las manos a la altura del pecho como si empuñara una espada y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, dirigiéndola hacia donde se oirían los ruidos. Se giró rápidamente y realizó varios movimientos fulminantes con los brazos, como si lanzara veloces estocadas a enemigos invisibles. Parecía un maestro jedi. Paul y Sam la miraban fascinados. Tras su pequeña demostración, se volvió a sentar en el sofá—. Pero se necesitan los altavoces y aún no los hemos puesto.

—¡Vaya! Tenemos que probarlo —dijo Sam.

Paul se sentó en el suelo devolviéndole el mando de la Wii a Sara.

—Lo admito. Eres buena.

Con naturalidad, Sam realizó la pregunta que su madre se repetía. Por mucho que le fastidiara admitirlo, era tan curiosa como ella. Más de una vez había pensado que era una característica hereditaria.

—¿Sabéis que hubo un asesinato en esta casa?

Andrea ladeó la cabeza intentando ocultar su expresión, antes de contestar.

—Sí.

—La gente del barrio no habla de otra cosa —continuó Paul.

—Algo hemos oído. —Sara eligió las palabras con cuidado.

Andrea retorció entre sus dedos la tela de su falda plisada y Sara empezó a respirar aceleradamente. Paul y Sam se miraron, habían metido la pata.

—No queríamos molestaros, solo fue un comentario tonto —se disculpó Paul agachando la cabeza y poniéndose más colorado de lo que se había puesto en cualquier otra ocasión, incluida aquella en la que con trece años había perdido el bañador delante de todos sus primos, y primas.

Sara sintió pena, pero también un extraño regocijo al ver al chico tan

afectado por haberlas disgustado.

—No nos habéis molestado. Es solo que nos sorprende la expectación que hay por habernos venido a vivir a esta casa.

Los hermanos Cooper se miraron incrédulos.

—Es que fue un asesinato bastante raro —dijo Sam echándose hacia atrás en el sofá.

—¿Lo dices porque nunca encontraron el arma y la mujer acabó en un psiquiátrico? —le preguntó Andrea.

—Sí. —El tono de Sam se volvió más misterioso—. Y porque dicen que cuando la encontró la policía estaba arrodillada en una esquina del salón, y el sheriff Marlow asegura que el pelo se le había vuelto blanco y...

Paul, robándole protagonismo a su hermana, acabó la frase por ella.

—... y que solo repetía las mismas palabras una y otra vez.

Sara estaba expectante.

—¿Qué palabras?

—«¡El diablo, el diablo!» —Paul gritó agitando las manos y encogiendo las piernas imitando, la que suponía, había sido la postura de Gina cuando la había encontrado la policía.

Andrea se puso tensa, como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica, y apretó aún más los puños arrugando su falda. Sara abrió la boca. Iba a bombardear a Paul a preguntas sedienta de más detalles pero la puerta principal se abrió y su padre asomó por ella junto con Julia. Daniel, que sujetaba una bolsa en la mano, se sorprendió de que el juego estuviera pausado, normalmente tenía que gritar para que Sara desenchufara la consola. Los saludó con un inglés que en menos de un mes había perdido casi todo su acento extranjero.

—Chicos, estamos de vuelta.

—Ya os vemos.

Daniel hizo una mueca ante la fría bienvenida de su primogénita. Julia resopló y se fue a la cocina con las bolsas de la compra. Hoy Sara debía de tener un día Adolf Hitler.

Sam miró el reloj. Las ocho pasadas.

—Nosotros tenemos que irnos.

Sara compuso una mueca de decepción ante la idea de no poder seguir indagando sobre el crimen.

—¿Qué os parece si mañana echamos la...? ¿Cómo se dice cuándo se le da la oportunidad de ganar a alguien después de haberle hecho papilla como

he hecho contigo? —Sara señaló con su dedo a Paul que, tras haber recuperado nuevamente su blanco natural, empezó a sonrojarse otra vez.

—Revancha.

—Eso, ¿qué os parece?

—Genial. Quedamos por la tarde, ¿a las cinco? —propuso Sam.

—Vale. ¿Te parece bien, papá?

En realidad a Daniel no le parecía bien, creía que su hija debía estar más tranquila y en cama más tiempo, pero también sabía que no la iba a convencer.

—Está bien, pero solo un par de horas, no estás guardando ningún reposo.

—Estoy bien.

—Ya. —Cambiano de interlocutor e intentado evadirse de lo que podría acabar fácilmente en una discusión, Daniel se giró hacia Sam—. ¿Así que Sara os ha dado una paliza?

—Solo a Paul. Ella y yo vamos más o menos empatadas.

—Paul, tienes que ganar mañana, nuestra hombría está en juego.

—Haré lo que pueda, señor Montoya.

—¡Papá! Soy tu hija —Sara puso voz de falsa ofendida—. No seas machista.

—No es machismo, es apoyo entre compañeros.

## 4

Esa noche fue diferente para Sara. Al día siguiente su padre iría a trabajar, pero en pleno julio ni ella ni su hermana tenían ninguna obligación. Ni Sam, ni Paul. Estaba deseando ver otra vez a Paul. Le gustaban sus ojos, su boca, su sonrisa oblicua y cómo se sonrojaba cuando la miraba.

Durante la tarde había visto al chico observarla, estando más pendiente de ella que de la partida. Un cosquilleo recorría su interior al recordarlo y quiso compartirlo con Andrea. Pulsó el botón de la luz verde de su despertador. La una de la madrugada. Tendría que esperar a mañana.

Cambió de postura en la cama pensando en la voz del chico, grave y tranquila, sopesada, madura. Sintió deseos de levantarse hasta la ventana y

buscar el cuarto de Paul, de encontrar su silueta detrás del cristal. Soltó una carcajada cínica. ¿Era la misma que se burlaba de su madre porque veía mil veces *Pretty Woman*? Esperanzada, y sintiéndose bastante tonta, se incorporó para ir a la ventana, algo que no le confesaría a Andrea jamás o se burlaría de ella toda la vida. Su hermana tenía razón cuando había dicho que no era la persona más amable del planeta, pero Paul parecía especial, tenía algo que la atraía y que no sabía definir.

Se incorporó y sus pies tantearon el suelo en busca de las zapatillas. En un segundo se enfundaron en ellas, sin embargo, sus manos seguían buscando el interruptor de la luz que estaba al lado derecho de su cabecera, alejado de ella solo unos pocos centímetros. Cuando lo hacía su hermana parecía muy fácil. Esos pequeños problemas le recordaban lo valiente e inteligente que era Andrea.

Movió su mano más arriba tanteando el yeso sin resultado. Aunque un par de semanas atrás se habría enfadado recordando todo lo que habían dejado en España (como una habitación en la que encontraba automáticamente el interruptor de la luz), sus vecinos estaban logrando que cambiara de opinión. Se sentía más unida a ellos que a cualquiera de sus supuestas amigas de España, quienes ni siquiera le habían escrito por Facebook. No se lo recriminaba, ella tampoco lo había hecho. Quizá el traslado no estuviera tan mal, después de todo.

Sus dedos por fin tocaron el embellecedor de la luz, pero antes de que lograra apretar el interruptor una mano fría rozó su piel. Unos gélidos dedos se cerraron alrededor de su muñeca, helándole la sangre, y un grito inaudible salió de su boca.

Oyó. Escuchó. El frío llevaba palabras consigo, susurros ininteligibles. Una brisa sacudió su pelo. Sin poder resistir el miedo se metió debajo de las sábanas tapándose la cabeza y asegurándose de no dejar ninguna rendija por la que pudiera entrar el más mínimo soplo de aire, el más mínimo... *ser*. Sus pulmones le pedían oxígeno, estaba conteniendo la respiración. Dio al aire una hambrienta bocanada que fue acompañada por un pinchazo en sus pulmones. Se llevó la mano allí donde había sentido el dolor y se clavó las uñas en el pecho. Se quedó quieta concentrándose en respirar con suavidad y lentitud. Permaneció sin moverse todo el tiempo que pudo porque sabía que estaba siendo observada, por el frío. Por la caja.

Tras unos segundos, la sensación de compañía se fue desvaneciendo poco a poco hasta desaparecer, dejándola abandonada.

Captó la ironía de la situación. Toda su vida queriendo conocer la verdad sobre los fenómenos paranormales y cuando tenía la oportunidad de enfrentarse a uno, se escondía. ¿De verdad seguía tapada debajo de las sábanas? Siempre había creído que un encuentro en la tercera fase con algún ente desconocido sería la experiencia más excitante de su vida, y resultaba que estaba atemorizada como una viejecita ante un ratón. Había perdido la oportunidad de relacionarse con él, o con eso. Quiso sacar la cabeza fuera de las sábanas pero aún no estaba preparada. Ahí debajo todo parecía más seguro, como si ningún peligro la pudiera alcanzar. La tensión la venció y terminó por perder la noción del tiempo quedándose dormida. Fue un sueño inquieto, sin imágenes, donde solo tomaron forma febriles impresiones que atosigaron sus sentidos.

## 5

Julia se revolvía en su cama sin cesar. Primero daba una vuelta a la izquierda, luego otra en el sentido contrario, y así una y otra vez. A las doce y media Daniel perdió la paciencia.

—Me puedes explicar qué te pasa. Estás dando más vueltas que un garbanzo en la boca de un viejo.

Julia se incorporó y encendió la luz.

—Hoy he visto un dibujo que empecé hace unos días. Nuestro cerezo. Lo dejé ahí perdido, olvidado. —Julia se pasó las manos por el pelo—. Es como si me hubiera dejado las ganas, el instinto de pintar, en... casa.

Daniel percibió nostalgia y un cierto reproche en la última palabra.

—Hemos cambiado de país y nuestra hija ha estado muy enferma. Si todo esto no te hubiera afectado, no serías humana.

—Ni siquiera cuando Andrea perdió la vista dejé de pintar. Lo sabes.

Daniel cogió la mano de su esposa con ternura.

—No es lo mismo. Nosotros tampoco somos los mismos.

Julia no lo negó. No eran los mismos. Sus hijas habían madurado, mientras ella se había vuelto asustadiza como una hoja de álamo temblón. Todavía recordaba el termómetro resbalarse de sus manos. Andrea arrebatiéndole el cinturón de seguridad y abrochándose. Tal vez no le



quedaba valor para vivir. Tal vez no le quedaba *arte* para vivir.

—Es solo un pequeño bloqueo creativo. Si le pasa a los escritores, ¿por qué no a los pintores? Oblígate a pintar. No dejes morir ese sentimiento. No te rindas.

Julia miró a Daniel, a sus ojos profundos. No, no dejaría morir ese sentimiento, esa necesidad que convivía con ella desde que tenía uso de razón. Como decía Escarlata O'Hara: «Mañana será otro día».

—Tienes razón. Mañana acabaré de amueblar la casa y empezaré a trabajar. Será un cuadro completo de nuestro jardín. Con el cerezo en el centro.

Las palabras de Daniel habían sido el bálsamo que siempre eran para ella. No sabía cómo era capaz de lograrlo, tampoco importaba, era su marido y sus palabras le pertenecían. Acercó su boca y le besó en los labios. Un beso rápido. Luego otro beso. Dulce.

—¿Alguna vez te he dicho cuánto te quiero?

—No las suficientes. —Esta vez fue su marido el que buscó su boca—. Apaga la luz. Y durmamos.

—¿Seguro que quieres dormir? —La mano de Julia levantó la tela del pijama que cubría el abdomen de Daniel.

—Creo que no.

## 6

—¿Crees que les molestó que les habláramos del asesinato? —Paul estaba inquieto y le daba vueltas al mismo tema continuamente.

—No creo. ¿Quieres callarte y ponerte a jugar en serio? —Dos horas atrás Sam le había propuesto echar un par de partidas al *Street Fighter*. Paul no había ganado ni una sola vez—. ¡Concéntrate un poquito!

Paul gruñó pero no pudo esquivar los golpes que le lanzó su hermana.

—¿Me estás dejando ganar? Te lo pregunto porque has dejado ganar a Sara y no estoy segura de que no estés haciendo lo mismo conmigo.

—¿Qué dices? Yo no la dejé ganar.

—Sí, sí lo hiciste. Es lo que pasa cuando no miras la pantalla —dijo Sam dándole una colleja. Se levantó dejando el mando de la consola sobre la silla

y se tumbó en la cama de su hermano. Notó algo duro bajo su espalda. Era un rollo de calcetines y lo tiró sin miramientos a los pies de su hermano —. ¿Sabes? Estoy segura de que la vecinita de en frente te pone.

—¡Cállate! —Paul cogió los calcetines y se los lanzó a Sam golpeándola en el pecho.

—Vaya, ahora sí tienes puntería. —Su hermana saltó de la cama y se fue a su habitación cerrando la puerta tras de sí con un sonrisa mordaz en la cara.

Paul miró el reloj. Casi la una de la madrugada. Se acercó a la ventana y retiró la cortina con el mismo cuidado que hubiera puesto su madre. Las luces de la casa de los Montoya estaban apagadas. Se pasó la mitad de la noche en vela preguntándose cuál sería la habitación de Sara y cómo invitarla a ir al cine o a tomar un helado. Ensayó mil frases sin que ninguna le convenciera por completo.

En la habitación de al lado, Sam se puso el pijama y se metió en la cama. Halo roncaba sobre la alfombra soltando algún quejido entre ronquido y ronquido. Sam siempre se preguntaba qué soñaría. ¿Cazaría ratones? ¿Moscas? Halo odiaba las moscas, era capaz de perseguirlas con una insistencia más propia de un jack russel que de un cocker. ¿Se convertiría en un superhéroe y le mordería el culo al pastor alemán de los Swan? Se la tenían jurada desde cachorros, sin ningún motivo. En la vida real Halo tenía las de perder pero en los sueños... Los sueños son la mejor parte de la vida, son libres, auténticamente libres.

Antes de apagar la luz miró su Facebook pero no tenía ningún mensaje y en Twitter #Obama y #Times eran *Trending Topic*, no sonaban interesantes. Al igual que a su hermano y que a los Montoya el sueño parecía rehuirla. A las dos, cansada de no poder dormir, se levantó hasta la mesa donde estaba su ordenador. Oyó la puerta del dormitorio de sus padres abrirse. Unos pasos suaves se deslizaron escalera abajo. Su padre se estaba escabullendo para tomar un poco de chocolate. Su madre se lo tenía prohibido desde que le habían diagnosticado diabetes tipo 2 el año pasado, así que se dedicaba a darse el gusto a escondidas, de noche, cuando su madre dormía. Sam lo había pillado la pasada Pascua cuando había bajado a por un vaso de agua.

De puntillas, Sam bajó hasta la cocina.

—Te he cogido con las manos en la masa, papá. —Su padre puso la expresión más culpable de toda su vida—. Es decir, en el chocolate.

Vacilante, Harry soltó la onza que tenía en la mano.

—Continúa. Yo no se lo voy a decir a mamá, ya lo sabes. —Le besó y

cogió dos onzas de chocolate—. Pero me debes una.

—Te equivocas. Después de diecisiete años de cuidados y mimos creo que todavía tengo derecho a unas cuantas más.

Continuaron disfrutando del chocolate robado a media noche, que en opinión de los dos era el más delicioso.

Mientras las onzas se fundían en su boca, Sam pensó en Andrea y en cómo sería una vida sin ver colores, formas, películas, ni cielo, ni estrellas, ni luna. Le parecía un poco deprimente pero a Andrea no se la veía deprimida ni enfadada. Lo que más le llamaba la atención eran sus ojos, de un azul cálido. Jamás habría imaginado que eran ciegos si no se lo hubieran dicho. Por la forma en que miraba, se corrigió, por la forma en que no miraba, parecía ver más que los demás.

Cogió otra onza, le dio las buenas noches a su padre y subió a su habitación. En su móvil, una luz intermitente anunciaba un wasap. Sus amigas del instituto iban a ir a la playa mañana temprano y le preguntaban si las acompañaba.

«Estoy ocupada». Tenía una partida pendiente en casa de Sara y Andrea.

## 7

Andrea se agitaba entre las sábanas que se habían salido de todas las esquinas de la cama. Tragó saliva y notó la garganta seca como un estropajo olvidado en la pila. Se incorporó, puso su mano sobre la mesita de noche y buscó el botellín de agua. No calculó bien y tiró el otro objeto que estaba apoyado en la mesita junto a la botella y el despertador: su báculo. Lo oyó caer a la alfombra de pelo largo cuya textura impedía rodar a los objetos.

Sacó los pies de la cama y con ellos buscó el bastón, moviéndolos en círculos sin levantarlos de la alfombra cuyos tucos peludos le producían cosquillas en las plantas. No lo halló. Tal vez se había metido debajo de la cama. Se arrodilló y rastreó el suelo escrupulosamente.

Apoyó su mano derecha en la mesita para buscar el reloj. No notó la calidez de la madera de pino que esperaba, sino un suave tacto que conocía bien. Su bastón estaba allí. Pero se había caído, lo había tirado con la botella. ¿Se habría equivocado y habría tirado al suelo el reloj? Con rápidos

movimientos tocó el botellín de agua y también el reloj, no había nada más en su mesita.

Su cabeza se irguió y su mirada, invidente, se dirigió a la puerta de su dormitorio. Aunque no se había abierto, ni cerrado, de su habitación se había marchado un hálito frío, profundo y aromático. No lo había notado hasta que había desaparecido. El olor viejo y arenoso había, hasta ese momento, inundado su cuarto tan tenuemente como una gota de perfume en un lago. Se estaba acostumbrando a ese olor y empezaba a resultarle indetectable. Se quedó quieta buscando una explicación a la recuperación de su báculo, buscando una respuesta a ese olor, esperando que volviera con fuerza en cualquier momento. Pero esa noche no lo hizo. Había acudido para ayudarla y se había marchado.

## 8

Algunos kilómetros más al norte de Sun River se encontraban unos apartamentos, lujosos aunque no prohibitivos, con fachada de llamativas cristaleras. Habían sido los amplios ventanales lo que habían decantado a Mary Evans a comprarse ese piso. En el otoño y la primavera le permitían contemplar la lluvia cayendo mientras se tomaba una copa de algún vino caro frente a la chimenea de gas, y en invierno disfrutaba viendo caer los copos de nieve. La única contrapartida era que en verano resultaba demasiado caluroso.

Esa noche, sin embargo, acercarse a los amplios ventanales no le producía más que una inexplicable zozobra. Se había levantado de la cama a las doce y media al oír piar a su canario de una forma estridente que solo había escuchado en una ocasión años atrás, cuando su sobrina Martha, con cinco años, había tenido la mala idea de traer a su gato Lucky para presentar a los animales y que se hicieran «amigos para toda la vida». Kiki había debido de entender que su vida sería muy corta y en cuanto Martha le había mostrado el rostro del gato, había empezado a chillar y a dar vuelos de un lado a otro estampándose contra los barrotes de la jaula hasta que su sobrina se había llevado a Lucky a otra habitación. Y en ese mismo estado se lo había encontrado esa noche cuando le había retirado la tela que lo tapaba: dando

tumbos de un lado a otro, presa del pánico y emitiendo unos gritos agudos y dolorosos. En el suelo de la jaula había tres largas plumas que el animal se había arrancado en su frenesí. El canario tardó en callarse más de media hora. Mary temía que algún vecino gruñón, probablemente la vieja antipática de al lado, acudiera en cualquier momento a recordarle que la medianoche no eran horas para armar jaleo.

Cuando Kiki acabó por tranquilizarse a Mary ya se le había pasado el sueño. Se sirvió una copa de vino y se sentó en su mecedora abriendo *El misterio de Salem's Lot* por la página doblada, una manía que horrorizaba a sus padres. En la novela de Stephen King, el pequeño Danny Glick convertido en vampiro picaba a la ventana de su amigo pidiendo permiso para entrar. Una luz perdida en la calle atrajo su atención. En ese momento vio sus cristaleras como puntos débiles, puntos por los que se podía entrar fácilmente. Se levantó y cerró las largas cortinas. Con repulsión y cierto miedo, como si el libro contuviera algo más que palabras, colocó la novela de King en la biblioteca. No le apetecía seguir con su lectura. Paseó sus cortos dedos por los lomos de los libros y sacó de la estantería *Sueño de una noche de verano*, mucho más apropiado para el momento. Tomó un sorbo de vino y abrió el libro paladeando el regusto a madera que dejaba la bebida en su boca.

De reojo, como el gato que ronda al gorrión precavido, vigiló las cortinas hasta las tres de la madrugada, cuando decidió que estaba lo bastante cansada como para poder dormir.

## 9

Tras la charla nocturna con Daniel, Julia se había levantado con una visión renovada. Su vida en Lonely Hill empezaba en ese momento. Sacó a sus hijas de la cama con energía, ese día amueblaría los despachos dando la mudanza por concluida. Y después, sus manos buscarían las pinturas que nunca debieron de haber sido olvidadas. Estaba tan excitada que le parecía una eternidad lo que tardaban Sara y Andrea en estar listas. Cuando por segunda vez acabó de tocar mentalmente *Para Elisa*, las amenazó con marcharse sin ellas.

—Como no estéis listas en diez minutos me voy sin vosotras.

En ese momento sus hijas bajaron por la escalera refunfuñando.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sara.

—Vamos al pueblo, he llamado a un taxi. Hay una tienda que me recomendó Maggie.

Unos minutos después subieron al taxi. Era la primera vez que Sara y Andrea tomaban uno en Norteamérica, pero no Julia. Se acordó de su luna de miel mientras recorría parte de la A-66 con su marido y de cómo un taxista intentó timarles. A pesar de lo que pudiera parecer, era un buen recuerdo. Habían disfrutado cada momento de aquellas vacaciones.

Sin tráfico, apenas tardaron en llegar a la Quinta Avenida. A una decena de metros de donde bajaron del taxi estaba No-Things. Andrea se sujetó al brazo de Sara y la siguió mientras cruzaban la calle. Se percató de los ruidos de motores de coche y de las conversaciones a su alrededor. Un par de personas tropezaron con ella, y aunque le pidieron disculpas, no se libraron de los gruñidos de Sara.

Un rótulo en el escaparate escrito en barrocas letras doradas aseguraba: «Antigüedades y diseños exclusivos a bajo precio». Tanto Sara como Julia se enamoraron del establecimiento en cuanto pusieron un pie dentro. Varias lámparas de luz cálida y tenue iluminaban el recinto. Los numerosos objetos estaban distribuidos dejando el espacio mínimo para poder caminar entre ellos sin dar la impresión de desorden o amontonamiento. Varias vitrinas contenían objetos de cristal de formas delicadas que brillaban hipnóticamente bajo directos halos de luz. Había mesitas, mesas, sillones, algunos barrocos, otros rococó, otros rústicos, algunos minimalistas, pero todos tenían algo en común: era imposible no desear comprarlos.

Julia se acercó a una mesa de caoba, reluciente y suave, sobre la que reposaba una estilográfica dorada que brillaba tanto como el mueble. En ese momento, apartando la cortina que había tras el mostrador, apareció un hombre mayor, bajito, canoso y con el rostro surcado de profundas arrugas, que sin duda había superado la edad de jubilación. Sus gafas de montura dorada desplegaron pequeños destellos bajo la luz de la tienda.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —Su voz era ronca a la vez que chillona, como un silbato de tren arañado por la edad.

—Estábamos echando un vistazo y me ha llamado la atención esta mesa. Me gustaría saber el precio. —Julia intentó no dejar traslucir su temor a que fuera demasiado cara para su presupuesto. El hombre fabricó una sonrisa de vendedor encantadora y salió de detrás del mostrador.

Andrea avanzó hacia la voz de su madre, pero Sara la detuvo a su lado.

—Esto está lleno de cosas, espera. Además, todo parece muy caro.

—No es caro, mis precios son de lo más asequibles, jovencita. —El viejo guiñó un ojo a Sara al pasar por su lado—. Y tu acompañante, por mi experiencia, será más cuidadosa que la mayoría de mis visitantes que no hacen más que toquetearlo todo sin ningún miramiento. —Julia tenía en su mano la pluma dorada y, sintiéndose reprendida, la soltó con un gesto de disculpa en el rostro.

—No se preocupe, jovencita, no era por usted —Julia sonrió ante la expresión del hombre: por lo visto para él todo el mundo era una jovencita—, sino por esos entrometidos que acaban de salir, los White, ¿o son los Black?, ¿o los Green? Siempre me hago un lío con los colores.

Se volvió y repitió el guiño jovialmente. Sara le devolvió la sonrisa.

—Me preguntaba por el precio de esta mesa. —Esta vez se dirigió a Julia con una expresión seria—. Es verdad que no es una mesa barata, pero es de caoba con un acabado espectacular, como ve. Su precio es de tres mil doscientos dólares... —Julia no pudo evitar acomodar sus cejas en una posición de desilusión que no pasó desapercibida al hombre—. Pero —continuó como si no hubiera acabado la exposición— a usted se la dejo por dos mil ochocientos, como regalo de bienvenida.

A Julia se le iluminó la mirada. Era una buena rebaja. No tuvo mucho que pensar.

—Me la quedo.

—La pluma se la dejo por seiscientos. Es oro de veinticuatro quilates finamente trabajado, no puedo rebajar más su precio.

Julia negó con la cabeza. Tal vez no fuera un precio caro para una estilográfica de oro, pero sí para un bolígrafo. El hombre levantó los hombros entendiendo a la perfección que esa era una venta imposible y continuó su trabajo.

—¿Necesita algo más?

—En realidad de todo. Estoy amueblando unos despachos. Me gustaría echar un vistazo a las lámparas y repisas, si tiene.

—Por supuesto, tenemos de todo. Al fondo tengo una lámpara de metacrilato perfecta. Y una lámpara de sal del Himalaya auténtica, no como esas burdas imitaciones que venden por ahí. Ninguna supera los trescientos dólares. Acompañenme por favor.

Sara y Andrea se quedaron atrás.

—Vosotras también, por favor.

Sin atreverse a negarse, las dos siguieron al dueño y a su madre. Andrea notaba el sigilo con el que se movía y la guiaba su hermana.

—¿Tantas cosas hay aquí?

—Muchas, ni te lo imaginas. Es como si estuviéramos en la cueva de Ali Babá.

Julia vio un paragüero esmaltado y tomó nota para preguntarle al hombre por el precio.

—Perdone señor...

—Grey —se giró y le guiñó un ojo. Julia tardó un instante en darse cuenta de que sería para recalcar la broma anterior de los colores. Por lo visto ese hombre se aseguraba de remarcar todas sus bromas.

—Grey —repitió Julia, y le devolvió el guiño. En ese momento el hombre cambió su sonrisa de vendedor por una sonrisa franca. Acababa de decidir que esa familia le gustaba—. Ha dicho antes que el precio de la mesa era un regalo de bienvenida.

—Sí, así es. ¿No son ustedes los Montoya? ¿Los españoles que han ido a vivir al número 212 de Sun River?

Julia y sus hijas se quedaron perplejas. El padre Nathan les había dado sobradas muestras de la curiosidad del lugar pero este nuevo ejemplo les sorprendió igualmente, sobre todo debido a la naturalidad con la que lo exponía el hombre, casi como si se tratara de una ley natural.

El señor Grey se paró frente a unas hermosas lámparas dispuestas sobre una estantería de madera de color avellana que lucía un cartel de «Vendida». Observó su expresión turbada y se acercó a Julia, hablándole en un tono confidente.

—Verá, esta no es una gran ciudad, y enseguida todo el mundo se entera de lo importante, muchas veces incluso de lo que no es importante, como por ejemplo que a la hija de los Delaware le han hecho un bombo y el chico se ha largado en cuanto se ha enterado, una historia común si no fuera porque el chico en cuestión es su primo. En fin, las curiosidades de toda familia son de conocimiento público. Y ustedes se han ido a vivir a una casa que ha estado vacía mucho tiempo porque nadie quería comprarla. En mi opinión no son más que supersticiones, pero es lo que hay. Han sido uno de los cotilleos más succulentos de Lonely Hill, hasta que nos enteramos de lo de la chica de los Delaware, claro. Ustedes son extranjeras y, bueno, no tenemos muchas jóvenes invidentes y hermosas en el pueblo, así que solo tengo que sumar dos



más dos y me dan igual a los Montoya.

Las mujeres se quedaron asombradas. La mandíbula de Sara se había abierto lo máximo que le permitían sus huesos, Andrea tenía los ojos abiertos como platos, y Julia no sabía qué decir.

—Ya se acostumbrarán. En este pueblo somos muy cotillas, pero eso tiene sus ventajas, nadie podrá cometer un asesinato sin que haya alguien mirando a través de las cortinas de la cocina de en frente.

—Eso es todo un punto a favor, desde luego —dijo Sara sarcástica, aunque el viejo no lo notó o decidió no darse por enterado, porque su respuesta fue de lo más aprobadora.

—Claro que sí. Pero usted —se dirigió de nuevo a Julia— necesitaba unas lámparas para su despacho, ¿verdad? —Julia confirmó con la cabeza—. ¿Qué le parecen estas?

Julia volvió a concentrarse en sus compras y cogió entre sus manos una de las lámparas de metacrilato. Su brazo cedió un poco bajo el peso.

—Tenga cuidado, jovencita, son pesadas.

Sara inspeccionó a su alrededor y vio una mesita blanca con patas doradas que le pareció de lo más cursi, e incluso así la quiso para su dormitorio. Se agachó y buscó el precio por la parte de abajo pero no había ninguna etiqueta. Se levantó desilusionada. Sobre la mesa había una fotografía en blanco y negro con un precioso marco de nácar. La cogió buscando el precio, lo que encontró fue un aviso: «No en venta».

—¿Qué haces? —le preguntó Andrea inquieta. A pesar de lo que le había dicho el hombre, no se atrevía a moverse por ese lugar.

Sara posó la fotografía en la mesita blanca.

—Nada, solo miraba un marco, pero... —La fotografía en blanco y negro mostraba dos hombres en actitud risueña, uno bastante mayor con un bastón y otro con un ridículo sombrero fedora, posando frente a una casa de tres pisos con una cancela de un color claro. Cogió la fotografía otra vez boquiabierto por la sorpresa—. ¡Es nuestra casa! —exclamó—. ¡Andrea! ¡Esta foto es de nuestra casa!

El señor Grey interrumpió la conversación con su clienta, que ya había decidido comprar la lámpara de auténtica sal del Himalaya, ante los gritos de las jóvenes.

—Somos el señor Robert Goldfinch y yo. —El hombre dio dos pasos esquivando a Julia hábilmente y se situó frente a Sara. Le quitó de las manos la fotografía y la miró con nostalgia—. Robert y yo éramos muy amigos. Lo

conocí hacia 1980, más o menos, cuando se vino a vivir desde Londres.

—¿Y por qué posan frente a nuestra casa? —inquirió Sara.

—Él vivió allí desde que llegó de su Londres natal hasta que murió, hace ya muchos años. Esta foto fue tras un paseo por una senda cercana entre las montañas. Era muy ermitaño, no le gustaba salir de casa, supongo que sería un efecto secundario de trabajar en un museo toda su vida. Siempre ponía como excusa su cojera. Me costó mucho convencerlo para que me acompañara a recoger setas. Al final lo pasó estupendamente y desde entonces salíamos todos los domingos de primavera y otoño que el tiempo nos permitía. —El señor Grey suspiró con tristeza. Mientras dejaba el marco en la mesa pareció mucho mayor—. Es lo malo de envejecer, los amigos y la familia se van.

Andrea había empezado a temblar acosada por una incertidumbre.

—¿De qué murió el señor Goldfinch? —preguntó.

El señor Grey captó lo que rondaba la mente de la joven. Andrea se había puesto rígida como una vara de bambú. Tenía la cabeza ladeada ligeramente a la derecha con una expresión de atención, y en sus ojos, que se dirigían a un punto indefinido de la pared del fondo, había una penetración en cierto modo intimidatoria.

—Fue de muerte natural. Su corazón falló. Pasaba de los setenta. Eso son muchos años para un corazón. Yo tengo setenta y dos y ya empiezo a notar que no late igual. Podéis relajáros, no fue nada tan truculento como lo que les sucedió a vuestros predecesores.

## 6. El museo

*(2007, Octubre)*

### 1

Sin nada que hacer, Matt se pasaba de mano en mano una pelota antiestrés mientras daba vueltas en la silla giratoria del despacho de su jefe, Arnold.

Arnold se había cogido un año sabático y le había dejado al mando de la sección de Egiptología. Sus treinta años, recién cumplidos la pasada madrugada, le convertían en el más joven de sus compañeros, exceptuando a los becarios. Hasta el momento, tres semanas después de que Arnold se hubiera ido, ninguno de sus colegas le había mostrado la más mínima deferencia. No habían acudido a él en busca de respuestas (lo cual entraba dentro de lo lógico), ni a mostrarle ningún resultado, a pesar de que había oído que ciertas telas procedentes de la tumba KV23 (la tumba de Ay, faraón sucesor de Tutankamón) del Valle de los Reyes habían arrojado interesantes datos. La mayoría de sus colegas incluso le llamaban trepa y advenedizo a sus espaldas. Su edad no había supuesto un problema cuando solo era un investigador más compartiendo espacio en uno de los museos más importantes del Reino Unido. Sin embargo, ahora que le daban un cargo de responsabilidad su edad resultaba una falta de respeto, casi un insulto. La juventud era sinónimo de inexperiencia y por lo tanto de ineficacia, y no haber respetado la antigüedad era una falta de consideración. Por supuesto, no se trataba únicamente de una cuestión de atención a la veteranía, sino de la probabilidad de su próxima recomendación para ocupar el puesto que en pocos años estaría libre, dada la avanzada edad de Arnold, el jefe de sección.

Matt había soñado con ese cargo desde que había entrado a trabajar en el Museo de Historia Antigua de Londres gracias a una beca muy mal pagada.

Ahora que quizá se le presentara la oportunidad de su vida, se preguntaba si debería aceptarla. Si le nombraran jefe, ¿lo aceptarían los investigadores que le doblaban la edad? ¿Tendría que bregar con ellos todos los días? Era una persona apacible que rehuía los conflictos y que se sentía más a gusto con un papiro que con un semejante de carne y hueso. La idea de tener que imponerse frente a un pequeño motín le producía ardor de estómago.

Dio otra vuelta más en la silla giratoria pensando a qué dedicar la semana. Lo mejor sería retomar su propia investigación: «Estudio de los enterramientos y costumbres funerarias de los campesinos del Antiguo Egipto». Arnold le había advertido que probablemente su estudio se retrasara dado que tendría que estar pendiente del trabajo del resto del equipo, pero ya que en la práctica nadie necesitaba su ayuda, lo mejor sería no perder el tiempo.

Arnold mostraba un interés especial en dicha investigación, al igual que el resto de compañeros antes de que hubiera ascendido temporalmente de rango. En general, era conocido que los reyes, los sacerdotes y las personas ricas del Antiguo Imperio Egipcio creían en la vida después de la muerte. Siempre y cuando su cuerpo estuviera intacto, y su *ba* pudiera regresar cada noche a él, no morirían. Todo ese conjunto de creencias había incitado a los faraones a la construcción de las grandiosas pirámides y a la acumulación de tesoros en sus tumbas. Sin embargo, las personas sin recursos que no podían pagar un buen embalsamamiento y que no tenían nada que llevarse a la tumba, ¿qué clase de enterramientos habían practicado? Apenas se encontraba información sobre ello y absolutamente nada de calado. Faltaban investigaciones sobre ese aspecto de la vida del Egipto más humilde, pero base de su economía y riquezas. Su investigación era novedosa.

Lanzó la pelota antiestrés con fuerza contra la pared. Ni siquiera tenía un poco de estrés. Lamentable.

El teléfono sonó y Matt salió de su ensimismamiento. Levantó el auricular y contestó con voz tranquila.

—Despacho del profesor Arnold Wright.

—¿Matt? Soy yo, Arnold.

Al escuchar la voz de su jefe la saliva de Matt se transformó en un polvo harinoso imposible de tragar. Esperaba esa llamada desde el tercer día que había estado al frente de la sección y había quedado claro que nadie le iba a poner las cosas fáciles. Sus apreciados colegas se habrían puesto en contacto con Arnold para expresarle su descontento, y este le llamaba para

comunicarle que lo había pensado mejor y que el vago, pero muy veterano Steven, ocuparía su despacho.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra, señor? —consiguió decir mientras aún intentaba tragarse la bola de saliva.

—Bien... Estoy bien... No sé cómo pedirte esto, pero creo que es mejor que lo hagas tú... Verás...

Matt ya no albergaba dudas de cuál era el final de la petición. Le temblaba ligeramente la voz. Eso le hizo sentir más afecto por el viejo, que parecía afligido por tener que decirle que se marchara de su despacho. Decidió no posponer más la sentencia.

—Dígame, señor.

—Verás, tú no conociste al señor Robert Goldfinch. Fue un gran hombre, y un gran investigador. Para mí, fue casi como un mentor. Es cierto que era un poco... —Matt escuchó cómo buscaba Arnold la palabra exacta al otro lado de la línea—... extravagante —escogió al final, aunque lo dijo carente de convicción, como si esa palabra no fuera más que una parodia de la realidad—, pero era un buen hombre. Y... —Arnold tardó en acabar la frase el tiempo suficiente para que Matt se preguntara el motivo de que su jefe le estuviera hablando del tal Goldfinch en esos momentos—... Y hace un par de días me he enterado de que ha muerto.

—Vaya, lo siento, señor.

—Por lo visto murió hace ya tiempo, unos quince años.

—Oh. —No se le ocurría otra cosa que decir.

—Se jubiló hacia 1980. Al poco tiempo de irse perdimos el contacto con él, no solo yo, sino todos sus compañeros, y no hemos sabido nada más de su vida.

—Ya. —Matt seguía sin saber a dónde pretendía ir a parar Arnold y qué tenía que ver esa historia con su vuelta a las obligaciones normales.

—El otro día me encontré con una prima de Robert y me lo contó todo. Le pregunté cómo era posible que no nos hubiera dicho nada y me respondió que no sabía que tenía que avisarnos. —Arnold carraspeó y soltó una risotada sarcástica—. En fin, supongo que es normal, no tenía hermanos, ni mujer, ni hijos. Es un poco triste, te hace replantearte muchas cosas.

—Sí, es cierto.

—Matt, quería pedirte un favor. En mi despacho, dentro del armario de la derecha, en el suelo, hay dos cajas de cartón que contienen pertenencias de Robert. Las guardé todo este tiempo por si venía a buscarlas. ¿Te importaría

bajarlas al depósito? Ya sabes, al del segundo sótano donde guardamos los objetos personales. Podría hacerlo yo cuando vuelva, pero preferiría que si no te importa... —Matt notó un titubeo—. Éramos amigos y me resultaría doloroso.

—Entiendo. —Matt tapó el auricular con la mano y soltó un suspiro de alivio. Su saliva volvía a ser fluida y por fin consiguió tragar la pelota que tenía atascada—. Por supuesto, lo haré ahora mismo.

—Gracias. Baja solo los objetos personales. Si encuentras separatas o cualquier tipo de investigación déjalo en el mismo sitio. ¿De acuerdo? —Sin darle tiempo a contestar añadió cambiando de tema—. ¿Y qué tal todo por ahí?

—Todo en orden —mintió Matt. No sonó muy convincente.

—Entonces te dejo, seguro que estás muy atareado. ¿A que no has tenido tiempo de dedicarte a tu propia investigación?

—No, no mucho —siguió mintiendo. La saliva empezaba a solidificarse nuevamente en su boca.

—Te llamaré dentro de un par de semanas otra vez.

—De acuerdo, señor.

Matt colgó un tanto desconcertado. Alguna vez había oído hablar de Goldfinch. Los pocos que le habían conocido y que todavía trabajaban allí decían que hablaba solo y que se pasaba las noches en el despacho o recorriendo el museo. Aseguraban que se le había ido la cabeza. Arnold parecía, sin embargo, apreciarlo mucho.

Abrió el armario y vio las cajas, cerradas únicamente con sus propias tapas, como Arnold le había dicho. No eran muy grandes ni muy pesadas, por lo que pudo bajarlas montando una encima de la otra.

Custodiando la entrada al depósito había un guarda (igual que en los otros dos sótanos) al que Matt saludó con vivacidad, pero el hombre, corpulento y con cara de haberse tragado un palo por el lugar equivocado, no le contestó y se limitó a mirarle con desconfianza.

—Vengo a dejar estos objetos.

El guarda lo revisó de arriba abajo con la misma expresión que tendría si calibrara la conveniencia de aporrearlo por ser un terrorista.

—Supongo que tendrá la tarjeta.

Su voz era la más grave que Matt había oído nunca. En comparación, la suya sonaba como la de un adolescente imberbe.

—Claro. ¿Me sujeta las cajas? Tengo la tarjeta en el pantalón.

El guarda negó con la cabeza.

—Déjelas en el suelo. —El tono dejaba claro que era una orden, no un consejo. Lo dijo lentamente, insinuando que sus movimientos deberían ser también lentos si no quería problemas.

Si Matt tenía algo claro era que no quería problemas con esa mole y sus malas pulgas, así que sin protestar bajó las cajas hasta el suelo. Sacó la tarjeta del bolsillo y la pasó por el lector electrónico que permitía el acceso. Introdujo la clave y la puerta se abrió. Miró con altanería al guarda y estuvo tentado de decirle que, como había podido comprobar, no era ningún terrorista. Sin embargo, el guarda seguía mostrándole la misma actitud evaluadora, por lo que prefirió callarse: la mole no parecía tener mucho sentido del humor. Mientras recogía las cajas le preguntó:

—Aquí suele estar Archie. ¿Dónde está hoy?

—En el cementerio.

—¿Ha acudido a un entierro?

—Sí.

—Y usted está cubriendo su baja.

—Así es.

—¿Cuándo volverá?

Los ojos de la mole brillaron.

—La gente no suele volver de su tumba.

Matt se volvió a quedar sin saliva en la boca. La mole tenía sentido del humor. Negro.

Eran las doce del mediodía y ya había tenido noticia de dos muertes. Entró por la puerta sin volver a abrir la boca.

Caminó por un largo pasillo con escasa iluminación y abrió una segunda puerta, también con su tarjeta. Delante de él había tres pasillos que llevaban a distintas dependencias dentro del depósito. Él se dirigió a la sala donde solían colocar los objetos sin valor que encontraban por los despachos. Era oscura y estaba llena de repisas y estantes con mucho espacio libre. En el medio había una mesa despejada y un par de sillas. Posó en ella las cajas y empezó a examinar su contenido.

En su mayor parte eran objetos de índole personal. Había un par de fotografías del hombre con otras personas. En su opinión lo más correcto sería devolverlas a la familia, aunque como por lo visto el señor Goldfinch no tenía parientes muy cercanos, no quedaba más opción que, o bien arrojarlas sin pudor a la basura, o bien dejarlas olvidadas en el oscuro sótano para que

después de un tiempo terminaran, definitivamente, en la basura. Había también un pisapapeles de cristal con forma de pirámide, dos abrecartas y otros enseres de escritorio, y algunos libros sobre Egipto con títulos demasiado apócrifos para ser considerados serios por cualquier profesor, e incluso por cualquier persona con dos dedos de frente, tales como *Tut maldice desde el más allá*.

Había algunas separatas de investigación bastante delgadas, que hizo a un lado junto con un par de cuadernos y un par de disquetes de ordenador con la anotación EX 1968. Debajo había una sencilla carpeta de cartón amarillo que contenía un montón de fotografías muy curiosas pues todas mostraban el mismo objeto: una caja de madera con adornos egipcios en la tapa. Había unas veinte fotografías de la caja, en color, en blanco y negro, desde todas las perspectivas, unas desde cerca y otras desde lejos. Muchas de ellas mostraban alguna parte encerrada en un redondel de chillón rotulador rojo y con anotaciones de abreviaturas indescifrables. Matt cerró la carpeta con cierta incertidumbre. Detrás de las fotografías no había nada escrito. Las apartó también.

Tras vaciar las cajas por completo y separar los objetos en personales y no personales, metió los primeros en una de ellas, la más ancha, y en la pequeña introdujo los que consideraba que podían tener alguna relación con investigaciones desarrolladas por Goldfinch: separatas científicas, disquetes de tres y medio, fotografías y libretas con anotaciones. Escribió en las solapas de la caja de mayor tamaño con un grueso rotulador negro indeleble: PERTENENCIAS R. GOLDFINCH. Dudó qué fecha poner. Él había bajado las pertenencias en octubre del 2007 pero el hombre las había abandonado años atrás. Los objetos se colocaban por fecha y si alguien acudía a buscarlos no sabría cuándo se habían bajado al sótano, la referencia de la marcha del señor extravagante sería algo mucho más lógico, pero no recordaba cuándo había sido, ¿diez años atrás, quince? ¿Cuántos le había dicho Arnold? Sin mucho remordimiento escribió 1985 y la subió hasta la estantería número dos empezando por arriba, donde se archivaban para la eternidad los objetos olvidados en la actualidad. Había una escalera de mano que tuvo que usar, pues solo un gigante habría llegado sin ella. Tampoco la mole que estaba en la puerta habría alcanzado ese estante por sí mismo.

Cogió la caja en la que había guardado las cosas que parecían tener alguna relevancia científica, apagó la luz de la sala y se adentró en el mal iluminado pasillo. Volvería a encontrarse con ese guarda alto y fornido que



probablemente ocuparía el puesto de Archie. No conocía mucho a Archie pero por lo menos era simpático y no lo miraba como si acabara de colocar una bomba. Era un hombre de unos cuarenta años, sintió curiosidad por saber cómo habría muerto.

Pasó la tarjeta por el lector e introdujo la clave para salir de los tristes sótanos del museo. Se despidió del nuevo guardia con un suave adiós sin recibir respuesta. La mirada de aquella mole arisca dejaba claro que tras comprobar que formaba parte del elenco de trabajadores de la institución, había pasado de considerarlo un posible agente peligroso a poco más que un gusano indigno de ser tomado en cuenta.

Arriba, en la superficie más cálida y mejor iluminada, no le esperaba mejor acogida. El ascensor se abrió y, cabizbajo, Matt se introdujo en él con la caja bajo su brazo derecho. Mientras las puertas se cerraban vio al guarda apostado frente la puerta dirigiendo toda su atención a algo más interesante que él, el simple gusano del ascensor. Cuando la puerta del ascensor se cerró, oyó a lo lejos una voz de timbre femenino, dulce y arrogante, saludar al guarda. Era la voz de Rosaleen Turner, una colega de departamento con la que jamás había tenido una relación que pudiera calificarse de afable, ni siquiera de respetuosa. Matt caía bien a todos sus compañeros (al menos hasta el momento en que había tenido la indecorosa idea de destacar, ser más eficiente que la mayoría de ellos y ser nombrado supervisor por Arnold), pero con Rosaleen jamás había existido algo más allá de la ignorancia despreciativa.

Volvió al despacho de Arnold cruzándose con algunos de sus colegas, quienes se limitaron a saludarlo con un movimiento de cabeza, lo cual, después de su reciente conversación con el nuevo guardia de la planta -2, le parecía una mejoría importante.

Colocó la caja en el mismo lugar que había ocupado durante tantos años, tras escribir en las solapas con el mismo rotulador negro indeleble: ARCHIVOS R. GOLDFINCH. 1985.

Cerró el armario con el convencimiento de que ahí continuaría la caja, olvidada por el mundo, durante otro tiempo igual al que ya había transcurrido.

# 7. El coche

(2017, Julio)

## 1

Julia percibía un comportamiento extraño en sus hijas, se movían con la renuencia y el sigilo del animal que no sabe si es presa o cazador. Tal vez solo era cansancio tras el viaje, tras el hospital. Tal vez todo les estaba resultando demasiado difícil. Tal vez era el primer amor. O tal vez la extraña era ella. Cogió el dibujo del cerezo y lo observó satisfecha. Casi lo había terminado. Pronto volvería a ser ella misma. Seguro que sus hijas también, no existían motivos para que no fuera así.

Mientras su madre las observaba con suspicacia, Sara y Andrea se habían reunido junto al cerezo, con el sol brillando en el cielo y las cigarras proporcionando un insistente canto, para hablar de la última noche.

—Lo peor no es lo que ha sucedido, porque no ha pasado nada, sino la sensación. Era como si me estuviera vigilando, esperando, acechando como un cocodrilo en el río.

Andrea no contestó. Dialogaron en silencio comunicándose más de lo que podrían haber logrado con las simples palabras. Tras unos minutos, Sara rompió ese silencio con culpabilidad, como si hubiera quebrado un delicado cristal que no se podría recomponer.

—A ti también te ha visitado esta noche.

Andrea dirigió la mirada al infinito, posó su mano sobre la corteza del árbol, áspera y rugosa, llena de recovecos, y le describió a su hermana lo que le había sucedido. Mientras hablaba estudió el tronco del cerezo con sus manos. Grietas y muñones producían irregularidades curiosas que sus dedos exploraban con precisión. Sara estuvo tan pendiente del relato como del incesante movimiento de las manos de Andrea.

—¿Entonces crees que nuestro ente recogió el bastón y lo volvió a colocar en su sitio?

Andrea afirmó con la cabeza.

—El día que te desmayaste fue la primera vez que tuve la seguridad de que había algo en la casa, y tuve miedo. Pero desde entonces lo he sentido muchas veces y ya no me produce miedo. No me siento como tú.

—¿No te sientes vigilada?

—Sí, pero no amenazada. Me siento segura. A veces oigo susurros, palabras. Tú también, pero yo siento como si solo tuviera que concentrarme un poco para entenderlas. Como si me estuvieran contando cosas que debería saber. Por eso creo que la caja estará mejor si la tengo yo. Quiero llevarla a mi cuarto. —Andrea miró al suelo—. Creo que yo estoy segura, pero vosotros no.

Sara observó el rostro de su hermana. Había dejado de creer que hubiera un espíritu condenado entre las paredes del 212 de Sun River. No había poltergeist, ni apariciones, ni visiones. Solo presencias y un olor que únicamente Andrea percibía. Los olores fuertes siempre indicaban algo malévolo, demoniaco.

—Andrea, no estamos seguras de que sea benigno para nadie. De momento dejaremos la caja donde está hasta que encuentre algo sobre ella. Me gustaría saber por qué solo tú percibes ese olor.

Andrea acercó la cara al tronco del pequeño árbol y aspiró profundamente.

—Cada vez lo aprecio menos. No sé si se está atenuando o si me estoy acostumbrando a él.

Ante esa revelación Sara se inquietó. No podía ser bueno.

—Tal vez deberíamos contárselo a papá, sé que dije que no, pero...

Andrea volvió a aspirar las fragancias del árbol sin alejar la cabeza de él. Olía a madera, a vida y, a pesar de que hacía tiempo que no llovía, a frescor de primavera húmeda.

—Si quieres lo haremos, aunque lo mejor que puede pasar es que crea que le estamos gastando una broma pesada.

Sara sabía que Andrea tenía razón pero pensaba que sería una mala decisión no contárselo a nadie, no podían estar solas en esto.

—¿Y si se lo dijéramos a Paul y Sam?

Andrea arrugó la nariz.

—Creerán que estamos locas.

—Lo dudo. ¿Sabes lo que creo? Que esta casa ha estado en venta tanto tiempo porque la gente piensa, siente, que hay algo malo. En el fondo, por muy descabellado que les suene y aunque se rían, ahí —dijo tocándose con el índice un lado de la cabeza a pesar de que su hermana no lo podría apreciar—, en esa zona del pensamiento donde no se puede razonar, el subconsciente, están seguros de que la casa está maldita. Nos creerán. Ya verás. Te apuesto lo que quieras. Por eso el otro día nos preguntaron por la casa y nos contaron esa historia. Si mamá y papá no hubieran vuelto tan pronto nos hubiéramos enterado de más cosas.

Andrea sopesó lo que su hermana le decía. No estaba segura de que fueran a creerlas sin más, pero tampoco le importaba.

—De acuerdo —aceptó—. Están a punto de llegar. Ya veremos cómo se lo toman.

Andrea notó la mano de su hermana sobre el hombro y después un beso, cálido, en su mejilla.

## 2

Paul se levantó de la cama y se puso a curiosear por las estanterías. Había escogido como lengua extranjera el francés, al igual que su hermana, y no entendía más que palabras sueltas de los títulos de los lomos de los libros. Sacó uno al azar.

—Tienes muchos libros de este autor —intentó pronunciar el nombre, pero tartamudeo tras tartamudeo, el intento no le valió más que unas cuantas risas de las tres chicas. Entre divertido y avergonzado le tendió el libro a su hermana—. A ver si tú eres capaz.

Sam rechazó el reto tras echar una ojeada a la portada, apartando el libro en dirección a Sara.

—Iker Jiménez —pronunció las sílabas una por una remarcando cada sonido en voz alta.

Andrea la escuchaba y le vinieron a la memoria los primeros meses después de que perdiera la visión. Cada vez que le daban alguna instrucción, le hablaban como si en vez de perder la vista hubiera perdido el oído. Lo habían seguido haciendo hasta que un día, cuando ya no lo soportaba más, les

había explicado cuánto le molestaba que le gritaran y le hablaran más despacio. Sara se había quedado atónita ante su enfado. No se lo había tenido que repetir ni una sola vez más.

—No están sordos, Sara —intervino—. No lo van a entender mejor porque se lo grites.

—No estoy gritando.

Samantha le pidió el libro a su amiga y pasó las páginas deteniéndose en las fotos. A pesar de no entender las palabras que leía pudo adivinar de qué trataba el libro. Fotos de fenómenos UFO, figuras fantasmales y otras similares a duendes, daban una idea bastante clara.

—Habláis muy bien el inglés —dijo Paul.

—Fueron a un colegio bilingüe —le contestó Sam.

—Sí —confirmó Andrea—. Aunque desde que perdí la vista dejé ese colegio.

La muchacha rubia se sintió avergonzada. Su hermano negaba levemente con la cabeza y formaba una frase con los labios en silencio: «Como mamá».

—Lo siento, no quería ser entrometida.

Andrea oyó la respiración de Sam acelerarse poco a poco, *in crescendo*.

—No pasa nada. No me importa hablar de ello.

Sara fue hasta Andrea y la cogió de la mano. Sam intentó desviar la conversación hacia Sara.

—Así que te gustan los fenómenos paranormales, ¿eh?

Sara vio acercarse la oportunidad que esperaba.

—Sí. ¿Y a vosotros?

Sam no contestó, se levantó del colchón y empezó a rebuscar en las estanterías. Una caja negra con adornos dorados llamó su atención pero Julia asomó la cabeza por el vano de la puerta para avisarles de que iba a preparar la merienda. A Sam se le hizo la boca agua recordando los pasteles con miel ¿Cómo se llamaban? ¿Pestilos?

Cuando Julia se fue, una brisa fresca entró por la puerta revolviendo la ligera cortina que cubría la ventana. Sam y Paul se frotaron los brazos, y Sam, perdiendo el interés por la caja, se puso la rebeca que descansaba en el respaldo de una silla. Sara se puso nerviosa, había aprendido a desconfiar del frío, a saber que había algo detrás, algo voluntarioso. Algo con un origen, y un fin.

—Además de lo de la mujer chiflada y asesina, ¿se dicen más cosas acerca de nuestra casa? —continuó Sara mientras miraba a Sam ponerse la

chaqueta.

Los chicos de los Cooper se interrogaron entre ellos.

—¿Más cosas?

Sara, se encogió de hombros.

—No sé, si ha habido más muertes o...

—Si sabéis quién vivió aquí antes que ellos —terminó Andrea.

—No —contestó Sam.

—Sí, creo que papá nos habló de un hombre rarito que vivía aquí, pero nosotros no le conocimos, o al menos yo no me acuerdo. —Paul interrogó a su hermana con la mirada. Samantha negó con la cabeza.

—Yo ni siquiera recuerdo haberle oído mencionar a ese hombre.

—¿Cómo era? —Sara supuso que Paul se estaba refiriendo al hombre que había visto en la fotografía de la tienda del señor Grey—. ¿Por qué dices rarito?

—Creo que no dejaba que nadie jamás entrara en su casa, pero es lo único que sé.

—Y ¿no se dice nada más de esta casa?

Samantha arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres?

Sara vaciló un momento sopesando hasta dónde debían preguntar.

—Ya sabes, a veces las casas donde se han cometido asesinatos se dice que están malditas y cosas así...

—¿Os preocupa que la casa esté encantada o algo de eso? —preguntó Paul.

Sara miró a Andrea, que había enfocado sus ojos ciegos directamente a los suyos.

—O algo de eso... —repitió Sara.

Paul y Sam tenían una expresión confundida en el rostro. Las chicas estaban junto a ellos intentando aparentar calma, pero era un fútil intento. Andrea arrugaba la tela de su vestido con las manos y Sara luchaba por quedarse quieta sin conseguirlo, traqueteando con las piernas como si fuera un tren en pleno trayecto.

—No, no que sepamos —contestó Sam.

Sara bajó la vista hacia el suelo de madera, desnudo, sin alfombra ni moqueta. Andrea hizo el mismo gesto que su hermana. Paul se fijó y se preguntó si él y Sam también harían los mismos gestos.

La ventana de guillotina se cerró de golpe. Sara y Andrea dieron un bote.

Paul, sorprendido por la reacción de las dos chicas, más que de simple sorpresa, se acercó a la ventana y la volvió a abrir cerciorándose de dejarla bien asegurada.

—Tranquilas, no debía de estar bien bloqueada. Quizás tengáis que cambiarlas, tienen mucho tiempo.

Sara cogió a su hermana de la mano. Estaba fría y tensa. Sam no dejaba de observar a las chicas, al igual que Paul.

—¿Qué pasa? —les preguntó. Las hermanas Montoya estaban calladas y pálidas, Sara temblaba—. ¡Vamos! Nadie se pone tan nervioso por un golpe. —Sam había visto una presa y había aprendido de su madre a no soltarla hasta enterarse de todo lo que quería.

Sara se sentó sobre la colcha de la cama, arrugada y removida. Sin mirar a la cara ni a Sam ni a Paul, a quienes ya consideraba sus amigos, preguntó:

—¿Qué nos diríais si os contáramos una historia de fantasmas?

—Que adelante —contestó Paul—. Nos encantan las historias de fantasmas.

—Pues la historia empieza así: es posible que en esta casa haya un ente sobrenatural.

—¿Por qué decís eso?

—Por ciertas cosas que hemos notado. —Esta vez fue Andrea la que habló.

—¿Qué cosas? —Paul abrió los brazos invitándolas a hablar. Andrea y Sara estaban nerviosas, demasiado como para estar inventándose.

—Hay una brisa fría que aparece de vez en cuando, no se sabe de dónde viene, simplemente llega y se va. Vosotros ya la habéis notado. Acaba de estar aquí. Y hay un olor extraño, es muy leve y solo lo noto yo, pero existe. Y el desván es... —Andrea se calló, esa parte le concernía a Sara contarla.

—¿El desván...? —incitó Sam.

Sara se mordió el labio, vacilante.

—Cuando estuve tan enferma, unos días antes había subido al desván y allí algo me arañó. —Sara mostró el brazo donde habían estado las marcas y las dibujó sobre su piel con sus dedos—. Parecían una mano, unas uñas. Dicen que grité y me desmayé, pero no recuerdo más. Después de eso me puse enferma.

—Pudo ser casualidad —tanteó Sam.

—Volvimos a subir al desván al día siguiente, Andrea y yo, y sentimos el frío, ese aire que nos persigue. Y encontramos el sitio del que proviene

todo. Incluso Andrea dijo que allí el olor era más fuerte que en ningún otro sitio de la casa.

—¿Y qué sitio era ese?

—Una caja que fue enviada de Egipto a Londres.

—¿Una caja de Egipto?

—Sí, y creo que el hombre que vivió aquí tuvo algo que ver con esa caja.

—Sara se vio reforzada por Andrea que afirmaba con la cabeza. No se sorprendió, estaba acostumbrada a que ambas pensarán lo mismo. Escrutó el rostro de los dos hermanos, pero no era capaz de concluir nada por su expresión. Tal vez lo mejor era quitarle hierro al asunto antes de que pensarán que estaban tan chifladas como la mujer que asesinó a su marido—. Solo es una posibilidad.

Paul tenía el entrecejo tan arrugado como una bola de papel maché y los ojos verdes le brillaban con perspicacia.

—Eso explicaría muchas cosas.

Samanta alzó las cejas.

—¿Como qué?

—Como el que papá diga que el señor que vivió aquí antes era «rarito». Como el que no dejara entrar a la gente a su casa. Y por supuesto el asesinato y la locura de Gina. Piénsalo.

Las miradas entre los cuatro bailaron una danza revoltosa que se negaba a cesar mientras maduraban las palabras y las ideas exteriorizadas.

Julia les llamó desde abajo rompiendo el hechizo. Salieron de la habitación en silencio y empezaron a bajar las escaleras. Andrea recordó que no llevaba su báculo, lo había dejado en la habitación de su hermana. Se giró para ir a buscarlo y tropezó con Sam que no tuvo tiempo de esquivarla. Andrea perdió el equilibrio y cayó rodando unos escalones hasta que las piernas de su hermana la frenaron. Sara se agarró instintivamente a Paul con una mano y sujetó a Andrea de los brazos.

Julia había pasado la tarde en la cocina preparando su currículum en el portátil. Había encontrado tres periódicos más o menos locales a los que podría interesarles su experiencia como ilustradora. Esa parte de su trabajo no le agradaba demasiado (generalmente los directores le ponían demasiadas reglas y solo querían ridículos dibujos de mujeres esqueléticas aún más ridículas o de tartas de colores antinaturales), pero suponía unos ingresos fijos con los que estaba muy bien contar cada mes. Sin embargo, el nuevo sueldo de Daniel les daba suficiente libertad para que eso no fuera un



problema y estaría contenta mientras pudiera seguir con sus paisajes y, sobre todo, con los retratos. Le encantaba ver la cara de la gente cuando se veía reflejada en el papel. Estaba segura de que la pintura, y no la fotografía, arrancaba una parte del alma imbuyendo al lienzo con ella. Por eso la pintura no acababa de ser desplazada por la fotografía por más real que fuera esta última. Sería real, pero no auténtica.

Acababa de enviar el último correo electrónico cuando una brisa fresca pasó junto a ella y su cabello ondeó libremente. Julia sintió un escalofrío que se agudizó cuando oyó un golpe retumbante y unos gritos en la escalera. Una caída.

—Que no sea Andrea —rogó mientras caminaba hacia la escalera.

Los chicos estaban rodeando a su hija y supo que su súplica no había sido escuchada. Con la expresión desencajada, se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí. Solo me duele la rodilla. Me he caído, nada más.

Su madre le pasaba las manos por el pelo, por los brazos, por la cara, buscando cortes, golpes o sangre. Le preguntaba si podía mover las manos, las piernas, los dedos de los pies. Paul y Sam se retiraron, sin entender las palabras del idioma materno que fluía entre las tres mujeres.

—¡No llevas el bastón! —Julia, que tras el rápido examen concluyó que no había sucedido nada grave, dejó escapar su excitación en forma de reproche y enfado. Andrea no respondió y bajó la cabeza. No valdría de nada decirle a su madre que ya no necesitaba llevar el bastón continuamente en casa.

—Lo siento, Andy, te empujé sin querer —dijo Sam alterada.

—¡Tenéis que tener cuidado! —Julia no pudo impedir ser cortante al escuchar la confesión de Sam.

Un helador aleteo resbaló rodeando la cintura de Sara para enroscarse en el cuello de Samantha Cooper poniéndole la piel de gallina. Andrea percibió olor a tierra seca y picante y se obligó a levantarse. Paul oyó un susurro en su oído y, aunque buscó su origen, lo único que vio fue el rostro tenso de Sara y a su hermana frotándose la nuca. Él también sintió frío y entendió la incomodidad de las dos hermanas, ahora sabía a qué se referían. Era inquietante. Penetrante.

—Fue un accidente, mamá —dijo Andrea defendiendo a Sam y volviendo al inglés—. No te pongas así. —Se levantó con rapidez, antes de que su madre pudiera impedirlo, ayudada de su hermana.

Mientras se dirigían a la cocina, Julia siguió insistiendo, pero ni Andrea ni Sara le prestaban mucha atención. El frío las preocupaba más.

—Lo siento —repitió Sam, no se le ocurría que otra cosa decir.

Julia, más apaciguada al ver a su hija caminar sin dificultad, recuperó su compostura.

—No pasa nada, Sam —dijo con delicadeza.

Se sentaron en la cocina, donde había unos pequeños croissants y sándwiches de jamón y queso. Samantha se había olvidado por completo de los pasteles españoles. Los chicos ocuparon la isla central y Julia se sentó en la mesita de madera donde se puso a teclear en el portátil mientras daba distraídos bocados a su tentempié. Comieron en silencio hasta que Sam se fijó en la pantalla del ordenador. Una cabecera con estilizadas letras de color blanco sobre un fondo verde bambú anunciaba «Julia Cueto. Retratista». La señora Montoya tenía a su lado varios dibujos a lápices de colores tan reales que Sam creyó que casi podía tocarlos. El agua de un río y las hojas de un bosque parecían albergar movimiento. Quiso decirle lo mucho que le gustaban pero temió que creyera que le estaba haciendo la pelota después de haber tirado a su hija por las escaleras.

—¿Entonces usted hace retratos? Nuestra madre nos lo ha comentado, y veo... —dejó la frase inacabada señalando la pantalla del ordenador.

—¿Qué? —Julia se giró hacia Sam, confundida, estaba tan concentrada que tardó en entender lo que la muchacha le decía. Puso el brazo sobre la silla con un gesto tan desgarbado y perezoso que su marido nunca podría imitarlo —. Sí, Sam. A todo el que quiera. Desde ya. Si queréis podéis ser mis primeros clientes. Cien por cien gratuito. Regalo de promoción.

—¡Sería genial! Le pediremos a nuestra madre que le dé publicidad. Es... una gran relaciones públicas.

Todos contuvieron la risa ante lo que significaban en realidad esas palabras. Sin saber muy bien cómo responder a ellas, Julia se limitó a darle las gracias, aunque estaba segura de que Maggie ya había empezado su labor de relaciones públicas.

El móvil de Paul sonó. Le había llegado un wasap. Lo leyó y compuso una mueca.

—Tenemos que irnos. Papá quiere que lo acompañemos a por la cena al Don Giovanni —anunció en voz alta.

Sam volvió a disculparse.

—Lo siento, Andrea.

—No pasa nada, solo tropezamos.

La sonrisa se petrificó en el rostro de Andrea cuando la ventana de la cocina se cerró de golpe cayendo con estrépito. Julia renegó asegurando que esas ventanas desaparecerían de esa casa antes de que llegara el otoño. Fue la única que no se percató de los susurros que recorrieron el aire y de la sombra que hizo parpadear la bombilla fluorescente del techo, incluso Andrea hubiera jurado que la falta de luz en sus ojos se había vuelto un poco más opaca. Paul y Sam buscaron nerviosos a Sara, que afirmó con la cabeza.

—Ahora tenemos que irnos —aseguró Paul—. Podemos quedar mañana en la cafetería Grease, sirven unos batidos muy buenos, y seguimos hablando.

Tras despedirse en la cocina de Sara y Andrea, Sam y Paul fueron hasta la puerta acompañados por Julia que, cuando abrió, se encontró a su marido introduciendo la llave en la cerradura.

—Hola, señor Montoya —saludó Paul—. Tenemos prisa, nuestro padre nos espera. —Paul señaló hacia su casa, detrás de Daniel. Su padre ya estaba sacando el Volvo del garaje.

Daniel le dio una fuerte palmada en el hombro al chico.

—Claro, pero deja de llamarme señor Montoya, por favor.

Sam cogió a su hermano con una mano fría como la de un sepulturero y tiró de él. Algo acababa de empujarla con una repelente suavidad y quería marcharse. Se despidieron con un simple *bye* y caminaron hasta su padre que conducía despacio hacia ellos.

Harry Cooper no los iba a llevar al Don Giovanni, no directamente. Dentro de un mes sería el cumpleaños de su mujer y en una joyería del centro tenían un anillo y un collar que creía que serían un regalo perfecto, pero era incapaz de decidirse. Esperaba que sus hijos le ayudaran. Cuando llegó a su altura, ocurrió un accidente que nadie supo explicar.

Sam y Paul salieron por la cancela de los Montoya en el momento en que su padre paraba frente a ellos. Paul se dispuso a subir en el asiento trasero por el lado de la acera mientras Sam rodeaba el coche por la parte delantera para ocupar el otro asiento al lado de su hermano. Sin que Harry levantara el pie del freno, el Volvo se puso en marcha golpeando a la muchacha. Sam salió volteada hacia la izquierda dándose con el hombro en el asfalto. Un crujido llenó el aire tras el zumbido del motor. El volante del coche giró en la dirección donde la joven estaba tendida, el motor ronroneó como un gato zalamero. Sam gritó de dolor en el suelo y, entre las lágrimas que se formaban en sus ojos, vio las ruedas del coche virar hacia ella. Su

hermano la agarró por la cintura y la arrastró hasta la acera. Las ruedas del Volvo giraron. Daniel y Julia corrieron hacia ella mientras Harry Cooper contemplaba con las manos en alto, e incrédulo, como giraba el volante. El motor volvió a ronronear, esta vez más fuerte, el gato se había convertido en un puma. Recuperando el control de sí mismo, Harry puso el freno de mano y tiró de la manija de la puerta para acudir junto a su hija. La puerta no se abrió. Perplejo, quitó las llaves. El puma se calló y la puerta le dejó salir.

Sam gemía y empezaba a llorar de dolor. Tenía el hombro izquierdo en una extraña postura antinatural saliendo por delante de la clavícula.

—Hay que llevarla al hospital, tiene el hombro *descolocado*.

Harry entendió la extraña expresión que había usado Daniel, su hija tenía el hombro dislocado. Porque su coche acababa de atropellarla. Y por Dios Santo que en el interior, durante un momento, le había parecido que este quería acabar la faena.

—No, no sé,... lo lo que... ha pasado... yo no... sé... —tartamudeaba sin cesar y no podía formar ninguna frase coherente.

—Subámosla al coche —Daniel habló con firmeza. Cogió en volandas a Sam, provocando un nuevo grito de la muchacha, y se dirigió al Volvo.

—¡No! Vayamos en el tuyo, creo que el mío está... —¿loco?—... estropeado, no obe... obedecía. —A Harry le parecía que el coche le miraba con aviesos ojos asesinos.

—¡Abre el garaje, Julia! —gritó Daniel—. ¡Vamos en nuestro coche!

Julia le abrió la puerta del garaje. Su marido se sentó al volante, Harry a su lado, y Paul con su hermana detrás, hablándole suavemente. La muchacha presentaba un preocupante color blanco, en cualquier momento se desmayaría. Julia creyó que tal vez fuera lo mejor, así no le dolería. No tenía heridas visibles, con suerte no se habría roto ningún hueso.

—¿Qué pasa? —Andrea y Sara se habían acercado corriendo al oír los gritos.

Julia, con la voz quebrada, se ciñó a lo importante. Sam se había dislocado el hombro y la llevaban al hospital. El hecho de que parecía que su vecino la había atropellado lo hablaría después con su marido, porque por lo poco que conocía a los Cooper (de verdad estaba usando esas expresiones, ¿los Cooper?), no lo creía posible.

—Yo iré a tu casa, Harry, y le contaré a tu mujer lo que ha pasado —dijo Julia apretando la mano a su vecino.

Harry se lo agradeció y Daniel arrancó con celeridad. Tras verlo alejarse,

Julia, como había prometido, fue hasta la casa de su vecina que salía en bata a la puerta con el pelo mojado.

—¿Qué ha pasado? ¿He oído a Sam gritar?

Maggie escuchó a Julia alarmada. Subió a su dormitorio y se puso lo primero que encontró, un chándal de la cesta de la ropa sucia. Julia la esperaba en la puerta junto a sus hijas para acompañarla al hospital. Veinte minutos después de que su marido aparcara con un frenazo frente al hospital de Lonely Hill, Julia hizo otro tanto en el otro coche de los Cooper, un BMW blanco (no quiso arriesgarse a subirse al Volvo después de lo que Harry había dicho), acompañada de sus hijas y de una Maggie más callada de lo que hubiera creído posible.

La sala de urgencias del hospital puso muy nerviosa a Julia. En España todo era muy sencillo, llegabas con tu tarjeta de sanidad y te atendían. Pero en EE. UU. tenías que rellenar papeles, y después más papeles. Recordó sus propios formularios cuando ingresaron a Sara y las tripas se le revolvieron. Harry, todavía incrédulo, explicó a su mujer el accidente. Julia observó cómo sus hijas se cogían de la mano cuando escuchaban el relato de lo ocurrido: se estaban mirando con las manos, no pronunciaban palabra pero había un claro mensaje en la postura del cuerpo y en los dedos entrelazados, un mensaje que ella no sabía descifrar. Aunque lo más probable era que simplemente estuvieran preocupadas, su intuición de madre le decía que había más. ¿Le estaban ocultando algo?

Después de esperar media hora en urgencias se llevaron a Sam a radiología, donde confirmaron que no tenía ningún hueso roto. Tras suministrarle unos relajantes musculares y un sedante fuerte, procedieron a encajarle el hombro. Dos horas después salieron del hospital con Sam medio dormida y con el brazo en cabestrillo. Los médicos le dijeron que debería usarlo durante unas cuatro semanas para ayudar a los tejidos rotos durante la luxación a curarse.

Volvieron a sus casas conduciendo Daniel y Julia, cada uno un coche. Nadie cenó esa noche, con sus estómagos revueltos y encogidos la comida era una idea muy poco apetecible. Todos tuvieron prisa por irse a la cama a descansar.

En la habitación junto a su marido, Julia miraba el Volvo aparcado frente a su valla.

—¿Qué crees que ha pasado?

Daniel colgó los pantalones en una percha y los guardó en el armario.

Con su pijama preferido, sus calzoncillos, se metió debajo de las sábanas.

—No lo sé. Supongo que es uno de esos accidentes que pasan de vez en cuando. Querría frenar y pisó el acelerador. Siempre oyes que esas cosas ocurren.

Julia miraba el coche hipnotizada por su pálido brillo a la luz anaranjada de las farolas.

—No creo que sucediera eso.

Daniel se quedó en silencio esperando que su mujer continuara con su hipótesis. Pero Julia dijo algo inesperado:

—No quiero ese coche frente a nuestra casa.

Daniel se sonrió divertido.

—No pensarás en un coche asesino, tipo *Christine*.

Julia no se volvió. No era eso lo que pensaba. ¿O tal vez sí? Volviéndose bruscamente hacia su marido dibujó media sonrisa carente de alegría.

—Tienes razón, seguro que es como dices, se equivocó de pedal. ¿Qué iba a ser si no?

### 3

Sara y Andrea discutían en voz queda junto a una caja negra con adornos dorados y un cierre de plata inservible.

—Dame esa caja de una vez, donde mejor está es conmigo.

Era la quinta o la sexta vez, Sara había perdido la cuenta, que su hermana le pedía que trasladaran la caja a su habitación. Cuando le preguntaba el motivo, lo único que le respondía era algo impreciso sobre su intuición y la historia de que *el ser* le había recogido el bastón cuando lo había tirado.

—¡Oh! Eso demuestra que es todo un caballero.

—Deja de ser tan mordaz. No me estás escuchando. Te estoy diciendo que lo siento. Creo que a mí no me hará daño.

—Verás, yo no lo tengo tan claro. No tienes pruebas. Si las dos creemos que esto es lo que provocó el accidente de Sam, y que esa caja es su ¿casa? no tiene sentido tenerla cerca. Lo que vamos a hacer es devolverla al desván. El único motivo por el que no la quemo es porque tengo miedo de que eso

sea un error irreparable.

—No lo entiendes: estoy segura de que Sam ha tenido ese accidente por empujarme.

—¿Qué?

Andrea no respondió. Sara se quedó atónita. ¿Podía ser eso posible?

—¿Por qué dices eso, Andrea?

—Porque lo sé.

Sara vaciló ante la seguridad que emanó de su hermana. Andrea notó la mella en la pared de Sara y probó otro enfoque para derribarla.

—Hasta ahora la has tenido tú. Ahora me toca a mí. Es lo justo. —Con su suave susurro de flautista, añadió—: Por favor, es lo justo.

Sara la miró. Firme y de mal humor, pero serena.

—No te vas a quedar tranquila, ¿verdad? —Andrea no contestó—. Está bien. La llevaré a tu habitación, Hamelín.

Derrotada, Sara se sentó en la silla de su escritorio. Andrea escuchó su suspiro e intentando evitar que pudiera cambiar de opinión, le preguntó por los jeroglíficos de la caja.

—¿Has buscado información sobre los símbolos grabados?

—Sobre los símbolos, sobre la caja... —Sara dejó caer la cabeza hacia delante, frustrada—. Pero no encuentro nada interesante. He mirado por lo menos doscientas páginas, y no estoy exagerando. ¿Sigues creyendo que no debemos decirle nada a papá ni a mamá?

Andrea resopló.

—¿Cómo se lo diremos? «Papá, mamá: hay un fantasma en casa, y es de los malvados porque hizo enfermar a Sara y casi mata a Sam». —Con cada palabra Andrea subía el tono sin darse cuenta—. O tal vez sería mejor algo del estilo: «Papá, mamá: esta casa está embrujada».

—Ahora eres tú la graciosa.

—No, no lo estoy siendo. Te estoy hablando en serio, porque piénsalo, no habría otra forma de decirlo.

Vencida nuevamente, Sara aceptó lo que su hermana le pedía.

—Voy a buscar algo más sobre esos símbolos y mañana por la mañana pondré la caja en tu habitación, prometido. Eres una cabezota insoportable.

—Mira quién va a hablar.

Sara se inquietó cuando Andrea salió y cerró la puerta. Toda su vida deseando encontrarse con lo inexplicable y cuando al final parecía que su deseo se había hecho realidad lo único que quería era librarse de ello. Si no

recordaba mal aquello era una antigua maldición oriental: Ojalá, enemigo mío, eso que tanto deseas se cumpla.

Su móvil reposaba sobre el escritorio emitiendo un pitido a rítmicos intervalos. Pedía una recarga de batería con la insistencia de un niño pequeño que exige su merienda. Lo enchufó a la corriente de mala gana, como si el teléfono tuviera culpa de su estado de ánimo.



## 8. La sala del artista

### 1

El reloj marcaba las siete menos cuarto de la tarde. Ese día, el primero del mes de agosto, el sol había brillado con más fuerza que ningún otro desde que habían puesto un pie en el nuevo continente. El calor aún se derramaba de forma sofocante sobre el estado de Maine. Las cigarras, parlanchinas, intensificaban la sensación con sus sonidos chirriantes. Las ropas se pegaban a los cuerpos impregnadas de sudor. La limonada fresca no había faltado en ninguna de las casas de Sun River, ni siquiera en la de los Montoya.

Daniel examinaba cada madera de la valla blanca que rodeaba su jardín calculando cuántos tablones era necesario cambiar. Por fin había decidido reemplazar el peldaño roto de la escalerilla del desván y, de paso, encargarse de todos los trabajos de bricolaje.

Sara lo acompañaba esperando una oportunidad para hablarle. Durante varios días había estado rumiando, como un cuatrero de un viejo wester rumiaba su tabaco, la posibilidad de contárselo todo aunque su hermana no estuviera de acuerdo. Consiguió decidirse en el momento en el que su padre le pidió ayuda, era el único modo de mitigar la inquietante desazón que la carcomía.

—Este tablón también está bien. Creo que con una mano de pintura bastará. ¿Tú qué crees?

—Bien —Sara respondió sin saber cuál había sido la pregunta. No habría sido capaz de recordar nada de lo que había dicho su padre. Mientras le miraba revisar concienzudamente los travesaños de toda la valla, ella había estado ensayando en silencio posibles discursos para que su historia sonara creíble.

—Sara, ¿sabes que existen palabras aparte de «bien» y «sí»? No has dicho nada más en toda la tarde.

La muchacha se mordió el labio tamborileando con los dedos sobre su brazo en un gesto que la hizo parecerse tanto a su madre, con su pelo largo

castaño claro y sus profundos ojos azules, que Daniel vio a la mujer veinteañera de la que se había enamorado cuando era un universitario.

En un principio, Sara se había propuesto desvelar su secreto poco a poco intentando captar la atención de su padre, sondeándole, Andrea lo habría hecho así. Pero ella no era como su hermana, calmada y reflexiva. Su instinto la guiaba y no sabía retenerlo. Por eso no pudo reprimir el impulso que la incitaba a alcanzar su objetivo lo antes posible.

—Papá, hay una cosa que quiero decirte.

La voz de su hija sonaba más seria de lo que Daniel recordaba haberla oído en mucho tiempo. Se puso tenso, mentalmente se preparó para una batalla. En el fondo siempre había sabido que ese momento llegaría, el día en que sus hijas le dirían, le exigirían, volver a su país. Y entonces él había decidido confesarles todos los motivos por los que habían cambiado su residencia. *Todos*. Que él no podría vivir si no hacía todo lo posible para que su hija recuperara la vista. Porque sí, era cierto, él no había deformado su nervio, y también era cierto que en algún momento su visión habría fallado. Pero ¿y si se equivocaban los médicos? ¿Y si simplemente era culpable? Después de todo, ¿no eran sus genes, la mitad, los que habían creado a Andrea?

—A Andrea y a mí no nos gusta esta casa.

Daniel se relajó un poco, incluso fue consciente de que algún tendón de su cuello se distendía. Que no les gustara la casa no era tan malo como lo que temía.

—¿No os gusta la casa? Bueno, es lo mejor que podíamos permitirnos. —Su hija compuso un mohín, y Daniel decidió otorgarle la razón como pipa de la paz—. Tal vez tuvisteis que habernos acompañado en la elección de la casa. Fue todo bastante precipitado, quizá no hicimos las cosas correctamente.

—A eso voy papá. Es la mejor casa que podíais permitirnos, pero ¿por qué? Porque hubo un asesinato aquí.

Sara habló con énfasis, casi exaltada. Daniel no había creído que eso le importara a ninguna de sus hijas, y mucho menos a Sara. Cambió el peso del pie derecho al izquierdo y retiró la mano de la cerca, frotándola contra la otra para sacudirse un polvo inexistente.

—¿Eso os molesta? —Meneó la cabeza de un lado a otro con briosos incredulidad—. Porque recuerdo una conversación reciente en una cafetería en la que estabais encantadas con toda la historia.

—Es que desde entonces han pasado algunas cosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Daniel con impaciencia.

—A mi caída en el desván, a mi enfermedad, al olor que solo Andrea percibe...

—¿Andrea todavía dice que huele algo raro? Creí que solo había sido los primeros días. —Daniel se preocupó al oír eso. La percepción de olores inexistentes podía estar asociada con enfermedades graves, como un tumor. Primero su vista, ahora un olor. Las semanas hasta que Andrea acudiera a la cita con el oftalmólogo se le iban a hacer eternas.

—Sí, sigue notando un olor raro, pero de forma más tenue, cree que se está acostumbrando. Y eso tampoco me gusta. —Sara se acercó a su padre y lo miró a los ojos—. Creemos que hay un fantasma en la casa, o algo parecido.

—¿Un fantasma? —Daniel se quedó perplejo ante la confesión de su hija mayor.

—¡Oh! Vamos papá, no me mires así, siempre dices que hay que tener la mente abierta.

—Hay que tener la mente abierta, y estoy dispuesto a creer, cuando lo vea. ¿Lo habéis visto?

—No. Pero lo hemos sentido. ¿No lo habéis notado, un frío perpetuo en la casa que aparece y se esfuma de repente? —Sara se desesperaba. Andrea tenía razón, su padre no la creía.

—En las casas siempre hay corrientes...

—Me hizo enfermar y empujó a Sam contra el coche...

Daniel cortó el aire con la mano.

—Espera, echa el freno... —La protesta de Sara se ahogó en su boca ante el gesto tajante de su padre—. Esto que me estás contando, ¿lo piensa también tu hermana? —Sara afirmó en silencio—. Si no queréis vivir en Estados Unidos lo entiendo, pero decídmelo abiertamente, no tenéis por qué inventar historias de brujas.

Sara no pudo evitar que las lágrimas se formaran en las cuencas de sus ojos.

—No nos estamos inventando ninguna historia de brujas. Lo creemos papá. Estamos seguras de ello. Te lo estoy contando porque... —¿Por qué? ¿Para mudarse mañana mismo?

Sara empezó a llorar. Daniel la cogió de los hombros y levantó su barbilla obligándola a mirarle a los ojos. No le mentía.

—Está bien. Escucha, —dijo mientras secaba sus mejillas mojadas con una dulce caricia—. No he visto, oído, ni sentido nada, ni yo, ni tu madre. Todo lo que has dicho no han sido más que cosas normales. —Le pellizcó la nariz como solía hacer cuando era pequeña—. Si me hablaras de objetos que se mueven, apariciones y sonidos de cadenas, eso ya sería otra cosa. —Sara pensó en el bastón que su hermana tiró y que luego volvió a su sitio, o en los susurros en un idioma extraño hablándole al oído. No dijo nada, su padre no iba a cambiar de idea. Dejó que acabara su discurso—. Solo estáis cansadas y echáis de menos España, es normal. —Sara bajó la vista pero su padre volvió a cogerle la barbilla—. Daros un poco de tiempo, ya veréis como todo esto pasa. —Cada palabra que decía le alejaba un poco más de Sara. Daniel notó la negativa en la expresión desalentada de su hija—. Vamos a hacer una cosa. Dentro de dos meses volveremos a tener esta conversación. ¿Vale? Y te diré si he visto o sentido algo, y tú y Andrea me diréis si habéis dejado de creer que hay un fantasma en la casa. ¿Trato hecho?

—Claro. —Sara habría dicho cualquier cosa. Su padre la abrazó y la cogió por la cintura conduciéndola hacia la casa.

—¿Me ayudas a medir el peldaño de la escalera?

—Sí. Pero papá, no le digas nada a mamá.

## 2

—Así que ya no tenéis el Volvo —comentó Sara mirando el coche nuevo.

El Toyota Land Cruiser azul metalizado, aparcado bajo el sol al otro lado de la calle, despedía el brillo sedoso e hipnótico de los coches nuevos y el olor fuerte a recién salido de fábrica. Sara casi no podía creer que Harry Cooper le hubiera dejado a su hijo el coche que acababa de comprar para traerlos al centro. Su padre no lo haría ni loco, y mucho menos ahora que quizá pensara que la loca era ella.

—Nuestro padre se ponía enfermo en cuanto lo veía. Me parece que cree que esto —Sam se señaló el cabestrillo con la barbilla—, es más culpa del coche que de él.

Andrea bajó las manos de la mesa a su regazo y Sam, a pesar de que no

podía verlo, supo que apretaba entre sus puños la tela roja de su falda, vaporosa para una tarde de verano en la que el termómetro volvía a pasar de los treinta grados. Ella y su hermano sudaban como pollos en un asador, sin embargo a las chicas españolas parecía gustarles. No las habían visto quejarse ni una sola vez. Ese verano estaba siendo demasiado caluroso para ella, agradecía el aire acondicionado del Grease.

—No dijo que fuera culpa del coche —se apresuró a añadir—, pero se comportaba como si le tuviera miedo.

Su hermano expelió por la nariz el aire en un bufido con fuerza.

—Respecto a eso, tenemos que contaros algo —dijo Paul encorvándose sobre su copa de batido de chocolate. Las hermanas Montoya le miraban fijamente. Incluso Andrea parecía dirigir sus pupilas a la altura de sus ojos, atentas como dos cobras expectantes del momento oportuno para lanzarse sobre su presa. Paul sintió un escalofrío cuando la idea de las cobras le vino a la mente, creyó haber roto un tabú que desconocía.

—¿Os acordáis de lo que nos contasteis de...? —empezó a explicar Sam, dudando al escoger las palabras, como si tuviera que pescarlas en un mar revuelto o en una caja llena de serpientes.

Ante la indecisión de su hermana, Paul terminó la frase.

—¿De lo que sentíais en vuestra casa? ¿Ese viento frío? ¿Y esa presencia?

Sara y Andrea afirmaron con la cabeza. Supieron qué les iban a contar los Cooper. Paul se había callado, reacio a continuar. Sara quiso incitarle pero Andrea apretó su mano debajo de la mesa: era el momento de los Cooper, ellos debían marcar el ritmo. Después de un par de minutos, fue Sam quien prosiguió con la historia.

—Tal vez os suene un poco raro, pero el día que tuve el accidente —y volvió a levantar el brazo en cabestrillo como si pudieran dudar de a qué accidente se refería— hablasteis de un frío y de una presencia en la casa. — Sara y Andrea no dijeron nada y Sam dudó de si tenía que seguir hablando. ¿Las habían interpretado mal, había sido todo una broma? Cerró la boca y se empezó a morder los labios—. ¿No es así? —Esta vez fue solo Sara quien afirmó con un pequeño gesto—. Bueno, pues ese día cuando te empujé por la escalera y... cuánto lo siento, Andrea, no quise...

Antes de que Sam se perdiera en divagaciones, Andrea la atajó.

—No te preocupes, no me empujaste, solo tropezamos. En realidad la culpa fue mía. Puede pasarle a cualquiera. Los que veis también os caéis, ¿o

no? —Andrea no vio la expresión de Sam, pero sí Sara. Sus vecinos no estaban acostumbrados al humor que ellas compartían, y arrugaban el ceño en un intento de discernir cómo tenían que contestar a ese comentario. Sara sacó a Sam del apuro.

—Ese día, ¿qué pasó, Sam?

—Cuando estábamos en las escaleras, noté, creo que noté, esa sensación. Se me puso la piel de gallina, y Paul dice que a él también. Al principio no le di importancia, solo estaba preocupada por Andrea. Pero cuando salíamos de vuestra casa algo me cogió, os juro que sentí una mano, fría, arañándome la piel en este mismo brazo. —Por tercera vez levantó levemente el brazo que mantenía unido a su cuerpo por la férula de color azul oscuro.

Sara recordó los arañazos de sus brazos.

—Después de encontrar la caja, me desmayé. Cuando me recuperé tenía arañazos en un brazo, creo que algo me agarró allí arriba. ¿Tú tenías arañazos?

Sam movió la cabeza con lentitud mientras apartaba a un lado el batido coronado con nata que apenas había probado. Esas bebidas le resultaban empalagosas, pero ya que era la especialidad del bar Grease, había acompañado a los demás.

—Sí, pero tenía muchos, pudieron ser del asfalto. Lo que es muy extraño, lo que hace que os estemos contando esto, es lo que dice nuestro padre. Jura que el volante se movió solo y que por un momento la puerta se atrancó y no le dejó salir.

Paul tomó la palabra.

—Y vosotras no estabais allí, no lo visteis. Fue rarísimo, el coche parecía que intentaba atropellar a Sam. Tal vez sí que tengáis un ente extraño conviviendo con vosotras.

Sara se dejó caer sobre el respaldo del sofá de piel marrón de la cafetería, que crujió con su movimiento. Estaba abrumada. ¿Qué iban a hacer ahora?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —el pensamiento se escapó de sus labios.

—Tal vez deberíais hablar con vuestros padres.

—Ya lo hice. Lo siento, Andrea, debería habértelo dicho. Se lo conté todo a papá, y no me creyó.

Andrea cerró los ojos.

—¿Qué te dijo?

—Nada, tenías razón. Se empeñó en que lo que sucedía era que

queríamos volver a España y le estábamos montando un motín o que nos los imaginábamos. Siento no habértelo contado antes, pero creo que vamos a tener que ocuparnos solas de nuestro amiguito.

Sam sonrió pícaramente.

—Nosotros ya estamos en ello. Hemos interrogado a nuestro padre acerca del hombre que vivía en vuestra casa. Y...

—Y no ha servido de mucho, solo nos repitió lo que ya sabíamos — confesó Paul abriendo los brazos en un gesto de impotencia, para disgusto de Sam.

—Bueno, tal vez podáis ayudarnos con un problema —dijo Sara—. ¿Os acordáis de la caja de la que os hablamos? Seguro que de algún modo está vinculada a esa presencia. Es muy vieja, o lo parece, y tiene símbolos egipcios tallados. Es el origen de todo. Del frío. Y del olor.

—¿El olor que solo percibes tú? —preguntó Sam a Andrea.

—Sí. Al principio era un olor desagradable, húmedo y rancio. Ahora me parece simplemente fuerte y picante. Incluso atractivo. Encontramos la caja en el desván, y cuanto más nos acercábamos a ella, más fuerte era el olor. Proviene de esa caja. Seguro —contestó Andrea.

Paul silbó.

—¿Hay algo más acerca de la caja?

—La encontramos dentro de otra, una especie de embalaje. Ponía Museo de Historia Antigua de Londres, y una fecha... no la recuerdo ¿y tú, Adri? — Andrea negó con la cabeza en un gesto que habría alegrado a su madre—. No sé, como del 1960 o así, y que había sido enviada de Egipto a Londres. La caja pequeña parece un joyero y tiene jeroglíficos. Por eso estamos seguras de que era del señor Goldfinch, que vivió allí antes que Gina. El señor Grey, de No-Things, nos dijo que había trabajado en un museo, en Londres. Demasiada casualidad.

—Hay otra cosa —continuó Andrea—. Sea lo que sea lo que hay... para mí no es peligroso, incluso creo que intenta protegerme.

Sara abrió los ojos como platos, Andrea subía su vínculo con ese ser en cada conversación que tenían.

—Yo eso no lo tengo claro —puntualizó.

—Una noche, había perdido mi bastón y esa... presencia, lo devolvió a su sitio, donde yo lo encontraría. Y Sam, tal vez esa cosa te haya atacado porque cree que me hiciste daño cuando tropezamos en la escalera. Estoy segura de esto que os estoy diciendo. Por eso ahora la caja está en mi

habitación. — *Y porque una noche ese ser me besó en los labios, pero ese pensamiento lo guardó para sí misma.*

Sam abrió los ojos y la boca incapaz de decir nada. Paul sopesó todo lo que les habían dicho.

—Si tan importante os parece esa caja, si estáis seguras de que es el origen, deberíamos indagar más sobre ella —dijo.

—Lo estoy haciendo —dijo Sara con hastío—. He intentado descifrar las imágenes de la caja, traducirlas con internet, he buscado en la página del museo, pero no he conseguido nada. Mirad. —Sacó el móvil y les enseñó varias fotos de la caja—. Al principio busqué en páginas de jeroglíficos y cosas así, pero no me ha servido de mucho. También he intentado saber de dónde proviene exactamente y tampoco he tenido suerte. En el museo no hay nada sobre ella.

—Parece vieja —observó Sam.

A Paul le resplandecieron los ojos. Acababa de tener una idea.

—Sí, tiene pinta de ser antigua.

Sam captó lo que pasaba por la cabeza de Paul.

—Si es antigua de verdad, tal vez haya alguien que pueda saber algo de ella.

Los dos hermanos se miraron de forma cómplice.

### 3

La señora Goodrich estaba sentada en el sofá, frente a la estantería que Julia había comprado en No-Things junto con otros muebles que el viejo y resabiado vendedor le había conseguido colocar.

Julia curvaba el labio ante la incómoda postura que había adoptado su clienta: miraba hacia arriba con una mano en el aire como «tomando una manzana dorada» (en palabras de la propia mujer). No aguantaría mucho en esa postura y empezaría a quejarse. Entonces ella tendría que morderse la lengua para no decirle: «Se lo advertí». Y si, después de todo, conseguía aguantar la posición, acabaría con tortícolis. No quería ganarse fama de torturadora nada más empezar. La mayoría de los retratistas que Julia conocía trabajaban con fotografías como fuente, pero ella se negaba. En su opinión, si



alguien deseaba un retrato debía dedicarle tiempo, no todo el trabajo debía ser del artista, era la única forma de imbuir al retrato con un poco del alma.

La señora Jessica, o más bien la señora Redfort, de soltera Goodrich, era de esos clientes que creían que un artista era como un peluquero o un psicólogo y no paraba de hablar. Le estaba contando todos sus problemas, entre los que aseguraba padecer una depresión.

—Tengo todos los síntomas.

—Puedes hablar, Jessica, siempre y cuando no te muevas.

—Oh, sí perdón —se disculpó mientras volvía a subir la mano en el vacío como sujetando una bola invisible—, verás...

Y la señora de nariz de tucán le relató por tercera vez todos sus síntomas. Para Julia era evidente que no tenía ninguno de ellos. Las personas con depresión no hablaban con la fuerza que demostraba tener la mujer de setenta y seis años, no llevaban deliciosos pasteles a los vecinos y no sonreían con cada comentario jocoso.

—Estoy así desde que murió mi marido. No lo supero, créeme. Y mi hermana está peor que yo.

Por mucho que buscara, Julia no veía signos de depresión por ningún lado. Jessica tenía totalmente superada la muerte de su marido. Bien por ella. Y conociendo sus extrañas ideas sobre la depresión, cuando decía que su hermana estaba «peor», quizá había que interpretarlo como «mejor».

—No te muevas, Jessica. —Está vez fue tajante.

—Oh, perdón, perdón, estaba así, ¿verdad? Intenté convencerla de que viniera conmigo, un retrato juntas sería muy hermoso, ¿no crees? —Julia le sonrió, y con maldad pensó que era posible que su hermana no quisiera más *Jessicas* pululando por casa.

Aunque no podía negar que con esa hermana Goodrich se lo estaba pasando muy bien, cuando no tenía que recordarle que no se moviera.

Con habilidad movía los lápices sobre el caballete mientras la mujer hablaba y hablaba. Tras dos horas y un pequeño descanso Jessica le aseguró que tenía que irse. Como siempre ocurría, daba igual quién estuviera al otro lado del caballete, le preguntó si podría echar un vistazo al retrato, y, como siempre, Julia se negó.

—Nada de vistazos hasta que esté terminado. Ya se lo dije. Ese era el trato.

—Está bien. Está bien. Eres muy tajante.

Jessica se despidió de Julia con un abrazo y al separarse, su bolso, tan

voluminoso como el de Mary Poppins, golpeó una caja de madera que reposaba en una mesita.

Julia percibió el choque entre los objetos a cámara lenta. Pudo ver el bolso de piel marrón de Jessica levantarse hacia el techo para después bajar acelerado por su propia inercia. Lo vio estrellarse inevitablemente contra la caja, y cómo esta caía al suelo, desperdigando los caramelos y las tarjetas que había guardado en su interior esa misma mañana. Mientras caía, tuvo incluso tiempo de pensar que lo más raro era que ese enorme bolso no hubiera chocado con nada más. Era tan grande que casi pedía su propio espacio vital.

Al estrellarse contra el suelo la caja botó tres veces. Julia, con su nuevo poder de ver el tiempo a cámara lenta, las pudo contar: una, dos y tres. Después la caja tembló un poco, como presa de una agitación nerviosa, y finalmente se quedó quieta. Había quedado abierta boca abajo, como una boca hambrienta pretendiendo devorar el suelo. Si no se había roto ninguno de los goznes sería un milagro.

—¡Lo siento mucho! —gritó la señora Goodrich—. Deje que lo recoja —Se agachó doblando sus rodillas sin la rigidez propia de la edad.

—No se preocupe, ya lo hago yo.

Julia se agachó al lado de la caja mientras Jessica la miraba expectante.

—Si se ha roto, le pagaré lo que haya costado.

Julia no le respondió. No sabía cuánto había costado. La había cogido del cuarto de Andrea sin pedírsela. La había visto esa mañana sobre su mesita de noche, aunque creía haberla visto en otro momento en la habitación de Sara. La había abierto y estaba vacía, no parecía que Andrea le diera uso, así que la había cogido para su estudio pensando en decírselo a su hija cuando regresara de tomar un batido con los vecinos. Si la había roto, podían enfadarse mucho con ella, sobre todo si la dueña era Sara. Hitler en acción.

Antes de que tocara la caja, esta, como movida por hilos de marioneta, dio un par de vueltas en el aire y cayó con la tapa abierta boca arriba unos centímetros más a la izquierda. La temperatura de la habitación descendió bruscamente. Julia y Jessica se miraron desconcertadas.

De la caja, como si hubiera un falso fondo bajo ella, salió una serpiente. Una cobra, marrón con una franja negra adornando su piel escamosa a la altura del cuello, como si luciera una ancha gargantilla. Desplegó el capuchón siseando al tiempo que sacaba su viperina lengua bífida.

Jessica dio un agudo chillido. Julia se quedó con la mano extendida hacia la caja tal y como le repetía a sus modelos que debían hacer: quieta

como una estatua de piedra. Si bien con la señora Goodrich no había servido de mucho esa advertencia, a ella más le valía no moverse, la cobra estaba a menos de treinta centímetros de su cuerpo y cualquier movimiento podría provocar su ataque. Su cuerpo estaba petrificado, pero su cerebro funcionaba a gran velocidad. ¿El veneno de las cobras era mortal? ¿Había antídoto en Maine? Por Dios, ¿pero qué hacía esa serpiente en su casa?

Jessica se enorgullecía de no ser una mujer pusilánime que perdiera control. El largo cuidado de su padre, con graves ataques epilépticos en su vejez, y la muerte de su marido, la habían curtido. Por su cabeza no se paseaban preguntas sobre qué hacía una cobra debajo de una pequeña caja de madera, ni sobre la existencia de antídotos, sino sobre cómo ayudar a su vecina.

—No te muevas Julia, o se abalanzará sobre ti. Voy a salir y llamaré a control de animales. ¿Vale?

Julia tragó saliva. Se le empezaba a cansar la mano.

—Vale —respondió sin apenas mover los labios.

Jessica avanzó dos pasos. El animal pegó su cuerpo al suelo y se movió con rapidez cortando el camino de la mujer. Jessica oyó unos pequeños golpes y se paró en seco. La caja volvía a temblar en unas convulsiones que le recordaron a su padre presa de un ataque. La caja se quedó quieta el tiempo suficiente para que ambas mujeres se preguntaran si se lo habían imaginado y después salió despedida hacia un lado dejando al descubierto otras dos cobras, ambas negras, a diferencia de la primera.

Desde el techo de la pequeña sala habló una voz cavernosa y de tintes esotéricos pronunciando palabras ininteligibles. Una sombra oscureció la habitación. Julia recordó otra sombra reflejada en un bol de cocina. Temblando, se puso en pie olvidándose de las cobras, los animales no la atacaron, solo vigilaban. Las mujeres escrutaron el techo en busca del origen de la voz, de la cual emanaba una maldad mayor que la de los ofidios. Ella era el verdadero peligro.

—Tenemos que irnos —susurró la señora Goodrich. El aliento se heló en el aire, entonces fue consciente del frío que la atravesaba más allá de la piel hasta congelarle el alma. Era un frío tan pesado y siniestro como el corazón de un diablo.

—No entiendo...

Jessica cogió a Julia de la mano y acalló sus preguntas.

—Niña, eso ahora no importa. Tenemos que irnos.

*Si aún podemos.*

Se volvieron hacia la puerta siempre vigiladas por unos oscuros ojos sin párpados.

Clac, clac, clac, la caja comenzó a temblar de nuevo en el lugar donde había caído. Jessica miró de reojo, una cabeza asomaba de la caja, esta vez negra y marrón. La serpiente reptó y ocupó su lugar en lo que Julia pudo ver que era un círculo que las rodeaba. Habían dudado al principio y ahora estaban cercadas por asesinos mortales.

—No entiendo nada —repitió.

Jessica apretó su mano. No había nada que entender. Si eso no era cosa del diablo lo sería de alguno de sus esbirros.

La caja empezó a agitarse nuevamente, aunque con más fuerza. Los botes que daba la elevaban medio metro de suelo. Las mujeres observaban el espectáculo tan hipnotizadas por los rítmicos y violentos movimientos de la caja como las serpientes ante la música de una flauta hindú.

La caja se quedó quieta y la voz cesó. El calor que quedaba en el ambiente se evaporó. Los labios de las mujeres empezaron a tomar un color violáceo, al igual que las uñas de sus manos, y sus yemas perdían sensibilidad. La parte racional de Julia le decía que si no las mataba una mordedura lo haría la hipotermia.

Jessica, temeraria, puso la mano en el pomo de la puerta. Dos de las cobras castigaron su audacia abalanzándose sobre ella. Los cuatro colmillos se clavaron en su pierna derecha. La mujer chilló ante el dolor ardiente que la golpeó como un gancho de boxeo inesperado. Una de la cobras retiró los colmillos de su presa solo para volver a clavarlos en la mano de la mujer.

Julia vio el bolso de la señora Goodrich en el suelo, grande y pesado. Lo levantó y lo sacudió frente a las serpientes, que permanecieron en su sitio. Sabían que eso no era su presa. Jessica cayó al suelo, se llevó una mano al pecho.

—No puedo respirar.

La caja volvió a temblar en una danza enfebrecida. Jessica luchó por mantener los ojos abiertos, cada respiración era un esfuerzo profundo.

La tapa se abrió y una silueta grotescamente gigante comenzó a surgir. Lo que se escondía en su interior era la cobra más grande que hubieran visto, un engendro sobrenatural. ¿De dónde provenía? ¿Acaso era la caja de un mago? El animal (no, no era un animal) salió con suavidad de la caja arrastrando los metros de su grueso cuerpo, enroscándose sobre sí mismo. Se

elevó y observó a las mujeres con la fiereza del cazador abnegado. Sus escamas, rozando contra el suelo, producían un siseo amortiguado. Tenía rayas negras a lo largo de todo su cuerpo y sus ojos parecían rubíes formados en el mismo infierno. Se alzó deslizándose hacia ellas. El capuchón de su cabeza abierto era tan amenazante como sus ojos.

Julia le lanzó el bolso, pero cayó lejos de su objetivo. La serpiente no cesó en su avance. Julia sujetaba a la señora Goodrich, que había empezado a tener espasmos. En cuanto la vieja mujer vio a la gran cobra rayada supo que no saldría viva de allí. Ni Julia tampoco.

La serpiente refulgía de fuerza oscura y de su boca salió la lengua bífida emitiendo siseos con cadencia. Les estaba hablando.

—Reza tus oraciones, querida, estamos oyendo el habla de los demonios.

La gran cobra dirigió hacia la vieja mujer su vista, y en un movimiento que solo Julia pudo captar en su visión a cámara lenta, se abalanzó sobre ella.

Julia chilló.

## 4

Los cuatro amigos entraron en la tienda del señor Grey después de una larga discusión con Andrea, que no se sentía cómoda en un lugar donde cualquier movimiento podía desencadenar un accidente demasiado caro y que se negaba a bajar del coche.

—Eso nos sucede a todos —le había asegurado Sam—. Mi madre estuvo aquí el mes pasado y tiró una figura o una lámpara, o cualquiera de las innumerables cosas que hay. Cosas que pasan. Como tú dijiste, los que vemos también tenemos accidentes.

Andrea había entrecerrado sus ojos y después había estallado en una sonora carcajada. Sara se había quedado perpleja ante la confianza que había demostrado Sam. Samantha Cooper había sido incorporada a su particular humor.

El señor Grey no estaba a la vista. Paul fue hasta el mostrador y le llamó alzando su voz de barítono bastante por encima de lo que le permitía normalmente su timidez. El viejo apareció retirando con su arrugada mano la cortina descolorida, pero impecablemente limpia, tras el mostrador.

Había cuatro jóvenes en su tienda, echó una rápida mirada en busca de sus familiares adultos. Los adolescentes no solían ser su perfil de cliente. Eran las muchachas extranjeras acompañadas de los chicos de la señora Cooper, la que había roto una de sus figuras de cristal Swaroski. Intentado ocultar el recelo hacia los Cooper (y esperando que no fueran tan torpes como su madre) les invitó a acercarse a su mostrador.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Hola, señor Grey —saludó Paul—. La verdad es que no veníamos pensando en comprar nada.

—Eso me temía —la voz del viejo sonó más risueña que decepcionada.

—Queríamos hacerle una pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre un objeto antiguo.

—¿Queréis que os lo tase?

—No...

—¡Sí! —exclamó Andrea interrumpiendo a su amigo. El señor Grey miró a la chica y luego pasó la vista por los jóvenes con aire suspicaz, escuchando la excusa que inventaría Andrea. Era un perro muy viejo como para no saber distinguir una excusa cuando se la daban—. No sabemos si puede ser antiguo o no. Si nos pudiera decir algo sobre él, se lo agradeceríamos. Enséñale las fotos, Sara.

—¿Fotos? Por unas simples fotos no os podré ayudar. Necesito ver el material, tocarlo y buscar marcas específicas.

Sara revolvió en su pequeño bolso bandolera y sacó el móvil ignorando las palabras del señor Grey. Entró en la galería fotográfica y le enseñó el teléfono al dueño de la tienda, que arqueó las cejas.

—Si pasa con el dedo las fotos, hay más.

Al hacerlo, su gesto receloso se acentuó. Se quitó las gafas de la nariz y se llevó la patilla a la boca para mordisquearla.

—Puedo deciros varias cosas de esta caja. Para empezar que no es vuestra. Esta caja era del señor Goldfinch. La tenía en su casa, la vi un par de veces. Hasta se la quise comprar, pero no accedió.

—¿Se refiere al anterior dueño de la casa? —preguntó Paul.

—Sí, claro. ¿A cuántos señores con ese apellido conoces tú?

—Creía que el señor Goldfinch no dejaba a nadie entrar en su casa.

El señor Grey volvió a ponerse las gafas en el rostro.

—No le gustaba que entrara nadie, eso es cierto. Era muy reservado.

Pero yo le acompañé alguna vez en su británica costumbre del té. Y la vi.

—¿Puede decirnos algo más de ella?

—Poca cosa. Solo lo que él me comentó. Le dije que parecía muy antigua. —Durante un ínfimo periodo de tiempo, demasiado corto como para que pudiera medirse con un reloj, sopesó engañar a los crédulos jóvenes que tenía frente a él, pero jamás había engañado a un cliente, y aunque en sentido estricto ellos no lo eran, no iba a empezar a su edad con las mentiras—. Y sí, él me aseguró que lo era. Había sido un regalo de jubilación del museo donde había trabajado. Me dijo que era un objeto del Antiguo Imperio Egipcio. De la dinastía decimoctava, si no recuerdo mal. Me temo que no puedo decirnos nada más.

—El Museo de Historia Antigua de Londres. Trabajó allí, ¿verdad? —dijo Sara.

—Sí, así es.

Sara le cogió el móvil y pellizcó la imagen con sus dedos. Se lo devolvió con una parte de la imagen ampliada.

—¿Y sobre estos símbolos sabe algo?

El señor Grey, sin retirar el gesto suspicaz de la cara, hizo lo que le pedía. Negó con la cabeza.

—Lo siento, soy un vendedor de antigüedades, no un experto en egiptología. Creo que para eso tenderéis que recurrir a alguien más especializado que yo.

Los jóvenes se despidieron dándole las gracias. El señor Grey no dejó pasar la oportunidad. Antes de que salieran por la puerta les pidió una cosa.

—Si estuvieran interesados en vender la caja, por favor, acudan a mí en primer lugar, estaría dispuesto a hacer una oferta justa y generosa.

Sara le prometió que lo harían. De hecho, en cuanto el señor Grey lo dijo le pareció la mejor idea que se podía tener respecto a esa caja, si no fuera porque sería algo muy vil.

## 5

Paul aparcó el coche nuevo frente a la entrada de su casa satisfecho de su perfecta conducción durante el corto trayecto. Su hermana no había

encontrado la más mínima oportunidad de burlarse de él, y sabía que dejarle en evidencia era uno de sus pasatiempos favoritos. Para ser justos, él también lo hacía de vez en cuando con ella, solo que no era tan bueno en ese juego y Sam le llevaba una considerable ventaja.

Maggie apareció corriendo y picó al cristal de las ventanillas con la cara desencajada.

—¡Salid del coche! —les apremió.

—Maggie, ¿pasa algo? —le preguntó Sara asustada.

—Acaba de oírse un grito en vuestra casa.

Tras dos profundas inspiraciones, seguida por los cuatro muchachos y resuelta como un comandante de escuadrón romano, se dirigió a grandes zancadas hacia la casa de sus vecinos, la casa de un azul desvaído y vallita blanca deslucida. La casa que había estado vacía durante tantos años.

Los chicos le lanzaban una pregunta tras otra, pero Maggie no les escuchaba. En sus oídos solo se repetía, como un eco que se negaba a apagarse, el grito que acababa de oír. Aunque había sido la voz de Julia, era el mismo que había dado Gina la noche en que George había muerto. Era como si el grito de aquella mujer se hubiera quedado rebotando contra las paredes hasta encontrar una garganta en la que entrar para volver a ser pronunciado.

La señora Cooper empujó la puerta.

—¡Está cerrada! —exclamó entre sorprendida y ofendida.

Paul llamó al timbre tres veces seguidas. Sara y Andrea se cogieron de la mano temiendo lo que podría haber al otro lado. Maggie les pidió las llaves. Sara las rebuscó en su pequeño bolso, las sacó y se quedó contemplando la puerta que se perfilaba como la entrada a un lugar tenebroso. Maggie le quitó las llaves de las manos y abrió.

Tras la puerta les esperaba un viento gélido que los detuvo en el umbral. Los cuatro jóvenes se pararon en seco cargados de un conocimiento oscuro. Maggie retrocedió un paso.

—¡Julia! ¿Estás bien? He oído un grito. ¿Julia?

—Mamá...

—¿Mamá? ¿Estás en casa? Papá...

Al otro lado de la calle sonó un aullido de dolor intenso, un perro hablando un idioma extraño. Sam y Paul reconocieron a Halo aunque no a los otros cuatro o cinco perros que se le unieron.

Andrea notó cómo el aroma arenoso, ahora más cálido y aromático, casi



como el del incienso, se desplegaba a su alrededor. Con su bastón moviéndose de forma frenética y agitada, fue hasta la parte izquierda de la escalera, al despacho de su madre. Un grito detrás de ella le cortó la respiración.

—¡Dios Santo! —exclamó Maggie.

El silencio se hizo a su alrededor y solo perduró el aroma. Sara la empujó a un lado llamando a su madre. Una impotencia abrasadora inundó a Andrea, que maldijo por primera vez en su vida sus ojos ciegos.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

La respuesta de la señora Cooper fue un nombre.

—Jessica...

Andrea chilló impotente el nombre de su hermana pidiéndole ayuda. Sara no le contestaba. ¿Qué sucedía? Sam se acercó a ella y empezó a decirle algo sobre su madre pero un grito desmedido la interrumpió. Era Sara. Su voz procedía de abajo, del suelo. Perdiendo el dominio de sí misma, Andrea se puso de rodillas y gateo en dirección al grito. Tropezó con las piernas de Sara y buscó sus hombros. Sara apretó su mano y le susurró:

—No te muevas.

Andrea estaba a punto de perder el control. No veía, no sabía qué estaba pasando. Nadie se daba cuenta de su sufrimiento. ¿Qué le sucedía a su madre? Retiró la mano con brusquedad.

—¡Me volveré loca como no me digáis qué pasa!

Una mano fuerte y firme se posó en su hombro. Sam le habló con una calma fingida.

—Hay una serpiente delante de vosotras. No te puedes mover, está a solo dos pasos. No te muevas Andrea.

—¿Y mi madre?

Sam buscó ayuda en Sara pero la chica tenía cogida la cabeza de su madre sobre sus piernas, acunándola en silencio.

—Tu madre y Jessica Goodrich están en el suelo, inconscientes.

Andrea se puso en pie apartando a un lado las manos de Sam y empezó a dar bastonazos al frente, furiosa y desenfrenada como un animal rabioso. En dos ocasiones estuvo a punto de alcanzar a la serpiente, que siseó con fuerza. Sara, asombrada, protegió el cuerpo inconsciente de su madre con el suyo ante la posibilidad de un nuevo mordisco. Maggie cogió a Andrea y la empujó contra la pared.

—¿Qué haces? ¡Vas a enfurecerla!

Pero Andrea continuó agitando su bastón en todas direcciones. Maggie se lo arrancó de la mano. Paul y Sam le gritaron que se calmara. Sara interrumpió su pelea con un grito.

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido la serpiente?

Maggie, Paul y Sam miraron al lugar donde, sólo unos instantes antes, estaba la cobra. Había desaparecido. Ocho ojos ansiosos la buscaron barriendo la estancia con la necesidad que da el miedo.

—¡No la veo!

—¡Ni yo!

Las preguntas sobre el paradero del animal y las respuestas negativas se sucedían unas tras otras, pero a Andrea no le sorprendieron. No era un animal lo que buscaban y el olor había desaparecido. Se había ido.

Por el momento.

## 9. El cementerio

### 1

La doctora Evans reconoció el acento extranjero en la recepción de urgencias. Su joven paciente, Sara Montoya, estaba gritando con su hermana cogida del brazo, la muchacha ciega. Las acompañaban otros dos jóvenes y una mujer de mediana edad regordeta que hablaba con una voz chillona. Sara exigía ver a su madre con una fuerza que dejaba claro que sus pulmones se habían restablecido sin la menor secuela.

—¿Sara? ¿Puedo ayudarte?

El alivio de Sara fue evidente al reconocerla.

—¡Doctora! —Ella no recordaba su nombre—. Mi madre, se la han llevado, la... la... ha mordido una serpiente. En realidad no lo sabemos, y... y... ¡No sé!

Hablaba nerviosa, rozando la histeria, si no bajaba el nivel de ansiedad tendría una crisis. Mary Evans le puso los brazos sobre los hombros y le habló con calma.

—Escucha, toma aire, cuenta hasta tres, y luego expúlsalo. —La doctora atajó con voz grave la negativa que se formaba en el rostro de Sara—. Hazlo y luego seguimos hablando de tu madre.

La joven inspiró ruidosamente. De un vistazo Mary analizó la situación alrededor. Los dos jóvenes que no conocía estaban asustados pero calmados, la mujer bajita la miraba con agitación y ojos llorosos sopesando cómo abordarla. La hermana de Sara lloraba en silencio y contenía su frustración cerrando los puños pero mantenía el control. Se dirigió a la señora de mediana edad y cara rolliza.

—Explíqueme qué ha pasado y qué hacen aquí. —Sara balbuceó—. No te he preguntado a ti. Tú continúa respirando o tendré que traerte una bolsa para sofocar el ataque de pánico que vas a tener.

Maggie hipó un par de veces.

—Una serpiente ha mordido a su madre, o eso creemos, acaba de traerla

la ambulancia. Queremos saber qué le pasa. También han traído a... una amiga, pero... ha muerto. Tenemos que saber qué ocurre, por favor.

—Está bien, esperad aquí. —Se giró hacia el mostrador de urgencias y pidió la información al enfermero que había detrás, un tal Jerry. El hombre calvo le informó de que a la señora Montoya la habían llevado a la sala 4. Mary no necesitaba nada más. Con su coleta agitándose a un lado y a otro, desapareció tras unas puertas batientes.

Maggie vio a la doctora alejarse y se quedó sola con cuatro adolescentes asustados. Dos de ellos unas niñas extranjeras que podían perder a su madre en cualquier momento. Maggie nunca había dejado que las circunstancias la superaran, ni cuando Paul había estado al borde de la muerte por culpa del borracho de Ted Wakings, ni cuando su marido había perdido el trabajo al poco de casarse, nunca desde que tenía doce años y había descubierto a su madre muerta de un infarto en la cocina.

Sin poder contenerse más, dejó que las lágrimas brotaran lentamente, como si le pidieran permiso para salir, iba a echar de menos a la singular Jessica. No fueron demasiadas lágrimas y cuando habló su voz no tembló. El momento de lamentarse se había acabado.

—Dadme un móvil, hay que avisar a vuestro padre.

La señora Cooper no consiguió contactar con Daniel hasta más de una hora después. Tenía una reunión y su móvil personal estaba apagado. Daniel, conduciendo al doble de la velocidad permitida, llegó cuando la doctora Evans salía acompañada de otro médico que rondaría los sesenta, si no los había pasado ya. Sus hijas estaban sentadas con los Cooper en una esquina. Maggie rellenaba un formulario de admisión.

—¿Qué pasa? —les preguntó con ansiedad. Maggie se había negado a explicarle nada por teléfono. Sara se levantó y se abalanzó sobre él. Daniel la sujetó y se acercó hasta Andrea.

—¿Señor Montoya? —le preguntó el hombre mayor.

—Sí.

—Su esposa ha sido mordida por una serpiente, una cobra según nos han informado sus hijas. Le hemos puesto el antídoto pero parece haber recibido una dosis bastante alta. También presenta incisiones y golpes, aunque de pequeña entidad. En estos momentos está en coma. No podemos hacer mucho más.

Sara gimió y su padre resbaló sobre una de las sillas, la misma de la que se había levantado su hija. Lo que acababan de decirle no tenía sentido para

él.

—¿Una cobra ha dicho?

—Eso nos han asegurado sus hijas.

Daniel interrogó a Sara con la mirada. Su hija, con los ojos rojos y rebosantes de lágrimas, le contestó en español olvidándose del resto de la sala.

—Entramos en casa, mamá estaba en el suelo junto a la mujer que había venido por el retrato —se interrumpió y comenzó a balbucear y a empezar palabras que no acaban en nada coherente. Andrea continuó por ella.

—Había una cobra, seguro, tenía ese capuchón enorme en la cabeza, yo no lo vi, claro... Ellos —señaló a donde había oído hablar a los Cooper— lo vieron, estaban con nosotras.

—Pero eso no tiene sentido, no hay cobras en Estados Unidos. ¡Joder! No hay cobras en todo el puto continente.

El doctor de profundas arrugas le contestó en un español perfecto pero con un marcado acento norteamericano.

—Verá, señor Montoya, en realidad casi podríamos decir que estamos plagados de cobras, boas constrictor y tarántulas africanas. Las hay en los zoológicos, en las tiendas de animales y en las casas de un millón de locos que se creen que esos bichos son mascotas. Todos los años tenemos algún susto con esos animales. Hace seis años trasladaban unas serpientes de punta a punta del estado, de un zoológico a otro, el camión tuvo un accidente y tuvimos que atender varias mordeduras. Desde entonces el hospital cuenta con los antídotos de las serpientes más populares entre los centros zoológicos y entre los aficionados a este tipo de animales.

Daniel se pasó las manos por la cara, se revolvió el pelo y se levantó buscando libertad de movimientos. Dio varios pasos alrededor de sí mismo, como una peonza que no encuentra su camino.

—¿Dice que está en coma? —se dirigió al hombre en español olvidándose de la doctora Evans.

—Me temo que así es. Si quieren, pueden pasar a verla cuando la bajen de la sala de resonancias. También tenía rota una clavícula.

—¿Pero se recuperará?

—Eso no lo sabemos. Su mujer estuvo sin respiración más de cinco minutos por un fallo cardiaco durante el trayecto en ambulancia, posiblemente debido al veneno, y se han producido daños cerebrales. Es posible que se recupere, es una mujer joven, fuerte y con varios motivos por

los que vivir —dijo señalando con la barbilla a sus hijas—, pero aunque así fuera, no creo que vuelva a ser... exactamente la misma. Espero que comprenda lo que quiero decir.

Sara chilló y se puso a llorar. Los Cooper no entendían la conversación que se estaba desarrollando delante de ellos, pero las cabezas de los Montoya se agacharon a la vez y se taparon la boca: no estaban recibiendo buenas noticias.

El doctor puso una mano en el hombro de Daniel.

—Estaremos pendientes de ella y haremos todo lo que podamos, se lo aseguro —le apretó el hombro y se marchó.

Sara gemía con la cabeza apoyada en la pared. Mary rebuscó en sus bolsillos y puso en las palmas de Sara una píldora blanca y amarilla.

—Tómate esto, ¿me has oído? —Sara miró la medicina tan extrañada como si le hubiera puesto un ratón rosa en la mano—. No es un consejo, te lo estoy ordenando como médico. —Sara no se movió más que para coger fuerzas y seguir llorando.

La doctora Evans miró a su hermana. También lloraba pero estaba mucho más entera. Después de tantos años sabía quién podía aguantar una situación y quién no.

—Señor Montoya —le dijo a Daniel—, le prometo que cuidaré de su mujer, pero Sara no está bien. Haga que se tome la pastilla o me temo que vamos a tener que ingresarla. —Daniel cerró los ojos, por los que se escapó un pequeño torrente de agua salada, y afirmó con la cabeza. Mary Evans no se conformó con esa respuesta, quería oír la voz del hombre—. ¿Me ha oído señor Montoya? —Daniel abrió los ojos y asintió con firmeza—. Repítamelo, señor Montoya.

—Sara se tomará la pastilla.

Así estaba mejor.

## 2

La señora Hanna Hardway, Goodrich de soltera, depositó un puñado de tierra sobre el ataúd de su hermana. Ese fue su último adiós. Habría deseado quedarse en el cementerio hasta que hubieran cubierto totalmente la tumba,

pero tras dejar caer el puñado en la tapa de madera y escuchar el raspeo de las palas hendiendo la tierra, las rodillas le cedieron y estuvo a punto de caer sobre el ataúd.

Dos hombres la llevaron hasta su coche, el señor Grey y el señor Freeman, aunque ella no lo recordaría. Tampoco recordaría las palabras que repetía sin parar: «No es justo». A su alrededor todos creyeron que estaba recriminado a Dios haber permitido la muerte de su hermana. No se refería a eso. Lo que le parecía injusto a Hanna era que en uno de los días más tristes de su vida el sol luciera en el cielo como si no sucediera nada. Cuando había muerto su marido llovía a mares, cuando habían muerto sus padres nevaba, cuando había enterrado a su sobrino hacía frío y el cielo había estado más oscuro que la noche del juicio final. Sin embargo, esa tarde estaba siendo calurosa y se oía trinar a los pájaros, que incluso se atrevieron a revolotear cerca de la tumba abierta en busca de comida.

Tampoco recordaría haber tropezado con Sara. No recordaría nada de ese día. Sara y Andrea, en cambio, lo recordarían todo hasta el momento en que abandonaran este mundo. Ese fue el primer entierro al que acudieron en Maine. Después vendrían más.

Las hermanas Montoya habían acudido al funeral acompañando a los Cooper, Daniel se había quedado con su esposa en el hospital. Tres días después, Julia seguía en coma sin mostrar ningún síntoma de mejoría.

Antes de que Sara y Andrea se marcharan del cementerio junto con sus vecinos, el reverendo se acercó a ellas.

—Unas palabras preciosas, reverendo —le dijo Maggie Cooper.

Nathan le dio las gracias por su cortesía y después pidió que le dejaran hablar a solas con las dos jóvenes. Los Cooper se alejaron hasta el coche.

—¿Cómo está vuestra madre?

Sara bajó la cabeza y Andrea golpeó con su bastón en la hierba, machacándola como si debajo hubiera un bicho que tuviera que pulverizar hasta no dejar de él el menor rastro.

—No muy bien —contestó Sara sin alzar la vista.

Margaret Cooper había asegurado a Nathan que Sara había estado a punto de perder los nervios. Sin embargo, en esos momentos parecía tan fuerte como su hermana.

—No saben si saldrá del coma —añadió Andrea.

—Siento todo lo que estáis pasando, si puedo ayudaros...

—Se lo diremos, reverendo —terminó Sara.

Después se alejaron hacia el coche de los Cooper. Un coche nuevo y brillante que desentonaba en el cementerio tanto como el sol veraniego.

### 3

Tras el entierro, Paul y Sam acompañaron a Sara y Andrea hasta su casa. El señor Montoya había rogado a sus hijas que el resto de la tarde se quedaran en casa y durmieran allí. Daniel tenía suficiente con sus propias noches insomnes, encendiendo y apagando el móvil sin decidirse a llamar a Alicia. No sabía qué le enfurecería más: que esa arpía quisiera ver a su hermana o que se negara.

Paul y Sam estaban en el salón de los Montoya contemplando la caja, vieja, brillante, maldita. No parecía peligrosa. Solo una caja algo estropeada y con un cierre inservible.

Una caja vacía.

Nada más.

Y, sin embargo, de ella emanaba un secreto perdido. Había que estar atento porque era suave como el vuelo de una polilla, algo que más que impregnar el aire se infiltraba en él. Paul pasó la mano por delante con el mismo temor con el que la acercaría por una colmena de avispa africanas enfurecidas. De la pequeña rendija del cierre salía un aire frío y voluntarioso, el mismo que ponía la piel de gallina y erizaba los pelos de la nuca. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo.

—¿No deberíamos quemarla?

Sara tenía un gesto de repulsión en la cara que se acentuó al oír la propuesta de Paul.

—Me gustaría, juro que me gustaría, pero creo que si se quema el recipiente del ... de lo que sea que haya ahí, quedaría completamente libre.

Sam dio un respingo ante esa idea. Se le ocurrió que si hubiera estado liberado puede que ahora ella no tuviera un cabestrillo, sino dos metros de tierra encima, como la señora Goodrich.

—Entonces mejor pensamos otra cosa.

Sara se reclinó sobre el sofá. Se apretó el entrecejo notando un dolor de cabeza que subía de intensidad. Estaba agotada. Las lágrimas acudieron a sus



ojos. No quería llorar más. No podía tener tantas lágrimas en el cuerpo.

—¿Por qué estaba la caja en el despacho de mamá? No lo entiendo.

Andrea buscó la voz de su hermana y se dirigió a ella.

—Mamá la vio un día en tu habitación, me dijo que le gustaba. La cogería, supongo. Yo...

La impotencia, la frustración y la rabia embargaron a Andrea. Todas esas emociones se combinaban en un maremágnum de furia y tristeza que le partía el alma. Cogió el bastón y dejó escapar su rabia. Golpeó violentamente el lugar donde *sabía* que estaba la caja. No erró ninguno de los golpes que le asestó entre chillidos. Paul le arrancó el bastón de las manos.

—Andrea, para —le susurró su hermana—. Eso no sirve de nada.

Andrea apretó los ojos y volvió la cabeza. Además de rabiosa e impotente, se sentía traicionada. ¿Cómo había sido tan estúpida? Esa cosa había atacado a su hermana y a su amiga, ¿por qué, aun así, se había sentido unida a ella? ¿Por qué, con su madre en coma, todavía sentía lo mismo?

—He estado pensado y creo que ya sé lo que vamos a hacer —dijo Sara intentando tranquilizar a su hermana—. Vamos a ponernos en contacto con el Museo de Historia Antigua de Londres.

—No estamos seguros de que la caja venga de allí —le dijo Sam—. Dijisteis que estaba en una caja de embalaje, podía ser casualidad.

—Imposible —dijo Paul—. ¿Una caja que pone que viene de Egipto que contiene otra con jeroglíficos? Además, el señor Goldfinch trabajó en ese museo en Londres.

—Aun así, esa caja podría ser un regalo de su hermano de Japón y que guardó allí porque sí.

—Si fuera así, estamos jodidos. Pero no lo creo —respondió Sara. Miró a su hermana con profundidad—. ¿Y tú Andrea?

Andrea paladeó el tono de su hermana, inquisitivo, firme. Le estaba diciendo que creía en sus sentimientos, en sus presentimientos. Le estaba diciendo que creía en ella.

—Dudo que sea casualidad.

Sara afirmó con la cabeza. Esperaba esa respuesta.

—He buscado información. El director del área de Egiptología actualmente es Matthew Carrash. Le voy a llamar y le contaré lo que tenemos después de mandarle un correo electrónico. Si la caja es auténtica, si es una antigüedad egipcia como creo, me cogerá el teléfono en seguida.

—¿Por qué vas a hacer eso? ¿En qué nos van a ayudar los del museo? —

le preguntó Sam.

—Quizá sepan algo, cualquier cosa que nos dé una pista sobre su origen. Y en el peor de los casos, si no pueden aportar nada y si procede de ese museo, deberían encargarse de ella, después de todo son sus legítimos dueños, ¿verdad? Lo siento, pero no se me ocurren más opciones.

Las últimas palabras de Sara resonaron en la cabeza de Sam. Sus dueños.

—Creo que hay algo más que podemos hacer. Tal vez el museo sea su legítimo dueño, pero no fue el único. Ya sé a dónde vamos a ir mañana.

## 4

Halo, sentado con la lengua fuera, estaba detrás de la cancela de su casa. El sol le daba en su negra cabeza aumentando su temperatura, pero no quería refugiarse en su caseta, estaba esperando a sus compañeros de dos patas.

Su compañera mayor, la que tenía una extraña obsesión con que no se subiera al sofá, le acababa de cambiar el agua del bebedero y con una sonrisa le había salpicado el hocico. Eso le había desagradado, las gotitas se le habían metido en los ojos. El bol del agua no estaba muy lejos, a siete pasos, pero sus sentidos estaban atentos a los sonidos y olores que venían de la casa de enfrente. Sus otros compañeros, los más jóvenes, los que parecían unos cachorros grandes, estaban hablando con dos hembras de su edad que había visto varias veces. Una de ellas no le gustaba demasiado, siempre sujetaba un palo.

Sus cachorros grandes estaban preocupados, los podía oír, reconocía esa inflexión de su habla. En momentos así, él les daba compañía y les lamía la cara mostrándoles que podían hablarle todo lo que quisieran. No entendía ni la mitad de lo que decían pero ellos se sentían mejor después de acariciarle durante un rato, y él también.

El chico le dirigió una mirada e hizo el ademán de ir con él pero la chica con el palo se lo impidió. Halo se puso en pie moviendo sus orejas caídas en un vano intento de erguir las, y después volvió a sentarse soltando un quejido lastimero. Ninguno le oyó. Lo acompañó de tres o cuatro quejidos más altos, pero siguieron sin girarse hacia él. Esos perros de dos patas tenían los sentidos muy atrofiados.

Un arbusto con flores rosas y olorosas, al que su dueña mayor insistía en que no se acercara (cómo si a él le gustara pincharse con las espinas puntiagudas de esa planta), se movió de forma muy sospechosa. Había algo detrás, algo que se ocultaba, algo que...

—Adiós, nos vemos mañana.

Esa era la voz de uno de sus compañeros. Volvían.

Halo se sentó de nuevo detrás de la cancela y se olvidó del arbusto, metió el hocico entre las barras y lo dejó caer poniendo su mejor cara de: «Acaríciame y llévame contigo».

Paul y Sam hablaban en susurros. La chica le vio con el morro entre los barrotes y le llamó por su nombre.

—Halo, ¿tienes calor?

Se entusiasmó ante el habla risueña de la muchacha y brincó un par de veces mientras giraba sobre sí mismo. Sus patitas se levantaron del suelo y pequeños gemidos salieron de su boca cerrada.

El arbusto se volvió a mover y su mente, más rápida de lo que los humanos creían, terminó el pensamiento inacabado que había comenzado a formarse unos segundos antes. Algo que...

... acechaba.

El cambio en su postura fue súbito. Su cabeza se agachó con el hocico apuntando al arbusto, retrajo su labio superior dejando al descubierto sus pequeños y blancos colmillos, su lomo se tensó y el pelo se le erizó. Cambió sus gimoteos por gruñidos roncros y graves. Paul y Sam notaron su cambio de actitud y se dieron prisa en recorrer los metros que les separaban de su casa, de Halo.

—¡Halo! —chilló Sam mientras se acercaban corriendo.

Halo no la escuchó, saltó sobre el arbusto. Un animal serpentino se escondía detrás. Era peligroso, el instinto se lo decía. No podía estar ahí, tenía que ahuyentarlo, mejor aún, tenía que acabar con él.

El animal con una enorme cabeza de un color que resaltaba frente a las flores y las hojas verdes, se balanceó de un lado a otro e intentó morderle. Halo lo esquivó y se movió rápidamente a la izquierda abalanzándose sobre la cola, se la mordió con fuerza y después la soltó para atrapar la cabeza entre sus dientes. Falló por muy poco y saboreó sangre. La maldad le llenó la boca con el mismo aire siniestro que le había vuelto loco unos días atrás cuando sus compañeros habían acudido a la casa de en frente. Tenía que matarlo, tenía que defender a su familia.

La serpiente se revolvió y le mordió en el cuello. Los agudos colmillos de la cobra penetraron su carne. Dolieron más que aquella vez en que siendo cachorro se había metido entre los arbustos de espinas, pero no tanto como cuando había jugado usando como pelota al animal redondo que había encontrado en el jardín. Esos colmillos pequeños y ponzoñosos no le iban a arredrar.

Sin embargo, su hocico cedió sin su permiso y sus músculos se relajaron sin que él pudiera evitarlo. Un escozor recorrió sus arterias hasta el corazón, que estalló en un intenso dolor. Cayó en el suelo. Sus patas se estremecieron.

Paul y Sam vieron la cobra que dejaba a Halo y se abalanzaba hacia ellos. Paul cogió de la mano a Sam y corrió hacia la casa de los Montoya. Tenían que contactar con el museo ya, y si no, tirar la caja al fondo del mar.

## 5

Rita miraba a los chicos desde detrás de sus gruesos cristales con una minuciosidad que les hizo sentir incómodos. Escrutaba sus intenciones diciéndoles claramente: «No me fio de vosotros. ¿Por qué será?»

—Entonces dices que sois primos de Gina.

—Primos segundos.

Los ojillos curiosos y calculadores de Rita se volvieron hacia las otras dos chicas. Una de ellas llevaba un bastón para invidentes y sujetaba por el brazo a la otra. Ninguna había abierto la boca.

—¿Vosotras también sois primas... segundas?

—No, solo veníamos a saludarla y traerle una caja de bombones.

Rita observó la caja de bombones. Tras pensarlo unos segundos más decidió que no era ella quien debía prohibirles o no visitar a Gina, era asunto de Jen.

—Quinta planta a la derecha. Preguntad en el mostrador. La enfermera os dirá si podéis pasar.

Agradecidos, los cuatro chicos subieron en el ascensor. Jen estaba colgando el teléfono cuando la vieron tras el mostrador. Hablaba con la enfermera de recepción.

—Así que queréis ver a Gina. ¿Por qué no habéis venido nunca antes?

Paul tartamudeó pero Sam había pensado en una excusa por si desconfiaban de su repentino interés.

—Ha sido culpa de nuestros padres, nunca les ha gustado la idea. Ahora somos mayorcitos y nos gustaría visitar a nuestra prima. Solo verla unos minutos y dejarle los bombones.

Jen dudaba si dejar pasar a unos extraños que nunca habían visitado antes a Gina. La visita podía ayudarla en su mejoría, que cada día era mayor, o por el contrario hacer que se retrajera.

—Esperad ahí un momento —dijo señalándoles unas sillas al otro lado de la sala.

Intentando que no se reflejara el fastidio, los chicos se alejaron hasta donde la enfermera les había pedido. La vieron levantar el auricular, que había colgado unos segundos antes, y preguntar por el doctor Meyer. Después preguntó: «¿Cuándo podría hablar con él?». Colgó con un suspiro de decepción.

Con una señal de los dedos les pidió que se acercaran.

—¿Sabéis en qué estado se encuentra Gina? ¿Sabéis que apenas habla y que no reconoce a casi nadie? —Los cuatro movieron afirmativamente la cabeza—. Está bien. Pasad a verla. Pero no podéis decir nada que pueda alterarla. Los bombones se quedan. Y, perdona, pero el bastón también se queda. Puede resultar un elemento alterador para algunos pacientes. ¿Te importaría dejarlo aquí? Si no, me temo que no podrás pasar.

Andrea plegó el bastón y se lo tendió.

—En absoluto.

Jen lo guardó en el interior de su habitáculo junto con la pequeña caja de bombones que habían comprado en el kiosco de la esquina unos minutos antes de entrar. Sacó una carpeta de hojas y la colocó sobre la mesa. Era un listado de visitas.

—Necesito que firméis.

Paul cogió el bolígrafo y escribió su nombre. Jen guardó la carpeta.

—Acompañadme —les dijo con el mismo gesto lánguido con el que les había llamado—. Os llevaré hasta donde está Gina. No podéis alterarla, ¿de acuerdo? —les repitió.

Sara cogía fuertemente a su hermana, que caminaba sin titubeos. Entraron en la sala grande y luminosa donde Gina miraba apática por la ventana, generalmente sola, de vez en cuando acompañada por el párroco de Lonely Hill o por sus padres.

—Estos chicos han venido a verte. ¿Te gustaría que te hicieran compañía?

Gina no contestó y ni siquiera se volvió hacia ellos. Jen esperaba esa reacción.

—Podéis quedaros diez minutos. —Se volvió y se marchó para ocupar su puesto detrás del mostrador.

La sala estaba medio vacía. Aparte de Gina solo había otra mujer, nerviosa como un ratón en medio de una explanada, y dos hombres con un puzle. No había ninguna enfermera cuidando la sala.

Paul y Sam observaban a Gina con tristeza. No era cierto que fueran parientes, pero habían sido vecinos. Paul aún recordaba lo generosa que era en Halloween y Sam no olvidaba que había sido Gina quien les había regalado a Halo (las lágrimas escocieron en su garganta recordándolo), hijo de la última camada de Trixie, la perra de George. Aquella mujer no era la misma que estaba allí, una vieja de cabello blanco y ojos vacíos.

Paul interrogó con la mirada a Sara, que se encogió de hombros. Estar allí parecía una pérdida de tiempo.

—¿Qué sucede? —preguntó Andrea.

Sara acercó los labios a su oreja y le susurró tan bajo como pudo lo que pensaba.

—Esta mujer está ida del todo. No creo que nos pueda decir nada.

Sam se sentó frente a Gina y le habló con voz suave, la misma que ponen las madres cuando hablan con sus hijos dormidos.

—¿Cómo estás? Soy Samantha, Sam. ¿Te acuerdas de mí? La niña a la que le regalaste un cachorrito de Trixie. Lo llamé Halo. —Al pronunciar el nombre de su amigo, al que acababa de enterrar, se le quebró la voz. Apartó de su pensamiento a Halo. En esos momentos no podía pensar en él.

Gina ladeó la cabeza y soltó un ligero gruñido. Sam temió haber metido la pata. Tal vez no debería haber nombrado a la perra muerta. Aunque al menos parecía que escuchaba.

—Paul, mi hermano, también ha venido. Y dos amigas. Ahora viven donde vivías tú. —Gina comenzó un suave y continuo ronroneo.

Sam calló y dejó pasar un par de minutos. Una mano le tanteó la cabeza y después la clavícula hasta que le sujetó el hombro con firmeza. Era Andrea.

—Sigue, lo estás haciendo bien. Necesitamos su ayuda.

Sam buscó a Paul con la mirada y éste le dijo que sí con la cabeza.

—Gina, mi amiga tiene razón. Necesitamos tu ayuda. Hemos encontrado

una caja en tu desván y necesitamos saber si...

Gina se giró hacia Sam con la rapidez de una lechuza hambrienta. Sus ojos refulgían de dolor. Comenzó a gritar con unos alaridos tan agudos que amenazaban con hacer añicos el cristal de las ventanas. Sara abrazó a su hermana, que le preguntaba qué sucedía. Se contuvo para no pedirle que se callara. ¿Es que no oía lo que pasaba? ¿Cómo podía preguntar qué pasaba?

Gina empezó a golpearse la cabeza a sí misma con los puños. Cada golpe que se daba era más fuerte que el anterior. Sam se levantó bruscamente tirando la silla al suelo.

Jen entró acompañada de un enfermero.

—¿Qué le habéis hecho? ¿Qué le habéis dicho? —En su mano sujetaba una jeringuilla con un líquido traslúcido. El enfermero intentaba sujetar las manos de Gina que no cejaban en el intento de abrirse la cabeza—. ¿Qué le habéis dicho? ¡Contestad!

—Nada. —Sam quiso mentir pero temió que si no decían la verdad no pudieran ayudar a Gina. No tenían derecho a hacerle eso—. Solo le hablamos de su casa.

Jen la miró con furia.

—¿Su casa? ¿El lugar donde murió su marido?

—No se nos ocurrió...

—Fuera de aquí y no volváis —les gritó. Después, clavó la aguja en el brazo de Gina y apretó el embolo con dureza hasta que todo el contenido de la jeringuilla penetró en el organismo de la mujer. Dominic empezaba a gritar y la señora Geller se había alejado a una esquina, tenían que sacar a Gina de la sala cuanto antes. Los cuatro chicos seguían allí—. ¿No me habéis oído? ¡Marchaos!

Sam miró a los pacientes que empezaban a gemir. Paul la cogió de la mano y a Sara del codo y las guió hacia fuera. Corrieron hasta el ascensor, que en ese momento se abría dejando salir a dos mujeres con uniformes blancos. Ni siquiera los miraron.

—Vámonos o puede que nos empiecen a preguntar demasiado.

Las tres chicas obedecieron a Paul y se metieron en el ascensor sin protestar. Cinco pisos, veinte segundos en los que no se oyó más que su respiración en el cubículo de metal. Unas voces agitadas sonaban por los pasillos.

Sara tiró de su hermana en cuanto las puertas se abrieron. Pasaron corriendo frente a Rita, que charlaba con Sally, la enfermera que debía estar

en la sala de pacientes de larga duración vigilando a la tranquila Gina, al inestable Dominic o a la asustadiza señora Geller, pero una rueda pinchada la había retrasado.

Unos minutos después, tras alejarse unas cuantas calles en coche, con la respiración todavía agitada pero sintiéndose lejos del problema, Paul realizó una pregunta retórica que no esperaba respuesta.

—¿Qué diablos ha pasado allí?

Andrea maldijo en español.

—Que acabo de perder mi bastón.

## 6

Gina descansaba en su habitación con los ojos abiertos. A pesar de que le habían administrado un sedante muy potente, se había despertado intranquila. Al recobrar la conciencia la realidad estaba difusa, una tela a través de la cual miraba con ojos somnolientos. Recordaba a su marido, el salón... No, eso había ocurrido mucho tiempo atrás. Hoy no había sido cuando había entrado en el salón. El salón, la sangre... No, no debía dejarse llevar a esos recuerdos.

¿Qué había sucedido hoy? Unos chicos, una joven a la que casi no podía recordar y que vivía al otro lado de la calle cuando ella todavía era feliz, cuando no estaba loca, cuando no vivía entre paredes blancas. Cuando tenía recuerdos hermosos. A veces se sentaba a mirar el jardín intentando recuperar esos recuerdos, los buscaba día tras día sin hallarlos, pero sabía que existían, solo tenía que intentarlo un poco más y los encontraría.

Un ruido leve la asustó. Algo la había despertado. Como en el pasado. Y luego había sido cuando... No, no podía recordar, eso no lo debía recordar.

Un viento frío se coló por la puerta, le acarició la nuca y desapareció. Era una brisa que no la había saludado en muchos años.

Ya no estaba. Pero ¿volvería?

No debía pensar en eso. Lo mejor era dormirse. Si estaba dormida, inmóvil, no había peligro. Así había sido hasta ahora. Así podía seguir siendo. Se quedaría quieta intentando recuperar esos recuerdos felices que la esperaban en alguna parte.



Andrea palpó el borde de la bañera con la mano, levantó la pierna y se metió dentro cerrando con cuidado la cortina, de color desconocido, tras ella. Esperaba que sus padres no tardaran en poner una ducha y quitar la bañera. Le resultaba muy incómoda aunque no se lo había dicho.

Con tiento colocó el grifo monomando en la posición que le daba al agua la temperatura que le gustaba: lo llevó exactamente a la mitad y después lo movió otro cuarto más. Le gustaba el agua muy caliente incluso en verano, el vapor de la ducha era irrenunciable para ella. Alejó la alcachofa de sí para evitar el primer chorro frío y después, tras un único intento fallido, la encajó en el soporte encima de su cabeza. Notó el vapor formándose a su alrededor. Lo sentía envolverla como una gasa. Y lo olía. Olía a cloro y a sal, no a sal marina, sino a algún tipo de mineral. Dejó que el pensamiento vagara hasta su madre, hasta su niñez en León cuando la cogía en sus rodillas, cuando no se habían mudado.

Un cambio brusco la devolvió al presente. El vapor se evaporó. El agua caliente enrojeciendo su piel no bastaba para contrarrestar la temperatura que descendía en picado. La cortina se agitó y el olor, *su olor*, penetró por sus fosas nasales.

—¿Estás aquí?

Aunque cuando preguntó a la nada no esperaba respuesta, la hubo. Un aliento frío y pesado se posó en su oreja con la misma delicadeza que la caricia de un amante. Le habló. Andrea no entendió... pero casi.

El olor desapareció con la misma brusquedad con la que había llegado y volvió a sentir el agua caliente mojándola. La agitada respiración de su pecho acompañaba a su corazón desbocado. Cerró el grifo y con el cabello chorreando tanteó el borde la bañera, tropezó con ella y resbaló cayendo de rodillas sobre la alfombrilla de baño. Buscó su ropa que estaba posada sobre la tapa del retrete. Cogió con la punta de sus dedos la blusa y la soltó, buscaba sus bragas. Movié las manos hacia la derecha y tocó su ropa interior. Y metal. Retiró la mano como si se hubiera quemado. Conocía ese tacto tan bien como el de su propio cuerpo. Alargó la mano, temblorosa, y tocó el

objeto que descansaba sobre su ropa.  
Allí estaba su báculo.

## 8

Mary Evans cerró la puerta y soltó las llaves en el cenicero de mármol del aparador de la entrada. La noche había caído pero el bochorno persistía en la atmósfera. Sabiendo que serviría de poco, abrió las ventanas del salón. Kiki no protestó, igual que tampoco había protestado cuando había encendido la luz del salón. Esas semanas de calor lo dejaban atontado.

Abrió la nevera y sacó una pizza precocinada. Unos minutos al microondas y su cena estaría lista. Se acordó de cuando soltaba pestes contra la comida preparada. Ahora si no fuera por ella la mitad de las veces se quedaría sin comer. Mary se encogió de hombros. Las cosas cambiaban y había que saber adaptarse.

Mientras el microondas calentaba la pizza con su horrible zumbido de fondo, salió de la cocina para tapar con la sábana nocturna a su canario. Kiki estaría esperándola en una posición de ofendida arrogancia ante la interrupción de su sueño. Como siempre, ella le pediría perdón y lo taparía mientras él lanzaba agudos chillidos de amenaza a la tela que se cernía sobre él. Era un ritual entre los dos.

Desde la distancia buscó a Kiki en el palo que usaba para dormir, el naranja de la derecha, pero no estaba. Tampoco estaba en el otro, junto a los comederos. No podía ser. ¿Se había escapado?

—Kiki —llamó. Casi esperaba que el canario le contestara piando a modo de «Sí, aquí estoy». A veces ella le hablaba y él le contestaba.

Se acercó recelosa a la jaula. El canario estaba en el suelo, sobre los barrotes de metal, inerte. Mary ahogó un chillido. ¿Cómo iba a estar muerto? No era viejo y no había tenido ningún síntoma de enfermedad. Tenía que estar vivo.

—No seas tonta —se dijo a sí misma mientras abría la jaula y metía la mano para sacarlo—. Claro que está muerto.

Cogió al pajarillo, caliente y suave, entre sus manos, y se arrodilló en el suelo. La presión de un llanto le atenazó la garganta. El microondas pitó

señalando que su cena estaba lista. La pizza iría a la basura pero Kiki no. Jamás. Lo metería en una caja de zapatos (los de Prada, Kiki le había alegrado muchos días tristes, se merecía el mejor ataúd) y lo enterraría en el jardín de su padre, donde descansaban todos sus compañeros peludos desde que tenía uso de razón. Un perro, un gato, dos peces y un periquito.

Un quejido, tan sutil como el beso de la muerte, sonó a sus espaldas. Fue tan suave y débil que quizá no hubiera reparado en él si no hubiera venido acompañado de un frío terrible que recorrió su espina dorsal.

Miró de reojo y vio una cobra negra. Nunca había visto ninguna cobra fuera de los documentales pero su capuchón abierto no le dejaba lugar a dudas. Mary perdió las fuerzas y sus manos soltaron a Kiki, que cayó como el peso muerto que era. La serpiente no lo miró. Sacaba su lengua y balanceaba la cabeza hacia delante y hacia atrás como si bailara al son de una música que la mujer no podía oír.

Mary intentó acordarse de cómo aconsejaban actuar ante la amenaza de una serpiente. No moverse, no hacer movimientos bruscos. NO MOVERSE. ¿Habría actuado así la madre de Sara? ¿Sería la misma cobra que la atacó? Su corazón le decía que echara a correr pero su parte racional le decía que tenía que quedarse quieta, evitar que la serpiente pudiera sentirse amenazada. La cobra se desplazó, rodeándola: era el cazador y gozaba de esa prerrogativa.

Una voz habló. La misma que había pronunciado palabras ininteligibles en la morgue unas semanas atrás. La opresión de su estómago aumentó. Aquello no era un animal. Daba igual si se quedaba quieta o no. Aquello acabaría abalanzándose sobre ella. Tenía que escapar de esa habitación tan rápido como lo había hecho del depósito de cadáveres. Antes de que fuera demasiado tarde.

La cobra se deshizo en un segundo. No desapareció. Se desmontó, como si la hubieran compuesto miles de diminutas piezas de Lego. Se convirtió en una masa granulada, informe. Mary quiso gritar pero descubrió que no podía. Quiso ponerse en pie pero sus piernas de goma no se lo permitieron.

La masa en que se había convertido la serpiente cobraba vida, el aire de la habitación cobraba vida. Un vendaval frío levantó los gránulos de la masa transformándolos en un remolino que absorbía la luz y el oxígeno. La voz habló más fuerte, resonando por toda la casa sin que Mary consiguiera entender ni una sola palabra.

En algún lugar la joven doctora encontró la fuerza suficiente para correr hacia la puerta, dirigió la mano al picaporte sin pensar en las llaves que

descansaban en el cenicero. Las diminutas piezas del juego encajaron formando un tentáculo fuerte y grueso que cayó sobre su muñeca desgarrando hueso, músculos y tendones con la efectividad de una sierra eléctrica. Mary ni siquiera tuvo tiempo de sentir dolor, solo de sorprenderse ante el chorro de sangre que manaba de su muñeca como de una fuente infernal.

Otro tentáculo, flexible como un látigo, apresó su tórax abriendo su pecho en una brecha descarnada. Su aliento y su sangre líquida escaparon a través de él.

Nunca llegó a poner la mano en el picaporte. Ya era demasiado tarde para escapar.

## 9

Matt estaba soltando la retahíla de tacos más grande que recordaba en toda su vida. La pierna le quemaba bajo el té caliente que se filtraba a través de la tela de su pantalón. La técnica de levantarlo pellizcándolo no servía de mucho alivio. Cogió un pañuelo de papel e intentó secarlo sin resultado. Cogió el resto de pañuelos que quedaban en el paquete y limpió el té que se había derramado también sobre la mesa. Retiró el vaso de plástico blanco a un lado, estaba casi lleno pero ya no le apetecía dar un sorbo más.

Cuando pudo soltar la tela sin quemarse se sentó y abrió su cuenta de correo electrónico de trabajo. Aunque todos los meses recibía seis o siete correos de aficionados a la arqueología que creían tener entre sus manos un tesoro desconocido, una reliquia perdida y cosas por el estilo, esta vez uno era distinto.

Lo había enviado una mujer llamada Sara que creía haber encontrado un objeto que en algún momento había pertenecido al museo. Le adjuntaba fotografías. Cuando las abrió no le dijeron nada hasta que se fijó en una enfocando los símbolos labrados en oro. Recordó. Una flecha y unos círculos rojos sobre otras fotografías guardadas en una caja de cartón.

Las fotografías seguían en el mismo lugar donde las había dejado años atrás, cuando era un simple investigador, en el armario del fondo del despacho que en aquel entonces no era todavía el suyo. Se levantó y la tela de su pernera, ahora fría y húmeda, se pegó a su piel.

Abrió el armario, sacó la caja y revolvió su contenido. Allí estaban las fotografías junto con unos cuadernos de apuntes de letra indescifrable, separatas y un par de disquetes. Comparó las fotografías una por una con las tres que le había enviado esa tal Sara. Estaba asombrado. ¿Cómo era posible que esa mujer tuviera un objeto que uno de los mejores científicos del museo había investigado? Las posibilidades se agolpaban en su cerebro pero sin llegar a fraguar una explicación convincente. La tal Sara le aseguraba que le llamaría al número que figuraba en el listín telefónico del museo.

Durante los siguientes quince minutos Matt estuvo comparando las fotografías de modo casi obsesivo. Las cajas eran iguales. Solo fallaba un detalle. En la caja de las fotografías de Sara no aparecía el pasador, en ninguna de las imágenes.

El teléfono sonó. No había pensado qué le diría a la mujer cuando llamara. ¿Sería ella?

—Doctor Matthew Carrash.

Al otro lado del teléfono la voz, que sonaba muy joven, se presentó como Sara, la chica que le había mandado un correo electrónico. Matt le preguntó la edad y se sorprendió cuando oyó que no tenía más que diecisiete años. Se había imaginado a una cincuentona almidonada que creía tener algo emocionante entre las manos. Hablaron durante cerca de media hora. Matt intentó convencerla para que enviara la caja y poder examinarla. Pero la joven se negó con rotundidad, sin duda temería que se la quisieran robar. La gente era muy desconfiada.

Colgó intrigado e inquieto. La joven le había dicho que un hombre llamado Goldfinch había vivido en su casa. Creía que había trabajado en ese museo, ¿se lo podía confirmar? Sí, podía. Ella había continuado explicándole que su familia había encontrado la caja cuando se había mudado y que sin duda era un objeto muy especial, pero cuando le había preguntado a qué se refería, la joven se había negado a contestar preguntando insistentemente si alguna de las imágenes tenía algún tipo de significado. Él le había contestado que las fotografías carecían de nitidez suficiente. Era una verdad a medias, pues sus fotografías (más bien, las de Goldfinch) estaban perfectamente enfocadas.

Ahora tenía un dilema entre sus manos. ¿Hacer un viaje hasta la otra punta del mundo por una caja de la que lo único que conocía era el interés de Goldfinch por ella? Suponiendo que fuera la misma. Y si lo era surgían dos preguntas: ¿Por qué estaba en la casa particular de Goldfinch? ¿Por qué le

parecía tan especial como para haberle hecho un reportaje fotográfico?

Los disquetes de ordenador quizá tuvieran la respuesta. El problema residía en que en el museo solo había dos ordenadores que leyeran esos disquetes tan antiguos. Uno estaba en el segundo sótano, donde tenía que ver a Míster Mole, y no le hacía ninguna gracia: cada vez que ese hombre le miraba, el estómago se le encogía y no podía comer. El otro no le daba una perspectiva mejor ya que se encontraba en el despacho de Rosaleen Turner, la bruja que ansiaba su puesto. Los demás investigadores le habían perdonado su osadía de aceptar el nombramiento, pero ella lo odiaba aun más desde que era director del área de Egiptología. Cada vez que coincidían en las escaleras notaba la tensión del cuerpo femenino refrenando los instintos de empujarle.

Miró el reloj de pared que tenía en su despacho. Las doce. Hora del descanso. Tal vez si acudía ahora podría evitarla. No, pensándolo mejor, bajaría al sótano. Cerró la puerta de su despacho y convencido de que elegía el menor de dos males pulsó -2 en el ascensor. Se llevó una grata sorpresa al ver que su guardia de seguridad menos favorito no se hallaba en su puesto de trabajo. Estaría en la máquina de café.

El ordenador que buscaba estaba en la última sala del sótano. Era una reliquia que apenas se usaba pues todos los archivos en poder del museo que estaban en formatos desfasados se habían copiado a otros actuales. Pero los originales se guardaban siempre. Como precaución el museo mantenía varios ordenadores capaces de leer esos formatos, incluso tenía otros dos que podían leer los discos de cinco y un cuarto.

El fluorescente del techo tembló cuando lo encendió. En la sala no había más que ordenadores antiguos, impresoras, escáneres y faxes que ya no se usaban, dispersos por un par de mesas.

Cogió una de las dos únicas sillas de la sala, quitó el plástico protector que cubría el ordenador con disquetera de tres y medio, lo enchufó y esperó lo que le pareció una eternidad a que arrancara. Metió uno de los disquetes. Cuando terminó de examinarlo, introdujo el otro. Contenían varios documentos escritos y numerosas fotografías. La mayoría de los archivos era documentación muy exhaustiva acerca de la tumba de Tutankamón en el Valle de los Reyes. También había apuntes que hacían referencia a páginas en las libretas. Matt las sacó y fue completando la información. Esas libretas eran una especie de mezcla entre diario científico y personal. Leyó con atención durante dos horas. Las páginas manuscritas, como había temido, eran casi tan difíciles de descifrar como los propios jeroglíficos a los que en

muchas ocasiones aludían.

Cuando terminó de revisar toda la información se encontraba mareado, incrédulo y asustado.

Goldfinch estaba como una verdadera cabra. Era eso. No había otra explicación. Y encima el muy desgraciado había robado una pieza al museo con toda su jeta. ¡Y nadie la había echado en falta! ¡Goldfinch! No le extrañaba que hubiera tenido esa reputación. Excéntrico, raro, todos esos adjetivos se quedaban cortos.

Pero la chica que le había llamado...

*... verá señor, esta caja es muy especial...*

*... no señor, no se la puedo enviar, podría ser...*

*...contraproducente...*

*... puede venir usted a verla... si quiere...*

*... creo que sí, que puede ser realmente antigua...*

*...no soy una experta, pero tiene pinta de no ser una caja...*

*... normal...*

# 10. La caja repleta

## 1

El tiempo en el hospital había transformado a Daniel en un animal enjaulado que daba vueltas y vueltas en su habitáculo sin encontrar una salida. Una hora antes la enfermera le había ofrecido ansiolíticos por cuarta vez. Al principio los había rechazado, pero las noches de alucinógenas pesadillas habían socavado sus nervios y había acabado aceptando la medicación. Por el momento no estaba experimentando ningún cambio en su ánimo. Seguía intranquilo, desesperado, cansado y angustiado. Iban a tener que ofrecerle algo más fuerte que lo que contuviera la pastilla azul que se había tragado. ¡Azul! Le había resultado gracioso. Los farmacéuticos deberían saber que ese color era propiedad de una única pastilla.

La tarde anterior Julia había abierto los ojos varias veces, aunque no había hablado. La doctora Mary Evans le había explicado que, probablemente, se trataba de una semiconsciencia similar a las que se tienen durante las fases del sueño en las que uno se desvela pero aun así sigue soñando. No tenía por qué significar nada.

Los nervios de Daniel, finos hilos de cristal, se habían hecho añicos por la mañana cuando se había enterado de que Mary Evans había muerto. Sin poder contenerse se había puesto a llorar.

Se sentó, un poco atontado, en la cabecera de la cama de su esposa. Quizá la pastilla funcionaba después de todo. Se recordó unas horas antes llorando a grito pelado, no era una imagen que le resultara indiferente ni agradable. Daba gracias, a Dios por el hecho de que sus hijas no lo hubieran visto, y a los Cooper por haberse ofrecido a ocuparse de ellas. Tal y como había sospechado, la hermana de Julia se había negado a ir, no abiertamente, claro, pero había puesto tantas excusas que había acabado pidiéndole que cerrara su asqueroso pico. Alicia siempre había sido una zorra egoísta, eso lo sabía muy bien, pero abandonar a su hermana y a sus sobrinas... No se lo perdonaría jamás.



Daniel quería ir al entierro de Mary para mostrar sus respetos a una persona que había curado a su hija y que tanto se había preocupado por su mujer. Tendría que decírselo a sus hijas. No sabía cómo se lo tomarían. Suponía que ellas también querrían ir al entierro. Tenía que preguntar cómo había muerto Mary. Creía haber oído mencionar la palabra policía.

Su reloj pitó. Había puesto la alarma cada hora para intentar no perder el sentido del tiempo. En los días que Julia llevaba ingresada solo se había alejado de ella en dos ocasiones para darse una ducha. Su jefe se había acercado a visitarle, le había dado ánimos y le había asegurado que podía tomarse todo el tiempo que necesitara para estar con su esposa. Por supuesto, no era más que una frase hecha.

La puerta se abrió y por ella aparecieron Sara y Andrea. Ambas tenían una mirada brillante que él creyó debida a las esperanzas que les había infundido que su madre abriera los ojos aquel par de veces. Ignoraba que acababan de concertar una cita con el director del área de Egiptología del Museo de Historia Antigua de Londres. Finalmente, Matt, había accedido a ir a echar un vistazo a esa caja, por simple curiosidad.

## 2

Cuando dos días después Sara y Andrea le dijeron a su padre que se quedarían en casa, Daniel se alegró. Era por un sentimiento egoísta, no soportaba ver cómo ambas se angustiaban al lado de su madre sin que él pudiera hacer nada para aliviar su sufrimiento. Prometió avisarlas si había algún cambio.

Ahora las hermanas esperaban en su salón acompañadas por Paul y Sam. Cada ruido de motor que oían los ponía nerviosos como si fueran novios impacientes esperando a la novia que se retrasa.

Sara miró a Paul de reojo, agradecida. Él y su hermana estaban acompañándolas sin salir huyendo a pesar de que Sam tenía el hombro en una férula y Halo había muerto asesinado, no por una serpiente, sino por el ser de la caja. Se preguntaba si ella se habría comportado igual o si se habría escabullido como una cobarde. Le gustaba imaginarse como una heroína que siempre actuaba de la manera correcta, pero quizá estuviera equivocada. El

recuerdo de sí misma escondiendo la cabeza bajo las sábanas unas noches atrás acudió a su mente. Sacudió la cabeza violentamente tratando de borrar esa imagen de su memoria.

—Sois muy valientes por acompañarnos —Andrea lo dijo con voz suave, casi como si temiera descubrir ante Sara que le había leído el pensamiento.

—No se puede huir de esa cosa. Nos ha atacado fuera de casa, e incluso es posible que haya tenido algo que ver con la muerte de la doctora que te trató a ti —Sam señaló a Sara— y a vuestra madre. Es como una de esas maldiciones japonesas que se pegan como el chicle y de las que no se puede escapar.

Todos callaron. No temblaban, no huían, pero el miedo les rondaba y se escondía en sus estómagos y en su piel.

—Ojalá el hombre que esperamos pueda decirnos algo sobre *eso*. — Andrea señaló hacia arriba con la barbilla.

—Tendremos que avisarle de que la caja puede ser... peligrosa. Parece que cualquier persona que la toca acaba mal —dijo Sara.

Sam se encogió de hombros.

—Yo no la he tocado. Y esa doctora tampoco, ni siquiera la vio. Y vuestro padre ha dicho que la han asesinado, descuartizado, como al marido de Gina.

Sara apretó la tela de sus pantalones igual que solía hacer su hermana.

—Mary me salvó la vida, y también a nuestra madre. Ese ser considera que nadie puede trastocar sus planes. Y ya conoces la teoría de mi hermana respecto a tu accidente.

—Es un cabrón vengativo —Paul escupió las palabras.

Sara bajó la cabeza.

—¿Por qué se le ocurriría a mamá coger la maldita caja? ¿Por qué?

### 3

A Matt no le costó encontrar la dirección con el TomTom. Cuando se acercaba, unas millas atrás, había estado a punto de ignorar al aparatito de voz monótona y girar en dirección Castle Rock, por algún motivo ese nombre

le atraía, le llamaba. Afortunadamente había decidido seguir las instrucciones del anticuado señor TomTom y había llegado a su destino.

La casa, el número 212, era la última de la calle Sun River. Bajó del coche con una carpeta de cartón azul en la mano y siguió los pequeños adoquines amarillos como si buscara el camino a Oz. Antes de que pudiera llamar al timbre, una joven de ojos azules, brillantes como un lago en primavera, abrió la puerta.

—¿Es usted Matthew?

Él afirmó con la cabeza y ella le invitó a pasar. Tres jóvenes más le esperaban. Se sentó en el sofá al lado del chico, que le presentó a las tres chicas.

La que había hablado con él, Sara, le mostró más fotografías de la caja en cuestión y le preguntó qué le parecían. La situación empezó a incomodarle. Había pedido días libres en el trabajo para no tener que dar explicaciones al director, viajado en avión durante diez horas y hecho escala en Nueva York, una ciudad que odiaba (odiaba hasta su aeropuerto, especialmente su aeropuerto), alquilado un coche y conducido durante horas, todo pagado de su propio bolsillo, por no hablar del *jet lag* que arrastraba. Dejó la carpeta de cartón sobre la mesa del salón y preguntó impaciente:

—Perdonad, ¿dónde está la caja? Porque no he hecho todo este trayecto para ver más fotografías.

Notó aflorar la tensión.

—¿No puede decirnos nada más mirando esas imágenes? Por favor, es importante, mírelas bien —le pidió Andrea.

Matt cogió las fotografías y las revolvió de mala gana. Sara le señaló el cierre y las esquinas doradas.

—¿Significan algo estos símbolos?

El cierre y los símbolos dorados de los bordes significaban muchas cosas, según Goldfinch.

—Puede. Pero necesito ver la caja.

—Verá, como le dije es una caja especial. Nos gustaría que antes de mostrársela nos dijera más cosas sobre ella.

—Cabe la posibilidad de que pertenezca a la decimoctava dinastía de los reyes del Antiguo Egipto, pero solo lo sabré si la veo. Incluso así, no estaré seguro hasta que se le realicen algunas pruebas.

—Y si no fuera posible realizar esas pruebas o que usted la viera —siguió Paul—, ¿nos podría decir algo más aparte de la posible dinastía de

faraones a la que pertenece?

Matt hizo un gesto tajante con la mano en el aire. Esos chicos no iban a tomarle el pelo. Había llegado el momento de poner los puntos sobre las íes, como decía su madre.

—He venido aquí, desde mi despacho de Londres (que no está a la vuelta de la esquina), para revisar una caja que vosotros asegurasteis tener y que si no entendí mal, y no ha sido así, me permitiríais ver y manipular si yo venía, porque os negasteis en redondo a enviarla al museo, al cual, por cierto, es posible que pertenezca, puesto que quizá el señor Goldfinch la robara de allí. Sí, vuestro vecino. Y si es así, el museo es el legítimo propietario y tendremos que reclamarla por vía judicial. Así que enseñadme la caja de una bendita vez.

—Usted sabe algo. Lo noto en su voz —Andrea le interrumpió cortando en seco la confianza que había demostrado—. ¿Qué es?

Intentando mantener su ventaja, Matt ignoró a Andrea y siguió hablando con Sara.

—Lo que está claro es que vosotros sabéis algo. ¿Qué quiere decir eso de que es una caja especial? ¿Y por qué pensasteis que podía ser valiosa? No creo que ninguno tengáis un título en Historia Antigua.

Andrea fijó sus ojos invidentes en Matt. Le señaló con un bastón plegado, que hasta ese momento había descansado en sus rodillas, y Matt entendió el motivo de su mirada perdida. La joven le habló con rotundidad.

—Es justo, ha venido hasta aquí. Verá la caja, pero después de que nos haya escuchado y después de que usted nos haya contado todo lo que sabe. Porque no me trago que haya hecho todo este viaje del que tanto se queja solo por unas fotografías si no hubiera nada más. Creo que solo por eso ya queda claro lo especial que es, ¿verdad?

Durante el viaje, que había sido demasiado largo (sobre todo la escala en el aeropuerto de Nueva York), Matt había tenido tiempo de reflexionar sobre «el asunto de la caja». Él no había conocido a Goldfinch. Después de ver los disquetes, leer sus apuntes, y tras superar la fase de la boca abierta, había preguntado a aquellos pocos que le habían conocido y aún trabajaban en el museo. Le habían dicho que era un tipo muy raro pero el mejor investigador que había tenido el museo. Una especialista en mitología egipcia, la persona de más edad de todo el museo, le había confesado que muchos habían echado de menos la intuición e imaginación de Goldfinch cuando se había jubilado. Y todos le habían asegurado que había sido un hombre de costumbres muy

excéntricas. Sobre todo en los últimos años que había trabajado en la institución. Desde que se había roto la cadera, viéndose obligado a caminar con un bastón, había pasado casi todo el tiempo en su despacho o en la sala de objetos por clasificar del sótano. Nadie sabía a qué se había dedicado exactamente.

Matt creía saberlo.

—De acuerdo, pero iremos intercambiando información. Voy a suponer que se trata de la misma caja que investigaba mi colega. Después de que habláramos por teléfono recordé que el señor Goldfinch se dejó ciertas cosas en el museo. Unas fotografías, anotaciones a mano y un par de disquetes. Creo que lo dejó por si en algún momento alguien necesitaba acceder a ellos, bien fuera él u otras personas.

—¿Como nosotros?

Matt se encogió de hombros y abrió la carpeta que había traído consigo. Había impreso casi todos los documentos que Goldfinch había guardado en el disquete. Sacó todas las hojas y las extendió sobre la mesita del salón.

—O simplemente otro investigador. Os voy a decir de dónde se supone que viene esa caja, si es que es la misma, y por las fotografías estoy casi seguro de que es así. Es una caja vacía que se encontró en la tumba del faraón Tutankamón, uno de los últimos reyes de la decimoctava dinastía.

Tutankamón.

—La maldición de Tutankamón —susurró Sara.

—Eso solo es una leyenda. —Incómodo, Matt se revolvió en el asiento.

Samantha bufó.

—No esté tan seguro. —La chica llevaba en cabestrillo su brazo izquierdo, y lo acarició como si le hubiera entrado un repentino dolor—. Una pregunta, ¿no se supone que todos los tesoros y objetos están en el museo de El Cairo?

—La mayoría sí, pero algunos están en manos de particulares o en otros museos. Esa caja en concreto llegó a manos de mi institución a través de un camino poco ortodoxo. O eso creo. Goldfinch cuenta que en 1968 unos egiptólogos acudieron, financiados con dinero del museo, a estudiar la tumba real de Tutankamón que se encuentra en el Valle de los Reyes, en Egipto. Los investigadores desaparecieron pero enviaron esta caja —señaló la caja negra en las impresiones en papel fotográfico— al museo de forma... subrepticia.

—¿Desaparecieron? —repitió Paul.

—Una noche salieron de su hotel y nunca más se volvió a saber de ellos.

Egipto investigó los hechos pero fue un caso sin resolver. La versión oficial tiende a creer que fueron víctimas de un robo que acabó en desastre. Pero Goldfinch —continuó con desgana— no tenía la misma opinión.

Andrea bajó la cabeza. Todo empezaba a cobrar sentido.

—Él creía que la maldición tenía algo que ver, ¿verdad?

Matt observó a sus interlocutores. Estaban tensos e inquietos.

—Eso es lo que él pensaba, sí. —Removió los papeles de la mesa—. Lo cual no quiere decir que sea verdad. Las maldiciones no existen.

—¿Se pueden sacar objetos de Egipto sin permiso del Gobierno? ¿No está prohibido? —preguntó Samantha—. Porque entonces el legítimo dueño de la caja es Egipto, no ustedes.

—Sí, es cierto. —Matt se revolvió incómodo ante esa afirmación—. Emma Morrow y Charlie Watson, los egiptólogos, no actuaron bien cuando se les ocurrió sacar esa caja del país sin permisos legales. Si el gobierno se hubiera enterado nos hubieran vetado por varias décadas. Incluso podría haber estallado un conflicto diplomático. Se toman muy en serio su patrimonio, y no se lo critico. Cuando la caja llegó al museo, solitaria y sin nadie que la reclamara, quedó relegada a la sección de objetos pendientes de estudio. Que casi equivale a decir olvidada.

—¿Tienen muchos objetos olvidados? —preguntó Sara.

—Demasiados. Los museos tienen un patrimonio mucho mayor del que muestran y mucho mayor del que son capaces de estudiar. Nuestro presupuesto siempre es muy pequeño, los Gobiernos no se toman en serio nuestra labor. Todos los investigadores tenemos muchos problemas para hacer valer nuestro trabajo, pero si además nos dedicamos al estudio del pasado, la estrecha mente de los políticos no entiende qué beneficio les puede reportar a corto plazo y nuestras subvenciones son muy escasas. Parece que un día Goldfinch encontró esa caja, o eso asegura aquí —dijo señalando una frase subrayada en una de las hojas—. Muchas de sus anotaciones son como una pequeña historia, un pequeño diario, sin demasiado orden ni sentido. —Leyó el trozo subrayado—. *«La vi y reconozco que al principio no le presté demasiada atención. No tenía nada de especial. Buscaba otro objeto, un bastón de mando de Ramsés el Grande. Pero cuando la moví para llegar hasta el bastón, la inscripción de la caja de embalaje me llamó la atención. La destapé y fue entonces, al ver el brillo de sus labrados dorados, cuando me quedé fascinado con ella. Estaba identificada como EG68EMCW. A1-2»* —Matt hizo un inciso—. Veréis, EG significa el país de procedencia, 68 es al

año y A1-2, significa que el objeto consta de dos piezas. EMCW son las iniciales de los investigadores que la enviaron al museo. *«La abrí y en su interior encontré la pieza A2-2, un pasador de plata que cierra la caja. Ahora sé que en sus jeroglíficos se halla escrita una antigua maldición. El cierre, el pequeño y fino pasador así como las arandelas donde se inserta, contienen una figura, una especie de uve invertida muy singular que no había visto anteriormente, creo que es una especie de contención; UN SELLO»*. Como veis sello está en mayúsculas.

Andrea negaba con la cabeza. Sara se levantó y empezó a dar vueltas por el salón.

—¿Pensáis lo mismo que yo verdad?

—Puedes apostar lo —contestó Sam.

—¿Se puede saber qué pensáis?

—Esa caja está maldita —dijo Sam.

Matt cogió la última hoja de los documentos que había esparcido sobre la mesa.

—Algo así pensaba Goldfinch. Y aquí hay algo que, viendo vuestras caras, seguro que os gustará y mucho. Pero antes vais a contarme cómo llegó exactamente esa caja a vuestras manos y qué os pasa con ella. Y después me la vais a enseñar.

Andrea se inclinó hacia él hasta que sus bocas casi se tocaron.

—Se lo contaremos. Pero le advierto que ese objeto que ha venido de su museo ya ha causado varias muertes.

—Así que me vais a contar una historia de terror.

—Es usted muy estúpido. Su madre —dijo Sam señalándolas— está en coma por culpa de esa cosa.

Matt pasó los ojos de Andrea a Sara.

—Lo siento —se disculpó dejando el tono sarcástico—. Contadme, por favor.

Sara se sentó al lado de su hermana, sobre el brazo del sofá.

—Nosotras acabamos de mudarnos aquí. Mi hermana y yo —tocó a Andrea en el hombro—, somos de España. Esta casa, para empezar, lleva a sus espaldas un crimen sin resolver desde hace muchos años.

Sara le relató todos los hechos que conocían, sin perder la calma, mientras su hermana asentía silenciosamente y Paul y Sam daban respingos en sus asientos.

—¿Sabe si murió alguien en el museo mientras la caja estuvo allí? —

preguntó Andrea cuando su hermana acabó.

—¡Seguro! En eso se basan las supersticiones y las maldiciones. En convertir hechos normales en hechos extraordinarios.

—¿Es normal que en esta casa haya muerto un hombre, una mujer se haya vuelto loca, mi madre esté en coma por culpa de una cobra, repito, ¡una co-bra!, yo casi me muriera, mi vecina y el perro de Sam fueran mordidos también por una cobra, ¡co-bra!, que Sam tenga el brazo en cabestrillo porque un coche loco casi la atropella, y que la doctora que nos atendió haya muerto, *supuestamente*, asesinada?

—Hay una palabra para todo ello, y es casualidad.

Paul negó con la cabeza.

—Ian Fleming tenía razón y usted se equivoca. Una vez es casualidad; dos, coincidencia; tres, ataque enemigo. Hemos contado ocho y si se pone a investigar supongo que hallará muchas más casualidades en su museo.

Andrea desplegó su báculo y se levantó del sofá airada.

—¿Por qué ha venido si está tan seguro de que lo que el señor Goldfinch pensaba era una especie de delirio? ¿Solo para recuperar una posible propiedad del museo que en realidad han robado al Gobierno de Egipto? No me lo trago.

Matt recibió un pequeño golpe en la rodilla del bastón blanco. La respuesta. La relación que Goldfinch decía buscar y no encontrar. La vio. Estaba allí, rozando su rodilla.

—Enseñadme esa caja.

Su aliento se congeló en sus pulmones y durante unos instantes la impresión fue tan fuerte que el pecho le pesó como si fuera de plomo. Andrea contuvo la respiración. Sam se agarró al brazo de su hermano con fuerza: el frío había caído sobre ellos como una capa de escarcha.

—Está aquí —balbuceó.

La intención de Matt de preguntar quién (o qué) estaba allí agonizó en sus labios asesinada por la fuerza de la evidencia.

—También lo ha sentido, ¿verdad? —le preguntó Sam.

Sí. Sintió como si la muerte rondara a su alrededor. Nadie podría estar en esa sala y negar que había algo con ellos, algo no humano.

—Enseñadme esa caja —fue toda la respuesta que dio Matt tiritando bajo su camisa de verano. Estaba sudando cuando había aparcado delante de la puerta bajo un sol de castigo.

—Tal vez sea peligroso —le previno Sara.



Un tenue murmullo susurró en la habitación. Matt lo buscó. Provenía de todas partes, de ninguna.

—Enseñádmela.

Las hojas sobre la mesa, las fotografías y los folios, volaron mecidos por una ráfaga de viento frío que jugó con ellos antes de soltarlos, de nuevo, sobre la mesa. El silencio y los suspiros fueron tan profundos que Andrea gimió.

—¿Qué está pasando?

—Nada —tartamudeó Sara.

Matt intentaba recuperar el aliento. Andrea oía todas las respiraciones agitadas a su alrededor, olía el sudor del miedo filtrarse por los poros de las pieles y olía, ante todo, aunque fuera el aroma más suave de todos los que vagaban a su alrededor, la fragancia arenosa y seca.

—No me engañes. ¿Qué ha hecho?

—Un viento... ha revuelto las hojas de Matthew.

Andrea apretó los puños.

—La caja está en el desván. Subiremos solo usted y yo, señor Carrash.

—No —protestó Sara.

—Ya sabes por qué lo digo.

—¿Puedo saber de qué estáis hablando ahora? Y llamadme Matt, por favor.

—Mi hermana cree que esa cosa no le hará daño.

Andrea retorció su boca, odiaba la mordacidad en la gente y más en su hermana, que tenía una extraña cualidad para lograr sonar mil veces más despectiva que cualquier otra persona. Apretó con fuerza el puño que sujetaba el bastón hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—No estoy equivocada.

—¿Seguro?

La tensión de sus manos se aflojó y Andrea se rindió.

—Claro que no.

Matt no había quitado la vista del bastón de Andrea.

—¿Por qué piensas así?

—Porque creo que alguna vez ha intentado ayudarme. Lo creo de verdad. Porque creo que Sam sufrió el accidente por mi culpa. Ella tropezó conmigo, yo caí, y lo que sea que hay ahí, la culpa de ello. Perdí mi bastón y eso me lo trajo. Dos veces. No puedes negarlo, Sara, todos estábamos juntos cuando lo perdí en el psiquiátrico.

Matt meditó las palabras de Andrea sin quitar la vista del bastón de la muchacha.

—Tal vez tengas razón. Subiremos solo nosotros.

—¡No! —chilló Sara—. ¿Por qué dice eso?

Paul la cogió del brazo y la atrajo para sí.

—Subiremos todos, pero la caja la cogerá solo Andrea. Es la única que la ha tocado y no ha sufrido ningún... accidente. ¿Verdad?

—Eso no quiere decir nada —se quejó Sara.

—O sí.

—Lo siento Sara, estamos todos de acuerdo. —Andrea había hablado con el tono que utilizaba cuando no había marcha atrás. Sara bajó la mirada dándose por vencida.

Paul afirmó con la cabeza.

—Todos de acuerdo entonces. —Tomó de los hombros a Sam, que temblaba como si hubiera salido de darse un chapuzón en un río en primavera—. ¿Quieres subir?

Sam bajó la vista hacia el suelo. Pudo ver cada fibra que tejía la alfombra, aún nueva y sin zonas desgastadas. Pudo ver cada mota de polvo que había sobre ella, pudo verlo con la nitidez que otorga el miedo, sin fijarse en nada en concreto. Su cerebro se debatía entre subir, quedarse esperando abajo o marcharse a su casa. Se acordó de Halo, de su amigo.

—Subiré. Pero no pienso tocar esa caja.

Sara no quería asustar a su amiga, pero no creía que hubiera diferencia entre que la tocara o no. Ya estaba marcada.

—Pues subamos a ese desván vuestro —dijo Matt.

Sara cogió una linterna de un cajón del salón y le tendió otra al hombre del museo.

—Es de día así que no creo que hagan falta, pero por si quisiera observar algún detalle con atención.

Sara le entregó la linterna guardándose para sí la verdadera razón de querer llevarlas. Tenía miedo de que todo se oscureciera de golpe, que la luz desapareciera, tragada. Subió al piso de arriba con Andrea caminado detrás de ella y los demás siguiéndola en fila india con la misma alegría con la que se dirigirían al cadalso. Bajó la escalera plegable que chirrió agónicamente.

Un hálito mortecino descendió por la trampilla y pronunció débiles palabras en los oídos de Matt borrando cualquier asomo de duda que pudiera guardar. Las alucinaciones del señor Goldfinch dejaron de parecerle tonterías.

El frío pesaba, era denso, casi se podía decir que era corpóreo. Oyó en su oreja izquierda sonidos confusos, como si una lengua excesivamente débil los pronunciara desde la lejanía de la eternidad. En todas las culturas había supersticiones, y la egipcia rebosaba de ellas. Siempre lo había respetado aunque sin tomarlo en serio. Se había equivocado.

—¿Podrás subir? —preguntó Sara a su hermana.

—Como la otra vez. No hay tercer escalón. —Movi6 las manos hacia delante buscando el hueco que confirmara su recuerdo. Sara le cogió las muñecas y la gui6 entre los escalones. Luego se volvió a los demás y les avis6.

—Falta el tercer escal6n y los demás rechinan mucho. Tened cuidado.

Uno a uno subieron por las escaleras que confirmaron, entre quejidos, las palabras de Sara. Matt observ6 a Andrea trepar con agilidad, esper6 a que subieran los otros tres chicos y 6l lo hizo en 6ltimo lugar.

Cuando entr6 en el desv6n, una peque1a bombilla iluminaba la estancia y por una ventana redonda y bastante sucia se filtraba la luz del sol. Olía a cerrado: polvo, humedad y telara1as dejando pasar el tiempo a trav6s de ellas. Olor a viejo. Su perfume preferido.

Sara camin6 hasta el embalaje de r6stica madera donde Andrea había guardado la caja despu6s de la muerte de Halo. Andrea la había subido, Andrea la había dejado, y nada le había sucedido. Quiz6 su hermana estuviera en lo cierto, pero ¿por qu6?

Notaba el brazo tenso de Andrea sobre su hombro, lo apretaba con fuerza clav6ndole las cortas u1as. El frío helador la envolvía como una amenaza agazapada en la oscuridad.

Levant6 con extremo cuidado, como si fuera de cristal, la tapa que reposaba de mala manera ocultando a la vista la caja negra con adornos dorados. La caja maldita. Despu6s de todo lo que había sucedido, ¿había otra posibilidad?

—La hemos guardado aquí, donde la encontr6 la primera vez.

Matt se arrodill6 y ley6 en voz baja la etiqueta amarillenta de la tapa. El desv6n, donde el silencio parecía tan vivo como el frío que les perseguía, amplific6 su voz provocando que se estremecieran:

*“Expedici6n 03-10-1968.*

*Origen: Luxor. Egipto.*

*Destino: Museo de Historia Antigua. Londres.*

## NO ABRIR”

Matt miró a Sara con reproche.

—Cuando la vi estaba abierta. Eso no fue cosa mía.

Matt apartó la tapa desclavada a un lado y vio la caja que le interesaba. Cuando se dispuso a sacarla los susurros que les acompañaban desde el salón se convirtieron en sonidos altos y amenazantes. Sara le paró la mano.

—Mi hermana lo hará. Es lo que convenimos.

Andrea se arrodilló junto al investigador y sin ayuda tanteó hasta encontrar la abertura. Introdujo sus brazos y alzó, ante Matt, la caja negra. Brillaba como si le hubieran acabado de aplicar barniz. Los adornos relucían incluso bajo la tenue luz que iluminaba el cuarto desplegando destellos dorados y plateados a su alrededor. Matt entendió cómo se sintió Carter cuando, al descubrir la tumba de Tutankamón, exclamó: «¡Cosas maravillosas!». Estiró la mano.

—No la toque —le advirtió Sam.

El viento frío y las palabras en el aire ahogaron cualquier protesta que hubiera podido realizar. Era la misma caja de las fotografías de Goldfinch.

—Falta el pasador que la cierra. ¿No lo tenéis vosotras?

—Cuando la encontré no había nada más que la caja.

Matt encendió la linterna y miró el fondo de la caja de embalaje mientras los demás le observaban en silencio. Pasó la mano con cuidado por el fondo y también a lo largo de las esquinas iluminando con su linterna cada pequeño rincón.

Unas alas frías y sin cuerpo pasaron acariciándoles el rostro. Las rodillas de Sam flaquearon.

—¿Podemos irnos? No sé qué más vamos a hacer aquí.

—El pasador es importante —contestó Matt.

—¿Por qué?

—Según Goldfinch es la cerradura de la caja.

—Eso es evidente —dijo Sam impacientándose.

—Quiero decir el sello de la maldición. La *contención*.

Andrea apretó los puños y Sara soltó un taco.

—Pues no hay pasador.

—Vámonos, por favor —Sam lo pidió aterrada, nadie tuvo fuerzas para negarse. Todos sentían lo mismo. Incluso Matt.

Bajaron las escaleras en el mismo orden en el que las habían subido y se

sentaron en el salón, temblando y acompañados por el miedo y el frío.

—Dijo que después de ver la caja nos contaría el resto de la historia. Adelante —apremió Paul nervioso.

Matt suspiró. Lo prometido era deuda.

—Andrea piensa que ella no corre peligro. Goldfinch opinaba lo mismo. Creía que él también estaba protegido de la... —aún le costaba decirlo—... de la maldición. Voy a contaros qué creía Goldfinch qué era la caja y por qué él estaba a salvo con ella.

»El señor Goldfinch cuenta que tras encontrar la caja la trasladó a su despacho tal y como la había hallado, y así la mantuvo durante la mayor parte de sus investigaciones: con el pasador en su interior, es decir, abierta. Empezó a llevar un diario exhaustivo en cuanto, según él, descubrió que era un objeto sagrado. Creyó que podía ser interesante y empezó a investigarlo. Las primeras anotaciones son una descripción del objeto y su origen. —Rebuscó esas anotaciones en las páginas dispersas sobre la mesa y las tendió a los jóvenes, pero ninguno las cogió. Las dejó en el suelo, y siguió buscando entre las hojas impresas—. Al principio, su origen, al haber sido posiblemente robada de Egipto, le preocupó mucho. Estas páginas —cogió otras cuatro páginas y volvió a ofrecerlas sin éxito—, hablan de ese problema y de sus posibles implicaciones, así de cómo resolverlo. Ese es el motivo de que en un primer momento decidiera ocultar su investigación a sus colegas. Al menos, eso asegura.

»Después la cosa se pone peliaguda. Creo que hasta el mismo momento en que subí al desván no lo creí del todo. Me preguntasteis acerca de muertes en el museo. Ya lo he comprobado en realidad, y hay dos maneras de interpretar los hechos, siempre es así, y la mayoría de las veces hay incluso más de dos. Podemos pensar en la probabilidad o en la causalidad.

—Me he perdido —dijo Sam.

—Me refiero a que Goldfinch habla de una serie de muertes en el museo entre los años 1979 y 1980 que se pueden interpretar como muertes normales o, cómo él hizo, muertes con una causa común. Hasta ahora creía más en la primera opción. Pero...

—Pero es imposible ignorar el frío y los susurros, la densidad de la voluntad —terminó Andrea.

Matt afirmó levemente con la cabeza.

—¿A cuántas muertes se refiere? —preguntó Sam.

Matt rebuscó entre las páginas y se paró en unas que estaban marcadas

en la esquina superior izquierda con fosforito azul.

—Según Goldfinch, las personas que entraban en su despacho eran propensas a sufrir graves accidentes. Dice que en los primeros seis meses desde que encontró la caja, ocho personas que entraron en su despacho murieron o estuvieron a punto de hacerlo. Tres de un ataque al corazón —movió los folios deprisa—, dos de un accidente de coche, dos fueron ingresadas en un psiquiátrico y una fue encontrada asesinada en su dormitorio en un caso sin resolver que sigue abierto, o seguía abierto cuando Goldfinch escribió esto.

—¿Y cómo se dio cuenta de que las muertes estaban relacionadas?

—Como tú —le dijo a Andrea—. Escribe: *«Empiezo a sentir un extraño vínculo con la caja, además de una presencia que aunque amenazante, de eso no me cabe la menor duda, me resulta del todo segura. Un frío extraño me sigue a todas partes; mucha gente que entra en el despacho se queja de él, a pesar de que es verano y las amplias cristaleras de los despachos funcionan como verdaderos invernaderos. También he notado que las personas que andan por mi despacho acaban dejándonos repentinamente (he de investigar este hecho). Y todo empezó cuando hallé esta caja perdida en los sótanos del museo. Una caja de la tumba Tutankamón. He de realizar un estudio concienzudo de todos y cada uno de los objetos que Howard Carter, así como los siguientes egiptólogos, hallaron en la tumba del faraón»*. Más adelante, cuando descubre el significado del pasador, se da cuenta de que el único medio de evitar más muertes es cerrar, sellar, la caja con él. —Matt sintió pena por el investigador—. Dice *«Todas esas muertes estarán en mi conciencia. Si hubiera colocado el pasador en su lugar desde el principio, si no hubiese sido tan descuidado...»*.

Matt levantó la vista de las hojas y miró a sus interlocutores. En los rostros de los chicos se reflejaba la expectación ante lo que les estaba revelando. Los cabellos largos de las chicas se movían suavemente, como si un ventilador a baja potencia los agitara para un anuncio de champú. Buscó la ventana de la sala, por supuesto estaba cerrada.

—¿Sabéis algo del faraón Tutankamón y del hallazgo de su tumba?

Sam negó con la cabeza.

—Claro, pero ¿qué es lo que *debemos* saber? —dijo Sara.

—Todo lo referente a este faraón son suposiciones. Incluso el contenido de su tumba, que fue encontrada por Howard Carter a principios del siglo XX, está envuelto en controversia.

»Sabemos seguro, o casi, que fue el marido de una de las hijas del anterior faraón, Akenatón, concretamente de su hija Anjesenamón. Akenatón fue un faraón maldito para los egipcios, ya que sumió al imperio en una peligrosa decadencia por sus, en aquel entonces, estafalarias creencias religiosas. Quitó el poder a los sacerdotes de Amón e instauró el culto a un dios secundario, Atón. Ese hecho supuso un caos tan grande y un ansia de venganza tal, que sus sucesores se empeñaron en borrar cualquier rastro del gobierno de Akenatón y su esposa Nerfertiti. Su sucesor, Tutankamón, quizá fuera hermano o, más probablemente, hijo del propio Akenatón...

—¿Hijo? ¿No acaba de decir que Tutankamón fue marido de una hija de Akenatón? —interrumpió Sam.

—Sí, entre la realeza del Imperio del Antiguo Egipto no era raro que los hermanos se casaran entre ellos. También pudo haber sido hijo del padre de Akenatón, Amenhotep III. O un primo de Akenatón. En cualquier caso tuvo que tener sangre real porque las princesas egipcias solo se casaban con miembros de la familia real. Subió al trono con ocho años y murió, por causa desconocida, alrededor de diez años después. Lo enterraron con valiosos tesoros: carros, esculturas, joyas de oro y piedras preciosas, vestidos, bastones... Su tumba la encontró Howard Carter en 1922, y fue inevitable que se hiciera famosa por todos los tesoros que contenía y por... —dejó la frase inacabada vagando por la sala.

—Y por la maldición —terminó Sara.

—Y por la maldición. Todo empezó con la muerte del canario de Carter devorado por una cobra, animal estrechamente vinculado con los faraones, quienes portaban su imagen en su corona junto con la del buitre. La siguiente víctima fue la del mecenas de la excavación, Lord Carnarvon, gracias a cuyo dinero pudo financiarse el descubrimiento de la tumba de Tutankamón. Hay varias hipótesis sobre la muerte de Carnarvon. Se cree que una picadura de mosquito se le habría infectado provocando después septicemia, una especie de envenenamiento de la sangre. Algunos opinan que pudo envenenarse al respirar el aire de la tumba contaminado con esporas de un hongo del género *Aspergillus*. También se dice que varios trabajadores murieron por culpa de aquel mismo microorganismo. —Sara se llevó una mano a la boca. Andrea apretó los nudillos mordiendo la carne con las uñas. Matt tragó saliva—. ¿Qué pasa? ¿Por qué os habéis puesto blancas de repente?

Sara le contestó sin apartar la mano de la boca.

—Hace unas semanas sufrí una neumonía a causa de ese hongo.

Matt no dijo nada de coincidencias y continuó. Ian Fleming estaba en lo cierto.

—La historia de la muerte de Carnarvon, además, cuenta que su perra, Susie, murió en el castillo de Highclere, Inglaterra, en el mismo momento en que él expiraba en El Cairo, emitiendo un agudo ladrido de dolor por la muerte de su dueño.

Sam tembló ante la mención de la muerte de la perra y pensó en la muerte de Halo. Sara apretó los ojos y rebuscó en su memoria algunos datos sobre la maldición de Tutankamón.

—Pero hay más muertes. Creo recordar que el hermano de Carter también murió.

—Sí —continuó Matt sin percibir el temblor de Sam—. Aubrye Herbert, un medio hermano en realidad. Perdió la vista y siguiendo algún estúpido consejo creyó que extrayéndose todos los dientes sanaría de su ceguera. Murió también de envenenamiento de la sangre. Mervin Herbert, otro medio hermano de Lord Carnarvon, murió de malaria en 1928. Richard Bethell, ayudante de Carter durante la excavación y miembro del comité de la Sociedad de Exploración de Egipto, murió en 1929, en teoría de causas naturales, pero su padre se suicidó tirándose por una ventana después de su muerte y el coche fúnebre que llevaba sus restos atropelló y mató a un niño de ocho años. George Bénedicté, jefe del departamento de Antigüedades del Louvre, cayó muerto de forma fulminante después de ver la tumba de Tutankamón, se ignora cuál fue la causa pero tenía sesenta y nueve años, probablemente se trató de un ataque al corazón. El príncipe Alí Kemal Fahmy Bey, que visitó la tumba, fue asesinado por su esposa en 1923. Y podría citar varias muertes más, pero estadísticamente la probabilidad cae más a favor de la normalidad que de lo extraordinario, ¿entendéis?

—Pero no es así —contestó Sara con suspicacia—, porque esta caja se hallaba en la tumba de ese faraón, ¿verdad?

Matt se recostó en el respaldo del sofá.

—Sí. Goldfinch asegura que es un objeto que encontraron Morrow y Watson escondido en una cámara oculta en la tumba y que Carter no halló. La caja vino acompañada de esta hoja de papel. —Les enseñó un papel roído y arrugado escrito a mano—. «KV 62, ladrillos inferiores, Anexo. CO. 3Ibis». —Matt cogió aliento para continuar—. Veréis, KV62 es el nombre de la tumba de Tutankamón. Esta consta, además de la Cámara de Enterramiento, de otras tres habitaciones. El Anexo, la Antecámara, y la



Cámara del Tesoro. Parece que esta caja estaba escondida en algún lugar, hasta ese momento desconocido, del Anexo. CO es una abreviatura sin significado que Goldfinch interpreta como cámara oculta. Tres ibis no sé qué puede significar.

—¿Por qué les enviaron esa caja de esa forma, a escondidas?

—Goldfinch solo especula sobre ello, quizá porque supieron que era *especial*... Me temo que nunca lo sabremos. Pero Goldfinch sí que supuso cuál era la naturaleza de la caja. Los jeroglíficos tienen un significado. Se trata de una maldición: «*La muerte alada se abate con rápidas alas sobre aquel que toca la tumba del faraón*» Y el pasador tiene el símbolo de una especie de «V» invertida. Goldfinch lo asemejó a la palabra Protección. Es una contención, como ya os dije. Así que ya entendéis lo que Goldfinch creía que esa caja era: la maldición de Tutankamón, su guardián más allá de esta vida, el guardián de sus tesoros, el encargado de hacer efectivo el castigo contra aquel que osara acercarse a su tumba.

Sam silbó y ese silbido agotador fue más elocuente que cualquier palabra que pudieran haber pronunciado. Paul miró a Sara.

—¿Estás segura de no haber visto el pasador? Si Goldfinch tenía razón y falta el pasador, creo que podemos estar en un buen lío.

—En peligro, querrás decir —le corrigió Sam volviendo a levantar su hombro

—Claro que estoy segura, ya os lo he dicho.

Andrea unía todo lo que había oído en su mente, tendía hilos invisibles de unos hechos a otros. Faltaba parte de la historia.

—En todas esas hojas que oigo pasar una y otra vez, ¿hay alguna mención a por qué Goldfinch se creía seguro?

—No. Él no llegó a darse cuenta. Pero ahora que te conozco veo una relación entre vosotros. Goldfinch, Tutankamón y tú, tenéis una cosa en común: los tres usáis bastón. Goldfinch reparó muchas veces en que el viento se enredaba en sus pies y alrededor de la mano cuando sujetaba su bastón. Tutankamón tenía enterrados junto a él muchos bastones y báculos, se piensa que podrían simbolizar su poder real, pero parece más probable que sufriera alguna cojera y necesitara de su ayuda para caminar, al igual que Goldfinch. Y tú también usas un bastón.

Cuando las últimas palabras de Matt quedaron colgadas del viento frío que se arremolinaba por la habitación, la brisa las escuchó. El bastón, el báculo de Andrea, rodó del sofá donde lo había dejado y cayó al suelo sobre

la alfombra sin hacer ruido.

—¿Por qué nos ataca? No lo entiendo —preguntó Sam sin apartar la mirada del bastón—. Nosotros no hemos profanado ninguna tumba.

—Puede que piense que habéis profanado su caja al abrirla. Y puede que Andrea esté a salvo porque la considera su, llamémosle, ama, aquella a quien ha de servir y proteger.

Paul se revolvió el pelo.

—Supongo que tampoco sabremos por qué ese hombre se trajo ese recuerdo tan mortífero del museo, ¿verdad?

—En la última hoja dice —Matt señaló una frase subrayada en azul—: «*La caja es peligrosa para cualquiera que no sea yo. Pediré la jubilación y me la llevaré conmigo. Nadie la echará en falta. Mi única preocupación es qué pasará con ella cuando me muera. Tengo que encontrar una solución*».

Sara y Andrea negaron con la cabeza, incrédulas. Sam soltó un juramento y Paul bufó.

Matt comprendió lo que debían de pensar de Goldfinch en esos momentos. Estiró la mano para recoger el bastón de Andrea del suelo, pero antes de que pudiera alcanzarlo, se alejó rodando empujado por una mano invisible. Sara se enfureció. Estiró el brazo y con brusquedad recogió el bastón. Se puso en pie y chilló sin poder contener la rabia que surgía de sus entrañas.

—¡No somos tus mascotas! ¡Mi hermana no es tu mascota! ¡Nosotros no somos tus enemigos!

¿Cómo le podía explicar a esa cosa, a ese monstruo venido del más allá, que nadie era su enemigo? Paul le puso una mano en el hombro y tiró de ella. Sara obedeció y se sentó de nuevo tragando saliva para retener el llanto que se formaba en su garganta.

—¿Dice Goldfinch qué es exactamente lo que hay en la caja? ¿Un demonio? —preguntó Paul.

—No lo dice. Pero si Goldfinch tuviera razón —rectificó en su mente, *Goldfinch tenía razón*—, sería una especie de maldición con voluntad propia.

—¿Cómo se la puede hacer desaparecer? ¿Cómo la podemos matar?

Las puertas, cerradas, golpearon violentamente sobre sus goznes. Cesaron y después volvieron a revolverse inquietas como intentando escaparse de su lugar.

—Creo que no deberías decir eso... —susurró Sam.

—No creo que se pueda —contestó Matt—. Por eso estaba el pasador.

Era una manera de contenerlo. De encerrarlo.

—Pero el pasador no está —gimió Sara.

—Si algo he aprendido en mi carrera es que siempre hay mucho más de lo que parece. Pensad si no en Emma Morrow y Charlie Watson. En 1968, cuando encontraron esta caja, se creía que la tumba de Tutankamón no albergaría más sorpresas. El pasador no se puede haber evaporado. Goldfinch no se habría traído la caja y dejado el pasador en el museo. Tiene que estar en algún sitio.

—¿Dónde?

Matt no lo sabía, le faltaban datos. Tenía varias teorías pero ninguna con consistencia por sí misma. Sam interrumpió sus pensamientos.

—Tal vez Gina lo sepa.

Paul sopesó la propuesta.

—Tal vez.

—¿Quién es Gina? —preguntó Matt.

—La mujer que vivió aquí antes que nosotras —contestó Sara.

—Siempre habíamos creído que una noche se volvió loca y mató a su marido —dijo Sam.

—Ahora sabemos que no fue eso lo que pasó —dijo Paul señalando la fotografías. La caja negra con figuras doradas estaba en todas ellas, amenazante—. Vivió aquí después de Goldfinch. Lo que pasó esa noche tiene que estar relacionado con la caja.

—Gina no mató a nadie. Apuesto lo que sea —dijo Sara con rotundidad.

—¿Creéis posible que ella sepa dónde está el pasador? —preguntó Matt.

—Es posible. ¿No le parece?

Matt veía algún agujero en la teoría, sin embargo aceptó que como primera hipótesis de trabajo podría servir.

—Suponiendo que esa mujer lo sepa. ¿Eso sirve de algo? Decís que se volvió loca...

Andrea suspiró.

—Ese no es el problema. El mayor problema es que no habla y que no nos dejan verla.

—¿Por qué?

—Porque fuimos a visitarla, por si podía ayudarnos, y la alteramos un poco...

—Le nombramos esta casa y se puso a gritar como si estuviera poseída —terminó Sam.

Paul se removió el pelo, empezó a decir algo y se calló. Volvió a removerse el pelo y volvió a cerrar la boca.

—Basta, Paul —le dijo Sam—, ¿qué estás pensando?

Paul pensó en lo que iba a decir un par de veces. Aunque arriesgado, era lo único que les quedaba.

—Tal vez el reverendo pueda verla.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó Sara.

Sam abrió los ojos.

—Sí, tal vez él pueda. Pero ¿qué le diremos? Esto es una locura.

—Espera Paul, ¿por qué dices que el reverendo quizá pueda hablar con ella? —preguntó Sara.

—La visita a menudo. Todo el mundo lo sabe.

Sam asintió con la cabeza.

—¿Y qué le diremos?

Andrea tenía la respuesta.

—La verdad. Y usted, señor Matthew —Andrea le miraba tan penetrantemente con sus ojos ciegos que Matt tuvo la impresión de que en realidad le veía—, nos acompañará. Vamos a acabar con la maldición y usted nos va a ayudar.

La joven mostraba tanta resolución que nadie se habría atrevido a negarse.

—Haré lo que pueda.

## 4

Matt subió al Ford sedán de alquiler por el lado derecho y se sentó. Algo no cuadraba. Tardó un instante en percatarse de que el fallo era que faltaba el volante. El lado del conductor era el contrario. Salió y volvió a entrar por la puerta del conductor correcta, la izquierda. Metió la llave en el contacto, tecleó la dirección de su motel en el TomTom y se puso en marcha dando vueltas a todo lo que acababa de suceder en la casa que dejaba atrás.

El coche botó y tuvo que dar un volantazo para enderezarlo. Debía de haber cogido un bache enorme y no lo había visto. Tenía que concentrarse en la carretera y apartar de su mente el 212 de Sun River.

—Porque allí había algo. Goldfinch no estaba loco. Y ahora yo voy a hacer de Cazafantasmas. Sin embargo...

Sin embargo, los Cazafantasmas tenían unas megamáquinas para absorber los ectoplasmas que después guardaban en otras megamáquinas para que pasaran allí la eternidad. ¿Qué harían ellos después de haber capturado a aquella cosa? ¿Llamar a los Cazafantasmas, como decía la canción?

—¿Qué haremos con la maldición? ¿Cómo acabaremos con ella? —dijo en voz alta.

De la chapa azul y plateada que lucía el volante del Ford, surgió un oscuro humo danzante. Rastreó el aire, al son de una música silenciosa, hasta sus fosas nasales. El humo se transformó en arena en contacto con su cuerpo. El grito de Matt se ahogó en una nube espesa que se introducía también por su boca llenándola de una sustancia áspera y cortante.

Soltó el volante y se metió los dedos en la boca tan adentro como pudo. Cuando los sacó arrastró con ellos diminutos gránulos rocosos de aristas punzantes. El sabor de la sangre se mezcló con el de la arena mientras su tráquea bloqueada trataba de conseguir algo de aire.

El coche, sin rumbo, siguió avanzando perdiendo velocidad y dibujando eses borrachas hasta chocar contra un coche azul y blanco con una sirena en el techo.

## 5

Esa tarde, poco después de que Matt se empotrara contra un coche patrulla a varias manzanas de distancia, Sam oyó el zumbido de un enjambre formándose cerca de su oído. El sonido se materializó de repente, como si alguien hubiera dejado caer una colmena encima de su cabeza. Desconcertada buscó a su alrededor los insectos, hasta que se dio cuenta de que no había insectos, ni zumbidos. Eran murmullos. Los murmullos pregoneros de un ser... de una maldición.

¿Estaba sola en casa? No lo recordaba. Paul y su madre habían acompañado a Sara y Andrea al hospital. Pero ¿y su padre? Sin darle tiempo a responderse a sí misma, un viento frío la empujó contra la pared. Fue un empujón contenido, y esa contención le resultó aterradora. ¿Se había

convertido en un ratón perseguido por un gato?

—¡Papá! —chilló.

Esperó la voz de su padre preguntándole qué pasaba, apareciendo por la puerta del salón, riendo, tranquilo. Lo que obtuvo fue un nuevo mensaje del enjambre invisible. Sam no entendía una sola de las palabras que había detrás de los susurros, pero sabía lo que decían.

*Vas a morir.*

Echó a correr hacia la puerta. Había escapado una vez, tal vez pudiera repetirlo de nuevo. Intentó abrir la puerta pero le fue imposible, parecía soldada al marco. Ni siquiera se removió en sus goznes. Incapaz de aguantar el llanto pidió ayuda y socorro. Alguien tenía que oírlo.

Unas manos frías, las manos que tendría la Muerte, la levantaron y la empujaron contra la escalera del recibidor. Voló un metro antes de golpearse la espalda contra los escalones. Las vertebrae le restallaron de dolor. Una sustancia húmeda y cálida resbaló por la piel de su antebrazo. Percibió el olor férreo de la sangre. Unos profundos arañazos le habían desgarrado la camisa y la piel.

—¡Sam! —Era su padre. No lo oía nítido sino con ruido, con los murmullos zumbando alrededor de su voz. Los brazos de su padre la agarraron—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Vámonos! —Fue lo único que acertó a decirle. Le cogió de la mano, asustada.

Una fuerza invisible los levantó y los lanzó hacia atrás. Levitaron unas décimas de segundo, rebotaron contra la pared y cayeron contra el descansillo de la escalera.

Sam abrió los ojos un momento y los volvió a cerrar: en la oscuridad el dolor se atenuaba. Su padre la llamó. Volvió a abrirlos. Su padre intentaba incorporarse. Todavía sujetaba su mano.

—Qué demo...

No acabó la frase. Encerrados en una jaula de susurros de hielo fueron lanzados otra vez al aire. Esta vez aterrizaron en el piso de arriba. Un dolor lacerante atravesó el hombro de Sam. El hueso se había salido otra vez de su sitio. Su padre chillaba pero no le había soltado la mano. Volaron otra vez. Atravesaron la habitación de Paul sin posar un pie en el suelo. Rompieron la ventana y cayeron al exterior de la casa entre el ruido de cristales rotos. Las espinas de los rosales de la señora Cooper y las esquirlas arañaron la piel de Sam.

Antes de que la oscuridad se fundiera sobre ella, Sam miró a su padre. Tenía los ojos abiertos, no pestañeaba. Aún cogía su mano, atravesada por un millar de cristales minúsculos, de la que manaba sangre roja.

## 6

Ahora era Paul quien sujetaba la mano de Sam en el mismo hospital donde la señora Montoya, acompañada de Daniel, Andrea y Sara, se debatía entre la vida y la muerte. Paul estaba solo con su hermana, sin atreverse a soltar su mano. Su madre había salido para hablar con los médicos y la policía, que no tenían ni idea de qué pensar acerca de lo sucedido, ni los unos ni los otros. Sam no había dicho ni una sola palabra a pesar de estar consciente.

—Sam, Sam, dinos algo, ¡por favor!

Pero Sam no quería hablar. Oía a su hermano pronunciar su nombre, pero temía hablar. Si pronunciaba algún sonido el ser podría encontrarla. Si se callaba tal vez estaría a salvo, podía hacerle creer a esa cosa que estaba muerta. No, no diría nada.

—Sam, papá ha muerto.

Ella lo sabía. En sus ojos no había vida la última vez que los había mirado.

Paul apretaba sus manos, las estrechaba sin reparar en el dolor que le causaba por las múltiples y pequeñas heridas que le habían hecho los cristales. Su padre también se la había apretado de esa forma unas horas atrás. No lo volvería a hacer.

—Sam, ¿me escuchas?

Paul volvía a decir las mismas frases una y otra vez. «¿Me escuchas?» «¿Qué te pasa?» «Habla». Y la más horrible de todas: «Papá ha muerto». Las repetía como un loro amaestrado. ¿Cuánto tardaría en callarse?

Maggie entró en la habitación con el rostro mojado y encendido como una linterna de luz roja bajo la lluvia. Fue hasta su hija y tomo entre sus manos la cara de la muchacha, vendada hasta que casi no quedaba piel a la vista. Pasó una mano por su alborotado cabello.

—Paul —habló a su hijo con dulzura sin dejar de acariciar a Sam, sabía

cuánto quería a su hermana, no se habían separado nunca desde que habían nacido prácticamente al mismo tiempo—. Paul, dicen que dejarán a Sam en observación, pero que si no mejora en unos días la trasladarán al Hospital San Bernardo para Enfermedades Mentales de Cavell. —Después se dirigió a su hija con un tono aún más dulce—. Dicen que estás en shock, cariño, y que allí hay un especialista en estrés postraumático. Creen que es lo mejor.

Sam se alegró. Eso era bueno. Era un buen lugar. Gina estaba allí. Y seguía viva.

## 7

Paul escuchó una conversación en el pasillo. ¿Había oído bien?

—Mamá. Voy a ver a Andrea y Sara. No tardo más de quince minutos. Su madre se limitó a asentir con la cabeza.

## 8

Sara, Andrea y Paul estaban llorando en su habitación cuando Matt abrió los ojos.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Sara.

La joven consiguió que la pregunta sonara casi como un reproche. Matt intentó hablar pero su garganta no le respondía. Los médicos le habían dicho que había una posibilidad, aunque remota, de que perdiera la voz. El resto de su cuerpo estaba bien, o al menos lo suficientemente bien como para no necesitar más que gasas y Betadine.

Les hizo el gesto de escribir. Sara miró por la habitación pero no vio ninguna libreta. Arrancó una hoja de la carpeta de metal que había a los pies de la cama y se la tendió junto con el bolígrafo.

—Ese ser me atacó en el coche. No puedo hablar.

Sara leyó en voz alta el mensaje.

—¿Por qué? Usted ni siquiera tocó la caja.



Andrea expulsó el aire por la nariz.

—¿Por qué? Porque nos oyó hablar de acabar con él. Tal vez lo hayamos puesto a la defensiva—. Su voz temblaba. Sus ojos estaban rojos. Había estado llorando mucho tiempo—. No deberíamos de habernos reunido en casa.

—¿Por eso atacó así a Sam y a mi padre? —preguntó Paul.

¿Sam? Matt garabateó deprisa en la hoja. Sara volvió a leer la pregunta:

—¿Le ha sucedido algo a Sam?

Un pequeño silencio.

—Sí —le susurró Sara, como si así sus palabras fueran menos dolorosas—. Sam está en shock, aquí, en el hospital. Y su padre ha muerto. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Había sido igual de doloroso que si lo hubiera gritado.

No fue la única que lloró. Paul se apretó los ojos con las manos como si quisiera arrancárselos, gritó y dio un puñetazo en la pared.

—Tengo que irme. Tengo que ir con mi madre y mi hermana.

—Te acompañamos, Paul. —Sara se pasó las mangas de su camisa por la cara y se secó las mejillas. Cogió un iPhone que descansaba en la mesita—. ¿Es este su móvil? —Matt afirmó con la cabeza—. Si necesita algo, llámenos. —Se mordió el labio—. Mejor escribanos un mensaje —rectificó.

Los tres salieron de la habitación acompañados del clanc-clanc metálico del bastón de Andrea.

Matt soltó el boli.

Clanc-Clanc. El báculo.

¿Cómo podrían librarse de esa cosa? ¿Cómo podrían librarse de una maldición? Tutankamón no podía ser tan vengativo.

Se durmió pensando en los Cazafantasmas.

## 9

Dos días después del entierro del señor Cooper, Sara, Andrea y Paul aparcaron frente al hospital psiquiátrico donde habían trasladado a Samantha al no registrarse una mejoría en su estado. Desde su accidente no había dicho una sola palabra y había empezado a mostrar síntomas de trastornos

psicológicos importantes. La policía no sabía si cerrar el caso como un extraño accidente o dejarlo abierto como un asalto. No disponían de una sola prueba, ni física ni testimonial. En el hospital de Lonely Hill habían intentado interrogar a Sam pero la muchacha, con la mirada perdida en su mundo de terror, no había contestado ninguna pregunta y ni siquiera había dado muestras de ser consciente de que le estaban hablando.

Paul bajó del BMW y miró al cielo. El sol brillaba y no había una sola nube. El calor provocaba que su camisa se le pegara al cuerpo a pesar de que no eran más de las once. Era el mejor verano que recordaba en muchos años. Casi era una broma pesada. En unos pocos días empezaban las clases en el instituto. El mundo seguía sin darse cuenta de nada. Eso también era una broma pesada.

Los afilados colmillos del remordimiento mordieron al muchacho. Su madre se había quedado en casa, sola, atontada tras tomar una fuerte dosis de sedantes. Estaba preocupado por ella, aunque sabía que no tardaría en superar la muerte de su padre. Maggie Cooper había amado a su marido, pero no había nadie más fuerte en todo el pueblo, ni con más arrojo, y, además, tenía una hija enferma de la que ocuparse. Paul, por su parte, se había visto privado del periodo de duelo. No tenía elección si quería acabar con lo que había partido a su familia en dos, dividiéndola en una parte viva y en otra muerta. Quería acabar con *eso* porque era lo único que se le ocurría para ayudar a su hermana a volver con él, y también para proteger a la chica que le miraba de reojo cuando creía que él no la veía. Ahora era personal. Sara, la señora Montoya y su hermana estaban amenazadas. ¿Cuánto tardaría en atacarlas de nuevo?

Una voz les llamó desde atrás. Era una voz ronca a la que Andrea había puesto rostro al oírla por primera vez. Se había imaginado un pelo cano y corto, unas arrugas profundas surcando una frente despejada, unos ojos azules brillantes y unos brazos firmes a pesar de la edad. Si hubiera podido comprobar su boceto se habría sorprendido de lo cerca que estaba de la realidad.

Paul estrechó la mano del reverendo.

—Dijo unas palabras preciosas en el entierro.

—Era el pasaje preferido de tu padre. Lucas 17:3-4. «Estad en guardia: si tu hermano peca, repréndelo; si se arrepiente, perdónale. Si siete veces al día te ofende y siete veces vuelve a ti diciendo que se arrepiente, perdónale».

—Paul retiró la vista con un brillo en los ojos—. ¿Para qué me habéis pedido

que venga?

Andrea alargó la mano derecha hacia Nathan. El reverendo tomó su mano.

—Hace unos días nos dijo que si necesitábamos cualquier cosa de usted, nos ayudaría.

—Así es. ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Sí. Necesitamos que le pregunte algo a Gina.

—¿El qué?

Paul señaló unos bancos a su izquierda invitando al reverendo a sentarse con ellos en el jardín del hospital.

Mientras los chicos le contaban una historia de terror, el sol se reflejaba en las briznas de hierba dándoles un color vivo, penetrante. Nathan alzaba la cabeza de vez en cuando buscando a Gina detrás de las ventanas. Ese pequeño parque que rodeaba el sanatorio era el que siempre contemplaba desde su posición fija e inamovible en la sala de estar.

Veinte minutos después, Nathan, sentado en el mismo banco del jardín del Hospital de San Bartolomé, giraba a un ritmo frenético su gorra desgastada.

—¿Cree algo de lo que le hemos dicho?

Frenó la gorra y se la volvió a colocar en la cabeza, miró a la joven de hermosos ojos ciegos que le había hecho la pregunta y volvió a sacar y meter la gorra en su cabeza como si después de quince años aún no estuviese amoldada a su cráneo.

La pregunta en realidad no era fácil de contestar. ¿Lo creía? No. ¿Lo dejaba de creer? No.

—Hace años el señor Goldfinch vino a verme. No era creyente, pero tenía pinta de necesitar alguien con quien desahogarse, parecía muy preocupado. Me habló en lo que los católicos podríais llamar secreto de confesión. Lo que me dijo fue que tenía un objeto peligroso en casa y que si le pasaba algo debía asegurarme de enterrarlo en el abismo más profundo que pudiera encontrar en la tierra. Me habló de una caja que contenía una maldición, que jamás la abriera.

—¿Y usted no le hizo caso?

—Bien, bastante tuve con no llamar a este lugar —dijo cabeceando hacia el hospital—. Además, poco después murió. No sabía qué caja era y yo no era nadie para rebuscar en sus cosas. Siendo sinceros, aunque hubiera podido tampoco lo habría hecho. Fue algo que ni siquiera tomé en consideración.

Pero ahora...

—¿Lo cree ahora?

—No lo sé. Puede. Intentaré hacer lo que me pedís.

—Le esperaremos aquí.

Se levantó lentamente, como si tuviera que meditar cada pequeño movimiento, y se encaminó hacia la recepción del hospital.

Tras el mostrador gris ya no estaba la chica de gafas gruesas y sonrisa encantadora. Beka había vuelto a su puesto tras la baja. Nathan le preguntó cortésmente por su maternidad, pero cuando la joven empezó a contarle todos los pormenores amenazando con convertirse en un discurso interminable, el hombre la cortó y le preguntó si podría ver a Gina. Beka no se lo aseguró, creía que sí pero había tenido una crisis unos días atrás.

—Eso he oído.

—Parece que ahora está bien. Suba, Jen se lo confirmará.

Subió y Jen le dejó ver a Gina. Estaba donde siempre, mirando por la ventana sin que nadie pudiera adivinar si veía algo o no.

—Desde la crisis no ha hablado. Creo que hemos retrocedido. Espero que usted la ayude a mejorar otra vez, su compañía siempre le ha venido muy bien. —Jen bufó con rabia—. No debería haber dejado entrar a esos chicos.

Nathan le cogió las manos y la tranquilizó dándole unos golpecitos.

—Está bien. Tarde o temprano tendría que empezar a ver a más personas. Creo que actuaste como debías.

Jen le agradeció las palabras y se marchó pensando que ojalá sus jefes pensarán como el reverendo. La habían suspendido de sueldo tres días.

Nathan se sentó frente a Gina y echó un vistazo a la sala, como tenía por costumbre, antes de empezar a charlar con ella. En las mesas, concentrados o dispersos en diferentes actividades, estaban los pacientes (los amigos) de siempre. Sam no estaba. Tampoco esperaba encontrársela allí.

Gina tenía la mirada perdida y las manos en el regazo mientras descansaba como un fardo en la silla de ruedas. Tendría que tener mucho cuidado para no volver a alterarla.

—Hola, Gina. ¿Qué tal estás? —La mujer siguió con la mirada fija en el cristal. Nathan se quitó la gorra y la posó sobre su rodilla—. Verás, Gina, ha pasado algo curioso. Acaban de contarme una historia de fantasmas, maldiciones y faraones, y ¿sabes una cosa? Yo también debo de estar un poco loco porque me la he creído. Ahora voy a preguntarte una cosa. No quiero que te alteres. Si te apetece contestar, contesta, y si no, te aseguro que nunca

volveré a mencionar el tema. —¿Había sido impresión suya o la mandíbula de Gina se había tensado?—. Quiero que escuches con calma —¿podía oírle? —, porque es solo una pregunta y no hay peligro alguno, ¿vale? —Gina no contestó—. En tu casa está viviendo una familia. Han encontrado una caja y creen que esa caja les está haciendo daño. Creen que tal vez te hizo daño a ti y a... a George. —Esta vez no le cupo duda de que Gina había tensado los músculos de la cara. ¿Debía continuar? Al menos eso significaba que le estaba escuchando—. Es una caja negra que parece egipcia. Solo quiero saber una cosa. Por lo visto, la caja tenía un pasador que la cerraba, pero no lo encuentran. Creen que puede ser importante. ¿Sabes tú dónde puede estar ese pasador?

Gina no se movió, no hizo ningún movimiento más que él pudiera percibir. Ni siquiera pestañeó. Pero su expresión había cambiado. Era más triste, con reflejos de miedo y de ira.

—Está bien. No pasa nada. Hablemos del tiempo.

Nathan continuó hablando con Gina dejando de lado el tema anterior. Estuvo con ella diez minutos. Después cogió de su rodilla la gorra, que durante todo su monólogo había permanecido extrañamente quieta, y se despidió de la mujer.

—Lo lamento Gina, tengo que irme ya. Volveré en un par de días. — Nathan le mesó los cabellos cortos y blancos. La besó en la coronilla y se dio la vuelta.

—Se cayó —la voz fue tan suave y llegó tan de improviso que dudó si la había oído hasta que siguió hablando—. Se cayó y se perdió en el desván.

Nathan se volvió hacia la mujer. No había cambiado de postura, ni de expresión.

—Se... ¿se perdió? ¿En el desván?

Nathan había oído la voz pero no había visto los labios de Gina moverse. ¿Se lo había imaginado? Se arrodilló hasta estar a su altura.

—Por las rendijas del suelo. Lo dijo George.

—¿Algo de eso tiene que ver con lo que le sucedió a tu marido?

Gina se giró hacia él. Lo miró hasta hacerle daño. Después retiró su mirada y volvió a mirar al jardín exterior donde el sol brillaba y el calor lamía la piel. Nathan vio donde fijaba su vista. Los chicos estaban allí, sentados, hablando y esperando, Andrea se secaba lágrimas de los ojos.

—Gina, ¿quieres decirme algo más?

Gina no se inmutó.

—Encontraremos el pasador. Te lo prometo.

## 10

Nathan acompañó a Paul, Sara y Andrea para buscar el pasador. Había tenido una revelación. Había sentido varias a lo largo de su vida y siempre habían resultado acertadas, por lo que no puso en duda lo que el corazón le decía. En realidad no era como escuchar una vocecilla que le dijera lo que debía hacer, sino más bien como si un letrado luminoso se encendiera de improviso y una flecha le indicara el camino. Mucha gente lo llamaría intuición, él prefería llamarlo Dios.

Cuando bajaron del coche, Nathan se quedó rezagado observando a los tres amigos ir hacia la casa de los Montoya. Paul había echado un vistazo con expresión dolorosa a la suya. Maggie, hasta donde él sabía, estaba allí tumbada en la cama, rota por la muerte inexplicable de su marido. Sam, en el hospital psiquiátrico, en un estado muy parecido al de Gina, no podía recibir visitas hasta dentro de un par de días. No se imaginaba el dolor que tenía que sentir en esos momentos el chico. Y la situación de las dos muchachas no era muy diferente. Pero si algo de lo que Goldfinch había dicho no eran locuras, si algo era cierto, podían poner fin a tantas tragedias.

## 11

Era sigilosa como las tinieblas que la habían engendrado. Se movía con el rumor del silencio y la amenaza yacía en su interior. Era la parte de un todo, la mano de un cuerpo, el soldado de un ejército indivisible.

Subió por la pata de hierro sin sentir el frío que emanaba del metal: ella era mucho más fría. Se deslizó por la sábana blanca hasta que sintió el calor de un cuerpo vivo. Ella, *ello*, en cambio, no estaba vivo, aunque hacía milenios en tiempo humano le habían dado voluntad. Con un fin. Y siempre había cumplido con su fin. Como ahora.

Ahí estaba tendida la víctima. La hereje. La culpable. La profanadora. La venganza debía llevarse a cabo.

Desplegó su capuchón, en homenaje a su amo, y abrió la boca mostrando sus colmillos al cuerpo postrado. Un ruido la sobresaltó. Otro ser había entrado en la habitación. Era un hombre, lo había visto compartiendo casa con su nueva ama. Si dejaba que continuara con su fin le dejaría marchar, para siempre, no tenía nada contra él. Si se interponía en su objetivo, él también caería. No había diferencia.

Daniel soltó el vaso de café que llevaba en la mano. Era de plástico y apenas produjo ruido al caer, solo un leve *chof*. Se quedó paralizado. Una cobra gigante estaba en la cabecera de la cama de su mujer. Tenía un enorme capuchón abierto y silbaba de modo amenazador. Sus ojos, de la profundidad de la eternidad, eran tan aterradores como dos pozos de veneno. La serpiente hizo un movimiento con la cabeza, muy leve, la echó hacia atrás y abrió la boca mostrando los colmillos de los que resbalaba una gota de líquido infecto. Daniel cogió la silla sobre la que se había sentado hora tras hora al lado de Julia y azuzó al monstruo. Tenía forma de cobra, pero no había cobras de ese tamaño, ni con esos ojos.

La serpiente miró a Daniel y dejó salir su lengua bífida. Susurraba palabras incomprensibles. Un viento frío barrió su nuca, la silla tembló en sus manos. La serpiente hundió sus colmillos en Julia. Incrédulo, Daniel balanceó la silla sobre la serpiente y la golpeó con rabia. Esta no se inmutó más que si la hubieran golpeado con una pluma y avanzó hacia él.

El hombre había errado su elección. A ella no le importaba.

## 12

Entraron en el número 212 de Sun River con el temor de quienes se introducen en una cripta. La puerta se escurrió entre las manos de Nathan y se cerró sin dar ningún golpe. La suavidad con la que se cerró fue espeluznante, como si les estuvieran invitando a entrar.

El móvil de Sara sonó. El dong tibetano que anunciaba un wasap retumbó entre las paredes como en una casa vacía.

Era Matt. Leyó en voz alta.

«Encontrad el pasador». «Sé qué hacer con la caja. Pero tiene que estar cerrada. SELLADA».

«Hemos hablado con Gina. Dice que el pasador se cayó entre las rendijas del suelo del desván. No sé si lo encontraremos».

«Desmontad la casa pero encontrad el pasador». Emoticono enfurecido. «Y que lo toque solo Andrea. Tal vez sea la única que esté a salvo. O tal vez no. En ese caso dará igual».

«El revere...»

Sara no escribió más. El teléfono salió disparado contra la pared como si lo hubiera arrojado, pero la chica miraba boquiabierta su palma vacía. Las reticencias de Nathan se disiparon. El brazo de la joven no se había movido, ella no había lanzado el teléfono, ni Paul ni Andrea. Nadie lo había hecho. *Algo sí.*

—¿Qué ha pasado? —preguntó Andrea alarmada— ¿Qué ha sido ese ruido?

El teléfono se había estrellado cerca de las escaleras y la batería había saltado. Nathan lo recogió. La pantalla estaba rajada. Volvió a introducirle la batería. Se iluminó.

—Funciona —dijo tendiéndoselo a Sara—. Se ve que las llamadas telefónicas no son bien recibidas —bromeó. Se giró hacia Andrea y le contestó consciente de que nadie lo había hecho—. El móvil de tu hermana se ha estrellado contra una pared, él solo, pero todavía funciona.

Sara quiso tragar saliva pero su boca se había quedado seca. Dejó el móvil en el aparador de la entrada.

—No sé si debes venir con nosotros Andrea.

—Matt ha dicho que puedo ser la única que está a salvo aquí.

Sara puso los brazos en jarras en una posición que, si se hubiera visto en un espejo, le habría recordado mucho a su madre cuando las reñía de pequeñas.

—Dijo que no lo aseguraba. Y —lo que iba a añadir iba a dolerle a su hermana, pero no le importaba, no quería preocuparse por ella como se preocupaba por su madre en el hospital—, la verdad, no sé cuánto nos vas a ayudar a encontrar nada.

Sin embargo, sus palabras no hirieron a Andrea. Le resultaron tan inocuas como una cuchilla de algodón.

—Voy a subir con vosotros y lamento mucho si supongo una molestia. Si no, subiré después, sola, y sabes que lo haré.



Nathan miró a la joven que sujetaba el bastón para ciegos en una mano. No lo había desplegado desde que había bajado del coche.

—¿Por qué dicen que puede ser que tú estés a salvo, Andrea?

Sara bufó, Andrea se puso colorada pero ninguna habló. Fue Paul quien le explicó al reverendo que lo que fuera que mostraba hostilidad hacia los demás, parecía tener una especie de debilidad protectora por su amiga. Le habló de Sam con la voz quebrada al recordarla, de la fascinación del ser por los bastones y del olor que solo Andrea percibía.

—Así que tú eres la única que lo percibe... —Nathan pensó en los extraños y repulsivos olores que acompañaban a los demonios en la tradición cristiana—. Bien, acompáñanos. Puede que ayudes más que ninguno de nosotros.

Sara se apretó los huesos de las caderas con las uñas, pero no rechistó.

—Voy a por las linternas —se limitó a decir.

Regresó con tres linternas y un par de destornilladores.

—No sé, quizás los necesitemos si hay que empezar a desmontar cosas.

Subieron al piso de arriba acompañados de un tenue murmullo mientras unas alas, batientes y frías, los acariciaban. Los cuatro corazones palpitaban como tambores de guerra. Nathan escuchó los susurros con atención y cierta curiosidad. Tal vez en esas palabras estuviera la clave.

*Maldita sea, Goldfinch ¿por qué no pusiste más empeño en que te creyera? Si te hubiera hecho caso... ¿Por qué no me enseñaste, por qué no me dejaste ver?*

Pero ya era muy tarde para los reproches. Nathan empezó a rezar para sí mismo. Sara tiró de un cordel y las escaleras plegables que conducían al desván bajaron. Arriba, el agujero se abría como un abismo imaginado por Lovecraft. La luz del día se filtraba por él aumentando la sensación de fantasía febril.

—Hay un escalón roto —le avisó Sara—, tenga cuidado reverendo. —Después, rencorosa, añadió—: Andrea, tú primero.

La muchacha obedeció a su hermana y subió con agilidad por la escalera. Recordaba la distancia entre los escalones y casi no titubeó en sus movimientos. Nathan subió en último lugar.

En el desván, la luz natural se colaba por el cristal sucio iluminando la estancia con medias sombras amarillas, dejando adivinar el espléndido sol que calentaba indolentemente el verano. Una bombilla de luz tenue daba más luminosidad a la habitación. El lugar estaba frío, pero nadie comentó nada.

Nathan se sorprendió de la cantidad de cajas que había, el desván estaba repleto. Una brisa se enroscó en su muñeca, y subió hasta su hombro donde notó una presión incómoda, como si alguien le clavara unas uñas afiladas. Avanzó dos pasos y la sensación desapareció. Miró al suelo. La madera estaba separada en múltiples sitios. Si el pasador se había escurrido por esas rendijas podían tardar una eternidad en encontrarlo.

—¿Cómo vamos a encontrar aquí una aguja? —dijo Paul.

—Será mejor que comencemos ya —le contestó Nathan.

Sara caminó entre el pasillo de cajas de plástico y cartón que había a su izquierda hasta la caja de embalaje. Allí estaba. Oscura como el peor de los males. Las incrustaciones de oro brillaban con el fulgor avieso del tártaro. Era un demonio, sin duda. Durante unos días se había sentido orgullosa de saber que existían cosas más allá del conocimiento natural de la ciencia, la caja le había dado la razón y eso le había gustado. ¡Había sido tan estúpida! Nadie sabía nada de lo desconocido. Un velo lo ocultaba, y lo ocultaría para siempre.

—Aquí encontré la caja por primera vez —dijo derrotada.

—Bien, empezaremos a buscar por ahí —propuso el reverendo.

—Si os fijáis, parece que aquí ha estado la policía. —Sara señaló las huellas impresas de carboncillo que había visto la primera vez que había subido al desván—. Y es posible que varias personas más, quizá familiares o de la inmobiliaria. Es imposible saber si la caja siempre estuvo aquí, en este lugar del desván. En realidad, podría haberse caído en cualquier sitio. Incluso puede que Gina esté equivocada.

—Entonces este sitio es tan bueno como cualquier otro, así que empecemos —concluyó el reverendo.

Sara le pasó un destornillador a Nathan y comenzaron a buscar, por el suelo sucio y polvoriento, un pequeño pasador.

—Es como una pequeña aguja de plata. Matt tenía una foto y nos la enseñó.

Andrea no buscaba con la mirada sino con el oído. El aroma la envolvía y se había intensificado cuando había entrado en el desván. No pudo evitar el impacto sensorial pero no le sorprendió, lo esperaba. Sin embargo, ahora estaba notando que lo mismo sucedía con los susurros. Se habían vuelto más fuertes y emanaban de una dirección.

—¿Oís una especie de murmullos?

Paul estaba de rodillas sujetando la linterna a Sara que miraba las

rendijas debajo de la caja de embalaje, y Nathan cambiaba de lugar una lámpara con un perrito King Charles. Ninguno pudo evitar un escalofrío cuando le contestaron afirmativamente.

—¿Os parece que son más fuertes aquí, ahora?

Sara y Paul dijeron que no. Nathan se lo pensó antes de contestar. No se había percatado de ello, pero ahora que Andrea lo mencionaba, creía escuchar el rumor con más intensidad. Aguzó el oído. No podía asegurarlo. La nariz empezó a picarle, tal vez fuera el polvo acumulado en el trastero durante años. Vio cientos de motas bailar bajo la luz sombría del cuarto.

Sara se levantó.

—Andrea, ¿qué sucede? Aparte de que estamos buscando un pasador de hace 3000 años y hay algo aquí, posiblemente una maldición de un faraón medio podrido que nos ha sentenciado a muerte, quiero decir.

Andrea torció el gesto. El humor de su hermana podía ser intolerable.

—¿Cómo dices eso con mamá en el hospital, Sara? ¡Y su padre ha muerto! —dijo apuntando su bastón a un lugar indefinido lejos de Paul.

Sara se volvió hacia el chico. El humor ácido era su vía de escape, Andrea podía entenderlo pero Paul la miraba con resentimiento.

—Lo siento, Paul, no quería ser tan horrible. A veces soy una estúpida. —Le cogió la mano y la apretó. Temió que el joven la retirara. No lo hizo. Juntos volvieron a su búsqueda.

Andrea abrió su bastón, su báculo, y lo movió con cuidado de un lado a otro, avanzando hacia el lugar donde los susurros aumentaban de intensidad. Tocó un par de cajas pero, tras golpear la parte superior, comprobó que estaban cerradas. Al tercer toque encontró la que buscaba, una sin tapa. La de transporte.

Con cuidado se arrodilló frente a ella e introdujo las manos dentro. Sus dedos tropezaron con la caja que su hermana había encontrado el primer día. La sacó con reverencia. Era increíble que estuviera vacía. Parecía estar llena de cosas, de entes inefables, de pesares pesados como condenas de muerte. No entendía cómo podía ser tan liviana. No sabía si sus compañeros la estaban mirando, prefería que no fuera así. La puso a la altura de su boca y le habló con hosquedad.

—Deja de hacer daño. Deja de matar.

La caja no la entendió. ¿Entendería un escorpión que debe dejar de picar? ¿Entendería una orca que debe dejar de estrellar a las focas contra las rocas? ¿Acaso era posible ir en contra de la naturaleza? ¿Acaso sería

correcto?

Posó la caja en el suelo temiendo que su súplica no hubiera sido escuchada. La caja dio un vuelco. Tembló como si un pequeño terremoto la hubiera sacudido. Nathan tuvo un presentimiento, una nueva revelación. Había observado a la chica desde que había oído el primer toque de su bastón contra el suelo. Con suavidad empujó a la joven a un lado. Alumbró con su linterna la zona donde estaba la caja. Dirigió la luz por cada pequeña rendija que había en el suelo. Un intenso brillo, como el de un diamante iluminado por el sol, le avisó de que habían encontrado el pasador.

—Creo que lo tenemos.

Paul y Sara se acercaron sin creerse lo rápido que había sido. Nathan había empezado a levantar una de las tablas de madera del suelo haciendo palanca con el destornillador. Paul y Sara le ayudaron, Paul tirando de la tabla con sus dedos y Sara introduciendo en la rendija el otro destornillador. Debajo de la tabla, sobre el techo del piso de abajo, descansaba, olvidado y envuelto en pelusas polvorientas, un pasador de plata. Paul estiró la mano, pero Nathan se lo impidió.

—Andrea, cógelo tú.

Andrea estiró la mano hacia la oscuridad. Nathan iba a guiarla hasta el agujero que habían hecho en el suelo, pero Andrea movió su brazo directamente hacia el pasador, como si lo viera.

Y así era.

Una pequeña luz había aparecido en medio de la nada perpetua de Andrea. Era una estrella azul, lejana y borrosa, como si se encontrara en un cielo cubierto de nubes. La veía. Se estiró hasta ella y la cogió. Pensó que quizá quemaría, o que quizá estuviera tan helada que igualmente quemaría. Pero no fue así. La tomó entre sus dedos y entonces entendió.

El aroma, que al principio le había parecido húmedo y rancio, y según habían pasado los días se había transformado en otro más seco y picante, era la fragancia del desierto, y de la muerte. Las palabras que traía la brisa cobraron sentido para ella. Eran palabras de un idioma olvidado, de un lenguaje que puede que nunca hubiera existido. Solo repetía una palabra: *Libre*.

No hubo luces cegadoras, ni un ruido atronador avisó rompiendo el aire. La temperatura era tan fría que si descendió no lo notaron. Nada les anunció lo que se avecinaba. Ninguno le encontró explicación. Pero ¿acaso se puede entender aquello que fue creado antes que la mente?

Sara, Paul y Nathan fueron arrojados contra las paredes como si un kraken invisible se hubiera materializado en la habitación lanzándolos con sus poderosos tentáculos. Andrea oyó los gritos y los golpes de los cuerpos de sus amigos chocando contra las paredes de la estancia y su corazón tembló en su pecho igual que la caja había temblado sobre el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Sara, estás bien? ¿Paul?

Nathan se había golpeado contra la pared. Sentía un pinchazo agudo en la rabadilla. Su gorra se había caído y en un instinto propio de Indiana Jones, la cogió y se la caló con toda la fuerza que pudo.

—¡Pon el pasador! ¡Cierra la caja! —le gritó a Andrea.

La chica llamaba a su hermana temblando como una hoja en medio del huracán. No le escuchaba. Nathan buscó a su alrededor. Paul estaba petrificado, de rodillas, con la boca abierta. Nathan siguió su mirada.

Sara colgaba en medio del desván, en el aire, como si un mago la hiciera levitar. La chica se llevaba las manos a la garganta y al pecho alternativamente. No hablaba, ni gemía, solo pataleaba a unos metros de la caja negra, brillante, y vacía.

—¡Jesús bendito! Andrea, pon el pasador ya —le ordenó Nathan.

Andrea solo repetía el nombre de su hermana (¡Sara, Sara!) de rodillas en el suelo. Nathan, con una rapidez más cercana a la de un hombre de veinte años que a la de uno próximo a jubilarse, fue hasta donde estaba Andrea y la sacudió por los hombros.

—¡Dame el pasador, hay que cerrar la caja!

—¡Sara!

—Escúchame, Sara va a morir si no cerramos esa maldita caja, dame el pasador.

—¿Qué?

—Dame el pasador.

—¡Lo he perdido! Se me ha caído y...

Nathan dejó de escuchar. Buscó el pasador. Era de plata bruñida y relucía. Un sudor frío resbalaba por su frente y le enturbiaba la visión. No lo veía por ninguna parte. Rogó a Dios que no se hubiera colado por ninguna rendija nuevamente, y pensó que no estaría mal pedirle también que fulminara aquello que estaba en el desván con ellos, algo que no era humano, ni animal, ni ninguna otra cosa clasificable.

Oyó un nuevo golpe contra la pared. Torció la cabeza buscando el lugar donde lo había oído. Paul había sido lanzado y yacía inconsciente en el suelo.

Rezó para que estuviera bien.

*Se me están acumulando las plegarías.*

Sara seguía en la misma posición que antes, colgada en el aire a más de un metro del suelo, pero sus pies ya no pataleaban con la misma fuerza y su cara se coloreaba de un rojo violáceo. Una especie de cuerpo informe estaba tomando consistencia en el centro de la sala, justo debajo de Sara. Parecía hecho de una sustancia granulosa que se densificaba según pasaban los segundos. Se elevaba desde el suelo un metro y medio en una posición casi vertical. En el medio de lo que podría llamarse su cara aparecieron dos negros agujeros. Negros como el mal más antiguo de la Creación. De la masa granulosa salía una especie de brazo de arena que se enroscaba en el tórax de Sara. Un zumbido ensordecedor se desplegó por la habitación. Los gránulos de la masa se revolvían con vida propia y a Nathan le pareció distinguir diminutas alas en cada uno de ellos. Andrea dejó de llamar a su hermana y empezó a escuchar ese zumbido, hipnotizada. Nathan la sacudió por los hombros una vez más.

—Tu hermana va a morir si no hacemos algo ya. ¡Ayúdame a encontrar ese maldito pasador de una vez!

Soltó a la joven y siguió buscando de forma enloquecida. Un diminuto brillo asomó por debajo de una caja de plástico con ruedas.

—¡Lo veo!

Lo tomó en sus dedos. Era fino y suave. En cuanto lo tocó, lo notó. Algo se removía en su interior. No estuvo seguro en ese momento, ni lo estaría nunca, de si aquello que se retorció en el metal noble estaba del lado del bien o del mal, pero si sellaba la maldición le daba igual.

—¡Lo tengo Andrea!

Fue hasta la caja. La tomó entre sus manos y...

...Y Sara cayó contra el suelo convulsionándose sobre su estómago. La cosa informe y granulosa se materializó frente a Nathan agarrando su cuello con una especie de tentáculo. Entonces pudo ver que no estaba constituida de pequeños y diminutos insectos como había creído ver, sino que era arena y olía a desierto. Lo supo a pesar de que nunca había estado en el desierto. Igual que supo lo que decían los zumbidos que murmuraban a su alrededor: *¡Fuera!*

El grueso tentáculo de arena le asfixiaba al mismo tiempo que le cortaba suciamente, como una lija gastada. El pasador se le cayó. Quiso gritarle a Andrea que lo cogiera, pero no pudo, notaba su tráquea cerrándose sobre sí

misma y la sangre resbalando por su piel.

Andrea gritaba arrodillada en el suelo de madera vieja y gastada que roía sus rodillas clavándole diminutas astillas y áspero polvo. Gritaba el nombre de su hermana, el de Paul, el de Nathan, y nadie le contestaba. No se había sentido tan indefensa jamás en su vida, ni tan frustrada por su ceguera como ahora. Había oído golpes, uno tras otro, cosas que chocaban contra las paredes, y aunque prefería no creerlo, sabía que esas cosas eran los cuerpos de su hermana y sus amigos. Ya no oía gritos, solo los murmullos zumbando a su alrededor con estruendo. Las palabras a veces cobraban sentido, otras lo perdían hasta no ser más que meras sílabas sibilantes. El olor inundaba el desván y cobraba significado completo. El olor del desierto, pero también el aroma de la eternidad. Era consciente de cada vello erizado por el miedo y del frío turbulento que caía sobre ella. Sin embargo, su visión permanecía muerta, el sentido que más le podía ayudar, callaba.

Eso era falso.

Solo un momento atrás en el tiempo había visto. No había sido una visión normal, pero había *visto* el pasador, no su forma ni su color, pero sí su resplandor, su esencia, su identidad.

Lo último que había dicho Nathan había sido «¡Lo tengo!» Pero ya no hablaba. Una idea horrible se le pasó por la cabeza ¿Había alguien vivo con ella?

Escudriñó, quieta, como un búho buscando un ratón, moviendo sus ojos en la oscuridad de su celda. Tenía que concentrarse en hallar la luz. Tenía que darse prisa. Los segundos pasaban y no oía voces, no veía la luz que buscaba, no hallaba lo que necesitaba.

Desesperada, se puso en pie y con voz imperiosa, ordenó:

—¡Basta! ¿Me oyes? ¡Basta!

Los ojos oscuros se desplazaron en la masa informe desde donde se encontraban admirando cómo moría lentamente el hombre de pelo canoso, hasta una nueva posición a su derecha. Andrea los vio, igual que había visto el pasador. Veía su esencia, el más profundo vacío. Una oscuridad dentro de otra oscuridad.

El tentáculo que hendía la piel del sacerdote soltó a Nathan. El hombre cayó inconsciente al suelo, su corazón latía sin fuerza y sus labios no se despegaban buscando el aire que le habían robado. Sus ojos estaban cerrados y su gorra seguía en su cabeza.

La masa perdió su forma erecta y reptó sobre el suelo. Los pequeños

granos de arena cayeron como si la fuerza de la gravedad hubiera vuelto a funcionar después de que alguien la hubiera desconectado durante un momento. Resbalando, grano tras grano, se encaminó hasta donde estaba Andrea. Se alzó de nuevo frente a ella, con sus dos cuencas vacías penetrando su interior.

—Basta. ¿Me has oído? ¡Te odio!

Debajo de sus ojos se creó un nuevo espacio, las pequeñas partículas arenosas se retrajeron formando una boca que se fue abriendo y abriendo como si quisiera abarcar toda la masa arenosa. La boca gritó expulsando contra Andrea un aire fétido, el putrefacto hedor que guardan los ataúdes. La muchacha tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no desmayarse ante la pestilencia que la envolvió. La boca se cerró cuando las piedrecillas volvieron a ocupar su sitio, para abrirse un momento después con un nuevo aullido.

Los zumbidos cesaron, los murmullos callaron y el frío desapareció como si el sol que brillaba en la calle, donde nadie sospechaba lo que estaba ocurriendo, empezara a calentar el desván. Andrea cayó de rodillas, ya no había oscuridad delante de ella. ¿Le había hecho caso? ¿La había entendido? ¿Los había dejado en paz? El silencio a su alrededor, viscoso e inquietante como el de la fosa abisal más profunda, contradecía sus esperanzas.

Sara se había acercado a Nathan y sostenía la cabeza del reverendo en su regazo. Al contrario que su hermana, veía y comprobaba que la maldición no había acabado su trabajo. Las arenas se movían con lentitud hacia ella, como si la impaciencia que las impelía antes hubiera desaparecido. Zigzagueaban, alejándose de Andrea con suma languidez. *Aquello* se le acercaba, *aquello* no había saldado la cuenta pendiente que tenía con ella.

Necesitaba el pasador. ¿Dónde estaba el pasador? La masa de arena serpenteaba tomando la forma de una cobra. Se disponía a acabar su trabajo. El que había empezado unas semanas atrás. Se lo había tomado con calma. ¿Y por qué no? Tenía todo el tiempo del mundo.

*Pues ya no. Voy a encerrarte hasta que no seas más que un polvo asqueroso en una asquerosa caja.*

Soltó a Nathan con brusquedad, la cabeza del hombre rebotó contra el suelo. Sara, ignorando el dolor lacerante en su pecho, empezó a recorrer con sus palmas todas las maderas del suelo, poco a poco. La maldición no tenía prisa, ella no debía tenerla, no podía pasarlo por alto, podía estar en cualquier lugar. Pero no era así. La aguja de plata estaba al lado del pie de su hermana.

—Andrea —sus pulmones, agotados, no le dejaron más que emitir un



susurro.

—¡Sara, Sara! —Andrea rompió a llorar de alegría, oía a su hermana, estaba viva.

—Escúchame. Esa cosa viene a por nosotros. Va a matarnos.

—Pero se ha callado.

—Andrea, te lo estoy diciendo porque lo estoy viendo. —Su hermana movió su pie ligeramente y estuvo a punto de patear la aguja—. No te muevas. Al lado de tu pie derecho está el pasador, cógelo y cierra la caja, que está justo en frente de ti.

Los murmullos comenzaron de nuevo. La serpiente levantó la parte delantera de su cuerpo. Primero fue un ofidio pequeño, luego empezó a crecer, como si las pequeñas partículas arenosas que le daban forma se multiplicaran por bipartición a un ritmo vertiginoso. El calor volvió a desaparecer del desván. A ambos lados de la cabeza de la serpiente se desplegaron una especie de alerones, y en el centro se hicieron dos nuevos agujeros negros. Sara retiró la mirada de ellos. Si moría no quería que fuera mirando al infierno.

—Andrea, ¡hazlo ya!

La serpiente se irguió como si hasta ese momento hubiera estado plegada sobre sí misma y rozó el techo del desván. Una lengua bífida salió del interior del monstruo y un enjambre ensordecedor habló por su boca. Subió de volumen hasta que los cristales de la casa saltaron en pedazos. Sara cerró los ojos y se tapó los oídos ante el sonido que emitía la serpiente de arena. Sara no lo entendía pero Andrea sí, palabra por palabra.

*El profanador pagará. El profanador estará para siempre maldito. Profanador. Profanador.*

Andrea recuperó las fuerzas. El pasador. Su hermana dijo que lo buscara al lado de su pie derecho.

—Sara ¿a cuánto de mi pie derecho?

Sara abrió los ojos, lo vio a unos diez centímetros del pie de su hermana, pero no le pudo contestar. La serpiente se enroscó en su tórax y apretó con fuerza su esternón impidiendo que lo moviera. No podía hablar, ni respirar. Su hermana la llamaba, atormentada por la falta de respuesta. Quizá cuando acabara con ella todo terminaría y dejaría en paz a Andrea. Cerró los ojos esperando su final.

El corazón de Andrea estaba a punto de estallar. Tanteó el suelo alrededor de sus pies. No tocaba nada más que el polvo que se pegaba a las

yemas de sus dedos. El tiempo se acababa, lo sabía. Sus manos se movían en círculos por un espacio muy amplio, nadie de su familia era bueno dándole instrucciones, ¿por qué no le había dicho a qué distancia estaba de su pie? Inspiró dos veces intentando calmarse, intentando concentrarse y comprobó que ya no percibía las partículas de polvo pegarse a sus manos. Estaba barriendo una y otra vez el mismo sitio. Tenía que moverlas en otra dirección, siempre cerca de su pie derecho.

Y lo vio. Volvió a encontrar la estrella polar azul, brillaba más fuerte que antes, como pidiéndole que la encontrara. La cogió y después buscó la caja. Vio otras dos estrellas de brillo plateado muy cerca de ella. Tocó la caja de madera y la trajo hacia sí. Pasó la mano por los puntos luminosos. Eran las arandelas en las que encajaba el pasador.

La serpiente viró la cabeza. Sacó la lengua bífida en un grito desgarrador y miró a Andrea. Andrea la miró a ella. Los ojos la amenazaron, por primera vez la amenazaron. Los murmullos hablaron. «*No te interpongas*». Andrea levantó el pasador y se lo enseñó desafiante: «*Te voy a encerrar para siempre*». Veía perfectamente cómo encajaban las luces, eran como balizas en el mar que esperaban ser encontradas.

La cobra mostró dos agudos colmillos y giró hacia Sara. Era el juramento profundo. El sentido de su existencia. El castigador de profanadores. Su deber no podía quedar inconcluso. Mostró sus oscuras profundidades a la profanadora que ni siquiera tuvo el valor de mantener los ojos abiertos, y clavó los colmillos desgarrando el músculo, rompiendo el hueso, llegando a la médula. No le inyectaría veneno. Su muerte debía ser más dolorosa.

Andrea sostenía una luz en su mano derecha y otras dos en su mano izquierda. Introdujo una en las otras. Encajó el pasador en sus arandelas.

La serpiente se desvaneció. Las arenas que la formaban hasta ese momento se arremolinaron sobre sí mismas en un torbellino que era succionado por la caja. El enjambre desértico chilló rebelándose contra su destino y los cristales de toda la manzana se rompieron.

Como atraído por un imán gigante, como si la arena se hubiera convertido en virutas de metal, el polvo fue desapareciendo en el interior de la caja, atravesando la vieja madera igual que si fuera un colador.

La entidad escrutaba a Andrea mientras era absorbida por la caja. Ese humano ni era ni tenía nada que ver con su amo. Se había equivocado. Por eso se había negado a darle la libertad. Ya le llegaría el turno. Tenía toda la

eternidad. Se vengaría. Si no era de ella sería de sus hijos, de su estirpe. A partir de ese momento, quien la encerraba, estaría maldita.

Para siempre.

Andrea observaba las dos tenebrosas cuencas del ser acercarse a ella atraídas por la caja, el lugar que nunca debieron abandonar. Veía el odio en ellas. Y antes de desaparecer, antes de que se ocultaran en el interior de la caja y de que las estrellas luminosas la encerraran, vio la amenaza. Ella le retó. El ser aceptó.

En un último segundo las cuencas vacías desaparecieron también en el interior de la caja y solo se oyó el silencio. No el silencio anterior, amenazador como el del ojo del huracán. No. Ahora era otro silencio, el que trae consigo la calma tras la tormenta.

Andrea soltó la caja y llamó a su hermana.

Al otro lado de la calle Maggie despertó del sueño pesado que le habían proporcionado los ansiolíticos. Llamó a sus dos hijos, sin obtener respuesta. Luego recordó que Sam no estaba con ella. Estaba en un hospital psiquiátrico. ¿Y Paul? ¿Dónde estaba Paul? Se levantó de la cama con los pies descalzos y se cortó con uno de los cristales de lo que antes había sido su ventana. ¿Cómo se había roto? Sangraba. Necesitaría puntos. Llamaría a Paul al móvil para que fuera a buscarla.

# 11. La tumba

## 1

Paul y Andrea estaban con Matt. Le habían dado el alta en el hospital. Sara y el reverendo seguirían hospitalizados un tiempo indeterminado.

—¿Dónde está ahora la caja? —preguntó con voz ronca el inglés. Cada palabra le dolía.

—Debería estar en mi casa —le contestó Andrea.

—Iré a por ella.

—¿Cree que su solución funcionará? Parece un parche.

Matt no lo rebatió. Tal vez lo fuera.

—Debe volver a Egipto. A la tumba de aquel a quien juró proteger. Debe volver con Tutankamón.

—¿Está seguro? —le preguntó Paul mirándole de reojo.

El chico no se fiaba. Matt tampoco. Todo se basaba en suposiciones. No tenían nada más con lo que trabajar.

—La leyenda cuenta que encima de la cámara de enterramiento apareció una maldición que los investigadores destruyeron por miedo: «*La muerte alada se abate con rápidas alas sobre aquel que toca la tumba del faraón*». Es lo mismo que hay escrito en los jeroglíficos de la caja. Andrea ocupó el lugar del faraón, igual que antes lo había ocupado el señor Goldfinch. — Reflexionó un instante en silencio—. Ha de volver a su lugar. No podemos hacer otra cosa.

—¿Cómo la va a ocultar?

—Espero poder dar con el lugar exacto en donde Morrow y Watson la hallaron. Como miembro del Museo de Historia Antigua de Londres creo que no me pondrán muchas trabas para acceder a la tumba. Y si soy... —tosió, no podría seguir hablando mucho más tiempo—. Y si soy capaz de encontrar ese lugar que sigue oculto, ese lugar que parece que solo localizaron dos investigadores por casualidad en el 1968, la dejaré allí. La tumba de Tutankamón se estaba deteriorando a causa del intenso turismo y en la

actualidad las visitas se realizan a una réplica, así que espero que sea difícil que me sorprendan.

—Iré con usted —dijo Andrea.

—Lo siento, pero no. Ya habéis pasado demasiado.

—Soy la única que tiene alguna posibilidad con la caja. —Andrea sabía que ya no existía ninguna unión entre ella y la caja pero la mentira no le supo amarga.

—No.

—Tengo que saber que estará lejos, que llega a su lugar. Que no volverá a salir.

—No creo que tengamos esa opción. Solo podemos dejarla perdida durante años, espero que siglos. Pero saldrá a la luz hagamos lo que hagamos con ella. Como la caja de *Jumanji*. —Andrea arrugó el entrecejo con las pupilas clavadas en el infinito, Paul arrugó la nariz. Matt sacudió la mano para quitar importancia a su broma. Eran unos buenos chicos, demasiado jóvenes para haber pasado por todo eso—. Andrea, ¿qué va a pasar con vosotras? —le preguntó.

—Mi tía vendrá en un par de días. Aunque dudo que quiera hacerse cargo de nosotras, lo cual está bien porque la odiamos. Por ahora la madre de Paul ha convencido a los servicios sociales para que podamos quedarnos en su casa. —La chica empezó a sollozar.

Matt sintió lástima por ella. Nuevas en un país, sin nadie, solas, y su tía no parecía una gran persona.

—Si puedo ayudar en algo...

Paul rodeó a Andrea con sus brazos. La joven gritó mordiendo la tela de la camisa del muchacho. Paul empezó a llorar con ella. Él también se había derrumbado.

Todo estaba a punto de acabar.

—¿Y la caja? —preguntó Matt.

Andrea le contestó balbuceante.

—En el desván, al menos ahí es donde debería estar, donde la dejé.

—Vale, iremos ahora a por ella. Terminemos.

El móvil de Paul sonó. El muchacho lo sostuvo indeciso al no reconocer el número. Temió que fuera la policía, no estaba preparado para hablar con ellos en ese momento. Se sorbió los mocos. Cuando descolgó, la voz que había al otro lado, cantarina y sonora como si fuera de plata, le pareció la más hermosa que había oído nunca. Según fue hablando una sonrisa apareció en

su rostro. Colgó.

—Mi hermana... —Paul necesitó coger aire, Andrea se llevó la mano al corazón, ¿acaso *aquello* había hecho una última visita?—. Mi hermana ha vuelto a hablar y pregunta por nosotros. Tengo que ir a decírselo a mi madre, dicen que no les coge el teléfono... —Una sombra oscureció su rostro y la inquietud le embargó—. Tengo que ir a casa.

Preocupados, Paul y Andrea fueron en el coche de Maggie hasta su casa y Matt les siguió en un nuevo coche de alquiler. Los tres se reunieron por última vez delante del 212 de la calle Sun River bajo el sol de un atardecer rojo sanguíneo.

—Andrea, voy a entrar en tu casa y cogeré la caja. Entraré yo solo.

—Voy con usted.

—No, es mejor así. Dame la llave, cuando acabe la dejaré bajo el felpudo.

Andrea estuvo a punto de protestar pero estaba demasiado cansada y odiaba demasiado esa caja.

—La puerta está abierta. No necesita llave —arrugó su blusa con sus manos, vacilante—. ¿No sería mejor destruirla?

Matt formó media sonrisa.

—¿Y dejar suelto lo que guarda? No, hicisteis bien en no quemarla. Esa caja se construyó por algún motivo. La voy a poner en el lugar al que creo que pertenece, y espero que eso funcione. —Alargó la mano y la tendió a Paul—. Siento lo que ha pasado. En cierto modo me siento responsable, después de todo fueron hombres que trabajaban para mi institución los culpables de iniciar... esto. Y luego Goldfinch.

—Goldfinch actuó como pensaba que era correcto.

—Espero no equivocarme yo también.

—Yo creo que no se equivoca —le dijo Andrea.

Matt la abrazó con cariño.

—Gracias. Cuando vuelvas a casa esa cosa ya no estará.

## 2

Matt empujó la puerta de la casa. Estaba abierta como Andrea le había

dicho.

Cuando entró en el pasillo dirigió una mirada exploratoria a su alrededor. Los suelos se veían llenos de pequeñas esquirlas que relucían advirtiéndolo de su cortante filo. Cerró la puerta con cuidado y se quedó, con el corazón acelerado y las pupilas dilatadas, quieto, alerta. No hubo frío, ni susurros.

Subió al primer piso. Allí el suelo desnudo de madera también estaba tapizado por pequeños cristales esparcidos que crujían cuando los pisaba. La escalera que llevaba al desván estaba desplegada. Subió los peldaños, que no cesaban en sus quejidos, deseando salir corriendo a cada paso. La caja le estaba esperando al lado de la trampilla. La luz del sol entraba por el ojo de buey sin cristal y el aire, aunque suave y cálido, se convertía en corriente debido al resto de agujeros que eran ahora todas las ventanas de la casa.

Sin dejar la escalera tendió la mano y rozó la caja un momento temiendo que le atacara. No fue así. La cogió con recelo. Tenía puesto el pasador de plata, era liviana y el único peso que notaba era el de las incrustaciones de oro de los bordes. La agarró con las dos manos mientras mantenía medio cuerpo apoyado en la escalera y la agitó con cuidado, como si tuviese miedo de enfadar a su inquilino.

Parecía vacía.

Pero Matt sabía que no lo estaba.

### 3

Paul y Andrea entraron temerosos de lo que pudieran encontrar, pero Maggie solo estaba dormida, la medicación la dejaba atontada. Ese día sería el último que necesitaría una de aquellas pastillas. Cuando Paul le contó que habían estado llamándola del hospital para decirle que Sam hablaba y quería verlos, sintió que despertaba de una pesadilla que se desgarraba como una telaraña con el viento. Cogió su bolso y condujo junto con su hijo y Andrea (no iba a dejar sola a la pobre chiquilla) hasta el psiquiátrico. Se negaron en redondo a dejarla pasar, pero nadie era más cabezota que la señora Cooper. Al final una joven con gafas de gruesos cristales, voz argentina y sonrisa amable accedió a dejarles pasar solo tres minutos de reloj.

En cuanto les vio entrar por la puerta de su habitación, Sam se levantó de su cama y los abrazó fuertemente con el brazo libre de cabestrillo. Lo primero que dijo fue:

—Se ha ido, ¿verdad?

Maggie no entendió a qué se refería su hija. En realidad casi no la escuchaba. Solo tenía ojos y oídos para comprobar que se movía y hablaba, todo lo demás era accesorio y carecía de importancia. Pero Paul y Andrea afirmaron con la cabeza.

En ese momento entró la enfermera de voz delicada y gafas de culo de botella y los echó de la habitación ella sola a pesar de todo el empeño que pusieron por quedarse. La joven enfermera era pequeña, pero actuó con una decisión tal que ni siquiera Maggie pudo igualar, sobre todo cuando les dijo que su visita prolongada podía provocar una recaída de Samantha. Mañana podrían volver si el médico a cargo no veía inconveniente, y no creía que fuera así.

Sam no fue la única paciente que se recuperó esos días. Gina había notado un alivio en su interior. Su corazón, de repente, se había expandido. Había sido como si hasta ese momento una garra lo hubiera tenido aprisionado y por fin lo hubiera liberado. La presión había desaparecido y, con ella, el miedo. Pero aún no se atrevía a hablar o a caminar, esperaría un poco más, tenía que asegurarse de que esa garra no volvía a estrujar su corazón. De momento era feliz viendo las cosas con una nueva apreciación, sin el velo funesto que la envolvía desde hacía años. El día ya no le parecía gris, la luz era luminosa y las noches eran oscuras, pero no tenebrosas. Ahora quizá pudiera encontrar por fin sus recuerdos felices.

## 4

Matt había aguardado hasta la noche. La tumba, ahora cerrada al público, no tenía visitantes y él era uno de los dos únicos investigadores que habían conseguido permiso para estudiar sus secretos, lo que le había facilitado las cosas. Pero como una de las maravillas del pasado más importantes del mundo, era protegida escrupulosamente. Estaban montando un importante conjunto de cámaras de seguridad para aumentar su protección,



aunque en esos momentos, por motivos técnicos, no había ningún dispositivo funcionando.

—Por fin un poco de suerte —se dijo.

Había tardado más de dos semanas en encontrar el lugar. Morrow y Watson solo mencionaban ladrillos inferiores en una pared del Anexo, y «3Ibis». Finalmente había creído comprender lo que decía la nota.

En esa pared, cerca del suelo, había tres pequeños y diminutos puntos negros, semejantes a tres ojos de aves desvaídos por el paso de los milenios si se miraban desde determinado ángulo. Podían perfectamente haber sido los ojos de tres ibis egipcios. Debían ser la «cerradura» de la cámara oculta, si es que esta existía.

Los rozó con sus yemas pero no notó nada. Pensó en una chica que quizá, si lo hubiera acompañado, se habría percatado, con su afinado tacto, de irregularidades en esos puntitos. Suspiró y se dispuso a confiar en la suerte. Primero apretó los tres pequeños puntos similares a ojos a la vez, sin conseguir nada. Probó a apretarlos uno después otro. Tampoco pasó nada. Fue probando secuencias hasta que su empeño se vio recompensado. Un ladrillo se desplazó. Un compartimento secreto.

No hubo ningún ruido, el silencio sepulcral no se vio roto por el sonido de ningún mecanismo. Se abrió un hueco en la pared del mismo tamaño que la caja que portaba a sus espaldas.

En cualquier otra circunstancia habría bailado de excitación, pero en esos momentos era presa del miedo y la esperanza.

Por fin podrían librarse de la maldición.

Llevaba la caja envuelta en una tela gruesa dentro de una mochila. Abrió el bolso. El corazón se le paró. Durante un momento el órgano se olvidó del baile sístole-diástole y se quedó quieto.

El pasador no estaba en su sitio. Miró a su alrededor, lívido. Se llevó la mano al corazón, y éste volvió a latir. El frío y los susurros le envolvieron en una niebla de muerte y Matt deseó que su corazón no hubiera vuelto a funcionar.

A la mañana siguiente un guarda de piel aceitunada y rasgos atractivos que iba pensando en su futuro desayuno, encontró a Matt desangrado en el suelo de la tumba. Tuvo reflejos suficientes para apartarse del cadáver antes de vomitar. La cuestión del desayuno perdió importancia para él.

En los periódicos no apareció la noticia del hombre asesinado en la tumba de Tutankamón, no era bueno para el turismo. Solo se mencionaba que

se había descubierto una nueva cámara en la tumba del antiguo faraón.

## 5

Paul tenía la mano de Sara cogida. La había acompañado en el entierro de sus padres. Su tía no había llegado a tiempo, y aun ahora no parecía tener prisa por recoger a sus sobrinas. Solo ponía excusas para retrasar su viaje. Paul la odiaba por ello menos de lo que se lo agradecía. Pero el momento en que Sara se alejara de él, junto con Andrea, no se dilataría mucho más. La chica de la que se había enamorado, a quien había ayudado, se iría.

Miró a Sara. La muchacha contemplaba las estrellas de forma penetrante intentando que le contestaran a la pregunta que acababa de lanzar en voz alta. ¿Estarían sus padres allí? Un escozor nació en los ojos de Paul. Su padre estaba allí, seguro. Le había perdido por culpa de un ser que no debería existir. ¿Tenía que perderla a ella también?

Se acercó a Sara y la besó. Estaban en el jardín trasero y su hermana, sentada en el balancín junto a Andrea, lo observaba, no le importó. Si no la hubiera besado se habría arrepentido toda la vida. Sara se puso tensa un momento, después se relajó y dejó que Paul la besara. Era el segundo chico que la había besado y el único que había deseado que lo hiciera.

Paul se apartó.

—No te vayas.

—No creo que sea posible que nos quedemos. No soy mayor de edad.

—Para tu tía sería un alivio.

Sara no le quitó la razón.

—Tampoco sé si Andrea querría quedarse. Han ocurrido demasiadas cosas aquí.

—Lo sé.

—A las dos.

—Lo sé.

—Además este es un país duro, no sé de qué íbamos a vivir. ¿Y la nacionalidad? No sé...

—Tú quédate. Quedaros.

Los ojos caídos de Paul, cuya expresión triste se había acentuado en los

últimos días, dejaban traslucir un cambio, una resolución que antes no estaba.

Él la cogió por la cintura y la condujo hasta la casa pasando al lado de Sam y de Andrea.

—¿Entráis? —les preguntó Sara.

Andrea y Sam negaron con la cabeza, la noche aún arrastraba el calor del día y se estaba a gusto al aire libre.

Andrea dejó escapar un suspiro cuando oyó cerrarse la puerta.

—Así que se han besado...

—Todavía no me creo que Paul se haya atrevido.

Se quedaron en silencio media hora más, perdidas en sus pensamientos, recordando a sus padres, hasta que Maggie asomó la cabeza por la puerta trasera.

—Entrad, ya está muy oscuro.

A Sam y a Andrea les sonó ridícula la advertencia. Ellas sabían que la máxima oscuridad se podía alcanzar a plena luz del día más soleado del verano.

Al levantarse del balancín una brisa helada les trajo el dibujo inacabado de un cerezo y un gélido abrazo.

El tiempo había enfriado demasiado rápido.

# Epílogo

(1330 a. C.)

Tutankamón apretó la capa contra sí. La luna había salido horas antes y las arenas del desierto perdían su calor rápidamente al caer la noche.

Una voz le sobresaltó.

—¿Qué haces aquí solo, faraón?

Era su tío, Ay. No se volvió para mirarlo.

—Nada.

Ay se le acercó.

—¿Anjesenamón y tú habéis vuelto a discutir?

Tutankamón torció el labio.

—Horemheb. Siempre es por culpa de Horemheb. Sus ojos brillan de deseo cuando están uno frente al otro. Estoy enfermo, pero no ciego.

—Tú eres su esposo, y faraón del Alto y el Bajo Egipto. Eres un dios.

—Tío, soy cojo y débil. Ella ama la salud y la presencia de Horemheb.

—Tosió—. No la culpo. Mi medida se ha colmado y pronto moriré. Le daré permiso para que vuelva a casarse si es lo que anhela. —Se imaginó a la bella Anjesenamón, viva imagen de Nefertiti, en los fuertes brazos de Horemheb y el estómago se le encogió. Con furia lanzó su bastón de oro a las dunas. La arena se lo tragó sin dejar rastro.

Ay cerró los ojos. La salud de su sobrino nunca había sido buena. La muerte lo obsesionaba. Él ya era un anciano, aun así, creía muy posible que viviera más que el gran faraón, quien apenas contaba diecisiete desbordamientos del Nilo desde su nacimiento.

—Quizá mi regalo levante tu ánimo.

Tutankamón se volvió.

—¿Un regalo?

Ay sostenía delante de él una caja negra que relucía a la luz de la luna. Tutankamón la tomó en las manos. Un pasador de plata la cerraba. Cuando quiso quitarlo, su tío se lo impidió.

—No. No la abras aquí. Es una caja especial. Puede ser guardián de tu

vida, pero más importante, será guardián de tu tumba. Nadie jamás osará penetrar en ella ni arrebatarse uno solo de los objetos que portes al más allá, y si lo hiciera, la maldición que encierra esta caja le haría pagar por su delito. Tu tumba será inexpugnable. Un ser de grandes y oscuras alas la protegerá de todo aquel que intente violarla. Pero debes ganarte el honor de ser servido por tal terrible poder. Ese delicado cierre de plata es lo único que lo contiene. Muéstrate digno de poseer tan gran aliado, y a cambio, será el más fiel guardián de tu reposo eterno.

—¿Estás seguro de lo que dices, tío?

—Lo he visto con mis propios ojos. Parece una simple e inofensiva caja de madera, pero es mucho más. Ordena a los orfebres que la labren con adornos de oro, el metal del gran dios Amón-Ra. Cuando mueras, un esclavo la depositará abierta en tu tumba eterna y podrás vivir para siempre bajo su custodia.

Tutankamón la admiró. Un guardián perpetuo para protegerle en la vida eterna. Las grandes pirámides que habían construido sus antepasados con trampas mortales e intrincados laberintos habían demostrado ser ineficaces contra los ladrones de tumbas, malditos bastardos, que Seth los arrastrara al infierno.

—¿De dónde has sacado este... tesoro?

—No ha sido fácil. He seguido su pista durante años. Lo tenía una mujer. No estaba dispuesta a entregármelo. Era de Esparta y muy anciana. Se llama, se llamaba... Era un nombre extraño, sonaba parecido a Pan Kora.

# *Agradecimientos*

Me gustaría agradecer a algunas personas todo el tiempo que me han donado para que este libro viera la luz.

Gracias a mi marido, por su apoyo y sus horas robadas.

Gracias a Nuka, por sus consejos y su vista de halcón.

Gracias a Adella Brac, por sus sugerencias, sus ánimos y por estar siempre dispuesta a resolver una duda.

Gracias a mis amigos «invocadores», por su increíble trabajo y su paciencia.

Gracias a todos los bloggers y blogueras que me han alentado a llegar hasta aquí.

Y gracias a ti, lector, por acercarte a mi primera novela.

## *Nota de la autora*

Espero que hayas disfrutado con la lectura de esta novela. Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejaras tu valoración en Amazon.

Si quieres estar informado de todas las novedades, puedes visitar mi página web [www.anabelsamani.com](http://www.anabelsamani.com).

Puedes contactar conmigo escribiéndome a [contacto@anabelsamani.com](mailto:contacto@anabelsamani.com). También puedes encontrarme en Twitter y Goodreads.

Y recuerda, vigila los monstruos de la noche, no todos acechan desde el exterior.